

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

ESCUELA DE POSGRADO



El discurso de lo mórbido en *Cuentos malévolos* de Clemente Palma: entre las excretas y la sífilis

TESIS PARA OPTAR EL GRADO ACADÉMICO DE MAGÍSTER
EN LITERATURA HISPANOAMERICANA

AUTOR

Helen Flor Garnica Brocos

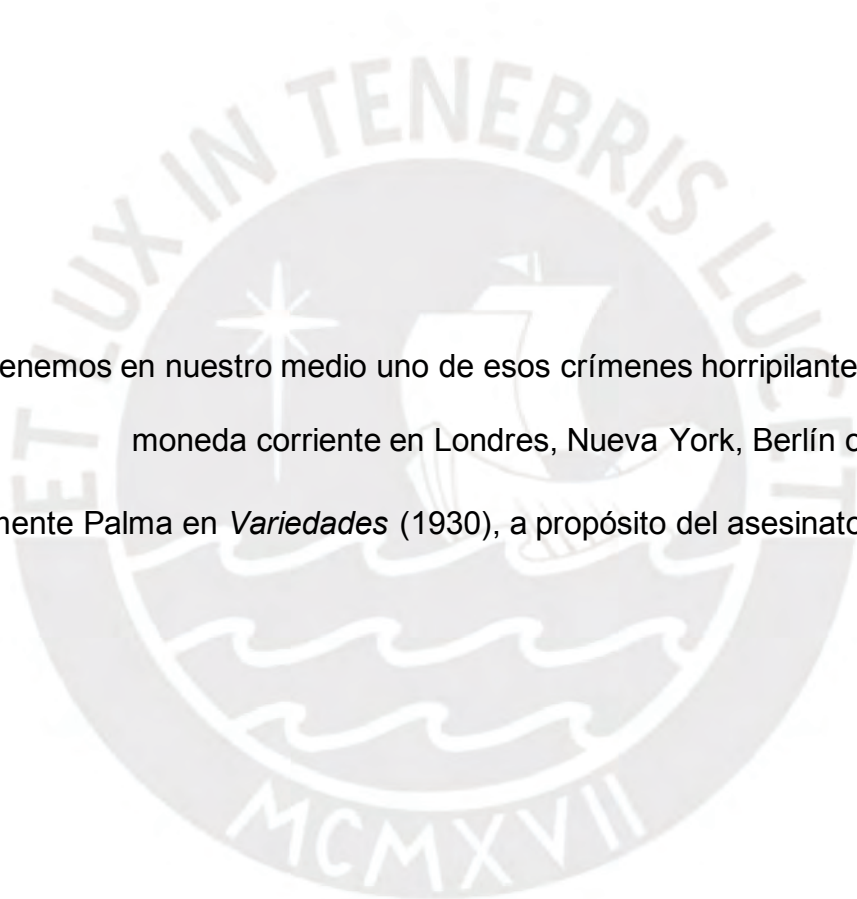
ASESOR:

Marcel Martín Velázquez Castro

Mayo, 2019

RESUMEN

La presente investigación se concentra en el análisis de los cuentos “Un paseo extraño”, “El príncipe alacrán” y “Leyenda de haschisch” contenidos en *Cuentos malévolos* (1913) de Clemente Palma, ello a partir de los postulados sobre el olor que establece Alain Corbin, la concepción de las excretas de Dominique Laporte, la existencia de lo abyecto en Julia Kristeva y la concepción de la sífilis según Susan Sontag. El objetivo es demostrar que Clemente Palma construye un imaginario basado en la morbidez a partir de los lineamientos del decadentismo que se concentran en la recreación de la enfermedad y la putrefacción. Precisamente, Clemente Palma recrea un universo donde los personajes van en contracorriente de los imperativos higienistas de la época: los personajes se regodean en las alcantarillas y se exalta la figura de la amada sifilítica. Inclusive, al comparar las imágenes mórbidas de Palma con las de autores como Joris Karl- Huysmans, entendemos que este se apropia de un carácter mucho más transgresor en cuanto a la enfermedad, esto sucede posiblemente por la particularidad de la sífilis y el problema del alcantarillado en Lima durante fines del XIX e inicios del XX, dado que los reclamos higienistas se concentraban en torno a la insuficiencia del agua, la generación de ríos miasmáticos y la dualidad de la fémmina sifilítica: en Europa, por ejemplo, la prostituta es el agente del mal, mientras que el discurso médico peruano incide en que la enfermedad se posa en el cuerpo de la esposa blanca y esto representa un peligro para la nación emergente americana. En conclusión, Clemente Palma erige su propuesta literaria, concentrada en los cuentos referidos, sobre la base del decadentismo artístico francés y las teorías médicas de la época.

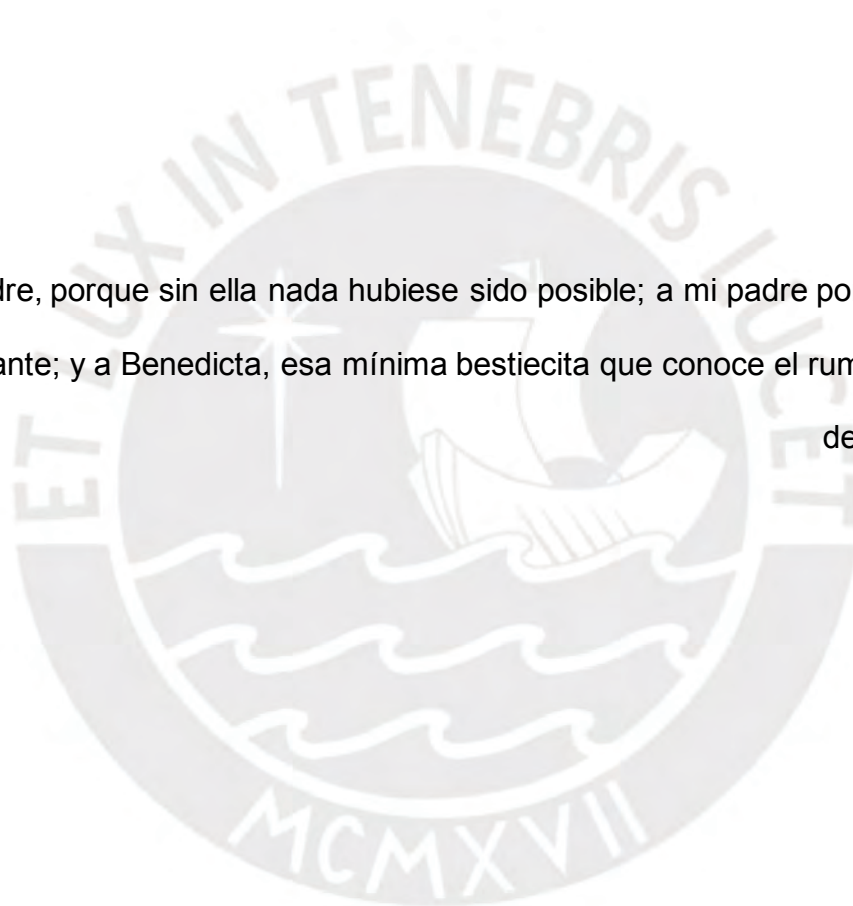


“Por fin tenemos en nuestro medio uno de esos crímenes horripilantes que son moneda corriente en Londres, Nueva York, Berlín o Chicago”

Clemente Palma en *Variedades* (1930), a propósito del asesinato en el bar

Cordano

A mi madre, porque sin ella nada hubiese sido posible; a mi padre por su apoyo constante; y a Benedicta, esa mínima bestiecita que conoce el rumor hórrido del insomnio



ÍNDICE

Introducción	7
Capítulo I	
Decadentismo y enfermedad.....	12
1.1 El espíritu decadente: conceptos y enfermedad.....	18
1.1.1 Disquisiciones acerca del decadentismo	21
1.1.2 El decadentismo en la escena hispanoamericana.....	31
1.1.3 El decadentismo en la escena peruana: el caso de Clemente Palma....	39
1.2 El discurso de lo mórbido frente al cuerpo femenino.....	64
1.2.1 Lo mórbido en la literatura de fin de siglo.....	67
1.2.2 Las amadas enfermas y la sífilis.....	74
1.3 El aroma de lo abyecto: entre excretas y miasmas.....	84
1.3.1 Ese exceso que atormenta: la estrecha relación entre el hombre y sus heces.....	88
1.3.2 El olor como condensación de lo putrefacto: la urbe y el cuerpo femenino.....	95
1.3.3 La romantización de la enfermedad: la tuberculosis frente a la sífilis.....	113
Capítulo II	
La ciudad infecta: entre alcantarillas y cuerpo putrefactos.....	124
2.1 Lima como eje de la contaminación hacia fines del XIX e inicios del XX.....	125
2.1.1 La urbe entre aguas malsanas.....	127
2.1.2 Los tugurios miasmáticos.....	136
2.1.3 El médico, el instrumento de la higiene.....	156
2.2 El aroma de la sífilis.....	171
2.2.1 La sífilis a fines del siglo XIX: cuerpo y locura.....	176
2.2.2 La mujer frente a la sífilis: entre la prostituta y la madre.....	190

2.2.3 La construcción de la sífilis después del descubrimiento de la arsfenamina: locura y recomendaciones (coda).....	217
--	-----

Capítulo III

Entre aguas estancadas y cuerpos repulsivos: algunos <i>Cuentos Malévolos</i> de Clemente Palma.....	228
--	-----

3.1 La inmersión en las alcantarillas: “Un paseo extraño (extravagancias de mi hermano Feliciano)”.....	231
---	-----

3.1.1 La reconversión de la alcoba: la continuidad entre la tina y el desagüe.....	235
--	-----

3.1.2 Los animales de la inmundicia: las bestias rastreras.....	243
---	-----

3.1.3 Por las redes miasmáticas: las aguas subterráneas.....	252
--	-----

3.2 El deseo insano frente a espacios cerrados: “El príncipe alacrán”.....	258
--	-----

3.2.1 La dualidad mórbida: Feliciano y Macario como la constitución de la herencia degenerada.....	264
--	-----

3.2.2 El enlace entre la biblioteca decadente y el cuarto sellado.....	270
--	-----

3.3 La dualidad de la sífilis: “Leyenda de Haschisch”.....	290
--	-----

3.3.1 Entre la madre y la prostituta: el cuerpo de la amada sífilítica.....	291
---	-----

3.3.2 Tierra de desolación como espacio de lo mórbido.....	306
--	-----

3.4 Una lectura comparativa de la sífilítica: el caso de “Una chiquilla vino” de Ventura García Calderón.....	313
---	-----

3.4.1 El sanatorio higienista: espacios campestres y oreados.....	313
---	-----

3.4.2 La romantización de la sífilis: el cuerpo de la prostituta adolescente.....	319
---	-----

Conclusiones	330
---------------------------	-----

Anexos	336
---------------------	-----

Bibliografía	350
---------------------------	-----

Introducción

Escribir sobre Clemente Palma (1872- 1946) no es solo sumergirse entre los recovecos de paraísos dignos de ensueños artificiales o la maldad innata del ser humano (*Cuentos malévolos*), transitar por una mente que oscila entre la fe y el satanismo (*Historias malignas*), asomarse a los avances científicos y tecnológicos (XYZ) o descubrir eventos que resultan monstruosos (*Mors ex vita*); todo lo contrario, también es hallar a un intelectual lleno de contradicciones que lo llevaban desde ensalzar el gesto decadentista de condenar a los burgueses hasta criticar amargamente el imaginario simbolista de poetas como José María Eguren. Tal como señala Wilmer Basilio Ventura, en su tesis *El pensamiento estético de Clemente Palma en dos ensayos: Excursión literaria y Filosofía y Arte*, nuestro autor se halla signado por la imagen del Jano bifronte: es un escritor capaz de innovar y fundar el cuento moderno en Perú, pero también es un ensayista capaz de condenar y no reconocer la valía poética de personajes como José María Eguren o César Vallejo.

Estos dos últimos eventos provocaron que por varios años su legado permaneciese en el olvido y signado de forma negativa bajo la pluma de autores como Carlos Eduardo Zavaleta, quien consideraba que su valor residía en ser hijo de Ricardo Palma. Además, se le solía encasillar como un escritor que solo había copiado los modelos franceses y miraba a una realidad que le era ajena (su contemporáneo Octavio Espinosa, por ejemplo). Precisamente, esta tesis surge como una respuesta ante esas miradas que trazan una conexión inmediata entre Clemente Palma y los decadentistas franceses; nuestra intención no es señalar que Palma se distancia completamente de autores como Joris- Karl Huysmans y Charles Baudelaire; todo lo contrario, lo que buscamos es hallar cómo Palma recrea, desde un espacio de enunciación anclado en Perú, el discurso en torno a la enfermedad y las excretas que detentaban los decadentistas e higienistas franceses. Por eso, nos detenemos en los nexos entre la postura decadente que reclama la insularidad del artista en un medio carente de ideales (*A contrapelo* de Huysmans) y la explicación científica que achaca la melancolía o insatisfacción a la enfermedad (*Degeneración* de Max Nordau); además, como veremos en el desarrollo del trabajo, Clemente Palma era plenamente consciente de la imposibilidad de establecer limitaciones conceptuales entre el modernismo y el decadentismo; inclusive, en 1907, ante una pregunta de Gómez Carrillo, sostiene que “(...) el modernismo está pues caracterizado hoy por una completa indeterminación” (Palma 2006: 384). Dicha indeterminación conceptual no le impide reconocer los trazos de la poesía nueva en su propia generación y considerarse parte de esta, ello se halla en la novela *Bajo las lilas* (1923) de Manuel Beingolea, escritor modernista tardío, donde se alude a la existencia de un grupo literario

integrado por él mismo, José Fiansón, Carlos Amezága, Clemente Palma y otros.

Debido a lo anteriormente dicho, es que consideramos necesario volver al análisis de algunas narraciones de *Cuentos malévolos* en su segunda edición y detectar la falsedad del argumento de la insularidad de Palma: “El príncipe alacrán” y “Leyenda de Haschisch” instalan dos temas presentes en la discusión de los higienistas peruanos durante los fines del XIX y los albores del siglo XX: la propagación de la sífilis y el control de las alcantarillas. El estudio de estos cuentos nos permitirá relacionar a Clemente Palma con los problemas de salubridad que enfrentaba la comuna limeña desde tiempos coloniales y que parecen “hacer eco” en el bestiario y ensueños de nuestro escritor.

Así, en el primer capítulo, nos abocamos a la reflexión sobre el decadentismo en *A contrapelo*, libro reconocido como la biblia del decadentismo, de Joris- Karl Husymans, y las precisiones teóricas en torno a la decadencia, decadentismo y degeneración que han señalado críticos como Jorge Olivares y Gabriela Mora. La precisión de estos términos es fundamental para comprender por qué consideramos que en Clemente Palma existe una veta decadentista; de la misma manera, establecemos un diálogo en torno a las posturas malsanas, aquellas que se alimentan de la enfermedad y lo inmoral, materializadas en el espacio europeo, latinoamericano y peruano. De otro modo, insertamos nuestro marco teórico sobre la enfermedad y las excretas que construyen el campo de lo abyecto: Alain Corbin en *El perfume o el miasma* reflexiona sobre la enfermedad esparcida a través de los códigos olfativos, Dominique Laporte en *Historia de la mierda* se centra en la filiación del hombre y sus excretas, Susan Sontag aborda en *La enfermedad y sus*

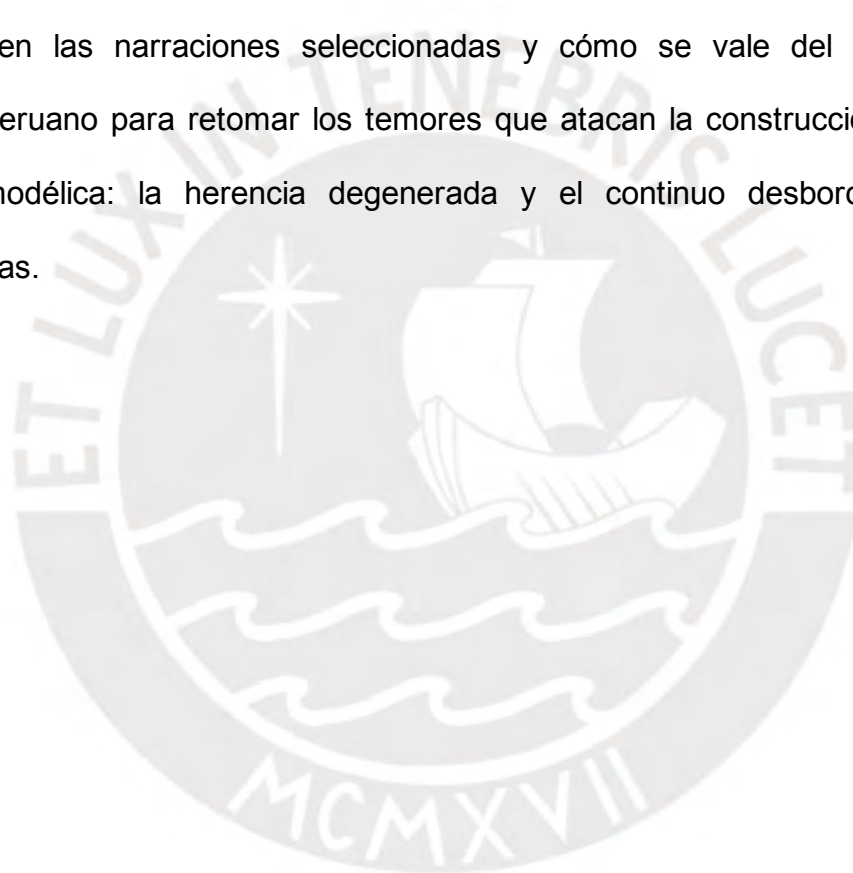
metáforas la construcción de la amada romantizada tuberculosa frente a la sífilis que genera vergüenza, y Julia Kristeva en *Poderes del horror. Un ensayo sobre la abyección* refiere lo liminal que comprende la abyección.

En el segundo capítulo, tratamos de reconstruir el discurso higienista en el Perú de fines del XIX e inicios del XX, esto acerca de las alcantarillas vinculadas a la teoría miasmática, y la relación entre la sífilis y la mujer. En el campo de lo primero nos concentramos en los textos históricos y los proyectos de ley que buscaban crear un sistema moderno de alcantarillas en Lima porque la higiene se reconoce como progreso. De manera similar, la intervención de los médicos en los hogares y la creación de la cátedra de Ginecología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos hacia 1898 demuestra el interés por investigar el cuerpo femenino, el cual se vuelve objeto de observación e intervención efectiva a través de la existencia de periódicos como *La crónica médica*, *La gaceta médica* y tesis especializadas en la sífilis. En la totalidad de documentos referidos, antes del descubrimiento de la arsfenamina en 1910, la sífilis es un mal capaz de generar putrefacción corporal, locura y, peor aún, una sucesión de ciudadanos degenerados. Acompañamos estas reflexiones con alusiones a los escritos de autoras como Lastenia Larriva, Clorinda Matto de Turner y demás.

En el tercer capítulo, realizamos el análisis de los cuentos de Clemente Palma a través del cruce teórico e histórico que desarrollamos en los apartados precedentes. La intención es concentrarnos en cómo el autor peruano refracta la realidad histórica construida sobre la enfermedad y la higiene. Por último, comparamos la amada sifilítica de Clemente Palma y Ventura García Calderón,

no solo por los vínculos generacionales entre ambos escritores sino porque la crítica los ha equiparado con anterioridad (verbigracia, Ricardo Sumalavia).

En el desarrollo de estos tres capítulos, de modo transversal, subyacen las reflexiones de Clemente Palma: desde su reclamo de pureza racial y pedido de importar alemanes en su famosa tesis de bachiller (*El porvenir de las razas en el Perú*, 1897) hasta sus amargas quejas sobre la poesía de su época (“Notas de artes y letras”, 1912); esto nos permitirá comprender su propuesta estética en las narraciones seleccionadas y cómo se vale del imaginario médico peruano para retomar los temores que atacan la construcción de una nación modélica: la herencia degenerada y el continuo desborde de las alcantarillas.





CAPÍTULO I

Decadentismo y enfermedad

El ocaso del siglo XIX en Europa no solo se configura como la afirmación de los cambios preconizados por el proceso de industrialización y el ascenso de la clase burguesa¹, sino también por la serie de movimientos artísticos que preconizarán el papel del esteta en un medio que le es hostil (verbigracia, los simbolistas) o retomarán el discurso científico para proponer el del escritor

¹ Debido a uno de los objetivos de nuestra tesis, hemos asumido la polaridad existente entre los burgueses y la vieja aristocracia europea, la cual se traslada al escenario hispanoamericano. Sin embargo, siendo más estrictos con el concepto, la categoría burguesa se reviste de complejidad porque esta daba cuenta, a decir de Franco Moretti en *El burgués: entre la historia y la literatura*, de una problemática posición intermedia y de una ética que no solo se sustentaba en el trabajo sino también en el *confort*, *earnest*, entre otros. Asimismo, cada país maneja un prototipo de burgués acorde a sus circunstancias históricas y temporales; por ejemplo, la burguesía rusa se caracteriza por hallarse en efervescencia y constreñida por la existencia de una aristocracia mucho más fuerte que la francesa.

como un observador objetivo de la realidad social (los naturalistas, por ejemplo). Sin embargo, nuestra tesis se aboca a la indagación del decadentismo como una corriente estética que se enlaza a la reflexión sobre la enfermedad. Antes de abordar tal conexión, no es pertinente señalar las diferencias entre decadencia, degeneración y decadentismo.

Baldomero Fernández afirma que la decadencia es un fenómeno que enlaza el componente histórico y el estético; en lo primero se destaca la idea generalizada de un permanente proceso de descomposición anclado en Europa, donde críticos marxistas como György Lukács y Arnold Hauser sostienen que la decadencia surge por una crisis económica debido a un estado centralista. En tal crisis, los bohemios y *dandys* se rebelan contra la burguesía (el ideal del progreso y el dinero) y promueven la aristocracia espiritual como posición estética:

E, así, para autores como Benedetto Croce, o Decadentismo vén sendo un movemento basicamente literario localizado orixinariamente en Francia entre os anos 1880 e 1890, anos nos que Paul Verlaine edita a revista *Le Décadent* e publica en *Lutèce* as biografías de poetas tan dispares como Stéphane Mallarmé, Jules Laforgue ou Arthur Rimbaud ós que bautiza no seu conxunto como “poetas malditos” (...) e que pasa logo a outros países europeos adoptando características particulares que en ningún caso diverxen do seu modelo (1997: 607- 608)

Sin embargo, la anterior postura omite que el Decadentismo es un movimiento artístico que no se restringe al evento histórico y que condensa aspectos morales, ideológicos y estéticos; además, la noción de decadencia es muy anterior a 1880, basta citar el ejemplo de Charles Baudelaire en su prefacio a las *Nuevas historias extraordinarias* de Edgar Allan Poe en 1857, donde nominaliza a tales relatos como literatura decadente. En ese sentido, la decadencia es un sentir que permea a toda una generación de autores como Gautier, Rimbaud, Verlaine y Huysmans.

La degeneración, en cambio, se configura a partir del discurso de la enfermedad, esto porque el médico Max Nordau publica su ensayo *Entartung* (1892), cuya tesis sostiene que los males psíquicos, tales como la neurosis, el histerismo y la melancolía, han impregnado no solo el sentir de los poetas, sino que muchos artistas padecen tales afecciones. Estos son quienes no materializan el vicio, el asesinato y la locura, pero sí diluyen las fronteras entre bien y mal en sus ideas o escritos porque postulan “(...) pretendidas bellezas en las cosas más abyectas y más repulsivas, y procura despertar la simpatía y la ‘comprensión’ hacia todas las bestialidades” (1902: 32). Los degenerados son egoístas, muestran locura moral, emotivos, pesimistas y poseídos por una melancolía inexplicable, es decir, “(...) desesperado de sí mismo y del mundo entero” (1902: 34). Nordau precisa que los degenerados no son seres limitados mentalmente, en tanto que muchos de ellos pueden ser genios pero son débiles en el aspecto moral o alguna de sus habilidades solo se desarrolla de forma óptima a nivel parcial, así- si se quitase su cualidad genial- devienen en seres repulsivos (orates o criminales).

Inclusive, existe una paleta de colores próxima a los gustos de los degenerados; por ejemplo, el violeta da cuenta de un espíritu histérico poseído por una emotividad extrema y que tiende a la depresión. Inclusive, las escuelas literarias surgen porque los degenerados buscan aproximarse entre sí y establecer vínculos de pensamiento. Los degenerados ejercen una atracción inevitable para los débiles de espíritu, por lo que surgen las asociaciones perversas de parejas donde uno impone su delirio sobre el otro y lo conduce a los actos más irrazonables o, también, la fe ciega de un grupo hacia un apóstol

del mal que los críticos o mercachifles, según el médico, alientan, pese a ser conscientes de su mal, a continuar bajo el imperativo de modernidad:

Tal es la historia natural de las escuelas estéticas. Un degenerado proclama, bajo el efecto de una obsesión, un dogma literario cualquiera: el realismo, la pornografía, el misticismo, el diabolismo; lo proclama con una elocuencia violenta y penetrante, con sobreexcitación, con una falta de consideraciones furibunda. Otros degenerados, histéricos, neurasténicos, se reúnen en torno suyo, reciben el nuevo dogma de sus labios y consagran su vida entera desde aquel instante a propagarlo (1902: 51)

En el contexto del XIX, además, la histeria y la degeneración se han expandido debido al avance de las grandes ciudades: el acelerado ritmo del trabajo, la fatiga de los individuos y las condiciones de salubridad (enfermedades, vicios, saturación de espacios) han obstaculizado el normal desarrollo de las personas, de allí que los jóvenes, pasados los catorce años, caigan en un estado de ralentización física y psíquica. En la misma línea, los grandes inventos como la electricidad y el vapor han alterado el devenir de las poblaciones porque ya no existe un desarrollo ordenado ni progresivo sino el constante arrojar al hombre a los nuevos inventos y progresos (mayor comunicación, nuevas formas de alimentos) que impone la civilización. También, el estado del pueblo francés se agravó por las guerras sufridas y no estuvieron preparados para asimilar los numerosos cambios producto de la Revolución Industrial; entonces, en el mundo existe una sensación de crepúsculo donde la población siente que se halla en el ocaso de la civilización moderna y expuesta a múltiples cambios que no apuntalan hacia un camino conocido:

Todas estas nuevas tendencias, el realismo ó [sic] naturalismo, el decadentismo, el neomisticismo y sus subdivisiones son manifestaciones de degeneración y de histeria, idénticas á [sic] los estigmas intelectuales de éstas [sic] clínicamente observados é [sic] incontestablemente establecidos; y la

degeneración y la histeria por su parte son las consecuencias de un desgaste orgánico exagerado, sufrido por los pueblos á [sic] consecuencia del aumento gigantesco del trabajo que hay que suministrar y del notable crecimiento de las grandes ciudades (1092: 69)

Los degenerados, a su vez, son hiperexcitables, en la medida que su excitación es mucho más duradera que la de las demás personas, y posee la capacidad de controlar su conciencia; en otras palabras, sus centros cerebrales son más sensibles y tienden a una morbosidad que trasciende la voluptuosidad sexual momentánea de una persona normal. Ejemplo de ello es la libre e ingeniosa asociación de ideas, la cual corresponde, mayormente, a los artistas que presentan observaciones “novedosas” capaces de convencer, siguiendo al galeno, solo a otros idiotas o imbéciles:

El degenerado, cuyo cerebro y sistema nervioso se caracterizan por detenciones de desarrollo ó [sic] anomalías congénitas [sic], el histérico, en el cual hemos reconocido á [sic] un agotado, carecen en absoluto de voluntad ó [sic] no la poseen sino en un grado disminuido [sic]. La consecuencia de la debilidad ó [sic] de la falta de voluntad es la incapacidad de atención (...) La actividad cerebral de los degenerados y de los histéricos, no vigilada ni guiada por la atención, es caprichosa, desprovista de plan y de objeto; las representaciones son llamadas á [sic] la conciencia por el juego de asociación de ideas ilimitadas y pueden flotar en ellas con toda libertad; se encienden y se extinguen automáticamente, y la voluntad no interviene para reforzarlas ó [sic] suprimirlas (1902: 89)

Lo que incomoda al líder del movimiento sionista es el alejamiento de los principios morales y verídicos del saber cristiano, inclusive acusa a Charles Baudelaire y a Dante Gabriel Rossetti de que su diabolismo es una pálida copia de Víctor Hugo y de Teófilo Gautier, además que son fáciles de ser sugestionados por sucesos sobrenaturales: no niega explícitamente la belleza de los versos ni la falta de estética sino, más bien, la suspensión de los valores, el rechazo a la tradición y la burla hacia las imágenes sacras (la Virgen María, por ejemplo).

Como concentración de estos rasgos degenerados, se posiciona el origen de los simbolistas, un grupo de jóvenes que se burlaba de los escritores consagrados y exitosos, a costa de reconocer su supuesta magnificencia literaria: “Hacia 1880 había, en el Barrio Latino, un grupo de ambiciosos, poco más o menos de la misma edad, que se congregaban todas las noches en el sótano de un café del *quai* (muelle) Saint- Michel” (1092: 156). Los iniciadores eran Emilio Goudeau, Mauricio Rollinat y Edmund Haraucourt, quienes se autodenominaban los hidrópatas, término del que sostiene:

(...) palabra absolutamente desprovista de sentido, originada manifiestamente por una reminiscencia obscura de las dos palabras ‘hidroterapia’ y ‘neurópata’, y que con la vaguedad que caracteriza el pensamiento místico de los débiles de espíritu, debía sin duda no expresar más que la idea general de gentes cuya salud no es satisfactoria, que se sienten maluchos y enfermos y están sometidos á [*sic*] un tratamiento médico; en todo caso, el nombre que ellos mismos escogieron implica la vaga conciencia y la confesión de un estado de conmoción nerviosa. El grupo poseía también un periodiquin hebdomedario, *Lutecia*, que murió al cabo de algunos números (1902: 157)

Después de cuatro años, los integrantes se marcharon hacia el café Francisco I, donde llegaron nuevos autores como Jean Moréas, Laurent Tailhade y Carlos Morice, quienes empezaron a denominarse “decadentistas”, esto a raíz del uso burlesco de un crítico sobre tal término. Empero, poco después, se autonombrarían simbolistas; posteriormente, un grupo pequeño se separaría y conservaría el rótulo de decadentistas. Aunque separados, Nordau les atribuye el uso de un lenguaje psiquiátrico, su excesiva vanidad, la falta de un trabajo sistemático y la emotividad, características acompañadas de la fantasía y la creencia en lo sobrenatural de las cosas (adivinación). Resalta que un degenerado pobre y común deviene en vagabundo o prostituta, pero estos se transforman, debido a su condición de élite o cómoda posición económica, en charlatanes que leen lo que encuentran sin comprender a cabalidad; en este punto, nos es necesario recurrir al decadentismo como un movimiento artístico

que se enlaza con la enfermedad y el simbolismo, pero que se conforma no sobre la base de Baudelaire sino de otro poeta: Joris- Karl Huysmans.

1.1 El espíritu decadente: conceptos y enfermedad

Entre 1880 y 1886, a decir de Juan Herrero en su estudio introductorio sobre *A contrapelo* de Huysmans, existe una crisis generalizada de valores en Francia: en 1876 triunfa el régimen republicano y se instaura la interpretación naturalista de Émile Zola a través del análisis positivista de la sociedad porque este escritor creía que el artefacto libro podía ser capaz de erigirse como un documento que dé cuenta de los males de la sociedad. Dicho medio estaba signado por la multiplicidad de artistas que proclamaban su rebeldía, enfermedad y originalidad en los bares y plazas, con el fin de conjurar el hastío que cada uno sentía. Para Zola, la existencia de tales artistas “Es un fracaso del siglo, el pesimismo retuerce las entrañas, el misticismo enturbia los cerebros” (2016: 13). Los fines del XIX serán escenario, así, de los autoproclamados decadentistas, quienes se entroncan bajo la producción lírica de Arthur Rimbaud con *Una temporada en el Infierno* (1873) e *Iluminaciones* (1873- 1875); el gesto que reniega de la divinidad y proclama el satanismo en *Los Cantos de Maldoror* (1869) de Isidore Ducasse² y la figura de Paul

² Aldo Pellegrini refiere que la obra de Isidore Ducasse, el Conde de Lautréamont, no fue difundida durante el año de su publicación porque el editor Albert Lacroix solo distribuyó veinte ejemplares y restringió la circulación de los demás. Recién en 1885 le mostró un ejemplar a Max Waller, miembro del grupo literario *La jeune Belgique*, al cual también pertenecía Iwan Gilkin. Este poeta reconoció la genialidad de *Los cantos de Maldoror* y distribuyeron ejemplares entre sus amigos; entre estos, a decir del crítico argentino, debía hallarse Huysmans. Cabe resaltar que, de todos modos, la obra de Ducasse no será tan difundida y son los surrealistas quienes terminan otorgándole valor y, gracias a la reedición de 1920, el texto llegará a más lectores. Lo destacable de *Los cantos de Maldoror* reside en su contexto inmediato en la aprehensión de “(...) una herencia espiritual impregnada de aquel mal que Musset designó con el nombre del ‘mal del siglo’, y cuyos síntomas eran la incertidumbre del porvenir, el desprecio por el pasado, la incredulidad y la desesperación” (2014: 22).

Verlaine³, quien será admirado por los jóvenes vates; asimismo, en el campo filosófico se leerán y discutirán a Bergson, Nietzsche y Schopenhauer, los cuales contribuyen a modelar el espíritu melancólico, crítico y refinado.

De hecho, el decadentismo, término de impronta periodística, surge como una reacción ante los cambios abruptos vividos en fines de siglo: la acelerada destrucción de las calles de París⁴ y la emergencia de un nuevo paradigma donde el dinero adquiere un rol primordial frente a los títulos nobiliarios, es decir, el ascenso de la clase burguesa en detrimento de los aristócratas. Por eso, se admira la producción escritural durante la caída de Roma, en la medida que la decadencia de los poetas latinos se homologa con la de los franceses; precisamente, Huysmans es quien condensa el espíritu artístico de dicha época porque en *A contrapelo* presenta una selección de autores (la biblioteca de Des Esseintes), la travesía estética y espiritual del personaje (el protagonista es un aristócrata que escapa de la vida citadina para experimentar nuevas sensaciones), y un desarrollo literario donde se entremezclan la línea mística y la simbólica; en tal forma, se reconocen los aportes de Verlaine y de Mallarmé:

(...) Verlaine es un personaje de vida bohemia que resulta más atractivo para los 'decadentes' que se identifican mejor con su poesía sugestiva, nostálgica, ambigua y vaporosa, y, al mismo tiempo, angustiada, sensual y mística, dulce y

³ Nordau equipara a Verlaine con los vagabundos: "Tenemos ahora frente á [sic] nosotros la figura perfectamente clara del jefe más famoso de los simbolistas. Vemos un espantoso degenerados de cráneo asimétrico y de rostro mongoloideo, un vagabundo impulsivo y un dipsómano que ha sufrido pena de prisión á [sic] causa de un extravío erótico, un soñador emotivo, débil de espíritu, que lucha dolosamente contra sus malos instintos y halla en su angustia á [sic] veces acentos de lamentos conmovedores, un místico por cuya conciencia brumosa cruzan representaciones de Dios y de los santos, y un poeta disparatado cuyo lenguaje incoherente, las expresiones sin significación y las imágenes abigarradas revelan la ausencia de toda idea precisa en el espíritu" (1902: 200)

⁴ En 1865, el prefecto Haussmann creó el Servicio de Trabajos Históricos, del que pasó a formar parte Marville, quien debía mostrar en sus fotos el contraste entre el pasado de la ciudad- oscuro, insalubre, incluso peligroso- y el nuevo París, 'la más espléndida y la más salubre de las capitales de Europa'" (Bautista 2006b: 239), por lo que se inició un proceso de destrucción de las zonas antes conocidas, con miras a un nuevo espacio material.

amarga (...) El modernismo hispánico se relaciona así con las inquietudes y aspiraciones estéticas que había impulsado y ejemplificado el Des Esseintes de J.K. Huysmans en *À rebours*, porque el gran modelo de los artistas decadentes no fue Verlaine (que sólo [*sic*] refleja algunos aspectos del 'decadentismo' y que al final de su vida se alejó de esta corriente) sino Des Esseintes" (Herrero 2016: 22)

Des Esseintes es el último vástago de una casa aristocrática que ha heredado no solo las riquezas sino, sobre todo, las taras físicas de sus antecesores; en esta línea, retomamos las aseveraciones del médico judío Max Nordau, el cual sindicaba que la literatura finisecular, parisina por antonomasia, se caracteriza por la búsqueda de autenticidad anclada en la pérdida de valores tradicionales que exalta la infidelidad, el engaño, la pérdida de los lazos filiales, el dinero y, en suma, una sensación de malestar general donde los espacios carecen de armonía y los sujetos han trastocado sus ideales. En este campo generalizado, los intelectuales o artistas delatan signos de la degeneración a través de estigmas físicos y buscarán los paisajes nocturnos, el placer doloroso y la estética de lo raro, es decir, el malestar del artista se configura a partir de signos que van a contracorriente del gusto morigerado burgués⁵.

El médico alemán se vale de las teorías de Lombroso acerca de la detección del hombre criminal en la forma craneal para determinar que los genios de Francia son seres que acusan rasgos degenerativos: el poeta

⁵ Huysmans detecta un imperativo por mostrarse ilustrados ante la mirada del otro; así, los propios burgueses revelan un afán de coleccionar cuadros, libros (que incluso mandan a encuadernar con cuero) y pretender entender cualquier frase poética, pero esto es solo una fachada para su verdadera ignorancia: no conocen a los pintores, juntan los libros más diversos y aproximan títulos de autores tan disímiles como "(...) Ohnet y Flaubert" (2016b: 145); los burgueses son diletantes que transitan entre los gustos más variados y adquieren bienes con miras a escenificar el espacio por el que circularán. Les atribuye "cobardía e imbecilidad" (2016b: 146) porque estos temen revelar fisuras en la imagen de sabiduría que proyectan, y los críticos son los que, a través de notas de prensa o periódicos, autorizan este proyecto por más que reconozcan su poca o nula valía. Paradójicamente, Nordau también señala que la crítica es la responsable de exaltar a los genios degenerados.

Verlaine exhibe un erotismo lleno de enfermedad porque presenta el rostro de un fauno (frente grande y orejas puntiagudas) que lo vuelve proclive a la dipsomanía. Inclusive, identifica la sinestesia de Rimbaud como un mero juego carente de verdadera renovación poética:

M. Charles Morice atestigua expresamente (lo cual no pondrá en duda ningún hombre de espíritu sano) que Rimbaud quería darse el gusto de emplear una de esas estúpidas bromas habituales á [sic] los imbéciles y á [sic] los idiotas. Pero algunos de sus compañeros tomaron implacablemente el soneto al pie de la letra, y dedujeron de él una teoría del arte (1902: 217- 218).

A partir de lo señalado, nos es pertinente recurrir a las disquisiciones acerca del decadentismo en el aspecto teórico y su influjo en el espacio hispanoamericano, ello con miras a ubicar la obra de Clemente Palma y el discurso acerca de la enfermedad en los albores del siglo XX.

1.1.1 Disquisiciones acerca del decadentismo

El término decadentismo no se revestía de valoración para los que fueron llamados de ese modo, en la medida que significaba una forma de tratar despectiva. Esto se ejemplifica con un texto de Paul Bourde denominado “Chronique”, el cual fue publicado en *Le Temps* en 1885, donde equipara a los decadentes con refugiados que persiguen la libertad y la imaginación como elementos sustanciales de su producción; asimismo, crítica el rechazo a la cultura grecolatina y a los clásicos franceses proveniente de escritores como Charles Baudelaire y Joris- Karl Huysmans. Es más, la alusión a ambos vates revela la borrosa frontera entre simbolismo y decadentismo:

Cuando se habla de decadentismo, bajo ese equívoco manto se agrupa a una cantidad variable y arbitraria de autores, lista en la cual hay al menos dos nombres constantes: el poeta Jules Laforgue y el novelista Huysmans; y se les agrupa para constituir la fase negativa del simbolismo. Ese [sic] es el lugar tradicional del decadentismo: el simbolismo sería el movimiento positivo de la espiritualidad francesa y europea en general, y el decadentismo la fase que lo precede: negativa, destructiva, nihilista (Bautista 2006a: 182).

Los nexos entre decadentismo y simbolismo son múltiples: referentes similares (Moreás, Laforgue y Verlaine, por ejemplo), el ambiente de los cabarets, la búsqueda de lo extravagante, la exaltación mórbida y las reuniones en bares; sin embargo, para Bautista, siguiendo a Henry Clouard en sus comentarios de Des Esseintes, los decadentistas no son un grupo organizado sino una nebulosa de sensaciones. Tomando al crítico Guy Michaud, este rescata lo siguiente acerca del denominado mal de fin de siglo:

En 1885 se tiene la impresión, mucho más aún que en 1820 o en 1870, de llegar “demasiado tarde en un mundo demasiado viejo”. Se siente el “*fin de siècle*” con todo lo que implica de lasitud. El fracaso parece declinación de un esfuerzo consagrado, declinación de una civilización que se exagera en las luchas partidarias, declinación de una literatura que ya no conoce los grandes entusiasmos y las grandes pasiones (...) Generación de vencidos y de tísicos, que es también una generación de deprimidos. En la época todo parece conjurarse para favorecer este estado de depresión. El desarrollo prodigioso de las grandes ciudades, que succiona toda vida y toda actividad, determina la anemia progresiva de las ciudades de provincia (...) (Bautista 2006b: 214)

La década de 1880 se caracteriza por la proliferación de pequeños periódicos de existencia fugaz donde se entrecruzan el simbolismo y el decadentismo, así René Ghil escribe en la editorial de *La Décadence Artistique en Littéraire* que los maestros de un nuevo sentir poético son Paul Verlaine y Stéphane Mallarmé, los mismos que enfatizan la existencia del símbolo, aunque Mallarmé no utiliza tal terminología sino, más bien, recurre a la Idea. Adicionalmente, el propio Moréas, en 1886, pedirá que no se le adjective decadente sino de simbolista, en la medida que lo primero se vincula a la anarquía; existirá, entonces, en los fines del XIX y primeras décadas del XX, un intercambio constante de ambas palabras, donde se postulaba que ambas tendencias coexistían o que el decadentismo era la fase previa del simbolismo.

Moréas atravesó dos facetas; en la primera, reconocía el decadentismo como parte de una tradición, cuya raigambre se puede hallar en escritores

como Francois Rabelais y Francois de Villon, hasta elogiaba algunos escritos de Bourde por la comprensión parcial del espíritu decadente, pero enfatizaba que este no reparaba en lo primordial: la búsqueda de la belleza como la causa de la experimentación con la forma, esto trasciende el mero afán experimental y el querer incomodar.

En la segunda, Moréas, citando a Théodore de Banville, rescata el aporte simbolista en la literatura francesa y comenta que el problema de la monotonía de la lengua francesa (el carácter plano) no radica en el uso excesivo del adorno ni del color sino en la rigurosidad de las leyes poéticas del clasicismo: en realidad, la cesura puede y debe ser modificada a través de "(...) los versos de seis, siete, ocho, nueve y diez sílabas" (Uzcátegui 2013: 177). Inclusive, la ausencia de innovación se refleja en la carencia de genio y de oído musical. Finalmente, el ensayista griego señala que la narrativa producida por los decadentes y simbolistas enlaza los opuestos y presenta personajes bizarros que no proceden de la realidad necesariamente:

En la narrativa moderna puede observarse cómo convergen 'elementos aparentemente heterogéneos' y 'opuestos' como 'la psicología traslúcida' aportada por Stendall [sic], la 'visión exorbitada' de Balzac, las 'frases cadentes de amplias volutas' de Flaubert y el 'impresionismo modernamente sugestivo de Goncourt' (Uzcátegui 2013: 177)

En el ámbito francés respecto a las manifestaciones decadentes, en 1868, en el prólogo a la edición póstuma de *Las flores del mal* de Charles Baudelaire, Théophile Gautier aludió al término decadentismo y lo despojó de una connotación negativa para resaltar que, más bien, este era propio de un estilo literario, surgía en una cultura que ya había alcanzado su etapa de madurez y buscaba la experimentación formal mediante el uso de neologismos y formas poéticas novedosas.

La palabra decadente, empero, con solo nombrarse, convocará elementos signados por la negatividad: el regodeo en lo malsano, los vínculos con la locura, sujetos ajenos a la moral burguesa y la secularización de elementos cristianos. No obstante, la indagación en- a decir del poeta inglés Arthur Symonds- “(...) a spiritual and moral perversity” (Olivares 1980: 58) obedecerá a la búsqueda de la belleza como máximo ideal estético. En consonancia con adentrarse en la perversidad, Anatole Baju y Luc Vajarnet publican un manifiesto denominado “Lectores” en 1886. Este se presenta como un llamado a la construcción de un nuevo arte, el cual debe caracterizarse por la renovación en el plano temático y el desprendimiento del rol político (los artistas no deben comulgar con grupos políticos porque ello irrumpe en la esfera de autonomía del arte). Se enuncia lo siguiente:

Refinamiento de apetitos, de sensaciones, de gustos, de lujos, de placeres; neurosis, histeria, hipnotismo, morfinomanía, charlatanería científica, schopenhauerismo a ultranza: tales son los patrones de la evolución social. Es la lengua sobre todo donde se manifiestan los primeros síntomas. A necesidades nuevas corresponden ideas nuevas (244)

Precisamente, la exacerbación de lo sensitivo es lo que caracteriza a los simbolistas y decadentistas, pero- a diferencia de los primeros- los segundos buscan involucrarse en el ámbito perverso del ser humano a través de la emergencia de los vicios y placeres negativos. Inclusive, se asume la consciencia del cansancio que produce la modernidad en el ser humano y la necesidad de crear un nuevo modo de manifestación a través del lenguaje. Este último cobra un rol capital porque las palabras deben transmitir las afecciones y padecimientos del sujeto que escribe con el uso del “verbo quintaesenciado” (Baju 1886: 244). Este manifiesto y llamado a una nueva concepción de arte tendrá la venia y respuesta de Paul Verlaine.

El autor de *Los poemas saturnianos* indica, a modo de contestación a Bajo, que los jóvenes se han cansado de leer lo mismo, así, la generación de Bajo persigue nuevos goces y se han desencantado de la realidad circundante, por lo que buscan plasmar el sentimiento de ruina y desazón a través de la escritura. Resalta, por ello, lo siguiente:

(...) una literatura esplendorosa para un tiempo de ruina, que no marcha al paso de la época, sino a contramano, con insurgencia, reaccionando por lo delicado, lo elevado, lo refinado, si ustedes quieren, de sus tendencias, contra la llaneza y la infamia literarias (2007: 250)

El decadentismo, para el estudioso argentino Juan Bautista, no es solo todo el complejo tramado que se ha gestado a rededor de la expresión fin de siglo⁶: desde la vida nocturna en los cabarets hasta la vida aristocrática que acaba a inicios del siglo XX, sino, más bien, la expresión de un síntoma de la época⁷. El decadentismo condensa un punto de inflexión, donde se retoman las viejas formas en búsqueda de lo nuevo y difiere del simbolismo porque este es ordenado y clasificado, mientras que el primero constituye "(...) algo inconmensurable que irrumpe y desconcierta a la razón taxonómica" (2006: 183). Es la expresión de la decadencia humana que experimenta una crisis de la espiritualidad frente al proceso de modernización capitalista.

⁶ "La disposición 'fin de siglo' (...) es la impotente desesperación de un enfermo crónico que en medio de la naturaleza exuberante y eterna, se siente morir poco a poco; la envidia del libertino viejo y rico que contempla una joven pareja de amantes perderse en un bosquecillo discreto" (Nordau 1902: 6)

⁷ Como estudiaremos más adelante, el contexto decimonónico está signado por la enfermedad; inclusive, la literatura se valora en cuanto aprehende el discurso médico sobre la degeneración corporal. Por ejemplo, Des Esseintes señala "(...) las obras de Barbey d' Aurevilly seguían siendo todavía las únicas cuyas ideas y cuyo estilo presentaban ese aspecto de carne de venado curada, esos puntos de morbosidad, esa epidermis macerada y ese gusto macilento que tanto le complacía saborear entre los escritores decadentes, latinos y monásticos de los siglos lejanos" (Huysmans 2016a: 300).

Dos términos son importantes para comprender el decadentismo⁸: la descripción decadentista de los poetas latinos y el espacio del cabaret, dado que en este último confluyen espectáculos que conjugan lo sagrado y lo profano, lo culto y lo burdo en un espacio nocturno parisino focalizado en locales como Los Hydrophates o el Chat Noir; Bautista precisa lo siguiente:

Esta definición puede adquirir valor si integra cuatro caracteres que forman, en conjunto, la constelación de lo que llamo decadentismo. Estos caracteres son, en primer lugar, la *esterilidad*, en segundo término, la *descomposición* y, finalmente, el *entorpecimiento* de la carne, estricto correlato de lo que podemos denominar la *intermitencia* del objeto (2006: 188)

La esterilidad refiere la imposibilidad del autor de finiquitar su obra, en tanto que esta última supera las propias intenciones del escritor e instala un devenir propio que el sujeto ya no soporta: es el "(...) eclipse de la creación" (2006: 191) que afectaba a los escritores románticos; la descomposición consiste en el vocablo *faisandé*, el cual señala un cuerpo donde la putrefacción está en progreso, pero todavía no ha acabado: es un estadio intermedio entre lo vivo y lo muerto, una especie de transición que aprehende lo más vivido en un objeto a punto de desaparecer. Un caso paradigmático es el de *Las flores del mal* porque estas abandonan el razonamiento cartesiano que construye la naturaleza: de repente, esta se vuelve difusa y el sujeto solo logra acercarse a ciertas excrecencias; finalmente, la descomposición señala la exaltación de la putrefacción en un espacio donde pululan las pestes y los vicios:

⁸ Decadentismo, como hemos defendido, no equivale a decadencia: "El decadentismo, por el contrario, es el testigo de una desaparición: desaparece el objeto tras la superficie de la forma que acaba de romperse y los nombres de que se disponía han perdido su alteridad y su mismidad: sin huecos, obsoletos. Hay algo a punto de nacer o quizá algo en trance de descomponerse; la vida es putrefacción que quizá anuncie un nacimiento, pero bien podría ocurrir que algo naciera muerto y sin nombre. La distancia entre la descomposición y la nueva composición es indecible, al menos en este reino intermedio en el que el lenguaje y el ser se anudan en un punto infranqueable (pero, ¿qué es lo que habría de franquear?)" (Bautista 2006: 241)

(...) los decadentes vagaban por los bulevares, entretenían la noche a veces en restaurantes de lujo; las más, en establecimientos de mala muerte; conocían esas fronteras donde se tocaban la miseria, la extravagancia, el esplendor, la pérdida irremisible de las fuerzas, minadas por el alcohol, la tuberculosis y también por una desesperación violenta y sin objeto (2006: 197)

Además, en esta época coexisten las visiones naturalistas de pretensiones científicas junto a un impulso místico inspirado por la fantasía, hay un doble discurso alentado por la mirada exotista e idealizada de un mundo nuevo y un tiempo que evoca el esplendor pasado, todo ellos a través de un mundo compuesto de fragmentos.

Esto se demuestra con *A contrapelo*, “breviario de la decadencia” (Olivares 1981: 168) de Huysmans, ya que emerge un nuevo tipo de sensibilidad que se escinde de la novela naturalista de Zola, de manera que varios escritores propugnan la renovación de la novela e, inclusive, se anuncia la desaparición de esta a fines del XIX en Francia. Sin embargo, Huysmans no busca evadir el molde naturalista tampoco la renovación formal, lo que desea es adicionar la espiritualidad que la visión de Zola suprime al héroe, el cual se presentaba como el resultado de su grupo racial, historia, clima y sociedad, esto anulaba una sensibilidad propia, un modo de ser; en otros términos, la novela decadentista imprime un alma atormentada dentro de la lógica naturalista⁹.

Entonces, el decadentismo bebe del naturalismo porque de este mantiene la idea de una herencia degenerada: los hijos son resultado de

⁹ Juan Herrera también señala este propósito y el viraje de Huysmans del naturalismo al decadentismo porque se percató del determinismo del primero; el propio Zola elogió la primera novela del escritor llamada *Marthe, histoire d'une [jeune] fille* y la consideró como (...) un interesante estudio de ambientes y una tendencia hacia la exactitud en la observación” (2016: 25), pero la monotonía descriptiva y la preferencia por realidades vulgares terminará cansando al decadentista, quien, con *A contrapelo*, marcará una abierta distancia con su maestro que reprobaba la obra y reconoce la renuncia a los preceptos naturalistas. Inclusive, en términos de Herrera, Des Esseintes se compone sobre la base del problemático influjo de Zola y Baudelaire: el primero sirve para justificar la existencia de un aristócrata en declive, mientras que el segundo configura la búsqueda de sensaciones y la volcadura hacia la mirada interior.

sucesivas relaciones endogámicas donde se transmiten las afecciones físicas, los males nerviosos y las manías que acaban creando descendientes débiles y melancólicos, los mismos que sellan la debacle de alguna familia esplendorosa en otro tiempo. Empero, esta degeneración no se explica por componentes meramente biológicos, sino que existe una disponibilidad anímica del propio personaje que lo lleva a elaborar paraísos artificiales para refugiarse del tedio ruidoso del mundo.

El decadentismo, en tal sentido, se caracteriza porque no existen conceptos precisos para definir su naturaleza y campo de acción, en tanto que se vincula al romanticismo (los decadentes buscan culminar el proyecto trazado por Víctor Hugo) y crítica los preceptos miméticos de los naturalistas y realistas. Asimismo, es difícil establecer, como ya hemos dicho, diferencias exactas entre el simbolismo y el decadentismo, por lo que- en el caso de Allen W. Phillips- este indica que se debe aludir a un espíritu decadente “(...) con referencia a una actitud o postura general de época” (1977: 229), pues ello posibilita comprender la existencia de una toma de posición ética presente en un grupo de artistas.

En el aspecto estilístico, los decadentes se caracterizan porque buscan renovar las formas poéticas y, de esa forma, insuflar aires de vida a la lengua francesa, la misma que- debido a las rígidas normas establecidas por los naturalistas- se había vuelto impersonal y monótona. Por eso, el estilo se configura como la expresión propia del autor, pues se podrá evidenciar el estado frágil de los nervios, las enfermedades y su singular relación con el mundo. Para Laura Beatriz Uscátegui, los escritos publicados entre 1880 y

1910 permiten detectar el afán de experimentación y la búsqueda de renovar las formas:

(...) la poesía- y narrativa- debe ser densa, artificiosa en la combinación de sus palabras, 'exquisita', abstracta, alegórica, ambivalente y lúdica. Lo que para la crítica literaria es un vicio literario producto de la 'falta de disciplina' y del temperamento nervioso de los jóvenes modernos, es para los decadentistas un valor estético (2013: 173)

El crítico de arte y novelista Remy de Gourmont suma, a las propuestas de renovación formal, un cambio mucho más moderado porque traza los orígenes del simbolismo en la lírica alemana (Goethe) y en la estadounidense (Whitman y Poe) para proponer un espíritu cosmopolita modulado por la nacional. Aunque tal aserto parece ser ambivalente, se debe destacar la libertad estructural y la consciencia del artista como alguien que asume diferentes saberes para innovar el suyo. Uzcátegui indica, además, la importancia del carácter contestatario de los decadentes: su visión desacralizada de la modernidad y la búsqueda de un estilo enfermizo que, lejos de generar placer entre los lectores, busque transmitir las afecciones del artista.

El camino literario de los decadentistas estará signado, de ese modo, por un constante cuestionamiento hacia su quehacer artístico. Por ejemplo, Max Nordau en *Degeneración* (1892) y Pompeyo Gener en *Literaturas malsanas* (1894) manifestarán que los escritores decadentes padecen de enfermedades nerviosas asociadas a la locura, las cuales determinan una producción patológica que debería ser prohibida por su fácil propagación entre una juventud sedienta de experimentación:

Los libros que divierten ó [sic] edifican al público que vamos describiendo difunden un curioso perfume, en el cual se pueden distinguir el incienso, el agua de Lubin y el basurero, con predominio alternativo del uno ó [sic] del otro

de estos olores; las simples exhalaciones de cloacas no bastan ya; la poesía fangosa de M. Zola y de sus discípulos en inmundicia literaria se ha quedado atrás y no puede en adelante dirigirse sino á [sic] capas sociales y á [sic] pueblos atrasados; la clase que forma la vanguardia de la civilización se tapa las narices ante las letrinas del naturalismo no atenuado, y no se inclina sobre él con simpatía y curiosidad á [sic] menos que si una hábil canalización ha llevado á [sic] ellas también algún perfume de tocador y de sacristía (Nordau 1902: 24)

La indagación estética, de otra manera, incidirá en el develamiento del lado perverso de la modernidad: la omisión de sujetos distintos como los orates u homosexuales, la instrumentalización de la naturaleza, la ética del trabajo como símbolo de la explotación y la búsqueda de beneficio propio en aras del progreso. Por ello, se erigirán paraísos artificiales que permitan al decadentista construir un espacio propio, donde se haga “(...) uso de la sinestesia, la trasposición de las artes, la introducción de diversas estructuras sintácticas, la experimentación en la rima y (...) neologismos” (Olivares 1980: 59). El aspecto ético, además, se plasma mediante una actitud frente al mundo circundante, donde se perseguirá irrumpir en el *statu quo* y dar cuenta de una sociedad en declive. De esa forma, el decadentismo es un hipograma porque el término subsume una dispersión temática que alude a un conjunto mayor que no puede describir en una sola palabra:

(...) ‘decadentismo’ es una encrucijada en la que se sobreimponen por lo menos tres tramas: la de la ciudad moderna cuyo prototipo es París; el juicio sobre las inevitables ‘Edades de Plata’ de la literatura, acuñado sobre el modelo de la ‘decadencia latina’; y la tradición melancólico- saturnina, que vincula la antigua teoría de los humores con el *daimon* de los desechos de los ideales humanistas, transformados en discontinuidad, instantaneidad, silencio, pluralidad de voces: una retórica, en definitiva, del esplendor de la ruina (Bautista 2006b: 205)

Los poetas, como Jules Laforgue, dan cuenta de un estado imposible de aprehender en su totalidad; justamente, esa evanescencia es la que persigue el decadentismo, ese momento supremo antes que la modernidad acabe con las

sombras o efluvios de un cuerpo en descomposición¹⁰. En esta línea, Paul Bourget publica, en 1883, un ensayo sobre Baudelaire llamado *Teoría de la decadencia*, el cual refiere que el decadentista es como la célula enferma de un organismo vivo que debería marchar en armonía; lejos de seguir a las demás células, reafirma su independencia y persecución de desprenderse del resto del cuerpo social, de manera que se regocijan en "(...) todo lo que en la vida y en el arte parece mórbido y artificial a las naturalezas más simples" (2006: 208).

Así, singularizamos el decadentismo como una asunción ética y estética que encumbra el rol del artista como un personaje disjunto de su realidad circundante, quien pugna por mantenerse a resguardo de los influjos industriales y de la imposición burguesa. Además, en el decadentismo se exhibe un marcado gusto por los discursos sobre la enfermedad, en tanto que estos permiten visibilizar la putrefacción del cuerpo y el descubrimiento de males que el hombre todavía no ha podido controlar, de allí que se aborden los males psíquicos para configurar el ideal artístico: el genio enfermo como último rezago de una clase noble agonizante.

1.1.2 El decadentismo en la escena hispanoamericana

En Hispanoamérica, el decadentismo arribó por el intercambio físico (artistas que viajaban a Francia) y simbólico (revistas que aludían a obras europeas). Se considera a Rubén Darío como el iniciador, pese a que Eduardo

¹⁰ El lamento final de Des Esseintes en *A contrapelo* es sintomático porque el personaje parece comprender que su búsqueda refinada de sensibilidad está, desde siempre ya, condenada al fracaso; resulta bastante simbólico el eco de la crisis generalizada porque no es solo la constatación del debacle de su clase sino también de espiritualidad: "Todo se ha terminado; como un maremoto, las olas de la mediocridad humana suben hasta el cielo y van a sepultar el refugio cuyos diques estoy abriendo, muy a pesar mío. ¡Ah! ¡Me falta valor y me duele el alma! ¡Señor, ten piedad de este cristiano que duda, de este incrédulo que quisiera creer, de este galeote de vida que se embarca, en plena noche, solo, bajo un firmamento que ya no iluminan los datos consoladores de la antigua esperanza!" (2016a: 366)

de la Barra, en el prólogo de *Azul* (1888), indica que el poeta no es decadente, aunque repara en que el poeta nicaragüense es capaz de distinguir entre Víctor Hugo como romántico, Théophile Gautier como parnasiano y Paul Verlaine como simbolista y decadente. La salvedad del crítico literario chileno, lejos de condenar el vocablo decadente, atrajo la atención de los jóvenes americanos; asimismo, Darío es calificado como decadentista cuando llega a Buenos Aires (1893) y a Córdoba (1896).

Rubén Darío, adicionalmente, realizó una selección de autores considerados como decadentes en *Los raros* (1896) y "(...) usó el seudónimo 'des Esseintes', el nombre del protagonista del 'breviario de la decadencia' de la novela *À rebours* (1884) de Huysmans" (Olivares 1980: 60). De otro modo, gran parte de los detractores consideraba que los hispanoamericanos se limitaban a trasplantar, sin ninguna originalidad, paradigmas europeos y se les llamaba, de manera despectiva, afrancesados. A su vez, se insistía en las diferencias entre Europa- representada por Francia- y América, en tanto que en el primer espacio primaban el hastío y la desazón, así como la conexión entre la debacle romana y el siglo XIX francés, mientras que el segundo espacio se configuraba como un continente emergente donde la historia era un proceso en ciernes. Tal es el caso de José Enrique Rodó¹¹, quien reprobará el decadentismo por la evasión de la realidad americana y la carencia de un espíritu patriótico en una época donde surgían los estados nacionales en el continente.

¹¹ La visión negativa de Rodó proviene, en gran medida, de la influencia de Clarín, quien veía a los poetas modernistas como faltos de una verdadera sensibilidad. Para mayor información es preciso revisar el artículo "Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó" de Alfonso García Morales (http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/literatura-y-pensamiento-hispanico-de-fin-de-siglo-clarin-y-rodod/html/ba3d20b9-4fbb-444e-94c0-d18d12400f19_32.html)

Años después, el poeta nicaragüense, en 1905, en *Cantos de vida y esperanza*, refiere que debe dirigirse, indefectiblemente, a las muchedumbres, las mismas que terminarán perfilando la emergente cultura de masas en el espacio latinoamericano. Este público anónimo, diverso y de predilección por el consumo acaba incorporando al poeta; efectivamente, Darío transitará entre lo culto y lo popular a través de sus poemas y crónicas, las últimas detentan “(...) imágenes, íconos y mitologías de una modernidad a la que cada vez mayores sectores aspiran” (Montaldo 1994: 282). Hay una doble mirada en torno a los mismos objetos trabajados, así en “Sonatina” el mundo de la nobleza es un espacio decorado de la vieja nobleza, mientras que sus crónicas son formas que dan cuenta de la diplomacia, el lujo y muestran a la nobleza como una burguesía mucho más refinada¹².

Existe también una redefinición de los códigos de escritura, de allí que el periodismo reconfigure el decir público y genere un nuevo vínculo entre escritores y sujetos que recién se alfabetizaban; asimismo, el periodismo ingresa a las esferas privadas y busca reconfigurar los hábitos a través de los anuncios publicitarios. Por ejemplo, “(...) los anuncios ligados al ocio, al lujo, ponen especial énfasis en diferenciarse de la cotidianeidad de las palabras; los perfumes (...) llevan nombres como ‘Secreto de amor’, ‘Efluvios de la pagoda’, ‘El beso del emir’” (Montaldo 1994: 285) que contienen el rechazo a lo vulgar y visibilizaban la erotización traducida en la irrupción de lo público en lo privado.

¹² Este aura refinada se enlaza con el modernismo porque ya no se detiene en la enfermedad o en la putrefacción del cuerpo propios del decadentismo, sino en un espíritu aristocrático que retoma los imaginarios clásicos y orientales; el narrador del cuento “Carta del país azul (paisajes de un cerebro)” menciona “Amo la belleza, gusto del desnudo; de las ninfas de los bosques, blancas y gallardas; de Venus en su concha y de Diana, la virgen cazadora de carne divina (...) Adorador de los viejos dioses, y ciudadanos de los viejos tiempos” (Darío 2016: 80).

Los artistas se protegen mediante una serie de seudónimos donde se muestra “(...) esa experiencia angustiante del terror ante el asalto a la fortaleza letrada” (Montaldo 1994: 287), de manera que se utilizan títulos nobiliarios (condes, marquesas, duques, entre otros) para ocultar la identidad autoral, la misma que se halle en una zona intermedia entre lo culto y lo popular¹³.

El autor de *Ariel*, además, sindicaba al decadentismo como gongórico por sus complicados giros lingüísticos, en los cuales “(...) la pobreza de contenido se encubría con sutilezas verbales y un virtuosismo formalista” (Phillips, 1977, p. 231). El aspecto lingüístico será cuestionado, asimismo, porque el castellano es reemplazado por un léxico donde se incluían términos extranjerizantes, de allí que Leopoldo Alas designara la escritura de Enrique Gómez Carrillo como “español-parisién” (Olivares, 1980, p. 65). Ante esta postura, se opondrá la que enarbolaba el decadentismo como trascendencia de lo meramente humano (las limitaciones del lenguaje y la pertenencia a una nación determinada) y la introspección en la belleza. Ello se ejemplifica con las aseveraciones del ensayista venezolano Pedro Emilio Coll quien, en su artículo denominado “Decadentismo y americanismo”, valora la literatura y el arte foráneos porque potencian y agudizan los sentidos para aprehender la belleza. Ello causó controversia porque se gestaba una oposición entre los que se pretendían nacionales (defensa de una literatura auténtica) y los cosmopolitas (aspiración a lo universal).

¹³ Los casos de artistas que se adjudican títulos nobiliarios son vastos en la escena latinoamericana, basta pensar que Rubén Darío firmaba como Des Esseintes, quien era un duque, y que Abraham Valdelomar, pese a su origen provincial, se hacía llamar el Conde de Lemos.

Otro punto controversial corresponde a los tópicos decadentes, pues las alusiones satánicas¹⁴, la complacencia en mostrar lo obscuro y lo horripilante se perfilaba como simple afán de pose literaria. Se ignoraba, en tal forma, que la persecución buscaba develar los espacios de ensueño o los laberintos cenagosos de la enfermedad a través de las letras. La producción escritural era “(...) una literatura amoral y enfermiza cultivada por hombres enviciados y entregados a perversiones o aberraciones de orden patológico sino a la capacidad del artista de extraer belleza (Phillips 1977: 232).

La elección temática, las mezclas del lenguaje y el uso de figuras retóricas nuevas configuran un arte moderno y adscrito al mundo antes que a una nación definida. El calificativo “afrancesamiento” pretendía omitir que entre América y Europa existían vínculos culturales, los cuales se afianzaban porque el intelecto y el arte carecen de limitaciones territoriales. Por eso, Manuel Gutiérrez Nájera, en defensa de la *Revista Azul*, recalcará el espíritu moderno de los creadores y la búsqueda de nuevas expresiones que la vida moderna demandaba, así como la libertad del creador al plasmar formas y temas.

La ensayista argentina Sylvia Molloy sostiene, en *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*, que el influjo de Nordau y Lombroso

¹⁴ La visión de Isidore Ducasse, por ejemplo, es aleccionadora respecto a la imagen de la divinidad en crisis, la misma que evidentemente resulta escandalosa para los latinoamericanos que todavía se hallaban inmersos en un medio donde imperaba la religión católica: “No habiendo encontrado lo que buscaba, levanté mis párpados azorados más arriba, aún más arriba, hasta que percibí un trono formado de excrementos humanos y de oro, desde el cual ejercía el poder con orgullo idiota, el cuerpo envuelto con un sudario hecho con sábanas sin lavar de hospital, aquel que se denomina a sí mismo el Creador. Tenía en la mano el tronco podrido de un hombre y lo llevaba alternativamente de los ojos a la nariz; una vez en la boca, puede adivinarse qué hacía. Sumergía sus pies en una vasta charca de sangre en ebullición, en cuya superficie aparecían bruscamente, como tenias a través del contenido de un orinal, dos o tres cabezas medrosas que se volvían a hundir con la velocidad de una flecha (...)” (2014: 120). El creador es la síntesis de lo putrefacto y cruel; es más, propina un puntapié cuando los condenados se asoman a respirar y engulle a los atrapados en el nauseabundo líquido donde posan sus pies.

modelizó “(...) lo que uno podría denominar el doble discurso del *modernismo*, en el que la decadencia aparece *a la vez* como progresiva y regresiva, como regeneradora y degeneradora, como buena e insalubre” (2012: 26). Este doble discurso que subyace al modernismo se ampara en que los escritores siguen la abulia, la apatía y la decadencia europea no por declarar una nación en ocaso sino por insertarse en la modernidad: ser moderno significaba estar a la par que Europa. Por ello, varios artistas participan de una dinámica contradictoria donde se sumergen en las poses decadentistas de Huysmans y Wilde, por ejemplo, pero critican, a su vez, las conductas afeminadas o las supuestas afecciones mentales que el discurso médico busca sancionar.

Por ende, “El modernismo latinoamericano apoya por un lado la celebración decadentista del cuerpo como locus de deseo y placer y, por otro, ve ese cuerpo como lugar de lo perverso” (2012: 27), de manera que- a decir de Molloy- los latinoamericanos distan de esa perversidad, la misma que les atrae pero muestran repulsión y resistencia ante las conductas no normadas heterosexualmente. Tal es el caso de *Buenos Aires, la ribera y los prostíbulos* (1880) de Adolfo Batiz, quien exalta la belleza de las mujeres, el saber literario francés y los paisajes modernistas, pero condena e iguala las prácticas homosexuales, la pederastia y la prostitución como signos de decadencia moral y social; justamente, estos signos no son argentinos, sino que provienen del extranjero y corrompen a la juventud. En consonancia con ello, Rubén Darío y José Martí describirán a Oscar Wilde en dos planos: se valora su poesía y se exalta el gesto de rebeldía, pero se condena la homosexualidad y las maneras afeminadas que exhibe el inglés; inclusive, Darío dudará de las relaciones amorosas entre Rimbaud y Verlaine porque las coloca como propias de la

ficción y en pos de reivindicar la imagen transgresora de los vates. Dichos gestos revelan una toma de posición del intelectual latinoamericano de fines de siglo, donde se alaba el arte y se condena la homosexualidad porque esta representa un peligro para la nación y el cuestionamiento de los propios poetas en cuanto a su elección sexual:

Esta reacción no estaba tan lejos de cierta lectura de la literatura finisecular que se hizo en la época misma, aquella lectura que veía la pose como etapa pasajera correspondiente a un primer modernismo de evasión, distinto de un segundo modernismo americanista, el que era “de veras”. Fue esa, por ejemplo, la lectura de Max Henríquez Ureña. A propósito de las “Palabras liminares” de Darío a *Prosas profanas*, escribe: ‘Rubén asume una *pose*, no siempre de buen gusto: habla de su espíritu aristocrático y de sus manos de marqués (...). Todo esto es *pose* que desaparecerá más tarde, cuando Darío asuma la voz del Continente y sea el intérprete de sus inquietudes e ideales (Molloy 2012: 42)

La pose, gesto de histrionismo y derroche que da cuenta de un espacio oscilante entre lo masculino y lo no masculino, se condena porque su sola manifestación remueve las bases de la modernidad; Molloy detecta en el alegato seguido contra Oscar Wilde la existencia de una doble apreciación: se sospecha del poeta porque posa como algo que no se señala explícitamente, pero admitir que existen las poses es destruir ese algo que podría ser: “(...) la pose dice que se es algo, pero decir que se es ese algo es posar, o sea, no serlo” (2012: 49). Esta indeterminación demuestra el *status* político de estas autodenominadas poses en el contexto del siglo XIX: no son hechos aislados y que se limiten al mero arte porque alteran el orden heterosexual de las naciones, demuestran los márgenes que se han querido invisibilizar y obligan a volver la cara sobre la otra realidad que no se incluye en la construcción de los estados.

Al respecto, José Ingenieros, citado por Molloy, refiere: “La función social de la medicina debiera ser la defensa biológica de la especie humana, orientada con fines selectivos, tendiendo a la conservación de los caracteres superiores de la especie y a la extinción agradable de los incurables y los degenerados” (2012: 54), de manera que la futura ciudadanía no presentaría las taras de sus antepasados. Sin embargo, en este médico se aprecia la frontalidad que impregnó el decadentismo: Ingenieros no solo buscaría la asepsia social, sino que sería frecuentador de clubes modernistas y asumiría poses (indumentaria extravagante, por ejemplo) impropias de su respectiva profesión. También, sostenía que había fundado el grupo La Syringa junto a Rubén Darío donde se dedicaban a disertar sobre poesía y sátira, aunque- en su perspectiva- no podía entregarse a la bohemia completamente porque las exigencias familiares y los imperativos del estudio lo convertían en un “(...) animal de labor” (2012: 70) que solo podía aprovechar sus pocas horas de ocio para entregarse a la literatura.

En los escritores decadentes hispanoamericanos, entonces, las fronteras conceptuales se complejizan aún más, no solo por la importancia que adquiere la figura de Rubén Darío, sino por los remilgos propios de las nuevas naciones latinoamericanas, en tanto que es más problemático representar las escenas que muchos decadentes franceses evocaban: las imágenes infectas de un dios perverso, las escenas de bestialismo, las conductas homoeróticas y la irrupción de las filias. Pese a esto, como veremos en el siguiente apartado, sí hubo un marcado interés por develar el lado mórbido.

1.1.3 El decadentismo en la escena peruana: el caso de Clemente

Palma

En el ámbito peruano, la materialización del decadentismo corresponderá al arribo del modernismo. Luis Alberto Sánchez, en el cuarto tomo de *La literatura peruana: derrotero para una historia cultural del Perú*, manifiesta que el modernismo no se debe concebir como una escuela sino- siguiendo al vate hispano Juan Ramón Jiménez- como un movimiento que agrupa acentos distintos. El iniciador es Rubén Darío, quien predica el modernismo a través de sus continuos viajes y su labor periodística, aunque el movimiento llegará tardíamente a Perú porque el país se hallaba en proceso de reconstrucción moral y material después de la guerra con Chile (1879- 1883).

Sánchez resalta la figura de José Santos Chocano como la más importante para la escena literaria modernista; no obstante, Chocano no buscó indagar en la subjetividad del artista ni problematizó la relación entre el poeta y la masa, pues fue un vate grandilocuente, de aliento épico y que representaba paisajes coloridos: buscaba ser el caudillo de su generación. A la sombra de Chocano se hallarán grupos literarios, de los cuales destaca el cenáculo Pablo de Olavide conformado por José de la Riva Agüero, Clemente Palma, José Fiansón, entre otros.

Aunque Chocano, ante la difusión de *Los raros* en 1888, criticaba la postura de Darío porque no indagaba en lo americano, existió una comunicación internacional fluida entre los modernistas, quienes reivindicaban su condición cosmopolita frente a los proyectos nacionales de cada país: Manuel Gutiérrez Nájera con *La Revista Azul* en México invitaba a sus pares latinoamericanos y europeos, mientras que Darío difundía las más recientes

obras de Francia entre las nuevas generaciones americanas. Sería pertinente destacar que el carácter internacional del modernismo obedecía a la universalidad que se le asigna al arte.

Los modernistas peruanos, empero, no calzan en los modelos europeos ni son imitadores de estos en plenitud: “Palma se escapa a veces por el cauce de una prosa melodiosa, imitación de *Azul*” (Sánchez 1981: 1112), es decir, conjugaba la armonía de la palabra con temas escabrosos como el bestialismo (“El príncipe alacrán”) o la maldad natural del hombre (“Los canastos”)¹⁵. Otro caso representativo es el de los modernistas provenientes de la academia letrada como Ventura García Calderón, José de la Riva Agüero y Víctor Andrés Belaúnde, quienes fueron calificados como arielistas y exaltaron, pese a sus pretensiones cosmopolitas, el vínculo entre España como madre patria y cuna original del Perú.

Sánchez divide la producción modernista y, respecto al tema que nos compete, enfatiza el cuento por su carácter moderno (renovación de forma y tema) en contraste con la tradición romántica anterior (fin moralizante) la naturalista (análisis científico de la realidad social), así como por agrupar a nuestros primeros cuentistas (período de 1904 a 1912). Clemente Palma es, entonces, un cuentista capital para el historiador peruano porque es uno de los primeros en insertar el horror en la literatura (“El príncipe alacrán”) y su inclinación por lo exótico trasciende lo estipulado por figuras como Edgar Allan Poe, E.T.A Hoffmann y Joris- Karl Huysmans, en tanto que no existe plena

¹⁵ En el caso de Clemente Palma parece existir una afiliación con las expresiones máximas de la literatura gótica; por ejemplo, *Melmoth, el errabundo* de Charles Maturin, en 1820, y *El monje* de Lewis (1796) condensan una visión ajena de sujetos residuales (curas, caballeros), quienes se insertan en un espacio no ciudadano. Para conocer mayor información sobre la influencia de autores y las prácticas culturales de cada etapa sería pertinente revisar *El horror en la literatura* de Howard Phillips Lovecraft, pues nos ofrece un panorama más amplio del género.

conciencia para diferenciar el ensueño de lo real y, además, las historias reflejan los recovecos más perversos del alma humana. Sánchez, inclusive, afirma que Palma engarza lo poético y lo diabólico, por lo que su aporte a la tradición fantástica americana y peruana es invaluable.

En ese sentido, Ricardo Sumalavia, en el prólogo a la narrativa completa de Clemente Palma, incide en el debate de fines del siglo XIX, donde el modernismo es apreciado como una moda pasajera por un sector de la crítica (verbigracia, José Carlos Mariátegui y José de la Riva Agüero) o como un movimiento artístico que no se puede definir ni categorizar porque no existe la suficiente distancia objetiva (Clemente Palma y Ventura García Calderón, por ejemplo). También, repara en el afrancesamiento que experimentaron las letras peruanas porque se imitó la producción de Charles Baudelaire, Paul Verlaine y Joris- Karl Huysmans. Cabe destacar que el influjo de Edgar Allan Poe también desempeñará un rol fundamental:

Porque esta voluntad nihilista extraeuropea cae sobre el fértil terreno de una Europa en la que empieza a aflorar violentamente el cansancio por la historia. Porque, para decirlo de una vez, la verdadera palabra que Poe lanza sobre Europa es en general la de destrucción, y específicamente la de aniquilación de la historia, aniquilación de Europa, términos similares para el hombre occidental" (Murena 2006: 26)

El panorama decadente europeo se ve alimentado por la obra de Poe, quien demuestra las patologías psíquicas, la falta de grandes ideales, la imposibilidad del amor y los nervios enfermizos de los que pueden ser presas las personas. Ello, a pesar de ser un terreno relativamente joven y que había cumplido el primer centenario de su independencia, será asimilado por Latinoamérica.

Menciona, en ese tono, la dificultad de establecer una concepción acerca del modernismo porque este no se limita a ser una escuela regida por Rubén Darío, ya que aparece en diversas etapas y junta el decadentismo, el simbolismo, el discurso naturalista, entre otros. Lo que sí se puede extender al modernismo es la certeza de una crisis finisecular entre los artistas, los mismos que dan cuenta de estas a través de la sublimación o la exploración de la enfermedad; sin embargo, su relevancia no ha sido apreciada con la justicia debida. Inclusive, pensadores como José Carlos Mariátegui y José de la Riva-Agüero referirán que es una escuela foránea y acorde a la moda, no buscarán profundizar en las manifestaciones.

Los cuentos de Palma conservan el lirismo, los referentes mitológicos y la sugerencia de la prédica modernista, se entrelazan con aspectos pseudocientíficos y la persecución suprema de la belleza, así esta acarree la muerte. Igualmente, “En un pasaje del cuento ‘Un paseo extraño’ se nos muestra, igualmente, la preocupación de Palma por desarrollar un ambiente cargado y siniestro, en el cual la descripción exhibe un universo grotesco que convive con lo cotidiano” (2006: 23) para mostrar el reverso oscuro de la modernidad, con lo cual Palma evidencia que no solo le interesa el modo de expresión sino, sobre todo, la anécdota: sus cuentos contienen eventos que obligan al lector a trazar una continuidad entre el amor y la muerte, el deseo y lo abyecto, el cristianismo y el satanismo, entre otros.

Sumalavia, también, realiza un breve recuento acerca de la recepción crítica del modernismo, de allí que aluda a Washington Delgado, quien asevera, en *Historia de la literatura republicana (Nuevo carácter de la literatura independiente)*, que los iniciadores del modernismo peruano son Ricardo

Palma, Manuel González Prada y José Santos Chocano, y que existen tres etapas. La primera se caracteriza por el hálito exotista y la grandilocuencia épica de Chocano; la segunda se constituye como el momento de plenitud que conjuga a los arielistas (liderados por Riva Agüero), los cuales se caracterizaban por su afiliación hacia lo español, y a los colónidas, los cuales se organizan bajo la égida de Abraham Valdelomar y representan la vida en provincia (costumbres y naturaleza); la tercera etapa es la final y refiere la disgregación del grupo Colónida entre aquellos que optaron por la vía social y los que apostaron por la subjetividad individual. Delgado, según Sumalavia, clasifica a Ventura García Calderón como un arielista en sus inicios y a Clemente Palma como un autor que no se puede clasificar en la división que establece¹⁶.

Alberto Escobar, en *La narración en el Perú*, resalta el modernismo como un momento de renovación estética donde se conjuga lo coloquial y la belleza a través de la disipación de las fronteras entre la realidad y la fantasía. Según Gabriela Mora, tanto Alberto Escobar como el crítico chileno Castro Arenas aseveran que el modernismo no caló en el Perú y no hubo representantes destacables, ello quizá por la exacerbación del nacionalismo luego de la derrota con Chile; adicionalmente, Castro Arenas valora positivamente que la producción literaria peruana no haya transitado por "(...) irreales latitudes de ensueño retórico" (2000: 61), por lo que Mora disiente y

¹⁶ Octavio Espinoza comenta sobre *Cuentos malévolos* en 1904, año de la primera edición, y menciona que es una valiosa imitación de cuentistas clásicos como Poe, Hoffmann y Maupassant, de manera que lo ubica como un narrador alejado de la realidad peruana y vinculado al espacio extranjero por, probablemente, su estancia fuera del Perú al momento de escribir el libro: "Para muchos Palma es un epígono, un destacado imitador de maestros extranjeros. Bajo ese patrón se han visto en la necesidad de rastrear a los maestros foráneos sin ahondar demasiado en sus propios hallazgos o afirmaciones y despreciando el examen y análisis de los textos narrativos de nuestro autor" (Sánchez 2016: 25)

expresa que el modernismo no se traduce en evasión sino, más bien, es una respuesta ante “(...) los avances de la ciencia, la industria y la técnica, movidos por la burguesía capitalista en el poder” (2000: 61). Para contrarrestar la industrialización y la instauración del discurso científico como norma de organización del mundo, se erige la figura de Satán como signo de lo perverso, las bajas pasiones humanas, la reafirmación del egoísmo y el esoterismo. Mora indica que los románticos y decadentes se valen de esta encarnación del mal como forma de vulnerar los ideales de la burguesía.

José Miguel Oviedo, en la introducción a *Antología crítica del cuento hispanoamericano (1830- 1920)*, indica que Clemente Palma es postmodernista, en el sentido que ya no pertenece a una élite intelectual que preconiza la belleza a través de la musicalidad y una prosa delicada- los arielistas como modernistas-, sino que, aunque busca riqueza verbal, se detiene en el ocultismo, las prácticas mágicas y las perversiones. Con las dos ediciones de *Cuentos malévolos* (1904 y la ampliación en 1913) complejiza los postulados modernistas y “(...) la libertad de creación le(s) permitía crear y recrear sus propios espacios” (Sumalavia 2006: 19). Como idea adicional, Palma no solo buscaba renovar las formas literarias, tal como los modernistas que perseguían la musicalidad del verso y la sonoridad de la palabra), sino el contenido temático.

En la misma línea, Gabriela Mora realiza un recuento de la polaridad existente en torno a la producción de Clemente Palma: Ventura García Calderón consideraba que este representaba la nueva literatura peruana, en contraste con Alberto Escobar que omite la presencia de este autor en la revisión que realiza; dicha polaridad parece permanecer a lo largo del siglo XX

porque un estudioso como Ricargo González Vigil minimiza su aporte, mientras que especialistas extranjeros como Nancy Carter rescatan la renovación que supuso. Acorde a la tendencia que revaloriza al autor, Mora repara en que Clemente Palma construye una narrativa imbricada con las teorías médicas de la época:

Palma está bien enterado de cómo la medicina legal de su tiempo relacionó estos fenómenos sociales con el crimen, citando a autoridades como Tardieu, Lombroso, Despina, que estudian casos que demuestran que, en la vida real, ciertas acciones superan el horror de las que Huysman representó en su novela. La lectura de este escritor, sin duda influyó en la creación de algunos relatos del autor (...) (2000: 39)

Por eso, escribe sobre temas vinculados a la teoría de degeneración: las relaciones incestuosas, el vampirismo, las amadas muertas, el sexo, el satanismo y la crueldad innata del hombre, aunque mantiene, sin embargo, una posición conservadora en torno a la figura de la mujer: la figura ideal femenina representa la pasividad frente al ser masculino que debe ser activo y dominante, pero también repara en que su época está marcada por una masculinidad en permanente crisis:

Inspirado en el modelo biológico de la naturaleza, este concepto contribuyó crucialmente a fomentar la atmósfera de pesimismo que vivió la Europa a fines del siglo XIX, convencida de que vivía la etapa de declinación final, después de su grandeza, sentimiento que recogió también de la llamada literatura decadentista (2000: 47)

Así, los espacios y sujetos palmianos se ubican en contradicción permanente: existe cierta atracción por la androginia al sustraer la belleza física de las féminas, pero también se rechaza esta. Mora prioriza dos ensayos de Palma: *Excursión literaria* (1895) y *Filosofía y arte* (1897), en la medida que ambos permiten establecer los puntos que reconstruyen el pensamiento autorial, así determina el legado de Huysmans a través del satanismo y la construcción de personajes mórbidos; admira a Zola y lo critica por anteponer

la ciencia al arte; evidencia haber leído *Degeneración* de Max Nordau, con lo que es consciente de la noción del artista como anormal que estriba el médico; y recupera a Julián del Casal como poeta del siglo. Asimismo, pese a que no formule su idea de belleza, se desprende lo siguiente:

De lo que no hay duda, es que Palma al reflexionar sobre lo bello y lo útil, se coloca resolutamente del lado 'moderno' y proclama el desinterés del arte, contrario al interesado y práctico de la ciencia y la religión. Asociando luego el objeto 'perfecto' con la finalidad a que está destinado (por ejemplo un reloj es perfecto si no falla en su propósito de dar la hora apropiada, pero eso no lo hace hermoso), Palma también descarta la perfección como definidora de lo bello. En resumidas cuentas, lo bello para él, no es necesariamente lo bueno, lo perfecto o lo verdadero, con lo que deja la puerta abierta para considerar los opuestos de estos términos, como idóneos ingredientes para construir belleza (2000: 51)

Cuando aborda la tesis de Bachiller de Palma (*El porvenir de las razas en el Perú*, 1897) resalta que la mirada eugenésica (limpieza étnica a través del mestizaje) y la creencia de la superioridad de la raza blanca forman parte del sistema de pensamiento de la época, por lo que condenar al autor por este escrito es ignorar que este también critica a los descendientes de españoles, a quienes llama débiles.¹⁷ En el cuento "Parábola", rastrea que el protagonista es "(...) un típico héroe decadente por su naturaleza enfermiza, y la sugerencia de su atracción al amor teñido de cierta perversidad" (2000: 66). Precisamente, el decadentismo prioriza la figura de Lucifer porque este representa el retorno a la magia y el esoterismo; en tal medida, los poetas buscan refugiarse en la concepción del mal reformulada a partir del influjo de John Milton en *El paraíso*

¹⁷ Las tesis raciales no eran ajenas a los intelectuales de tal época; basta recordar que José Carlos Mariátegui, en *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), afirma "El chino, en suma, no transfiere al mestizo ni su disciplina moral, ni su tradición cultural y filosófica, ni su habilidad de agricultor y artesano. Un idioma inasequible, la calidad del inmigrante y el desprecio hereditario que por él siente el criollo, se interponen entre su cultura y el medio. El aporte del negro, venido como esclavo, casi como mercadería, aparece más nulo y negativo aún. El negro trajo su sensualidad, su superstición, su primitivismo. No estaba en condiciones de contribuir a la creación de una cultura, sino más bien de estorbarla con el crudo y viviente influjo de su barbarie. El prejuicio de las razas ha decaído; pero la noción de las diferencias y desigualdades en la evolución de los pueblos se ha ensanchado y enriquecido, en virtud del progreso de la sociología y la historia" (2007 :288).

perdido, donde el demonio se convierte en un rebelde romántico, y de Huysmans en *Allá lejos*, novela que indaga en el satanismo y la pedofilia en el espacio francés. Con esto, Palma modula narraciones como “El hijo pródigo” y “El quinto evangelio” porque asistimos a la configuración de un héroe que se deleita en causar el mal, así como la existencia de temáticas vinculadas a “(...) la carne, el deseo, la pasión y la curiosidad” (Mora 2000: 68); igualmente, la promesa del paraíso cristiano se difumina bajo la figura de Satán: no hay esperanza alguna para la salvación de la humanidad, el orbe se inclina ante el pecado original y reconocen en Lucifer a un líder y modelo, mientras que Cristo es el signo de lo endeble e ignaro. Esto último porque la divinidad ha perdido la confianza del ser humano, la fe ha muerto y los cuentos de Palma dan cuenta de esta crisis religiosa.

Para Mora, pese a no poseer certezas, Palma posiblemente haya leído los escritos de Nietzsche porque el filósofo alemán enarbola la figura del diablo como contraria a los valores burgueses y coloca al mal como parte insustituible del hombre; es más, no solo la producción filosófica y la literaria apuntalan la secularización del mundo, pues la óptica médica y la psicológica reparan en que la locura, el mal y el descreimiento no son factores externos, sino que reposan en la psicología del artista.

La figura de la mujer también es un tópico constante en este tipo de escritura, pero no para recrear el deber ser del ángel del hogar, porque, en el contexto del siglo XIX, irrumpe un doble discurso en torno a la femineidad: la amada muerta, aquella enferma mujer, débil, presa de un amor malsano y en comunión con una enfermedad extraña que termina arrancándola del seno de la vida cuando joven y enamorada; y la toma de conciencia de la potencia

sexual de la fémina, lo cual implica un juicio que adjudica diferentes perversiones a las mujeres (la crueldad, la inconstancia, la lujuria, el sadismo, entre otros):

El surgimiento de la Mujer Nueva, el reclamo de sus derechos, su entrada en la fuerza laboral (hablo de clase media porque la campesina y la obrera ya lo hacían desde hace tiempo), y su mayor educación, refuerzan la milenaria misoginia, ahora teñida con una intensidad reveladora de temores ocultos. La modernidad habr a destruido la seguridad del sujeto humanista masculino (...) y, junto con ella, el ideogema de la mujer "pura", " ngel del hogar", "asexuada" (2000: 85)

La destrucción de esta imagen se materializa en "Una historia vulgar" (1904), donde el narrador es un joven médico enamorado de una muchacha rubia de ojos azules, a la cual profesa respeto y ternura, además que visita frecuentemente al padre ciego de esta; sin embargo, decide separarse al encontrarla en relaciones malsanas con sus primos menores de edad y acaba suicidándose producto del engaño; para el narrador, las mujeres todas albergan el pecado y precipitan la caída del varón. En nuestro caso, destacamos cómo el ideal femenino de fines de siglo (mujeres pálidas, rubias, jóvenes y virginales) colisiona con las prácticas de la fémina que anula el horizonte de expectativas del hombre (un matrimonio feliz y puro). Mora incide, además, que Palma se vale del discurso científico con intenciones de parodiar este:

La presencia de médicos, o estudiantes de medicina, como sucede en este relato, no es nueva. Se da en 'Una historia vulgar' como vimos, y aparecer a en 'Vampiras' y 'Mors ex vita'. Por otro lado, la alusión a enfermedades, (sic) es frecuente. En 'Idealismos' se habla de 'aguda neurastenia', de 'clorosis invencible' y de 'nervios enfermos' que afligen a Luty. Recién vimos que Jym de 'Los ojos de Lina' sufre de histeria. Todas estas enfermedades son típicas en las representaciones de los decadentes que acicateados por los descubrimientos de la psiquiatría, otorgan un papel preponderante al sistema nervioso, como expuso Palma en sus ensayos (2000: 95- 96)

La estudiosa chilena ubica "Un paseo extraño" como un cuento que parodia los viajes, el discurso científico y la idealización del héroe porque el

personaje Feliciano se sumerge en un trayecto por las alcantarillas; del relato, evidencia la presencia de Des Esseintes como modelo porque este también emprende “un viaje” sentado tan solo en una silla y sin marchar a algún punto en específico. También, la visión de un perro pudriéndose busca crear asco y horror, al igual que la cópula de dos escuerzos, a los cuales el personaje patea sin lograr separarlos. “De manera similar a la que se hace en ‘Leyendas de hachisch’ y como una llamada científica de advertencia, el texto recuerda que en los reinos animal y humano, la lucha entre la vida y la muerte es encarnizada, como preconizaban las teorías de Darwin” (2000: 99), ello mediante la representación de seres monstruosos que despiertan el asco.

En sintonía con la exaltación del asco, Palma hace uso de un tópico de época: el uso de estupefacientes, tal como se halla en *Los paraísos artificiales* (1860) de Baudelaire y *Confesiones de un opiómano inglés* (1821) de Thomas de Quincey, pues drogas como el opio y la morfina eran prescritas por los médicos y terminaban generando adicciones. Cuentos como “La granja blanca” y “Mors ex vita” se valen de un hombre que se droga por haber perdido a su amada, la cual había fallecido producto de una enfermedad proveniente desde su nacimiento.

Estas mujeres suelen acercarse a los tópicos vampíricos porque encarnan el desborde del lado reprimido de lo sexual: el deseo y el temor por ellas que pueden atentar contra la vida del hombre. También aparecen las enfermedades venéreas como motivo recurrente, ya sea en decadentistas y naturalistas; así, en “Leyendas de hachischs” la droga sirve “(...) para descorder el velo que ocultaba a la sífilis, la enfermedad símbolo del fin de siglo y de la literatura decadentista” (2000: 107). El mal se hace presente en el cuerpo de la

amada muerta: Leticia, quien fallece por las continuas prácticas sexuales que afectan su delicado cuerpo calificado como “virginal”, “anémico” e “infantil”, a modo de los cuadros prerrafaelitas; el esposo de esta consume hachischs para olvidarla y experimenta tres visiones: un bosque lleno de floraciones anómalas- semejantes, a decir de Mora, a las que contempla Des Esseintes en sus pesadillas cuando enferma - donde aprecia el rostro de su mujer como la Reina de la sífilis: “(...) primera: Leticia pudo haber muerto de sífilis; segunda: el narrador tiene miedo a la enfermedad; tercera: el narrador teme a la mujer y al sexo” (2000: 110), las dos primeras posibilidades se amparan en que se solía atribuir la responsabilidad de las infecciones venéreas a las féminas, mientras que la tercera se relaciona con la segunda leyenda: el narrador adquiere fuerzas inconmensurables que parecen esbozar un anhelo de fortaleza del que se descubre carente en la primera ensoñación. Por eso, la tercera leyenda señala un paisaje en regeneración donde es guiado por Afrodita y se siente atraído por hermosas mujeres delgadas y rubias que son asexuales; Afrodita lo reconviene por la atracción hacia estas y él sugiere, al despertar, luego del ascenso triunfante de la diosa, la equivalencia con el rostro de la difunta Leticia. Para Mora, la permanencia de Leticia se convierte en una negativización del ímpetu sexual porque representa el triunfo de la sífilis; a su vez, la valoración positiva de las asexuadas, a quienes se les despoja de sensualidad, se imbrica con un deseo homoerótico presente en el cuento “El príncipe alacrán”.

En la narración indicada, el gemelo Macario, hermano de Feliciano que protagoniza “Un paseo extraño”, experimenta una crisis de identidad por la igualdad que guarda con su hermano y, para librarse de ello, se sume en su único vicio: inyectarse morfina. Poco tiempo después de haberse sumergido en

su ensoñación, aparece un séquito de alacranes, los cuales reclaman por la muerte de su rey, a quien Macario momentos antes aplastó, dispuestos a matarlo: “La connotación sexual de los verbos *devorar*, *hundir*, *penetrar*, sugieren a mi juicio, un deseo homosexual, reprimido con temor en el personaje, sacado a la luz por la droga” (2000: 117). El personaje implora por su vida y la reina alacrán le refiere que la única manera de salvarse es copulando con ella; nuevamente, apunta Mora, se mezclan Eros y Thanatos porque él acepta, pese al asco y el horror, la cópula y compara, simbólicamente, su tamaño con el de un muchacho. La especialista afirma que en este encuentro con un ser híbrido subyace un deseo homoerótico que intensifica la crisis de la masculinidad ante el fervor sexual de la mujer.

Moisés Sánchez Franco, en *Historia del mal. Representación de los personajes en Historietas malignas de Clemente Palma*, realiza una revisión a rededor de la crítica sobre este autor. Así detecta que contemporáneos de Palma como Enrique López Albújar y Octavio Espinoza consideraban sus cuentos como meras imitaciones de la narrativa europea; también, Albújar condena el evasimismo y la pose que se destilan de las narraciones palmianas porque estas contrarrestan el espíritu nacional joven y viril. Con similar espíritu crítico al de Albújar, Carlos Eduardo Zavaleta señala que, a pesar de ser Palma el iniciador de la prosa breve en el país, se la ha sobrevalorado por su origen familiar (ser hijo de Ricardo Palma) y lo condena por el rechazo a César Vallejo cuando este le presentó su poemario:

Las opiniones sesgadas y descontextualizadas de Zavaleta están acordes con la postura de Ricardo González Vigil en *El cuento peruano hasta 1919* (1992), quien también sostiene que Palma ha sido sobreestimado por la crítica por haber sido hijo del ilustre Ricardo Palma y por haber recibido el prólogo de

Unamuno. González Vigil también cuestiona la idea de pensar a Palma como el escritor inaugural del género fantástico en nuestras letras (2016: 35)

A diferencia de esto, Ventura García Calderón, en *Del romanticismo al modernismo: prosistas y poetas peruanos (1910)*, ubica a Clemente Palma como parte de los escritores modernos del país, aunque sin calificarlo de modernista, y no crítica la huella de los escritores franceses, sino que exalta “(...) el negro pesimismo (...), el carácter fantástico e irreal de sus textos y su nostalgia elegante. En cuanto a las influencias, señala la huella de Poe, pero (...) destaca la impronta de los escritores decadentes, como Villiers de L’Isle Adam y Huysmans” (2016: 25). Después, Augusto Tamayo Vargas, en *Literatura peruana*, coloca al director de *Prisma* como fundador del cuento en el Perú, rasgo que proviene del norteamericano Edgar Allan Poe, y afirma que *Cuentos malévolos* es su obra más representativa, aunque precisa que su producción es heterogénea porque existen ambientes exotistas en los cuentos y un “(...) dejo criollo” (2016: 32) en las crónicas.

Por su parte, Donald Yates, en un estudio concentrado en la novela XYZ, indica que es Palma quien marcará el nuevo camino de las letras latinoamericanas: la fantasía que se entrelaza con la religión, la filosofía y la ciencia, la misma que, anuncia el investigador hispanoamericano, interesará a Jorge Luis Borges. Alberto Escobar, en una línea similar, rescata el esoterismo, los cambios de finales, su tono burlón y la conciencia de buscar cambiar el léxico local: “(...) es el uso de las formas pronominales españolas para el acusativo (*le* para el masculino y *la* para el femenino con sus respectivos plurales) en contra del uso peruano del momento de dichos vocablos (*lo* para el masculino y *la* para el femenino)” (2016: 48- 49).

Justamente, Mario Castro Arenas refiere que Ricardo Palma mira hacia el pasado, mientras que Clemente se proyecta hacia el futuro a través de lo fantástico: existe un movimiento paradójico que consiste en el engarce con la narrativa finisecular en declive y el de un nuevo impulso modernista. José Gálvez ratifica el imaginario fantástico mediante los fantasmas, vampiros, entre otros; empero, el primero en detectar el rastro fantástico fue José de la Riva-Agüero, quien señala a Clemente Palma como una promesa literaria deudora de Hoffman y Poe, aunque, en un artículo publicado en París en 1910, aseverará que este abandonó la literatura para abocarse a las notas políticas. Después, Harry Belevan, Juana Martínez Gómez y César Toro Montalvo repararán, también, en el componente fantástico como un punto de inflexión en la tradición literaria peruana: Palma vuelve a ser el iniciador de un movimiento que renueva las bases de la escritura en la escena local.

En torno a los modelos, Sánchez Franco destaca un artículo del poeta Xavier Abril escrito como homenaje en 1946, el cual le permite enarbolar la escritura fantástica contra el realismo soso y práctico de tal contexto y, así, le otorga un giro al devenir literario peruano. No obstante, Abril "(...) desliga a Palma del 'deplorable' decadentismo" (2016: 30) porque considera este movimiento como negativo. De manera semejante, Sánchez señala que Gonzalo Portals y Daniel Salvo agregan las etiquetas de horror y de ciencia ficción a los textos palmianos, pero no definen qué entienden por tales conceptos y su visión es reduccionista al carecer de un marco metodológico interpretativo. Apunta que Palma se siente insatisfecho con respecto al Modernismo hacia 1907, aunque en *Historietas malignas* recupera parte de la tradición:

Como bien apunta Velázquez Castro, Palma era conciente (sic.) 'del agotamiento formal del discurso modernista y la búsqueda de nuevos horizontes expresivos para ese principio esencial del arte (...) Para Palma, el modernismo transforma el concepto de libertad como ejercicio ideal para convertirse en un concepto operativo en continua búsqueda de sensaciones (2016: 52)

Para Sánchez Franco, la filiación modernista o decadentista de Palma es problemática, puesto que la crítica lo clasifica en ambas vertientes. Por ejemplo, Max Henríquez Ureña, en *Breve Historia del Modernismo* (1962), lo llama modernista; Luis Alberto Sánchez, en *Historia de la literatura republicana* (1989), lo considera como parte del proyecto arielista porque este se posiciona con una visión exotista; no obstante, Sánchez Franco hace hincapié en que el exotismo se hallaba presente en narradores modernistas y decadentistas. Debemos destacar que el crítico sanmarquino, aunque su objeto de atención no sea *Cuentos malévolos*, refuta las aseveraciones de Santiago López Maguiña, quien sostiene que "El príncipe alacrán" refiere el proyecto nacional de mestizaje entre criollos e indígenas: la reina alacrán busca copular con Macario, representante de la raza blanca superior; no obstante, como precisa Sánchez, el gemelo morfinómano no es un ser paradigmático y los alacranes sí parecen poseer un sistema gubernamental ordenado, de allí que la aventura se entronque más con los lineamientos del decadentismo: el bestialismo y las drogas.

Bruce Marticorena, en "Una mano blanca, un lirio y ríos de sangre: Estética y poética de la crueldad en la narrativa modernista", enuncia que existe una apropiación de la melancolía por parte de los escritores latinoamericanos, quienes sienten extrañeza ante los asiáticos como nuevos sujetos sociales y que todavía no han logrado comprender el aporte indígena que reducían a un esplendoroso pasado prehispánico. La intelectualidad

americana estaba “(...) bastante familiarizada con los productos culturales de las metrópolis europeas, ya sea mediante viajes, libros o anuncios” (2017: 56), pero parecía distante de su propio medio:

(...) ojos hambrientos de cosmopolitismo americano a la poesía de un Baudelaire, un Laforgue, un Verlaine o un Rimbaud. Ya Hugo había despuntado con demasiado brillo en los hemisferios europeos y americanos como para que se nos olvidara ese horizonte. Los franceses habían cruzado el Atlántico para quedarse (2017: 61)

Las actitudes de Des Esseintes, la sinestesia de Verlaine y el malditismo de Baudelaire calarán en los discursos de los modernistas, quienes señalan, así, al decadentismo: extremar las sensaciones, habitar en la inestabilidad y darse a la locura se convierten en los imperativos de una época caracterizada por la primacía de las enfermedades del alma.

En esta exaltación sensitiva y el culto a los padecimientos mentales, surge la revalorización estética de la dama cara de compañía, no porque se asuma lo femenino como valioso en tanto es, sino que el artista se identifica con la cortesana por el rechazo de la burguesía y porque comparten las mismas aficiones literarias y pictóricas: el cuerpo de la prostituta se vuelve el campo donde se vierte lo abyecto (las enfermedades venéreas, por ejemplo), lo fatal (hermosas mujeres agónicas) y la estetización del crimen (Julián del Casal se concentra en los ropajes y la danza mortal de Salomé).

En la última línea se halla Clemente Palma, quien influenciado por *Los cuentos crueles* (1883) de Auguste Villiers de L'Isle-Adam, que nos ofrece a burgueses¹⁸ refinados solazándose en el dolor del otro: en “Los canastos” el

¹⁸ Jorge Valenzuela, en el prólogo a la narrativa completa de Ventura García Calderón, ratifica el influjo decadente de Clemente Palma presente a través de lo siguiente: “También tenemos la presencia del personaje burgués cuyo desajuste, en medio de la comodidad de la ciudad, le impulsa a escapar al interior del país. Tenemos al personaje bohemio, pero también al culto

narrador busca que un carretero lo odie porque, de modo semejante al arte, se volverá inmortal para el hombre; también, en “Idealismos”, se lee un diario donde un amante de la belleza materializa su más grande obra: matar a su esposa a través pasiones mortales para la débil constitución de esta, porque solo así su amor se eternizaría en el momento supremo de la juventud y la pasión.

Bruce Marticorena señala la dificultad de la configuración del lector latinoamericano porque los galos tienen un referente definido al cual dirigirse, en tanto que los europeos comparten parte de los gustos decadentes y son conscientes de la existencia de una melancolía generalizada, la que se comprende como “(...) búsqueda de sensaciones para suplir la ausencia de emociones” (2017: 65), a diferencia de América donde las naciones no son solo vigorosas por los recientes procesos de independencia sino, sobre todo, por la heterogeneidad lingüística y cultural del público: desde migrantes italianos hasta quechuahablantes. Por ello, el campo receptor es mucho más restringido y los artistas caen en una suerte de solipsismo donde no solo el burgués representa la industrialización que los margina, sino que también el indio más pobre puede ser la evidencia de su desacomodo con respecto al resto de la ciudadanía.

Mateo Díaz Choza¹⁹, en su tesis denominada *La secularización en los ensayos y la narrativa de Clemente Palma*, afirma que el modernismo se gesta a partir de la crisis finisecular y la antonomasia del burgués. De manera

profesionalizado y el tratamiento de personajes con anomalías psicológicas como psicóticos, sociópatas o neuróticos y a drogadictos (2011: 25)

¹⁹ No nos hemos concentrado en la tesis de Mateo Díaz Choza porque esta versa sobre la ensayística; sin embargo, sí consideramos que su aporte es fundamental no solo para esclarecer la relevancia de Clemente Palma, sino también porque realiza una sistematización de la crítica acerca de Clemente Palma; por ello, sugerimos la revisión de su trabajo.

adicional, realiza la postura crítica de los decadentes frente a los románticos: los primeros condenan la idealización del amor y la naturaleza que ostentan los segundos, esto se logra a través del retrato de las perversiones sexuales y la reacción pesimista ante los avances de la ciencia y la modernidad. De esa forma, se recusa la burguesía, el progreso y el canto a lo moderno (comprendido como la emergencia de nuevas tecnologías).

Posteriormente, Díaz Choza divide los estudios acerca de Palma en tres momentos. El primero abarca de 1904 a 1913 y se particulariza por el énfasis en lo fantástico y en lo exótico; el segundo agrupa el período entre 1984 y 2000 y da cuenta de la influencia decadente ilustrada a través de un narrador modernista que se dirige a un lector burgués; el tercero comprende desde el 2001 hasta el 2014 y significa la ampliación del corpus palmiano, pues no solo se abordarán *Cuentos malévolos* sino, también, la novela *XYZ*, *Historietas malignas* y *Tres cuentos verdes*. Se distingue, además, el olvido hacia la obra de Clemente Palma por su descalificación hacia la poesía de César Vallejo, sus ataques a José María Eguren y su pensamiento racista (la tesis *El porvenir de las razas en el Perú*).

Por ende, la narrativa de Clemente Palma se gesta como un espacio problemático, puesto que oscila entre el modernismo y el decadentismo. En atención a este punto es que debemos recordar que nuestro autor, en *Excursión literaria* (1895), realiza una reflexión crítica acerca del estado de la literatura en su tiempo, con el cual se identifica porque recusa las expresiones anacrónicas, en tanto indica que el estudio del arte debe concentrarse en las expresiones contemporáneas: “No sé por qué me repugna meterme en los tiempos que fueron; siento profunda simpatía por mi siglo. Siempre he creído

que en materia literaria no se debe retroceder” (Palma 1985: 4). De ese modo, reconoce, por ejemplo, el decadentismo francés del español Salvador porque este escribe mediante la innovación rítmica que carece de una métrica definida y de temas anclados al romanticismo que se gestan de forma preconcebida. Con ello establece una primera disociación entre el romanticismo y el decadentismo: el primero detenta un repertorio de tópicos anclados en el imaginario lírico frente al segundo que pugna por innovar y rompe con la estructura del verso.

Palma, en el apartado segundo de su ensayo, se pregunta sobre los decadentistas y señala que los críticos construyen una definición que enlaza la extravagancia y la imposibilidad de aprehender la idea; empero, tales asertos se construyen sobre la base del análisis de un solo poeta o un grupo, por lo que no reparan en la pluralidad de decadentismos representados por autores como Verlaine, Mallarmé y Floupette. Estos cambios dan cuenta de una revolución que se da a nivel de “*fin du siècle*” (Palma 1895: 8) en dos aspectos: la renovación del ritmo porque el acento prosódico puede recaer en cualquier sílaba y, con ello, se liberan de la rigurosidad métrica; y “(...) la libertad en orden al fondo” (Palma 1895: 9), es decir, el cambio temático, en la medida que los decadentes se caracterizan por conformar un grupo heterogéneo que persigue la aprehensión de aquello que convencionalmente resulta inadmisibile: la locura, el deseo mórbido, entre otros:

Todas las sensaciones íntimas, todas las fiebres, los cuadros más caprichosos de la imaginación, y todos los estados normales y anormales del alma que, por falta de palabras, de sonidos ó “(sic) de formas que en el convencionalismo antiguo y en el corto número de numeraciones métricas no se podían expresar, lo íntentan (sic) los decadentes (Palma 1895: 9)

Palma sostiene que el decadentismo surge de expresiones individuales que apelan a la plástica, la eufonía y la sensualidad, además que asocia, antes que nada, la decadencia con el estado nervioso- moral y con el modernismo. Resulta importante destacar que Clemente se vale de referentes como Enrique Gómez Carrillo y Darío Herrera, con quienes parece compartir amistad y filiación literaria²⁰. Entre los grupos que rescata se hallan los parnasianos que recuperan el saber pre- cristiano (desde faunos griegos hasta las culturas orientales); los medievales que se concentran en el Medioevo (los caballeros andantes y dramas musicales de Wagner); y los demoniacos, macábricos y blasfemos, quienes van a contracorriente de los pensamientos cristianos. Los demoniacos rinden culto a Satanás, el mismo que se presenta bello y parangonable con Cristo, a esto se le suma la seducción de corte aristocrática que ejerce sobre las damas. Los macábricos se deleitan en los ritos paganos vinculado a la brujería y el mundo ctónico. Los blasfemos, por su parte, “Rudos y brutales escupen á (sic) la faz del Altísimo las maldiciones y reproches de una vida infeliz” (Palma 1895: 13), tal como Richepin que sufrió censura y era materialista por su amor perenne a la tierra; estos atacan directamente a las autoridades de la institución religiosa católica. Es pertinente atender a la siguiente cita:

²⁰ Clemente Palma es pionero en el desarrollo de la crítica literaria, esto se evidencia en el trabajo realizado en “(...) *Prisma*, con sus célebres ‘Notas de artes y letras’; en *Variedades* con su temible sección ‘Correo Franco’ y ‘Notas de Artes y Letras’” (Velázquez 2002: 160). En el número 36 de *Prisma*, se evidencia que Palma reconoce el decadentismo como parte del modernismo y que, además, valora positivamente el ser iconoclasta. Empero, para Velázquez, es decepcionante que su visión sea bastante limitada respecto a las manifestaciones de los ismos vanguardistas: “(...) rechaza el arte vanguardista por estar ligado a procesos psicológicos de crisis cuya naturaleza transitoria y catártica no permite tomar demasiado en serio la propuesta” (2002: 162). Esta toma de posición se traduce en una vuelta a la tradición clásica.

Cualquiera que sea el origen de la decadencia, bien sea una degeneración de la sustancia gris por el desgaste ó cansancio de la raza, bien sea un refinamiento nervioso ó una excitación proveniente del abuso del ajeno, la morfina, el café y demás excitantes, lo cierto es que la literatura contemporánea ofrece al crítico un aspecto curiosísimo (Palma 1895: 15)

Si bien es cierto que, en la perspectiva del autor de XYZ, el decadentismo ha tomado diferentes rutas según en el medio en el cual se halle inscrito, no deja de asociar conceptos como degeneración y decadencia: el primero sería el resultado paulatino de una serie de cambios biológicos dados a nivel del individuo, mientras que la decadencia se construye como el resultado natural de las sumatorias degeneradas. En otras palabras, el sujeto se degenera y desencadena la decadencia de su cultura, de tal manera que Clemente Palma va a contracorriente de las opiniones que hemos citado antes: para él, no es la nación latinoamericana vigorosa o saludable frente a una Europa decrepita.

Aunado a la reflexión sobre la enfermedad, Clemente Palma concibe a Zola como el jefe atlético del naturalismo que proclama la verdad y que ha dado cuenta "(...) por más de treinta años la historia de una raza en todas las evoluciones del espíritu, en todos sus estremecimientos y palpitaciones, en todos los aspectos de la neurosis hereditaria" (Palma 1895: 26). Empero, su naturalismo no plasma una verdad científica irrefutable porque, para el autor de *Cuentos malévolos*, la ciencia es soporífera, concreta y está escindida de la expresión artística; justamente eso es lo que posiciona a Zola como un gran artista: él imita la realidad en su dimensión exacta, pero no la examina como haría un científico. También, considera que representar la bajeza humana es su más grande acierto porque descubre la cara descarnada y real de la gente: el mundo no es solo de modelos morales y seres buenos; todo lo contrario, gran parte de la humanidad está signada por el mal:

Los mentecatos se asustan y protestan airados del relieve con que Zola presenta vicios horribles, aberraciones, crímenes y enfermedades repugnantes, como si el asco y el terror producidos por una obra literaria no fueran artísticos. ¡Que es obsceno! ¡Santo Dios! ¿y la Biblia no es obscena? Probad que lo obsceno no es artístico, fuera de que es muy discutible la obscenidad de las novelas de Zola. El fin del arte no es ni ha sido nunca moralizar, ni tiene porqué ser moral (Palma 1895: 29)

El carácter de lo obsceno no se revela como abyecto o digno de rechazo, sino, más bien, Palma no entiende la belleza como una idealización o una flor rara; todo lo contrario, en un gesto que sabrían reconocer las vanguardias, la belleza se relativiza y puede hallarse en cualquier espacio porque “(...) brota en todas las flotas y fructifica en todos los campos” (Palma 1895: 30); lo complejo es hallar el talento que sepa alejarse de los moldes románticos idealistas y sea capaz de encontrar belleza en el asco.

En sintonía con su reafirmación de contemporaneidad, juzga a Menéndez y Pelayo por no elaborar una antología adecuada sobre el Perú, en la medida que rescata a poetas del XVI y el XVII, pero desconoce las escuelas o poetas más relevantes del XVIII y del XIX, pese a que los propios vates remiten sus obras al crítico hispano: “El señor Menéndez y Pelayo ha debido tener abundancia de datos sobre el siglo XVIII, y principalmente sobre el siglo XIX. Y sin embargo, ha preferido remitirse á los recuerdos literarios que sirven de introducción á las Poesías de don Ricardo Palma” (Palma 1895: 41). Tal omisión se debe, posiblemente, al modelo nacionalista que detenta el maestro español, el mismo que se niega a ver que la independencia del Perú permitió que se alejase de la herencia viciosa y decadente de los españoles en declive, además que el país ya mantenía problemas propios como los conflictos políticos y “(...) las influencias de la raza” (Palma 1895: 45).

Es más, la lectura sobre la colonia es negativa para Palma, no solo porque la independencia del Perú se haya retrasado sino porque la monarquía carecía de un rey capaz y el país adoptó el mal que se emanaba desde la metrópoli. Es más, recrimina al Menéndez y Pelayo su ignorancia sobre Juan del Valle y Caviedes, el cual es equiparable a Francisco de Quevedo no por ser un epígono sino su hermano menor.

En sintonía con la condena a una crítica rancia y carente de sentido artístico, Palma elogia a Nicanor Bolet Peraza porque rescata el modernismo como parte de un espíritu de época propio de los jóvenes, e incluso forma parte de este movimiento: “Pocos años há [sic.] que la literatura americana ha tomado nuevo rumbo al impulso del modernismo francés” (Palma 1895: 84-85). En esta confirmación de una nueva espiritualidad, nuestro autor reconoce que son dos los líderes del modernismo: Rubén Darío y Julián Casal, al primero le atribuye el mérito de estar vivo y ser un poeta que ha alcanzado niveles extraordinarios pese a sus inicios mediocres; al segundo, lo califica como el verdadero poeta porque supo enlazar vida y obra:

(...) el ideal de los decadentes y la forma de los parnasianos. Soñador, enfermo desde muy joven, triste, neurótico, tuvo siempre delante de sus ojos la visión de la muerte, á [sic] la que veía como una novia pálida que lo llamaba con ademanes de enamorada (Palma 1895: 85- 86).

Lo parnasiano reposa en la búsqueda incesante del imaginario griego (diosas y ninfas), a diferencia del aliento decadente que se tiñe de la enfermedad y el constante deseo de muerte que esgrimió el poeta: el decadente está predispuesto porque posee un trastorno imposible de controlar, el mismo que emerge e irrumpe en su rutina y la linealidad de los hechos a escribir. A su vez, Palma califica a López Penha como “(...) el decadente más a la francesa” por seguir la musicalidad esbozada por Arthur Rimbaud. Lo curioso

es que ese espíritu decadente no reposa en la enfermedad sino en el estilo escritural, con lo que asocia eso al modo de ser francés. Entonces, ser decadente a la latinoamericana es distinto, de allí que el propio Clemente Palma reconozca que cada espacio adopta un movimiento y lo transforma acorde a sus intereses.

En sus reflexiones sobre el modernismo, Clemente Palma, en 1907, señalaba, ante una pregunta de Gómez Carrillo, menciona que "(...) todos los esfuerzos para hacer una demarcación concreta, fijar los límites entre lo que es modernista y lo que no lo es, y determinar las fórmulas y leyes del modernismo son aventurados" (Palma 2006: 384). En esta línea, hermana el modernismo con el romanticismo porque ambos se fundan en el principio de la libertad individualista que propugna "(...) el odio a lo burgués, el desdén por lo vulgar (...)" (Palma 2006: 386), pero la diferencia es que el romanticismo propone la libertad como una categoría que el artista debe seguir, mientras que el modernismo se funda sobre una libertad constitutiva que reacciona ante el hastío de la normalización y la moderación burguesas. A su vez, Palma incide en que el modernismo abarca varias direcciones como "(...) impresionismo, decadentismo, etc." (Palma 2006: 386) que reciben nominalizaciones distintas según el grupo poético en que se ubiquen, pero el motor sigue siendo el mismo desde, inclusive, la época griega: la persecución de originalidad frente a un medio soporífero.

A pesar de la visión no estructurada sobre el decadentismo de Clemente Palma- movimiento imposible de aprehender- y su toma de posición como un poeta de albores del XX- la lectura de Clemente Palma sobre *Simbólicas* (1911) de José María Eguren resulta desastrosa. Nuestro autor refiere que el

poeta recrea un imaginario de ensueño similar al del ensueño que produce el haschisch y, así, se suceden imágenes disparatadas y alusiones a seres que parecen provenir solo de fantasías: “(...) el libro del señor Eguren es un libro sibilino que no se sabe si es hecho para espantar a los niños o para *épater* a los burgueses” (Palma 1977:62). Empero, los poemas no cuajan como símbolos de la idea, en la medida que solo atisban temas elementales que, para nuestro autor, demuestran el léxico de Eguren y el dominio de un amplio imaginario que no se ha plasmado en el libro.

Para fines de nuestro trabajo, nos hemos concentrado en aquella fase donde se evidencia el influjo de autores como Joris- Karl Huysmans: las dos ediciones de *Cuentos malévolos*, en tanto que los relatos recurren a un repertorio que rebase el preciosismo del modernismo y su mirada exotista. Así, los cuentos representan imágenes vampíricas, muertas enamoradas, amadas que lindan con la enfermedad y elementos que se ubican en el extremo de una mentalidad burguesa: si Darío, por ejemplo, recurría a la figura del vate enamorado de la cultura clásica en *Azul*, con Clemente Palma asistimos a protagonistas diabólicos que circulan los espacios de drogas, pesadillas y las enfermedades venéreas.

1.2 El discurso de lo mórbido frente al cuerpo femenino

A fines de siglo, las ciencias médicas ingresan en el vocabulario literario porque fascinan por los descubrimientos emprendidos; de hecho, “(...) la conversión de ‘lo normal’ en un elemento central de su discurso y, al mismo tiempo, la estructuración de ‘lo normal’ en oposición binaria con lo patológico, lo que se utilizó como medio para establecer una normativa implícita” (Clúa 2009: 35), de modo que el discurso médico impregnará los escritos de fines del XIX e

inicios del XX porque esto les permitirá conocer las relaciones entre los sujetos, el arte y la sociedad. Por ejemplo, Nordau, en *Degeneración*, alude a cómo los modernistas, prerrafaelitas²¹ y decadentistas están enfermos.

A partir de 18880, las investigaciones de Lombroso circulan por América Latina y Nordau será conocido en 1894, incluso se leerá con avidez la versión francesa, ello explica por qué se utilizó la categoría decadente como equivalente a morbidez. El propio Rubén Darío dedica una entrada a Nordau en *Los raros*, en la cual destaca las continuas adjetivaciones del estado negativo de salud mental con que califica a los artistas; el reclamo de Darío, para Isabel Clúa, se reviste de una suerte de identificación con los degenerados y la aristocracia intelectual. Recordemos que el autor de *Azul* publicó una serie de semblanzas en *La Nación* durante 1893 en su estancia en Buenos Aires; en torno a Nordau, subrayamos lo siguiente:

Para estimar la obra de los escritores á [sic] quienes ataca, pues principalmente por los frutos declara él la enfermedad del árbol, parte de las observaciones de los alienistas en sus casos de manicomios. Al tratar Guyau de los desequilibrados, ‘hablaba de esas literaturas de decadencia que parecen haber tomado por modelos y por maestros á [sic] los locos y los delincuentes (1905: 195)

Darío rebate los argumentos de Nordau porque trata a los poetas como abordaría el estudio del tifus, además que a todos los califica como neurópatas y presas de la degeneración. Justamente, Clúa también incide en los procesos

²¹ Para el médico judío, la pintura de los prerrafaelistas no obedece a fines estéticos- de allí su rechazo a Rafael- sino, más bien, al culto de lo escrito: en sus obras plasmas asociaciones libres que combinan los hechos más inauditos: la sombra de Cristo que proyecta una cruz, por ejemplo, impregna de un hecho profético y destinado a Jesús cuando este todavía no ha muerto. El propio Rossetti, a decir de Nordau, ofrecía a sus lectores/ espectadores degenerados una pátina de misticismo en cada una de sus creaciones: el poema “Troy town” muestra a Helena deseando un amante y rogando por este a la diosa Venus. “(...) los prerrafaelitas no pintaron modos de ver sobriamente concebidos, sino emociones; introdujeron, por consiguiente, en sus cuadros, alusiones misteriosas y símbolos oscuros que nada tenían que ver con la producción de la realidad visible” (1902: 135).

identificatorios entre la locura y los artistas, los últimos eran calificados como degenerados superiores.

Se gesta el genio como enfermo y la melancolía como “(...) el auténtico mal del siglo” (Clúa 2009: 40), pues solo el artista era capaz de ver más allá del pragmatismo burgués, en la medida que la enfermedad se convertía en el signo material de la búsqueda de un ideal. Esto deviene en la primacía de la inactividad, no es la acción la que determina al personaje sino la meditación y el derrame de su yo interior. Verbigracia, en *La Quimera* (1911) de Emilia Pardo Bazán la poseída por una hiperestesia imposible de refrenar es Espina Porcel, cuyo peligro se bifurca entre su estado patológico y su ser femenino. Estos rasgos son los que se atribuyen a los decadentistas, en tanto que un escritor que expresa melancolía, tristeza e histeria se convierte en un ser que linda con lo femenino. Se cita el vínculo entre femineidad y ser del poeta:

El recurso a lo femenino como sinónimo de decadente y enfermo, obviamente, no era una cuestión azarosa. En el amplio programa de normativización social, la mujer había devenido una fuente creciente de inestabilidad: la desconfianza hacia la mujer había ido acrecentándose a lo largo del siglo conforme el modelo del ‘ángel del hogar’, tan bien encajado en la mentalidad burguesa capitalista, iba haciendo aguas (Clúa 2009: 44)

De ese modo, se pasó a controlar y regular el uso del cuerpo femenino equivalente al deseo sexual que se había descubierto en esta. Asimismo, novelas como *La enferma* (1895) de Eduardo Zarmacois y *El caso clínico* (1916) de Antonio de Hoyos mostrarán la frágil frontera entre el saber y el control por parte de los médicos, quienes terminan acusando a sus pacientes mujeres de histeria y neurosis mientras van ejerciendo dominio sobre el cuerpo de estas. La fémina es, pues, el territorio donde la enfermedad cala y se desborda hasta rebelarse contra la autoridad masculina, la misma que debe reprimir su sexualidad y “curarla” para reintegrarla al orden normal de la

sociedad; por lo anteriormente señalado, es importante detenernos en el encuentro entre literatura y enfermedad.

1.2.1 Lo mórbido en la literatura de fin de siglo

Javier Blasco manifiesta que, de 1907 en adelante, los modernistas parecen renegar de sus actitudes de juventud, del espíritu decadente que impregnó las sensaciones y su postura estética porque esta les recordaba los excesos de su juventud (la experimentación con drogas, el descentramiento con respecto al progreso, entre otros) y juzgaban negativamente el influjo de escritores europeos:

(...) huían de la decadencia; de esa decadencia, que Huysmans había sabido retratar en el ser emblemático que es Des Esseintes: neurótico, exquisito y perverso; presa de una enfermiza sensibilidad; fatalmente atraído por lo raro, lo refinado y lo maldito; frecuentador de todos los paraísos artificiales (lujuria, alcohol, drogas...); ansioso por apurar hasta las heces todas las sensaciones” (1998: 19- 20)

Se hastiaron, probablemente, del espíritu que los impelía a ir en desacuerdo con los imperativos de la vida: el decadente buscaba ir contracorriente no por mera pose sino porque constituía “(...) un paisaje del alma” (1998: 23). Entonces, el decadentismo consiste en una toma de posición frente a la creciente industrialización de la sociedad, puesto que no es la mirada crítica la que busca mejorar sino la conciencia de que se debe formar un bastión para resistir los embates de la vida moderna, una especie de refugio espiritual que, desde el propio Des Esseintes²², está condenado a la destrucción.

²² Des Esseintes padece neurosis, un mal que toca a pocos hombres y que los médicos reconocen no pueden tratarse de manera farmacológica y, sin embargo, representa un padecimiento mortal que potencialmente desencadena la tisis. Asimismo, por más que el personaje se resiste a abandonar la alejada casa de Fontenay donde ha escapado del bullicio citadino, el médico lo impele a abandonar tal lugar porque el aislamiento, la visión de imágenes mórbidas y las elucubraciones agravan su estado neurótico; es pertinente rescatar que el

“Bohemia y decadencia son sinónimos de una ‘enfermedad del espíritu’, que algunos sienten como una amenaza social” (1998: 24), afirma Blasco; por ello, el dramaturgo español Pompeyo Gener etiquetaba el decadentismo como un peligro para el orden social por la morbidez, el impulso criminal y la creación de desadaptados; no obstante, estas floraciones anómalas son los frutos negados de la modernidad: desde los sodomitas hasta los fumadores de opio que se erigen como las excrecencias negadas de los procesos modernizadores, los cuales presentan un relieve homogéneo ciudadano mediante el progreso, el cual se ampara en los fines burgueses que enarbolan la ética del trabajo y la construcción de nuevos edificios que representen la industrialización.

Pero no se limita el decadentismo al campo de la sensibilidad, pues los poetas toman conciencia de que están siendo desplazados por un nuevo orden que se instauro, mientras que los burgueses se afincan en el racionalismo tecnificante y los campesinos devienen en obreros, los artistas dan cuenta de su mundo que indefectiblemente decae²³: la élite intelectual y aristócrata que

tratamiento administrado por el médico es experimental: desde quinina gasta caldo de res, pues su enfermedad no tiene un origen meramente físico. Ante la perspectiva de volver a París refiere “Pero la mayoría de los señoritos con los que se había relacionado habrían seguido aburriéndose cada vez más en los salones, se habrían vuelto más estúpidos ante las mesas de juego, y estarían ya casados; y ¡después de haber disfrutado durante muchos años con las sobras que les dejaban los golfos, les tocaba ahora a sus esposas disfrutar con las sobras dejadas por las golfas, pues únicamente el pueblo llano, al ser dueño de sus primicias, no tenía que alimentarse con los desechos de los demás (...) Por otra lado, la nobleza se encontraba ya descompuesta, y había muerto; pues la aristocracia había ido cayendo en la imbecilidad o en la depravación. Se extinguía entre la progresiva memez de sus vástagos cuyas facultades iban disminuyendo en cada generación(...)” (2016a: 359).

²³ Des Esseintes se posiciona frente a sus contemporáneos que no ostentan títulos nobiliarios a través de un abierto rechazo: “Y ¿qué punto de contacto podía existir entre él y esa clase burguesa que había ido ascendiendo poco a poco, aprovechándose de todos los desastres para aumentar su riqueza, provocando todo tipo de catástrofes para imponer el respeto ante sus atentados y rapiñas? A la vieja aristocracia de la cuna y del linaje, le había sucedido ahora la aristocracia del dinero; ahora reinaba el califato de las factorías, el despotismo de la Rue Sentier, la tiranía del comercio con sus ideas estrechas y venales, sus instintos vanidosos y

pierde su relevancia en las cuestiones efectivas de poder. En esta pugna por no ceder ante la avasallante norma burguesa, se rescatan los conceptos de Lily Litvak acerca del choque entre latinos y anglosajones, y cómo los primeros acaban sucumbiendo, y el discurso médico que penetra en la psique humana para desarrollar la psicología y la psiquiatría.

Es pertinente destacar que el espacio de resistencia construido por los decadentistas retoma los tópicos latinos, pero no se ancla solo en estos, dado que se buscan nuevas experiencias y formas artísticas provenientes de cualquier campo: "(...) hacen de su obra un abigarrado museo o santuario en los que se rinde culto a todo lo que está a punto de desaparecer" (Blasco 1998: 33) y eso los lleva a recurrir a los motivos orientales, las evanescencias hindúes y los cultos religiosos distintos; es decir, todo aquello que proporcione un nuevo campo de enervaciones se volverá el repertorio sobre el que se erige la estética decadentista, pero, en esta suerte de museos, no se debe obviar el componente mórbido: la neurosis, la histeria, los asesinos, los alcohólicos, los maníacos, los amantes de su propio sexo y las prostitutas compondrán los elementos que los higienistas buscan contrarrestar y los científicos sanar. El gesto de rebeldía decadente muestra la marginalidad de los sujetos que persiguen el ideal y van, cada vez, siendo cercados:

El decadente es también un marginal desde el punto de vista de la sociología; es un hombre que se siente atraído por todo lo que el burgués desprecia y que se identifica con todo lo moralmente rechazado por aquél; que, en guerra con su tiempo, se lanza a la aventura de explorar lo prohibido y lo oculto y lo exótico y lo esotérico... El decadente es además la encarnación de un clima

bribones (...) autoritaria y solapada, mezquina y cobarde, ametrallaba y explotaba sin piedad a la eterna víctima a la que había embaucado con sus falsas y engañosas promesas: el populacho, al que ella misma había desamordazado y armado para lanzarle contra las antiguas castas aristocráticas. Ahora esto ya se había conseguido. Una vez cumplida la tarea asignada, la plebe, por precaución higiénica, había sido desangrada" (Huysmans 2016a: 363- 364)

que la sociedad de su tiempo percibe como punto final de una época, de una civilización (Blasco 1998: 43)

El decadente²⁴ construye una interioridad que le permite guarecerse del acoso externo de la modernidad: la belleza. En sintonía con el rechazo de la sociedad a las sexualidades no hegemónicas, Gabriela Nouzeilles indica que, a partir de la mitad del siglo XIX, en Argentina, la familia adquiere una relevancia fundamental porque es el agente mediador entre el individuo y la nación, la misma que pasa a concebirse como un cuerpo biológico que requiere cuidados y atención por parte de un especialista: el médico.

El galeno será el llamado a "(...) estudiar, clasificar y reconfigurar la población nacional" (Nouzeilles 1997: 234) para garantizar una herencia biológicamente sana a través de la reproducción como suceso primordial en el tratamiento del género y la raza: ordenar la eroticidad de los negros, indios y migrantes, hasta los propios burgueses si eran objeto de sospecha (males mentales):

Afecciones mentales tales como la histeria, la neurastenia y diferentes tipos de manías eran doblemente aterradoras no solamente porque suponían la anulación del orden de la racionalidad, sino sobre todo porque su desarrollo era lento e imperceptible. Su misma invisibilidad aumentaba las probabilidades de contagio directo o indirecto a través del sexo y de la consecuente expansión de un capital biológico degradado" (Nouzeilles 1997: 237)

El temor surgió por la multiplicidad de tratados europeos finiseculares que posicionaban la locura como afección primera de una serie de malestares corporales y psíquicos, de modo que el sexo se convertía en un intercambio potencial de la enfermedad: no se podía distinguir exactamente al degenerado porque este podía ser un hombre blanco, adinerado y heterosexual que

²⁴ Es necesario anotar que Blasco comprende el decadentismo en sentido amplio, es decir, una gran categoría que agrupa modernistas, simbolistas, entre otros; aunque no compartimos tales asertos, sí coincidimos en el surgimiento del tema mórbido para construir la singularidad del artista.

practique perversidades (desde la homosexualidad hasta la experimentación con drogas) impropias de su clase. En tal sentido, era necesaria la existencia de una policía médica que pueda establecer un catálogo de características para identificar a los degenerados y preservar la sanidad del cuerpo social:

(...) la tipología normalizadora se organiza a partir de la distinción entre lo sano y lo enfermo generando una lista de personajes patológicos (el neurótico, la histérica, el sífilítico, el tísico, etc.) cuya caracterización responde fielmente a los tratados médicos de la época; finalmente, la historia transgresiva adopta la estructura narrativa de un caso clínico en el que la causalidad de lo mórbido- de ciertas formas intermedias de la locura en particular- está indefectiblemente ligada al exceso de las pasiones, sobre todo del deseo sexual (Nouzeilles 1997: 242)

El objetivo reside en la separación de un yo burgués saludable nacional frente a un otro inmigrante alienado externo, con lo que se traza una lógica que establece los patrones de lo normal frente a lo anormal: la finalidad es normar la reproducción, alertar sobre las relaciones mixtas y exponer los peligros de la degeneración como un estigma primitivo y discordante con el discurso de la modernidad. Por ejemplo, la novela *¿Inocentes o culpables? Novela naturalista* (1884) del médico Antonio Argerich muestra cómo la degeneración cala entre los estadios familiares: se inicia con el personaje José padre como alcohólico y ambicioso hasta llegar a José hijo, encarnación de un deseo sexual desmedido que culmina con la adquisición de la sífilis y el posterior suicidio.

La enfermedad, tal como mencionamos, es un repertorio que modeliza las narrativas modernistas de finales del XIX, las mismas que no solo se entroncan con las preocupaciones sociales, sino que contribuyen a la construcción del papel del escritor porque "(...) el arte de escribir no requería solamente producir una obra literaria sino también producirse a sí mismo como artista" (Nouzeilles 1998: 296). En este proceso de construcción, la tradición médica desempeña un papel medular porque los modernistas se valen de "(...)

la semiología ambigua de afecciones tales como la neurosis, la sífilis y la tuberculosis” (1998: 296), las mismas que no se diferenciaban con exactitud porque comprendían un espectro de prácticas (las relaciones sexuales con las prostitutas, el estudio desmedido, los usos de estupefacientes) que las vinculaban. Asimismo, lo mórbido se enhebraba con la genialidad del artista, pues lo raro se volvió signo de trascendencia; no obstante, se contrarresta la deuda imitadora con Europa mediante la afirmación de que “El verdadero decadente era el artista latinoamericano porque en él se cruzaban y confluían las tendencias patológicas desencadenadas por la mezcla racial colonial y el fanatismo religioso español (...)” (Nouzeilles 1998: 298). Este aspecto no deja de ser importante porque Nouzeilles considera que, junto a las teorías eugenésicas que promovían la limpieza racial, existía una veta capaz de afianzarse en esas diferencias consideradas como negativas para incrementar la intensidad de la morbidez.

De la misma forma, la tisis, la cual ya poseía rasgos románticos en Europa, se volvió un motivo para exaltar la genialidad de los artistas y la belleza de las féminas, a quienes se valoraba por su “ (...) semblante pálido enmarcado por abundante cabellera, cuerpo delgado y etéreo, manos afinadas sobre un fondo de languidez” (Nouzeilles 1998: 299), en tanto que la tisis otorgaba una espiritualidad trascendental al cuerpo de la mujer: esta se despojaba de la carnalidad para adquirir un rango etéreo que divinizaba su belleza y la convertía en musa predilecta.

De manera semejante, la consunción no es solo un mal poético sino efectivo, de allí que existan dos espacios predilectos para acondicionar a los tísicos: el sanatorio y el viaje. El primero se establece a modo de “(...) una

sociedad artificial basada en una comunidad de iguales, ofrecía un excelente diseño de disposición espacial con el cual representar espacialmente la autonomía de la esfera artística, equivalente al de la torre de marfil” (Nouzeilles 1998: 300), de manera que los pacientes habitaban en balnearios abocados a ser puntos de contactos entre estetas y mujeres pálidas de una hermosura delicada, pues la tisis comportaba aspectos propios: el contraste entre la palidez del enfermo y sus mejillas enrojecidas, la regularidad de la tos y los estados continuos de excitación y abatimiento, y, sobre todo, la rapidez del contagio que terminaba hermanando a los cercanos al tísico, sobre todo al ser amado en lo que parecía convertirse un signo fehaciente del amor.

Para la estudiosa argentina, *La ciudad de los tísicos* (1911) de Abraham Valdelomar exhibe un modo de apropiación del discurso patológico y la búsqueda de autonomía del artista: la ciudad de los tísicos²⁵ como un espacio que carece del médico, punto esencial en el higienismo²⁶, y donde los pacientes extreman sus pasiones para alcanzar un estado malsano que los impele a estetizar la vida. Por ejemplo, el enfermo Alphonsin lee las características del cuerpo humano para determinar el carácter de cada sujeto porque la tisis le ha dotado de un instinto de percepción mucho más fino, el cual linda con la adivinanza. Sucede que estos personajes se alimentan de las imágenes acerca del bohemio:

²⁵ En el Perú, existen otras novelas que cuentan sobre la vida en el sanatorio, dado que- antes de la masificación de la penicilina- Jauja se convirtió en destino central para extranjeros y locales. Sin embargo, no todas las producciones escriturales constituyen el valle como un lugar donde naturaleza y arte se hermanan; por ejemplo, Carlos Parra del Riego en su novela *Sanatorio* (1938) muestra un hospital donde pululan tísicos que, lejos de sanarse, vienen a morir a tierras extrañas: “Muerto anónimo, oscuro y miserable, cuyo nombre ni siquiera conocen los que le han visto morir. Nunca he entrado al mortuario. Una invencible repugnancia, mezcla de miedo- ¡sí, de miedo-.. y de aversión me ha detenido en los umbrales” (1967: 115).

²⁶ Como veremos en el siguiente apartado, el higienismo finisecular se caracteriza por promover los ideales de limpieza corporal a través de una serie de prácticas que implican el uso de objetos como jabones, perfumes y polvos dentales. Asimismo, el higienista solía ser un médico que adquiere un papel fundamental en la configuración de una nación saludable.

Tanto en Europa como en Latinoamérica, una de las máscaras más difundidas de la autorrepresentación fue el personaje social del bohemio. La 'bohemia', como estilo de vida urbano, se caracterizaba por un desplazamiento continuo, la intimidad con los sectores marginales de la sociedad (prostitutas, criminales menores, mendigos, conspiradores) y cierto modo de vestir y de hablar que refuncionalizaba los gestos culturales de la aristocracia (Nouzeilles 1998: 319)

La segunda imagen vinculada a la enfermedad es el viaje que contrasta con el sanatorio aislado y ubica el "(...) desplazamiento del tuberculoso de la ciudad a un lugar alternativo, anti- burgués, ya sea como modificación de la interioridad que el movimiento paulatino de la enfermedad creaba en el cuerpo. (Nouzeilles 1998: 300), de manera que los enfermos se homologaban con los artistas por hallarse en permanente tránsito; inclusive, si el artista no viajaba físicamente sí lo hacía mediante la realización de viajes imaginarios mediante la estimulación de la lectura o el uso de estupefacientes.

La instalación de las tuberculosis como un motivo que ejemplifica la sensibilidad y genialidad de los artistas se halla, también, en otros males vinculados al cuerpo femenino, el cual se convierte en objeto de deseo y de repulsión, por lo que es necesario atender sobre cómo se incrusta la sífilis, el mal del siglo, en relación a la mujer y la visión del artista.

1.2.2 Las amadas enfermas y la sífilis

La imagen de la amada muerta, en términos de Ana Peluffo, proviene de una serie de corrientes estéticas que llegan desde Europa a Latinoamérica; específicamente, de pinturas prerrafaelitas que se originan en la Inglaterra industrial del XIX y que representan bellas mujeres muertas infantilizadas como la *Ophelia* de Arthur Hughes y la *Ophelia* de John Everett Millais. Por ejemplo, el poema "La niña de Guatemala" de José Martí muestra- a decir de Gabriela Mistral- semejanzas con "(...) un friso prerrafaelita" (2003: 242); también, Rubén

Darío equipara a su esposa fallecida Rafaela Contreras con la *Ligeia* de Edgar Allan Poe, pues el recuerdo de la amada se mediatiza por la lectura y se aprecia “(...) esta idealización de la amada ausente como una respuesta a la intolerable presencia de la mujer viva. En particular, como una forma de contrarrestar a nivel imaginado, el emergente poder político de las sufragistas (...)” (2003: 244); en otras palabras, la dulcificación pasiva de las mujeres constituye en una representación deliberada de los artistas que persiguen omitir estéticamente la injerencia real que estas tenían en el medio social.

También se erotiza un fragmento de la amada muerta, una parte de su cuerpo o un objeto que ella haya portado; por ejemplo, Amado Nervo en el poema “¡Cuántos deseos interiores!” sustrae solo la trenza de la amada como única presencia física de aquel cuerpo que antes tuvo vida²⁷. Esto descubre un lado perverso del deseo, en tanto que el amor se materializa bajo la posesión del objeto; ese fragmento se convierte en símbolo máximo de la amada silenciosa y muerta que es ostentación del artista amante.

Peluffo asevera “Hay Ofelias latinoamericanas mejor vestidas que otras pero todas son bellas, jóvenes y mueren felices” (2003: 247); la focalización en este personaje de Shakespeare estriba en su muerte poética: la hermosa ahogada contrasta con el sangriento fallecimiento de Julieta. No obstante, el cadáver sosegado, exquisito y amado puede adquirir una esencia contraria

²⁷ Guy de Maupassant en “La cabellera” (1884) nos presenta el grado máximo de un erotismo enfermizo tejido a rededor de los restos femeninos; en el cuento, un hombre rico enloquece porque descubre un mechón de cabello en un mueble del siglo XVII, el mismo que le había atraído sin conocer el verdadero motivo; a partir del encuentro, se trastorna la vida del sujeto que siente un vivo deseo por “(...) sentirla bajo mi piel, para hundir mis labios en ella, para besarla, morderla. La enrollaba en torno a mi rostro, la bebía, anegaba mis ojos en sus ondas doradas, con el fin de ver la luz dorada al través” (1972: 195). A este deseo rayano con la locura se sucede la alucinación de la aparición de la mujer que resulta ser “(...) alta, rubia, llena, con los senos fríos, la cadera en forma de lirio” (1972: 196). El deseo mórbido y la creencia de la presencia fantasmal devienen en la locura y, finalmente, la muerte.

ante la mirada del artista: la *femme fatale* que “(...) castiga al poeta devenido en Orfeo con la indiferencia, el desdén y el silencio” (Peluffo 2003: 248). La *femme fatale* será el reverso de esa mujer silente, pues esta posee mayor actividad, grado de erotización y colisiona con el paradigma del ángel del hogar que debía ser la encargada de resguardar a los futuros ciudadanos. Peluffo refiere lo siguiente respecto a estas imágenes:

(...) fueron blanco de las fantasías misóginas del imaginario poético finisecular. Así como para Darío era preocupante la incursión de las abolicionistas en el terreno de la política, para Martí era igualmente intolerable el excesivo poder que tenía la mujer doméstica en el reino del hogar (...) Detrás de la máscara doméstica o profesional de estas nuevas subjetividades femeninas modernas se encubría una tercera amenaza: la sexualidad de la *femme fatale* que colocaba al sujeto masculino en una posición de impotencia y debilidad” (Peluffo 2003: 250- 251)

En tal forma, la muerte corporal posibilita la asunción de una identidad vinculada a lo femenino por parte de los poetas que se basa en un imperativo de época: ante el acoso real de las mujeres políticas y del reconocimiento del ímpetu sexual, se mata a la amada para entregarse, con creces, al dolor, la melancolía y el esteticismo, caracteres que, sin embargo, escapan a los ciudadanos modélicos republicanos²⁸.

Así, tal panorama será zona donde conviven diversos tipos de femineidad: desde el modélico ángel ceñido a la esfera privada hasta la *femme fatale* que proyecta las concepciones acerca de la prostitución. Victoria Kent

²⁸ Sobre la base de la comunidad imaginada de Benedict Anderson, Mary Louise Pratt analiza cómo las mujeres intelectuales latinoamericanas se sitúan frente al discurso de construcción de la nación; para ello se vale de la novela de Teresa de la Parra: *Las memorias de Mamá Blanca* (1929). En esta refiere cómo Mamá Blanca considera el romanticismo como un fruto indígena americano que se propaló por Europa y se esparció rápidamente de forma semejante a un microbio, lo último “(...) trae a colación la sífilis como la enfermedad del imperio, de la cual culpan los europeos a América y los americanos a Europa” (1998: 53). Aunque no se coloca a las intelectuales como transmisoras de males venéreos, sí son mediadoras inscritas al margen del discurso oficial, el mismo que les niega el derecho al voto o la representación política. En ese sentido, Pratt resalta que ellas se pensaron como sujetos de mediación transnacional, por lo menos en varios escritos previos a 1945.

negativiza la prostitución, dado que la concibe como una “(...) lacra social” (1951: 45) necesaria de ser extirpada y que ha permanecido a lo largo de la historia de la humanidad: desde los cultos egipcios hasta las mujeres que ofertan su cuerpo en las calles. En consonancia con nuestro tema, su estudio traza una conexión entre “(...) la aparición de las enfermedades venéreas en la Edad Media la que puso de relieve uno de los graves aspectos de este mal y se pusieron en práctica medios diversos para la persecución de la prostitución y en ese momento es cuando se inicia la reglamentación” (1951: 48), con lo que la asociación enfermedad- prostituta permanece hasta el siglo XX. En concordancia con ello, el francés Charles- Louis Philippe publica *Bubu de Montparnasse* (1901), novela donde refleja la prostitución y los males venéreos, además de colocar como protagonistas a personajes clave en la constitución de la literatura: el joven intelectual Pierre, la prostituta Berthe y el proxeneta Maurice.

Entre las causas de la prostitución, según Kent, se encuentran la anormalidad y un ambiente pernicioso; la primera se explica por causas clínicas, a diferencia de la segunda donde los individuos influyen negativamente y provocan que se haya preconizado el dinero. Curiosamente, este ambiente no solo se achaca a la conducta de los sujetos, en tanto que los tugurios, los espacios poco aireados y el uso de estupefacientes desencadenan el deseo de prostituirse de muchas féminas; en otros términos, la teoría miasmática²⁹ se actualiza en el discurso oficial. Leamos la siguiente cita sobre *Bubu*, momentos antes que esta se entere que padece sífilis:

²⁹ Los médicos asumían la teoría miasmática, de corte clásico, de manera que veían la enfermedad como un desequilibrio humoral a nivel del organismo; ello durará hasta fines de la primera década del siglo XX cuando se inicia el acelerado descubrimiento de los antibióticos.

En la habitación de la calle Chanoinesse, a mediodía, la ventana que daba a la calle, con las cortinas grises y los cristales sucios, irradiaba una luz sucia y gris. El papel de las paredes con fondo amarillo, el suelo de parqué mal cuidado, los cuatro muebles y el baúl constituían la estancia de una mujer pública que no puede pagar más de cinco francos a la semana. La mesa de madera de pino, calada por la humedad, las dos sillas desvencijadas, la otra mesa con la jofaina, no parecían muebles viejos sino tristes y enmohecidos, roídos por el vicio; también había una cama deshecha en la que dos cuerpos habían dejado manchas oscuras de sudor en las sábanas raídas, así son las camas de las pensiones en las que los cuerpos están sucios y las almas también (Philippe 2017: 29)

La suciedad simboliza el cuarto donde viven Berthe y su proxeneta, ambos mantienen relaciones en un espacio cerrado, húmedo, maloliente e infecto; es desde este cuarto de donde ella sale a las calles parisinas por las noches para propagar la enfermedad de la cual se ha contagiado, es como si la infección contenida se propalase a lo largo de la ciudad, el agente del contagio es la fémina de vida pública. Justamente, el cuerpo de la prostituta se reviste de atracción y repulsión: sus formas encierran un potencial peligro para los varones y, además, convoca el peligro de la sífilis³⁰:

Sifilítica por vocación, no echaba de menos el pasado. Llegó a tener la cabeza llena de piojos, pero no sentía la menor necesidad de asearse: sus faldas despedían un olor de vicio y mugre que encandilaba a los hombres. Vivía, alegre e inconsciente, y puesto que el dinero es un fin en el mundo, no tenía la menor idea de lo que era el bien o la honestidad y se sentía feliz, igual que un hombre que ha alcanzado su objetivo, cuando llevaba los bolsillos repletos de dinero (Philippe 2017: 54)

Previamente, el discurso médico moduló su presencia a través de, en primer lugar, determinar las condiciones de la infraestructura de la escuela moderna: la cantidad de luz, el lugar de los sanitarios, la distancia entre las carpetas, el número de estudiantes, entre otros. También, se encargó del estudio minucioso del cuerpo de los escolares: desde el tamaño del cráneo hasta las condiciones de limpieza que ostentaba; de la cantidad de horas de clase y la disposición de los cursos (los más difíciles al inicio y luego los más sencillos); y de la importancia de incluir la educación física para mantener adecuada salud física y moral en el menor. Resulta pertinente destacar que en Colombia los manuales se avocan, bajo el modelo de Rousseau que traslada las taras de los padres a los hijos como herencia, a la prevención del alcoholismo, pues el llamado deshigienizador europeo se conecta con una necesidad inmediata del espacio latino: la gran cantidad de personas de estratos bajos que consumían chicha fermentada, esto no por el alcohol en sí sino, más bien, por el proceso de preparación. Por ello, la cerveza será vista como válida, hacia 1940, porque su proceso de elaboración implica ser parte de la industria moderna que propugna la higiene (Noguera 2002).

³⁰ La sífilis es el tema medular de nuestra tesis, de manera que abordaremos este en tres momentos específico; en el primer capítulo, nos concentramos en la asociación con la prostitución en la escena literaria global y el enfoque teórico desde el análisis de Sontag. En el segundo capítulo nos centramos en el caso peruano.

La descripción anterior corresponde a Blanche, la hermana menor de Berthe, quien también ejerce el oficio de la prostitución; esta solo tiene dieciséis años, pero decide con qué chulo quedarse, los amenaza con su propia navaja, vive de forma independiente y ha asumido su enfermedad de manera resuelta: posee más rasgos de *femme fatale*, mientras que su hermana se entronca con un modelo romantizado por ser mucho más pálida, delgada, con aires de distinción y necesidad de protección. A estos dos tipos de mujer las hermanas, aparte de los lazos sanguíneos, la sífilis. Los clientes les pagan el dinero que piden, desde chulos hasta turistas padres de familia atraídos por la vida parisina acaban siendo contagiados por ambas.

En el campo histórico, Virginia Iommi recupera a Girolamo Fracastoro, médico veronés que vivió entre los siglos XV y XVI, dado que escribió dos libros, redactados al mismo tiempo, sobre este mal³¹; Iommi, siguiendo a Frank, asevera lo siguiente:

(...) En la primera de ellas, el conocido poema '*Syphilidis sive de morbo gallico libri tres*' (Los tres libros de la sífilis o el mal francés), acuñó el nombre con el cual conocemos hasta hoy la enfermedad a partir de la leyenda de un pastor llamado Syphilus quien habría recibido el mal como castigo luego de desafiar a los dioses. En el poema describió literariamente la violenta irrupción de la afección y las distintas curas aplicadas en la época. La segunda obra es un tratado en prosa de índole puramente médico en el cual el autor especifica las características del contagio entregando, además, algunas recomendaciones terapéuticas (2010: 878)

Fracastoro evidentemente, a inicios del siglo XVI, no podía describir la sífilis con exactitud, por lo que en la elaboración del tratado, a diferencia del

³¹ Comerio afirma "El origen de la sífilis es controversial. Existió, por ejemplo, un brote en Europa en 1495. En sintonía con ello, en el México precolombino ya existían las enfermedades venéreas. La explicación de que se conocieran características clínicas de la enfermedad en tiempos de Colón se relaciona con la invención de la imprenta por Gutenberg en 1440. En Italia el matemático y literato valenciano, el doctor Gaspar Torella, médico de Alejandro V, escribió en Roma en 1497 (sic) su principal obra: '*Tractacus cum consilis contra pudendagram, seu morbum gallicum, cui adjicitur in fine*' donde indica que en 1493 hubo un contagio que pasó de Alvernia a Hispania, echando por tierra la idea de que la sífilis llegó de la isla Española (Haití)" (2012: 7).

poema donde su búsqueda fue estilística, se informó por diversas fuentes sobre los rasgos de la elefantiasis y la lepra, así como sobre el árbol que, según se creía, curaba la sífilis: el Guaiacum, árbol originario de la Española, “(...) isla descubierta por Colón en la cual los europeos habrían visto por primera vez la enfermedad” (2010: 879). Fracastoro, creía que el mal florecía desde hace siglos en América y que se debía al aire impuro, el mismo que, en su fluir, facilitaba el contagio. Iommi enfatiza que Fracastoro solo vincula el mal con el sexo tres veces cuando este afirma en el poema “Aléjate de Venus, y sobretodo (sic) evita los suaves placeres de la copulación, pues nada es más dañino. La misma hermosa Venus odia el contagio tal como las jóvenes doncellas” (2010: 880); inclusive, no es que el contagio se deba al acto sino, más bien, que el ya enfermo empeorará de salud si mantiene relaciones coitales.

Lo anteriormente señalado se basa en *De rerum natura* de Lucrecio y *De elementis secundum Hippocratem*, por lo que el erudito italiano cree en la existencia de pequeñas semillas de enfermedad que se esparcen por el aire y afectan a los sujetos, además de que el cuerpo padece debido al desbalance de los humores. Posteriormente, en *De Contagione*, la visión de un aire corrupto se mantiene, pero existe un viraje importante en torno a los cuerpos: estos ya no son entes pasivos que asimilan el mal, dado que, a lo largo de los años, desarrollaron resistencia al aire infecto y, para el contexto del galeno belga, el contagio devino en directo. Con ello, ya no es al aire sino el contacto entre los cuerpos (no se refiere exclusivamente al sexo; por ejemplo, la transmisión puede ocurrir cuando un sano estrecha la mano de un enfermo) lo que desencadena que un sujeto padezca el mal del siglo.

Carlos Comerio refiere que la sífilis es una enfermedad infectocontagiosa y de origina debido a la espiroqueta *Treponema pallidum*; también, el principal medio de contagio es el sexual. La denominación sífilis se generalizará a lo largo del siglo XIX y el mal posee tres etapas: la fase de incubación se muestra como un pequeño bulto ubicado en la piel cercana a los genitales, a este signo se le denomina chancro y el potencial contagioso es elevado. Luego de seis a ocho semanas, se da la etapa secundaria donde aparece una erupción en casi toda la piel y que se desaparece rápidamente. Después de la desaparición, el enfermo ingresa a una fase de latencia por, aproximadamente, dos años o más, donde los signos no se vislumbran, pero la capacidad contagiosa se eleva y, sin algún síntoma definido, la persona puede fallecer. La última etapa es la terciaria, donde los signos se esparcen a lo largo del organismo (desde huesos hasta piel, por ejemplo) y, de darse el caso, el sistema nervioso entra en debacle: “(...) producía significativos cambios en la personalidad y hasta parálisis terminal general e insania” (2012: 4), aunque esta última etapa es rara por el descubrimiento de la arsfenamina en 1910³².

Para el dermatólogo Comerio, la sífilis se romantiza porque otorga genialidad al artista al otorgar ideas inverosímiles y que trascienden el razonamiento humano:

La intelectualidad también contrajo sífilis, entre los más conocidos está el cuentista francés Guy de Maupassant, Stendhal, Lord Byron, poeta inglés, el novelista irlandés James Joyce, el poeta francés Arturo Rimbaud, el bardo francés Paul Verlaine (sic), el poeta galo Charles Baudelaire, el filósofo germano Federico Nietzsche (sic), el bardo alemán Enrique Heine, el poeta gay

³² Paul Ehrlich se percató de los efectos positivos del arsénico, de manera que intentó curar la sífilis mediante el uso de componentes de este químico; en el intento 606 sus resultados fueron exitosos y se halló el Salvarsán, denominado como bala mágica. El descubrimiento de este compuesto sería el inicio de una revolución en el campo médico porque los antibióticos cobrarían primacía en la primera mitad del siglo XX y ya no se trataría la enfermedad como originada por los espacios miasmáticos.

irlandés Oscar Wilde, los pintores Vicente Van (sic) Gogh y Paul Gauguin, además del pintor español Francisco de Goya (...) (2012: 4)

Pese a que la lista parece ser exagerada porque no solo menciona artistas sino también reyes (verbigracia, Pedro I de Rusia), resulta interesante cómo la imagen romantizada ha pervivido en la actualidad y parece circunscribirse a la esfera de una élite letrada; asimismo, sostiene que muchos de los infectados- Franz Liszt, por ejemplo- la adquirieron en relaciones con prostitutas.

Por más de tres siglos, a su vez, se aplica el tratamiento mercurial suscrito por especialistas como Gaspar Torella y Jean Fernierl en el XVI, y Jean Astruc en el XVIII, este último es quien sugiere el uso del llamado unguento napolitano que genera signos cercanos a la putrefacción: "(...) estomatitis, caída de dientes, diarreas, intoxicaciones y babeo de litros de saliva diarios. Los pacientes vestían ropas inmundas y malolientes, cocinándose con estufas en piezas cerradas" (Comerio 2012: 8). Prontamente, con el afán de vender un supuesto mejor tratamiento, irrumpirán una serie de productos que ocultan su contenido mercurial: tisanas, bálsamos, aguas y chocolates acompañados de nombres foráneos o misteriosos (Agua de hipocrenne, por ejemplo) serán la evidencia de una industria comercial que aprovecha la falta de una cura certera y que no delate al paciente con estigmas visibles.

En esta misma línea de experimentación, se buscará crear una vacuna, aunque dicha teoría será dejada prontamente porque las inoculaciones no alteraban el progreso normal de la enfermedad. En el XIX, el mercurio se combinará con ioduro de potasio para atender casos de sífilis terciaria, a la vez que descuellan figuras como la del médico francés Jean- Alfred Fournier que

sistematiza el tratamiento y norma la conducta de los sujetos en sociedad; de tal manera, el sifilítico era visto como un agente negativo para el orden nacional y familiar (sus heridas delataban la adquisición venérea), mientras que a las prostitutas francesas se les revisa semanalmente y encierra en una cárcel cuando se enferman.

El propio personaje Bubu, Maurice, al enterarse que también padece dicha enfermedad se atormenta porque ni su voluntad ni su fuerza pueden luchar contra ese enemigo invisible que no se observa pero es convocado a través de los discursos de los médicos: “(...) él tuvo miedo porque la ciencia no arrastra a los hospitales, porque nos mira y nos ve, y porque hunde en nuestras vidas sus palabras y sus instrumentos, como si no fuéramos más que carne, enfermedad y muerte” (2017: 31). Inmediatamente, Maurice recuerda que un vecino suyo murió “como un verdadero estercolero” (2017: 31) por el estado de putrefacción de su cuerpo y la degradación moral que ello implica: su madre señalando que en el campo no se conocen tales males y, con ello, retoma la polarización campo- salud frente a urbe- infección, o su amigo ebanista comentando que se suicidaría si tuviese chancro (alusión vulgar de la sífilis).

La sífilis se construye como un mal capaz de infundir temor entre todos los hombres, además que su capacidad infecciosa anula posibilidades de salvación. La prostituta es el elemento principal de transmisión, debido a que su contacto se da con diversos hombres provenientes de clases sociales distintas; lo curioso, es que los vestidos de estas ocultan la suciedad y la enfermedad, factores que finalmente atraen a sus clientes.

1.3 El aroma de lo abyecto: entre excretas y miasmas

El campo de la abyección es, para Julia Kristeva, aquella sensación que produce rechazo y atracción en el ser, se antepone a la constitución del yo (*moi*) y lo enfrenta a saberse fuera de sí: “(...) lo *abyecto*, objeto caído, es radicalmente un excluido, y me atrae hacia allí donde el sentido se desploma” (1988: 8); es, pues, el límite donde los referentes se diluyen, donde el yo (re)descubre algo que le era familiar y que, tras la instalación de las barreras culturales, le resultará extraño. En este cúmulo de respuestas corporales del sujeto, el asco se erige como el espasmo producido por la invasión de lo impuro, por el propio cuerpo que quiere rechazar(se) porque “(...) yo *me* expulso, yo *me* escupo, yo *me* abyecto en el mismo movimiento por el que ‘yo’ pretendo presentarme” (1988: 10); sucede que lo abyecto se halla en el mismo cuerpo (por ejemplo, los restos de uñas, las heces, los mocos, entre otros) pero está fuera del sistema simbólico de la sociedad y regresa para trastornar el yo.

Sin embargo, estos restos que demuestran la fragilidad del cuerpo desodorizado no se comparan ante la visión del cadáver, límite en que la vida se detiene, punto que el hombre ha estado tratando de negar constantemente para asegurar su propio ser y sentir, el cuerpo putrefacto exánime es “(...) algo rechazado del que uno no se separa, del que uno no se protege de la misma manera que de un objeto. Extrañeza imaginaria y amenaza real, que nos llama y termina por sumergirnos” (1988: 11). A su vez, lo abyecto es lo inmoral, necesita revestirse de un sentido que transgreda las leyes ordenadoras del sistema social y, en ese acaecer, nos perturba; en otras palabras, lo llamado abyecto debe revestirse de un sentido corrupto, que obligue al hombre a

trastocar su realidad inmediata porque si fuese amoral, no generaría desasosiego.

El máximo grado de la abyección es el descubrimiento de que uno mismo es el abyecto: “(...) toda abyección es de hecho reconocimiento de la *falta* fundante de todo ser, sentido, lenguaje, deseo” (1988: 12), tal falta es la de la experiencia que precede al sujeto y al objeto, está más allá de la lógica. La abyección difiere de lo siniestro³³ porque este último implica un reconocimiento de algo que era familiar y ha devenido extraño, mientras que en la abyección no se reconoce porque no existe la proximidad ni el objeto, sino tan solo el vacío y la ausencia que había por ser una falta fundacional. Kristeva lo ejemplifica con un bebé que devora a sus padres sin que exista mediación simbólica alguna entre este y el espacio que lo rodea, lo único que ser para él es “(...) su propio territorio, cercado de abyecto” (1988: 13) y es dicho vacío lo que provoca miedo porque se desanudan los nexos que conectaban las representaciones.

Tal espacio se da porque “(...) aquel en virtud del cual existe lo abyecto es un arrojado (*jeté*), que (se) ubica, (se) *separa*, (se) sitúa, y por lo tanto *erra* en vez de reconocerse, de desear, de pertenecer o rechazar” (1988: 16), y es que la pregunta del abyecto no reside en su reconocimiento (¿Quién soy?) sino en el espacio (¿Dónde estoy?), en la medida que el lugar carece de raíces,

³³ La definición de lo siniestro planteada por Sigmund Freud estipula lo *heimlich* y lo *unheimlich*, pero cuestiona la visión clásica que relaciona lo *unheimlich* con lo insólito - desconocido y lo *heimlich* con lo conocido y familiar. El análisis de los diversos significados del término *heimlich* permite identificarlo con lo conocido o familiar y, por otro lado, con lo oculto y disimulado. En este segundo aspecto, lo *heimlich* también puede ser un *locus* que, lejos de ser el espacio cotidiano, preserva un vínculo con el espacio oculto y secreto de la casa. En el caso de la antítesis entre lo *heimlich* y lo *unheimlich*, la oposición parece concentrarse en que lo segundo, siguiendo a Schelling, es “(...) aquello que debiendo ser oculto se ha manifestado” (p.7). Freud comprueba que lo *heimlich* y lo *unheimlich*, en realidad, coinciden y que lo conocido incluye un aspecto siniestro.

estabilidad o referentes fijos: es un espacio catastrófico donde el excluido- el abyecto- deambula para reconstruir el objeto perdido, para intentar hallar la falta que vislumbra solo a ramalazos fugaces que alumbran el posible encuentro el tiempo del olvido (lo abyecto que precede su propia afirmación de ser) y el de lo cree propio. En tal forma, el extraviado se halla puesto siempre ante situaciones liminales, donde es arrojado por el Otro, y, en ese caer, atisba a comprender una relación previa con lo objetual, la pérdida que revela su heterogeneidad constitutiva:

Sólo [*sic*] experimento abyección cuando Otro se instaló en el lugar de lo que será “yo” (moi). No un otro con el que me identifico y al que incorporo, sino un Otro que precede y me posee, y que me hace ser en virtud de dicha posesión. Posesión anterior a mi advenimiento: estar allí de lo simbólico que un padre podrá o no encarnar. Inherencia de la significancia al cuerpo humano (1988: 19)

Ese Otro es el que ha instalado la represión primaria para trazar un línea divisoria entre lo llamado abyecto y el sujeto y sus objetos, para poder sindicarlo que porta sentido y lo que no; esta serie de dicotomías entre un adentro y un afuera, un yo frente al otro, nos demuestran que el Otro, aún antes de que exista pensamiento en el sujeto, ya ha hablado por uno porque la puesta de límites posibilita la preservación; ello se ejemplifica con la continuidad abyecto-animal que el hombre primitivo utiliza para reconocer su cultura, y de lo abyecto como una “(...) arqueología personal” (1988: 21) donde el ser separa el propio yo de la entidad materna, quiere hablar fuera de esta para poder nombrar(se). Podríamos señalar que lo abyecto se teje sobre el cuestionamiento “¿Dónde soy?” porque es reconocer este no- lugar que acarrea el caminar constante, es saberse perdido desde incluso antes de ser nombrado. Kristeva se vale de ejemplos literarios para crear un mapa que permita comprender lo abyecto, además de Dovstoievski:

Un “yo” invadido por el cadáver: esto es con frecuencia lo abyecto en el texto de Artaud. Pues es la muerte la que figura, violentamente, este estado extraño donde un no- sujeto, extraviado, habiendo perdido sus no- objetos, imagina, a través de la prueba de la abyección, la nada. Horror de la muerte que “yo” soy, asfixia que no separa el adentro del afuera sino que los aspira uno dentro del otro indefinidamente: Artaud es el testigo insoslayable de esta tortura, de esta verdad (1988: 30)

En esta invasión de lo repugnante se nombra lo abyecto con nombre propio, este retorna a pesar de que la modernidad ha intentado negar su falta. Al estudiar a Ferdinand Céline, Kristeva resalta la construcción del “(...) dolor como lugar del sujeto” (1988: 185) porque este estar fuera/dentro es lo que genera miedo; para el escritor francés, tras la Guerra, el relato se convierte en el espacio donde aparece fugazmente la presencia de lo abyecto, ya que es una zona intersticial que presenta fronteras en permanente difuminación. En Céline la linealidad temporal se quiebra, se ve sumida a cortes, cambios intempestivos, giros irracionales, es decir, las fisuras que suspenden el sentido narrativo; la puesta en tensión de los opuestos no le sirve para trascender hacia un más allá donde pueda comprender(se) sino, más bien, para conocer que es un ser abyecto, ya que “(...) en ese fascinante frente a frente, de una guerra sin tregua, los dos se encuentran del mismo lado, unidos en la abominación; entonces el lenguaje hace un viraje hacia la baba, la conversación hacia la defecación; es el fin de la noche” (1988: 190). De ese modo, en este mundo convulsionado por la guerra, la figura femenina aparece como el objeto que produce fascinación y también como “(...) lo abyecto de la narración” (1988: 194), es el borde donde se encuentran el miedo y la náusea; por ejemplo, el lector asiste a una escena donde la madre del escritor acaba vomitando su propio cuerpo: los restos de comida entre arcadas, esta imagen nos remite al lado más animal del hombre, a la revelación del cuerpo anterior a la palabra civilizada, al nivel informe pre-objetual que antecede al objeto en sí,

es el cuerpo que descarga y arroja sobre el armazón de la sociedad lo más verdadero y lo más propio que posee. En ese sentido, aquello que incomoda al hombre y lo obliga a volver sobre el espacio previo al influjo de la sociedad que escinde lo sucio de lo limpio, es lo que abordaremos a continuación.

1.3.1 Ese exceso que atormenta: la estrecha relación entre el hombre y sus heces

Dominique Laporte, en *Historia de la mierda*, menciona que, en Francia, desde 1534, existían diversos edictos que proclamaban la necesidad de limpiar la ciudad, además de exigir ciertos requisitos mínimos para mantener el orden de la urbe, de allí que se apuntaba lo siguiente:

Prohibimos vaciar o arrojar a las calles y plazas de la citada villa y sus alrededores, basuras, agua de colada, agua infectada o de cualquier otro tipo, así como retener en las casas durante tiempo orines y aguas corrompidas o infectas; así, les instamos a acarrearlas y vaciarlas de inmediato al arroyo y echar luego un cubo de agua limpia para darles curso (1989: 11)

Las aguas servidas se solían arrojar a las calles desde tal época y esto provocaba un ambiente general de infección, además que el edicto busca no solo regular prácticas sanitarias en pro del bienestar común sino también las casas: la imagen de la ciudad sitiada por la podredumbre se debía a sus propios ciudadanos, es decir, los propios sujetos parisinos cargaban con la responsabilidad de la continua contaminación de la urbe. Además, este afán de limpiar la ciudad se relaciona al poeta como aquel que ostenta la agricultura de la lengua: el lavado de la boca como recomendación se traslada al dominio del latín propio del campo literario, dado que el quehacer artístico del vate construye la limpieza, el orden y la belleza.

No obstante la existencia de los edictos, París seguirá siendo una ciudad que hiede porque los propios vecinos han construido un imaginario en torno a

sus excretas: las heces en la puerta de la casa, por ejemplo, atraen la buena suerte. Inclusive, las normas reguladoras de la salud pública evidenciarán su carácter obligatorio- no como recomendación- mediante amenazas de impuestos o sanciones: la multa sobre quienes no recojan los desechos o el cierre de las carnicerías si se arrojaban los restos a la vía pública. Es pertinente atender a lo siguiente:

Si se altera, por poco que sea, la relación del sujeto con su mierda, no es sólo [sic] la relación con su cuerpo lo que se modifica, sino su relación con el mundo y la representación que él se hará de su propia inserción en lo social. El edicto de 1539, que obliga a cada individuo, a cada familia, a conservar de alguna forma para sí su desperdicio antes de llevarlo fuera de la ciudad, encuentra, efectivamente, su complemento en un reglamento de 1563, cuya lectura puede esclarecer, con una luz muy particular, la génesis de los discursos de la intimidad y de la individualidad (1989: 34)

Esta regulación busca, en ese sentido, domesticar el excremento, pero termina, como se señala, configurando la individualidad: la excreta como aquello mío que me distingue del otro, con lo que se da una relación cercana entre el desecho corporal y el sujeto. En sintonía con tal proximidad, hasta el XIX, existirá una especie de circulación entre el abono/ vida y la mierda/pestilencia: las heces se erigen como materia valiosa y aprovechable. Así, el hombre francés, en palabras de Laporte, se denomina *Stercus Homini* y promueve el aprovechamiento de las excretas: la mierda blanda no es peligrosa, pero aquella que se ha endurecido- después de tres o cuatro años- adquiere un sesgo de imagen demoníaca, por lo que solo se le controla con el agua que fluye: “No es la mierda como tal la que se considera perniciosa sino la mierda en tanto que, al ser defecada queda corporificada y no libera, todavía, si espíritu. Espíritu fecundante, cuerpo sutil, principio de vida, cuerpo volátil que se presta a la transmutación” (1989: 42).

Los médicos se entroncan con el vínculo hombre- excreta pero desde una perspectiva analítica, por lo que es necesario la revisión de las heces para determinar el malestar, carácter y condiciones de vida del paciente. Si bien es cierto que las heces son materia, no se debe omitir la creencia de que estas poseían alma y espíritu, los mismos que daban cuenta de una relación estrecha entre humanos y sus excretas. También, el desecho representa abono para el campo, mientras que para la ciudad es oro en potencia, por lo que se instala una ambigüedad importante: los emergentes discursos higienistas pretendían establecer la ciudad como un espacio no pútrido, pero la urbe era el lugar efectivo de la corrupción. Inclusive, a la hediondez natural de los cuerpos le seguía la hediondez del dinero ciudadano: la mercantilización de esas excretas comportaba un rol meramente instrumental que el campo, no necesariamente, guardaba. Hacia el siglo XVI, la política del excremento se privatiza con el edicto de 1539, tal suceso actualiza lo siguiente:

La proposición “la civilización es el desperdicio” sólo [sic] es verdad a condición de que se complete con la segunda “el Estado es la cloaca”, pues la civilización es siempre la del vencedor, la del invasor doméstico que, al contrario del bárbaro, viene a sembrar su mierda por todos los sitios por donde pasa y marca el recorrido de sus conquistas con una prohibición primordial: “prohibido cagar aquí” (1989: 60)

La apropiación- mercantilización de la propia mierda comporta la vulneración de la libertad del ciudadano común. Esta posición difiere de Inglaterra, nación que, hasta el XIX, será el bastión de la nueva higiene: espacio que propugna una serie de aparatos basados en la limpieza del propio cuerpo, en su desinfección y en la convicción de los restos fecales como infecciosos. Las divisiones que se establecen son a nivel racial, económico y social; en tal forma, “El blanco tiene para el negro olor a cadáver. El negro para el blanco olor y color de mierda” (1989: 63). Esta contradicción entre el que se

posiciona como civilizador y el conquistado construye relaciones donde el primero oculta su hedor y el segundo se afinsa en la continuidad tierra- mierda:

Y el occidente cristiano ha mantenido durante mucho tiempo que lo que se imaginaba era el olor a cadáver y el olor a mierda en un temor semejante al que sentía por sus efectos mórbidos: la historia de su percepción olfativa, como la de la distancia a la cual se deseaba mantenerlos, son paralelas. En lo que se refiere a la muerte, su amenaza no será definitivamente alejada hasta que el principio de igualdad llegue al cadáver retirándolo a la fosa común para autorizar, así, a la mayoría, a localizar en un culto el cuerpo- desperdicio que, en el anonimato del osario y de la inmundicia, se ocultaba anteriormente a la memoria (1989: 63- 64)

Por ende, el hedor de las heces se emparenta con las pestilencias del cadáver, pues ambos se arrojaban a un foso y requerían de un proceso de desodorización por parte de las autoridades; el cadáver solo se individualizará al ser una reliquia y estar dotado de santidad, mientras que defecar pasará a convertirse en un acto privado. Por ejemplo, Jonathan Swift, en 1743, creará un *Proyecto para construir y mantener las letrinas públicas en las ciudades y barrios de Londres y Westminster*, donde, en tono de burla, diserta sobre el desperdicio propio: la mirada distinta al evacuar reposa en una ética hedonista a rededor de los *waters*, los cuales conforman los decorados de las ciudades letrina y lugares secretos refinados donde las excretas del burgués adquirirían un sesgo personal y que buscaba anular el hedor de estas. Tal pensamiento cimentará la puesta en escena de roles del Estado y el sujeto, pues el primero será el maestro destinado a educar al seguidor y adoctrinarlo sobre cómo debe relacionarse con sus excrementos. Recordemos lo siguiente:

En el gobierno del aprendizaje esfinteriano del cuerpo social, el Estado vuelve a añadir que invita a sus sujetos a *oler*. Se comporta a la manera de educador “obsceno y feroz” que castiga la incontinencia del niño haciéndole oler sus *excreta* o algo peor. De ahí la nueva experiencia del olfato que se estimula históricamente con la presencia del Estado fuerte. El olor se convierte en lo innumerable y lo bello surge de la eliminación del olor, concomitante al proceso de individuación del desperdicio y a su instauración en la esfera de lo privado (1989: 69)

Sacar la mierda, invitar a olerla, dejarla y saber que la educación abolió esa proximidad obscena entre el hombre y sus excrementos será una forma de autorizar el discurso estatal higienista en Inglaterra. Con ello, el Estado impone la privatización de la mierda, obliga a los sujetos a deshacerse de esta, ello se traduce en la monarquía fiscalizadora que ordenar limpiar los desechos del burgués e invade el ámbito privado:

Atrapado entre la obligación de construir sus privados y la de pagar para que un cuerpo de especialistas- *maestros fy fy* se les llamaba- le liberen, en adelante, de su carga de basuras y de la amenaza enarbolada de descalificarlo como propietario- y, de esta forma, como sujeto- el burgués se ve condenado al rescate, condenado a intentar olvidar su sucio olor al amparo del Estado-Monarca, que saca de él sus beneficios, amnésico para siempre de su origen, incluso del olfativo (1989: 75)

Frente al afán monárquico de regodearse en los beneficios de la mierda (aplicaban un impuesto), la burguesía persigue la desodorización, pues el hedor anula el carácter purificador y embellecedor: lo bello no huele ni deja un halo negativo impreso en las narices. Laporte se vale de Immanuel Kant en torno al juicio de lo bello para establecer la divergencia con los sentidos: la rosa es bella como juicio y esto trasciende toda perspectiva personal que provenga de los sentidos, es decir, lo bello no se aprehende por el sentir falible y material. Así, la naturaleza es un caos aromático por la multiplicidad de elementos que la constituyen y la enervación de los sentidos superficial que experimenta el sujeto, de allí que sea cercana a la podredumbre:

La civilización odia los olores y los persigue tanto más ferozmente cuanto más se empeña el poder en llenar el espacio que le separa de la divina pureza; ferocidad que alcanza sus más altas cimas en el imperialismo que castiga la negritud. Los olores no podrían inscribirse en la triada higiene- orden- belleza constituyente de la civilización. Bajo la relación de la higiene y el orden, el olor es siempre sospechoso. Aunque fuera delicioso no se libraría de la sospecha de una suciedad oculta, disimulada a fuerza de perfumes, ni lo sería sino como signo de algún vicio o libertinaje, índice de la lujuria (1989: 85- 86)

Este aliento civilizador que rechaza las excretas cambiará radicalmente hacia el siglo XIX, en la medida que se apelarán a los modelos romanos, griegos y chinos para tomarlos como paradigmas en la valoración de las heces usadas en la agricultura: ya no son un desecho, sino que se enfatiza su continuidad con la naturaleza. Se rescata a Plinio quien instalaba los fluidos del cuerpo como positivos: tomar la orina de los eunucos, por ejemplo, era acto eficaz para producir la fertilidad y embadurnarse el rostro con heces aseguraba un rostro fresco y lozano. La alianza terapéutica- belleza en torno a las excretas propulsará una industria de alquimia que buscará elaborar remedios, perfumes, lociones y abono. Así, Paracelso, en el XVI, señaló que la mierda puede devenir en almizcle al pasar por un proceso de preparación interno; la cercanía entre las glándulas que producen almizcle y el ano da cuenta de esa falta de fronteras determinadas entre lo sensual y lo pútrido, donde esta esencia es vecina y contigua con respecto a la mierda:

El almizcle se dice que proviene de una secreción parda, de consistencia oleosa cuando es fresca, dura y quebradiza cuando está seca, que se acumula en un cérvido macho de Asia, en una “glándula en forma de saco y del volumen de una naranja pequeña, colocada bajo el abdomen y cuyo orificio desemboca delante del órgano genital” (1989: 103)

La fragilidad de esta frontera entre la secreción fresca y las heces³⁴ prefigura las propias relaciones a nivel social: los negros y criminales llevan el signo del hedor y se crean diversas asociaciones, donde el otro diferentes es quien condensa la negatividad (insaciable apetito sexual, el estigma de la piel oscura y el carácter de transmitir la enfermedad en su entorno). Pero esta

³⁴ Alan Corbin destaca en *El perfume o el miasma* que, desde el punto de vista de los viajeros, en París existía una resistencia al mal olor, cierto deleite en las transpiraciones de los cuerpos y un aura en torno a las heces.

asociación no es rígida, sino que el discurso médico³⁵ sobre las excretas soporta contradicciones: las heces blanquean la piel y la suavizan; inclusive se destila la orina que se transforma en “agua preciosa” (1989: 106)³⁶. Ante estas creencias, la figura del higienista se opone y se perfila como aquel quien ordene todo este sistema de creencias:

El higienista es un héroe. Desafía las más tenaces repugnancias y se arremanga la camisa para enfrentarse a lo innombrable, carga con la cloaca. Habla y hace hablar a aquello de lo que nadie habla ni se atreve a nombrar por miedo a mancharse y a comprometer la imagen de su saber (1989: 115)

Los temas tabú son los que los higienistas abordan libremente: la mierda, el sexo, el espermatozoide, la cloaca, entre otros. Justamente, los grandes proyectos de limpieza empiezan a inicios del XIX³⁷ y tratan de conjugar lo putrefacto y lo útil, es decir, no solo se trata de colar, eliminar, separar la mierda sino de rentabilizarla y devolverla como abono. Inclusive, la máxima “(...) la mierda no es productiva más que en cuanto proviene del hombre” (1989: 117) posiciona al sujeto en parangón a sus excretas. Hacia 1891, se materializará un debate sobre la pertinencia de arrojar restos de excremento “purificado” a las vías públicas para garantizar la feracidad o eliminarlos; con ello, la diversidad de pareceres sobre un acto vinculado a la mierda engarza la

³⁵ García Blanco refiere, en *El rapto de Higeia. Mecanismos de poder en el terreno de la salud y la enfermedad*, que hacia el siglo XVIII el médico reemplazará al clérigo en el ordenamiento estatal europeo, pues la salud formará parte de un asunto público. En sintonía con este aserto, Pascual Serrano incide en que el médico sustituye al sacerdote, lo cual lo ubica como un agente capaz de ejercer cierto control social en la comunidad: la prescripción de las recetas, la regulación sobre la higiene de la pobreza y el lenguaje médico que le es desconocido a la mayor parte de la población (2009).

³⁶ En 1752, cuenta Laporte, en *Suite de la Matière médicale* de M. Geofrey se relata sobre una dama que poseía un empleado joven y saludable, el cual estaba obligado a guardar sus deposiciones rápidamente y envolverlas herméticamente, con el fin de entregárselas luego para que ellas las unte en su rostro: allí residía el secreto de su belleza. Esta relación de la mierda con la belleza también se traslada al espacio de lo divino: en el Tíbet se consideraba que un niño podía ser producto de una deposición divina (1989).

³⁷ En América Latina estos proyectos se darán a fines del XIX, tal es el caso de México que empieza un lento y progresivo programa de higienización dirigido a regular las prácticas domésticas y públicas; cabe resaltar que este impulso provendrá de una élite profesional, de extranjeros negociantes y doctores que buscarán modernizar la nación (Santoyo 2001)

visión económica y la de limpieza. Recordemos que la consistencia misma de los residuos fecales era un argumento para garantizar sus propiedades: la parte sólida era materia y servía para abonar, mientras que la parte líquida era mucho más mórbida y peligrosa. Los propios higienistas, a pesar del discurso de la contaminación, realizan cálculos sobre la mierda que se acumula en zonas agrícolas y ganaderas porque cuentan la riqueza de los agricultores mediante la contabilización de los restos de ellos mismos y de su ganado; en otras palabras, el discurso higienista en el campo europeo comporta una ambigüedad importante en torno a las heces: la potencial utilidad del abono en contraste con el germen de la enfermedad.

Finalmente, el XIX también será escenario del uso político del estiércol, en tanto que el doctor E.D. Bertherand “(...) se enfrentó con la cuestión del vaciado de las letrinas y urinarios públicos en su triple dimensión ‘higiénica, agrícola y comercial’” (1989: 125). En otros términos, la estrecha y ambigua relación entre el hombre y la mierda pasará a formar parte del control del Estado burgués, el mismo que, progresivamente, instalará estercoleros que recojan la mierda y la confinen al espacio de lo sucio. Precisamente, esta oscilación entre el acto de desprenderse de las heces o adicionales una utilidad singulariza la imagen de Francia: la tardía higienización con respecto a Europa, la misma que parece replicarse, posteriormente, en Latinoamérica.

1.3. 2 El olor como condensación de lo putrefacto: la urbe y el cuerpo femenino

Según Alain Corbin, en *El perfume o el miasma*, Las Memorias del médico francés Jean Noël Hallé posibilitan detectar el afán por clasificar y desodorizar la podredumbre parisina, esto hacia finales del siglo XVIII. Para

ello, se emprenden diversos proyectos que dan cuenta de la multiplicidad de hedores existentes en la urbe; no obstante, el olfato se ubica como "(...) el más bajo en la jerarquía de los sentidos" (1982: 13) porque se consideraba que este sentido se entroncaba con el resto bestial que constituía a los seres humanos: el olfato animaliza al hombre, pues posibilita la supervivencia de los seres salvajes.

Del mismo modo, hacia 1750, el aire pasa a ser un fluido elemental porque actúa sobre el cuerpo y modula la regulación de este, con ello no será el simple producto de un resultado químico, sino, más bien, elemento dinámico que acusa la presencia de fortaleza (frescor) o de malestar (frío o caliente). Precisamente, se valora el dinamismo en detrimento del aire estático, pues el último se configura como "(...) soporte inerte" (1982: 20), es decir, la ausencia de movimiento deviene en caldo infeccioso que amenaza la salud corporal y emocional del ser humano.

Pese a la detección del aire como elemento primordial, el olfato, entre 1760 y 1780, será omitido en los estudios que busquen diferenciar los aires respirables y saludables de los mefíticos y perniciosos; cabe resaltar que tal búsqueda no se realiza para hallar el origen de la vida sino el proceso de descomposición donde las sustancias adquieren carácter maligno. Por ejemplo, el médico alemán Johann Joachim Becher, padre de la teoría de la putrefacción, postulaba que las emanaciones pútridas del cuerpo pueden ser capaces de corromper otros cuerpos, por lo que considera importante purificar la propia corporeidad a través de los aromas.

En consonancia con tal propuesta, se perseguía asegurar la fluidez necesaria del aire, aunque manteniendo los componentes puros que podían ser

alterados por las filtraciones aéreas que amenazaban con corromper el cuerpo. Las teorías prepausterianas se concentran en el olor como forma de discernir lo saludable de lo malsano y, debido a la omisión del olfato, los estudios se abocan a la observación y manipulación de los cuerpos que se desintegran y no deja de mutar en materia pútrida. En tal sentido, se repara en las acumulaciones fétidas y sólidas que integran el suelo: las heces, los cadáveres, las aguas estancadas, entre otros, contribuyen a configurar un espacio de emanación negativa cercano al campo. Sucede que la feracidad del campo se medía sobre la base del abono que recibía, el cual se componía de los restos que el afán higienista no terminaba de clasificar: la corrupción del suelo y sus efectos entre los ciudadanos. Por ello, se separa, conserva y huele el lodo extraído de diferentes partes, de modo que el filántropo inglés J. Howard, al detenerse en el estado de los prisioneros en los hospitales, determina que la capacidad contaminante de las miasmas impregna, incluso, cuerpos inertes como las paredes³⁸. Dentro de los proyectos urbanistas europeos aunados a propósitos salubres, París será el eje del hedor y el retraso: la llamada Ciudad Luz se convierte en lugar de acontecimiento de lo hediondo, en espacio de pestilencia donde sus ciudadanos son amenazados por las fosas sépticas que se hallan en el centro de su construcción. Es más, ya desde 1740, los ríos eran presencias amenazantes por sus aguas sucias y los efluvios que emanasen de estas.

³⁸ Ris- Paquot, por ejemplo, publica un recetario sobre cómo tratar el mueble, donde asevera que existen una serie de prescripciones para instalarse en un lugar: verificar que el papel tapiz no sea mohoso, garantizar la limpieza de los cuadros para que no se almacén de miasmas y optar por colores claros porque la base de yeso es inofensiva; es decir, tras el espacio íntimo se agazapa la enfermedad que puede devorar al ocupante en el momento menos esperado y, por ello, es necesario explorar el espacio donde uno descansará (1905). Es pertinente señalar que el libro se dirige a España, pero permite configurar un imperativo común a la época: el tránsito del XVIII al XIX demanda la higienización no solo de la vía pública sino, sobre todo, del espacio íntimo.

A la visión de la naturaleza como agente contaminante se suma la teoría del vitalismo, la cual propugnaba que cada ser portaba características propias; en otras palabras, los sujetos y sus órganos ostentaban formas, olores y emanaciones constitutivas a estos. Ello se ejemplifica con los estudios del anatomista Albrecht von Haller, quien afirma que cada etapa etaria del ser humano posee un olor característico, por lo que los niños se caracterizan por su olor dulzón en contraste con los púberes que desprenden efluvios de macho. En el caso de las mujeres, el aroma natural de estas va degenerando acorde al comercio sexual que mantengan con sus pares masculinos, dado que "(...) las pasiones ejercen acción sobre los humores" (1982: 49). Por eso, los tristes carecen de olor y los violentos son pestilentes, con lo que existen olores infernales y santos: el aroma del cuerpo informa sobre la calidad moral del sujeto.

Con respecto a la imagen del campo como lugar de hedor, este paradigma cambia hacia fines del XIX con respecto al impulso urbano en la Monarquía, pues el campo simbolizará lo limpio y la ciudad se transformará en la pestilencia; dichos rasgos obedecen a la alimentación característica de los pobladores de cada espacio. Bichat destaca, además, que los olores pútridos corporales son capaces de trasladarse a otros cuerpos y generar efectos de reminiscencias animalescas; ello se ejemplifica con las emanaciones menstruales de la mujer que atraen el deseo masculino. Atendamos a la siguiente cita:

La pubertad no constituye la etapa decisiva del itinerario olfativo que diseña la vida de una mujer (...) los menstruos atizan la seducción de la joven púber, recuerdan su misión genésica, pero no le confieren sino un olor discontinuo; lo que procura a la mujer un verdadero sello olfativo, es el esperma masculino, lo que la práctica del coito impregna de un olor particular la carne de las hembras

de numerosos animales. Es el comercio sexual el que, en todos los terrenos, completa la femineidad (1982: 56)

Las creencias de la época reparaban en que se podía detectar a los adúlteros mediante el olor que desprendían; asimismo, la prostitución se convertía en un signo tangible y plagado de hedor que rememoraba los establos hacinados e infectos de la imagen anterior del campo. Entonces, los efluvios, los alientos y los soplos provenientes de cuerpos ajenos son peligrosos conductores de la muerte que delatan la sola presencia del cuerpo como ente corruptor de la pureza del aire. Justamente, a fines del XVIII, los higienistas iniciarán una labor de depuración de los espacios de acumulación de miasmas: lo zonas cerradas como hospitales, cárceles y casuchas son agentes impregnadores del mal porque “(...) el estancamiento agrava la infección” (1982: 59), la misma que se incrementa aún más con el calor. Por ello, el hospital³⁹ se ubica como una “(...) complejidad de olores pútridos” (1982: 62) y ámbito de lo nauseabundo:

La respiración acelerada y el sudor infecto de los enfermos, sus esputos purulentos, la variedad de sanies que escurren de las llagas, la carga de las bacinicas y las letrinas, la fragancia de los medicamentos y los efluvios de los emplastos, se amalgaman y dan origen a una fetidez que el médico se esfuerza en desenredar, para descubrir lo más rápidamente posible el riesgo de una epidemia (1982: 64- 65)

El hospital es, de esa manera, un foco infeccioso disperso que acumula letrinas, camas y moribundos en espacios cerrados, de allí que emanen miasmas de todo tipo: desde el hedor de las parturientas hasta los cuerpos gangrenados de los condenados a morir. En los lugares brevemente

³⁹ “En el caso de los hospitales este problema presentaba una dificultad suplementaria: era necesario evitar los contactos, los contagios, la proximidad y los amontonamientos, asegurando al mismo tiempo la circulación del aire; se trataba a la vez de dividir el espacio y de dejarlo abierto, de asegurar una vigilancia que fuese global e individualizante al mismo tiempo, separando cuidadosamente a los individuos que debían ser vigilados” (Foucault 1980: 1)

señalados, lo crucial es el amontonamiento como aquello que escapa continuamente a la mirada controladora y taxonómica de los higienistas.

De otra forma, los higienistas e iniciadores de proyectos urbanísticos buscaban en París detectar los canales por donde circulaba la infección: “las redes miasmáticas” (1982: 67) que contaminaban el nuevo modelo de ciudad en ciernes. No obstante, en el XIX tal discurso experimentará un cambio importante: de la red miasmática ajena al sujeto y que detecta cargas moralizantes más allá de la condición socioeconómica, se impondrá la diferencia de clase, es decir, la burguesía se convertirá en el lugar de lo desodorizado y el pueblo se revestirá de la infección.

Hacia fines del siglo XVIII, las pestilencias se vuelven repulsivas, propias de la condena pública, con lo que se materializa una nueva sensibilidad capaz de moldear la opinión del gentío y se configura un modelo que condena la fetidez y las excretas, de modo que se enarbola la aspiración del aire puro. Esta moda preconiza la revolución olfativa que sanciona el hedor de los cuerpos putrefactos y de la cloaca, pues la emergente burguesía apela a la necesidad de habitar en espacios libres de microbios y, así, el Estado higienizado emprende su primera gran gesta en torno a la gestión del excremento. Los olores y hedores adquieren el estatuto de servir como signos para establecer jerarquías sociales y la limpieza de los hombres. En tal sentido, de 1750 en adelante, el nuevo estado demanda una política de desodorización junto a una urbe limpia. Se desarrolla, desde el espacio regio, la osmoterapia como una estrategia válida para purificar y contrarrestar el mal que reposa en ciertos perfumes. Ya el químico Nicolás Lémery, siguiendo el saber de autoridades antiguas de la talla de Hipócrates y Galeno, enfatizaba la cercanía

entre el cerebro y la nariz: los orificios son el acceso que permite volver al estado natural del hombre. A partir de esto, se ubican las miasmas como origen de las afecciones físicas. Tal noción se evidencia en Pringle, quien usa compuestos aeriformes a base de alcanfor, quinina, mirra, entre otros. También, será la época donde se comercialicen las almohadillas de olor a vinagre o alcanfor como maneras de mantener la salubridad.

En el siglo XIX, el trabajo aromático en los hospitales se desarrolla a partir del enebro, el romero y ahumar con incienso para combatir lo fétido; es más, se cree que las almohadillas son capaces de actuar sobre el cuerpo y el carácter de los individuos: el enebro calma la melancolía, por ejemplo. Se negativizan las emanaciones que provengan de lo animal: el almizcle, por su proximidad con el excremento, es un aroma que se debe rechazar. Por ello, la ética burguesa se sostiene en los perfumes volátiles y vegetales: aquello efímero que es imposible de retenerse y cuyo uso se circunscribe a su capacidad curativa.

La confianza en la potencialidad médica de los perfumes se mantendrá hasta mediados del XIX, a pesar de que, a fines del siglo XVIII, se cuestionan las propiedades terapéuticas del perfume en el espacio europeo por las teorías de la degeneración que vinculaban al continente europeo como viejo y en declive, con respecto a América joven y vigorosa. Pese a la crítica sobre los olores fuertes, en el ámbito público se gestan los efluvios excrementicios y surge, por eso, el afán de exteriorizar la limpieza: el aroma íntimo porta limpieza. En las postrimerías del XVIII, se rescata lo siguiente:

La mugre obstruye los poros, retiene los humores excrementosos, favorece la fermentación y la putrefacción de la materia; y lo que es peor, facilita la 'reabsorción de las inmundicias', de las que está cargada la piel. Esta película

nauseabunda, en la que con demasiada frecuencia se quiere ver un barniz protector contra los miasmas, estorba los intercambios aeriformes necesarios al equilibrio orgánico. Importa pues multiplicar las abluciones. Platner, como Jacquin, recomienda lavarse con frecuencia el rostro, las manos y los pies, y aun “de vez en cuando” el cuerpo entero (1982: 85)

La promoción de la higiene se convertirá, atendiendo a las necesidades de la época, en una marca de élite. Se configura el campo de lo armónico odorífero en la mujer- esto, como señalamos, se aleja del almizcle por la erotización y el componente de lo raro- que propugna el “*self looking glass*”, con el objetivo de respirar aromas vegetales y controlar los usos de estos: el olor femenino posee la función social y psicológica de agradar a los demás y a la propia fémina mediante la demostración de la urbanidad y la represión del impulso sexual. Los perfumes suaves captan la atracción a través de sumergir en “(...) un aura de ensueño y deseo” (1982: 87) que se distancia del deseo de poseer carnalmente.

En Occidente se buscan disfrazar los olores fuertes, provenientes de los sobacos o el sexo, con aromas sutiles como el agua de rosas que usaba Luis XV; para Corbin, este rechazo al vínculo entre aroma e impulso sexual reside en la proximidad de años anteriores: los emuntorios artificiales- los vejigatorios, por ejemplo- daban cuenta de la cercanía entre el origen de lo fétido (el ano) y de lo placentero (el sexo). El uso de perfumes vegetales o florales de manera diaria suprime el deseo, mientras que las reminiscencias de lo animal dan cuenta del adulterio o la lujuria, de allí que el personaje Casanova, en palabras de Corbin, se desmaye ante la cercanía de una vieja duquesa que “(...) olía a almizcle a una distancia de veinte pasos” (1982: 90) porque era ninfómana.

Tanto Goncourt como Husymans se entroncan en esta cadena odorífera que da cuenta del cuerpo, la ropa y el espacio privado: surgen los gabinetes de

aseo y, pese a la sanción sexual de lo aromático, el olor femenino se convierte en lugar de emergencia del deseo porque “Probar los verdaderos placeres del olfato supone, pues, una huida previa, lejos de lodazales y estercoleros, lejos de la putrefacción de los cuerpos vivientes, de los sitios confinados de la ciudad y de los terrenos angostos del valle” (1982:92). A este espacio de fuga asociado a la burguesía se opone el campo que está plagado de fango, sudor y desorden. Ramon de Carbonières organiza el espacio horizontal como el campo donde la peste está en proximidad con los agricultores, mientras que la élite vive en la ciudad y se transversaliza, de manera vertical, el discurso de lo salubre. Hasta si hay vegetación en la ciudad es para acusar la presencia de jardines y espacios de limpieza que inhiben los influjos negativos y contribuyen a expulsar las amenazas miasmáticas; inclusive, el primero es sindicado como “(...) lugar de los placeres olfativos” (1982: 94) y da cuenta de una paleta sensual donde se exaltan la vista y el oído; poco tiempo después, ingresará el olfato para garantizar la relajación y el descanso que proporciona un paseo entre flores burguesas. El espacio de lo campestre que se asocia a la pureza será la montaña, dado que la ausencia de huella humana la libera de hedores amenazantes y, además, su altitud y frescor garantizan la pureza del oxígeno. A estos ámbitos, se suma la síntesis de la mujer y de la flor: delicadas, perfumadas y que llaman al amor- la formación de la familia- porque poseen un encanto domesticado y de ornato; en otras palabras, el aroma se bifurca en el deseo concupiscente asociado a olores animales y sancionado, en contraste con el deseo armonioso proveniente de olores florales y que conducen al matrimonio.

Otro suceso vinculado al afán desodorizador es el drenado de aguas sucias, el cual se anexa a las letrinas selladas y los toneles tapados. Ello se evidencia con la alusión a Bernandin Saint- Pierre que propugnaba la eliminación de los indicios de epidemias para purificar al aire:

Secar los riachuelos que corren a mitad del arroyo debido a la prohibición de los canales desbordantes (1764), prohibir el tirar materias y otros despojos, imponer el barrido de los frentes de las puertas, asegurar el riego de los lugares de paseo, de los puentes y de los muelles: quitar cada mañana, en carretones muy bien cerrados, las basuras domésticas que se depositen cerca de las mojoneras, reformar las técnicas de limpieza de las letrinas, generalizar el sistema de cloacas; tales son las principales medidas que jalonan ese “ciclo de la inmundicia” que se trata de establecer (1982: 109)

A la necesidad de eliminar las aguas infectas se adiciona la necesidad de ventilar para expulsar el estancamiento de los aires insalubres; esta vuelta a Hipócrates reside en que se valora el dinamismo del aire como antiséptico y se considera que es posible “(...) barrer las bajas capas del aire” (1982: 110) porque la naturaleza no interviene en el espacio ciudadano. Entonces, los espacios de aires estancados se verán de forma negativa, de allí que se signen, por ejemplo, las bóvedas, las criptas y los subterráneos como peligrosos. Además, muchos de estos lugares de aire infecto serán quemados porque se cree en la capacidad purificadora del elemento ígneo.

En París de fines del siglo XVIII, tal afán de desodorizar deviene en la separación de los lugares acorde a la actividad que se realizaba; inclusive esto se inmiscuye en la vida privada bajo la metáfora de escindir la continuidad existente entre la cama⁴⁰ y la tumba: la putrefacción del cadáver se convierte

⁴⁰ Ris- Paquot precisa que las camas demandan mayor cuidado por la proximidad con el ocupante: “Os aconsejamos que cuando en viaje os acostéis en una cama que no sea la vuestra no os quitéis los calzoncillos, si sois hombres, ó una enagua, si sois mujer” (1905: 37); también se recomienda cómo deberían ser los enseres que acompañen el acto de dormir: los colchones o sábanas de lana son demasiado peligrosos porque absorben los sudores y pueden ser focos de infección, además que es necesario orear las pijamas y las cobijas para eliminar cualquier riesgo de enfermedad. Nuevamente, el aire se inscribe como un elemento que garantiza la salud.

en un hecho que sucederá en un espacio cerrado (el ataúd) y especializado (el cementerio). Precisamente, los sabios, al usar sus eudiómetros, se percatarán sobre la imposibilidad de eliminar los aires públicos y concentrarán sus esfuerzos en la limpieza de los recintos cerrados:

Los hacinamientos crecientes en el centro de la capital provocan la obsesión de “la marea alta de los excrementos y de la basura”. Este fantasma viene a sustituir la imagen de la ciudad- pantano, hirviente de amenazas (...) La toma de conciencia, no ya el peligro del excremento acumulado y envejecido dentro de las fosas, sino del atascamiento, es decir, la circulación insuficiente de la inmundicia por los canales aéreos y subterráneos destinados a eliminarla, se acompaña, bajo la Restauración, del descubrimiento de la amenaza miasmática que el suburbio, apestando por los muladares urbanos y por sus propios desechos, hace pesar sobre la capital. El retorno de los excrementos desde fines del siglo XVIII, por los especialistas que permanecieron aislados, obsesiona ahora a los responsables (1982: 130- 131)

El cambio de focalización de la ciudad- pantano a los espacios cerrados implica la detección del ámbito doméstico como el lugar de la infección, pues el hedor proviene, a mediados del XIX, de las fábricas y los talleres que se hallan en el centro de la urbe. Además, hacia 1835, la inmundicia se estanca en los caminos y en los patios, con lo que el olor afecta a la ciudadanía; empero, la mirada acerca de tales desperdicios- las excretas, sobre todo- es ambigua: los desechos atentan contra el orden higiénico de la capital parisina burguesa, pero su presencia representa abono en el campo y garantiza la feracidad de las tierras. Esta mirada oscila entre las excretas como semilla de la infección y útil abono, de allí que “En 1857, un redactor del Journal de chimie médicale [Diario de química médica] calcula que vaciar 332 mil metros cúbicos de aguas sucias al Sena equivaldría a perder 275 600 toneladas de abono” (1982: 133). El cambio de foco comporta, además, otro viraje importante: en el XVIII los presos y mendigos constituían una amenaza por estar inmersos en determinado espacio, dado que las miasmas los contaminaban, mientras que en el XIX será distinto: los mendigos y pobres son amenazantes en sí mismos. Es decir, la

responsabilidad de la ciudad infecta será achacada a ellos porque se considera que su presencia contamina el ambiente, por lo que los gastos de salubridad se traducirán en impuestos o labores⁴¹.

El propio barón Haussmann con su consigna “todo a la atarjea” da cuenta de esta óptica que privilegia la limpieza urbana. Sin embargo, por las reticencias iniciales y la ambigüedad en torno a los desechos, la propuesta de las atarjeas tardará bastante tiempo en materializarse. Asimismo, el hospital, lugar de infección, será objeto de atención:

Quedaba por dominar la terrible hediondez del hospital. Labarraque se iba a ocupar en ello. Prepara su célebre licor de cloruro y óxido de sodio, que se sabe eficaz. Permite, como sin ninguna exageración lo notan los especialistas, “encadenar la descomposición sobre el ser viviente”. El carbón gangrenoso, las “úlceras venéreas degeneradas”, “la podredumbre del hospital más intensa”, el cáncer mismo pueden, en lo sucesivo, “desinfectarse”, es decir, desodorizarse (1982: 139)

Se desodoriza a través de rigurosas normas, tal fue el caso de Girard de Cailleux que obligaba a los locos a defecar en ciertas horas y usar un asiento con “(...) brazos de hierro” (1982: 143) que evitara el movimiento; de modo similar, Duponchel- en *Anales de higiene pública*, precisa el uso de un minorete donde se coloca al enfermo, de modo que este se halle suspendido sobre el baño y no pueda ensuciarse ni dejar rastro alguno de inmundicia.

⁴¹ La negativización sobre el pobre como agente de enfermedad provocará que se erijan construcciones para alejarlo del centro de la urbe. Por ello, en el siglo XX, hacia 1920, *Le Corbusier* reclama la necesidad de establecer habitaciones que, al menos, sean ventiladas para evitar la propagación de la enfermedad entre los pobres, en tanto que los tugurios de estos solían condensar poco espacio, carencia de apertura al exterior, carencia de iluminación, antigüedad, ausencia de aparatos sanitarios y “(...) promiscuidad debida a la disposición interior de la vivienda, a la mala ordenación del inmueble o a la presencia de vecindades molestas” (1975: 38). Para el autor, el ordenamiento de una urbe debe incluir condiciones mínimas que garanticen la circulación del aire, la presencia de áreas verdes y el mantenimiento de limpieza; el urbanista equipara la existencia de tugurios alquilados con la venta de carne podrida, es decir, el pobre está obligado a habitar en condiciones insalubres y que propician la enfermedad. Lo resaltante es que la mirada de *Le Corbusier* no solo se preocupa por el riesgo de enfermedad del pobre sino, sobre todo, por el peligro que ello comporta para la ciudad en ciernes: “En aras al enriquecimiento de unos cuantos egoístas, se tolera que una mortalidad pavorosa y toda clase de enfermedades hagan pesar sobre la colectividad una carga aplastante” (1975: 40)

Asimismo, lo civilizado se relaciona a los olores vegetales, mientras que la barbarie a la fetidez animal; a su vez, los olores delicados permiten el desarrollo del sentido del olfato, mientras que los olores fuertes atrofian tal sentido. Se resalta lo siguiente:

La delicadeza de la atmósfera individual y la sensibilidad del olfato atestiguan el refinamiento de la persona, prueban la ignorancia del sudor del trabajador. Esta acuidad perceptiva puede asimismo excederse, volverse peligrosa; las mujeres jóvenes víctimas de parosmias son las más delicadas. En ese mundo preservado, disponible, los mensajes olfativos revisten una gran importancia. El olfato regentea aquí aquellos placeres cuya delicadeza precaver la inocencia (1982: 157)

El esfuerzo físico se caracteriza porque atrofia un sentido al ser eminentemente manual, mientras que el trabajo intelectual potencia los sentidos. “(...) la gestión burguesa del olfato y la construcción de un sistema de esquemas de percepción, fundado sobre la primacía de la suavidad” (1982: 157). El análisis químico revelará la importancia de los sentidos y, por ello, en el siglo XIX, la percepción sutil modeliza las clases sociales, regula lo repulsivo y afirma lo delicado. Existe, entonces, un desplazamiento del olor pantanoso o putrefacto del cuerpo al hedor humano. Tal es el caso de Cabanis, quien ya no solo se concentra en los hospitales y los cuerpos decadentes sino en la madriguera del pobre: el recorrido va desde lo público hacia lo privado, pues la habitación se convierte en el espacio donde reposa el origen de la peste, allí, precisamente, reina la infección. El olor califica e identifica al otro: si antes la atención se focalizaba en el hedor de las excretas, ahora será en los cuerpos pueblerinos que hieden. Justamente, el burgués debe luchar contra esos hedores. La polarización es evidente: el pueblo como lugar de lo pútrido y fétido en contraste con la urbe inodora y sutil.

La asociación hedor- pobreza configura la noción de “hombre muladar”, quien es el inmundo o sucio que se regodea en su propia contaminación. Estos seres se consideran como subhumanos, al no haber podido franquear el límite entre humanidad y pobreza: no se hiede por el trabajo sino por la pobreza como propia. Por ejemplo, la figura del andrajero en 1822 será expulsada de la ciudad por su cercanía a los basureros. En el grupo rechazado se encuentran los homosexuales, las prostitutas y los pederastas que no dejan de oler a excremento y almizcle; empero, los pobres no sienten su propio hedor y sus pueblos devienen en focos infecciosos por los que se puede expandir la peste. Los desclasados no son sujetos, sino cuerpos- objetos- que huelen mal y requieren ser expulsados de la ciudad burguesa y desodorizada. El burgués reconoce un umbral del olor, en el cual él se enmarca en aromas vegetales y florales, mientras que los pobres supuran olor a estiércol y efluvios animales. Los pobres habitan en espacios miserables, tugurios que hieden y se construyen como una jaula o madriguera donde el hedor se queda atrapado:

Dentro del albergue en que reinan los estorbos, un revoltijo de herramientas, ropa sucia y loza. En medio de tal desorden, el pobre “se pudre” a menudo en compañía del animal; en la imagen de la jaula, más que la de una madriguera, se impone a la mente. “La pobreza se encierra en una estrecha mazmorra”. En lo sucesivo, esta concentra la obsesión aerista; la falta de aire aparece allí tanto más evidente cuanto que los sabios han logrado definir las normas precisas de la ventilación. Más que atestiguar la presencia del miasma, la hediondez hace pensar en la amenaza de la asfixia, mutación psicológica esencial que contribuye a explicar las formas de una vigilancia nueva (1982: 169)

El espacio cerrado no solo estanca el hedor, sino también el desorden, el caos y la promiscuidad. Los pobres se ahogan en el pantano de su propia miseria, la madriguera oscura que habitan será objeto de preocupaciones de los higienistas que pugnarán por ventilar e iluminar. Luego, hacia mediados del XIX, se conecta lo rural con falta de limpieza y se modifican los diseños de los

espacios: el pantano deviene en el establo posicionado, por ello, en las afueras de la ciudad; ya no se trata de la podredumbre citadina sino de la rural. El ambiente esclaviza al sujeto y se impone la necesidad de desodorizar; Nicolas Ledoux preconizará la importancia de aislarse en el centro de un espacio aireado, pero este aislamiento no se prescribe para un sujeto, sino que se imprime en la psicología colectiva y los sujetos se aíslan en sus casas: “Al abrigo de su casa, lejos del olor del pobre y de sus amenazas, el burgués entiende disfrutar las voluptuosidades narcisistas de moda, así como la sutileza de los mensajes que tejerán en adelante los intercambios afectivos de la delicadeza nueva” (1982: 178).

La purificación demanda no la agitación de los potenciales elementos de contagio (sábanas, cobertores, muebles, entre otros) sino airearlos, pues los efluvios y las excretas atentan contra el yo; inclusive, la propia familia se vuelve un factor peligroso. Es cierto que existen las atmósferas familiares como la suma de atmósferas individuales, pero el peligro se da porque el colectivo deviene en materia de enfermedad para el hombre, de allí que surja la necesidad de poseer un espacio individual. El burgués se diferencia del proletario porque posee un espacio propio⁴², aquel que lo libere de la amenaza morbífica (el hedor del otro).

El traslado del peligro al espacio cotidiano comporta una serie de prácticas que regulan el diseño y las costumbres familiares: las preciadas alcobas de los nobles pueden convertirse en burbujas que acumulen “el hedor sudoroso” (1982: 182) y, en tal medida, es imperioso limpiar la casa: los

⁴² Franco Moretti, en *El burgués. Entre la historia y la literatura*, ubica el término “confort” como propio de una ética burguesa: la instalación de un pequeño espacio decorado y aromático que permita el descanso de la jornada laboral, tal espacio serán los famosos gabinetes que parecen carecer de una utilidad práctica determinada (2014).

muebles, armarios y cuartos son sometidos a estrictos controles de supervisión que demanden la desinfección. Es más, el hedor de los espacios cerrados se engarza bajo un signo moral: “El hedor del pueblo germina en el calor húmedo de las emanaciones de los cuerpos” (1982: 182). Por eso, el conde de Hufeland prescribía la necesidad de que circule el aire, así el espacio sea precario, pues no debían existir acumulaciones de gases ni espacios reducidos como vivienda.

La limpieza ocupa, de ese modo, en el contexto parisino del siglo XIX, uno de los sitios supremos: Franklin incluyó la práctica higiénica en el décimo puesto de sus 13 principios de sabiduría, dado que esto permitía un cuerpo sano y un alma pura. En Francia, bañarse frecuentemente se constituye como una amenaza contra la fertilidad (Delacoux estipulaba que las cortesanas eran estériles por el excesivo baño), moral (prácticas onanistas por la poca discreción de contemplar y manipular las partes pudendas durante el baño y el secado) y compleción física (los débiles, de cuerpo fofo y enfermizos). Así, muchos se bañan por recomendación médica y no por el goce del cuerpo; en tal manera, la higiene se asocia a no ensuciarse y proliferan los baños parciales: “(...) el ritual fragmentado del aseo” (1982: 197) descansa en la abundancia de lociones, polvos y perfumes para ciertas partes del cuerpo que buscan preservar la “(...) frescura de los olores corporales [que] depende de la calidad y limpieza de la ropa íntima” (1982: 198). Atendamos la siguiente cita:

La higiene perseverante, que recomienda la clase burguesa, y la evacuación permanente de los desechos de la ciudad nos hablan ya de un mismo proyecto: el de abolir la amenaza de los excrementos, definida ya no tanto por su riesgo de infección cuanto por el deseo de su atascamiento (1982: 197)

Se forma, entonces, toda una fisiología de la excreción que busca regular los desechos a nivel individual, además que la práctica de airear se

traslada a los cuerpos a través del dinamismo: las lociones demandan friccionar el cabello, el cual no se lava sino solo bajo observación médica. La permanencia activa de estos suplementos para la higiene devela la intervención de médicos e inventores en la paulatina constitución de la ética burguesa, además de naturalizar que los pobres continúen ahogándose en su “(...) propia mugre aceitosa y hedionda” (1982: 198).

El varón burgués, entonces, será aquel que exprese predilección por el olor a limpio y busque demostrar continuamente que está aseado (desodorizado) y carece de hedores animales que revelen suciedad, ello difiere de la mujer burguesa, la misma que, a decir de Tourtelle, despilfarra olores aromáticos, dado que “Lo que importa es arrancar la máscara y el emplasto, airear la piel, liberar los poros, y por ende permitir el despliegue de la atmósfera de la mujer” (1982: 200). Esta salvedad es importante porque no se trata de embadurnar la piel excesivamente sino de buscar un cuerpo higiénico.

En 1860, con Claye, los perfumes y los polvos se hallan en retroceso frente a la industria desodorizante que propugna el cuerpo femenino de olor virginal, el cual todavía no ha enmohecido y envilecido por el olor del esperma. Es más, la virgen exuda aromas vegetales inocuos ante el acecho del deseo masculino: los médicos apelarán a paradigmas provenientes de las postrimerías del XVIII, donde lo animal se enlaza con lo pútrido por su capacidad de embotar el olfato y dañar la psique. Surge, a partir de ello, la mujer flor como condensación de la santidad y la pureza: el cuerpo de la fémina burguesa se halla impregnado de un perfume delicado e inspira el deseo moderado, esto en contraposición al almizcle que convoca la lujuria y la pasión. El quince de febrero de mil novecientos dos se masifica la política higienista

francesa que pretender controlar los olores femeninos y regular el deseo. Debay desarrolla una “Ciencia erótica del pudor” donde, precisamente, el aroma es más anhelante y deseable que la desnudez misma: los olores suaves y vegetales sugieren delicias corporales y afectivas que el burgués interpreta y disfruta, esto configura la nueva sexualidad burguesa donde el fin último del deseo se desplaza al deseo en sí mismo: es el velo aromático lo que deleita, no es necesario develar la carne:

Colocada en el centro de la esfera doméstica, la mujer se convierte en la directora de escena; dentro del límite que le permite el pudor, procede a un sabio cálculo erótico de su marco de vida, transformado en selva de símbolos. Lo imaginario del tiempo se lee en los interiores mejor que en ninguna otra parte. Balzac mismo lo concede en la *Physiologie du mariage* (Fisiología del matrimonio): a condición de no ser provocadores, los perfumes vegetales pueden adornar la atmósfera de la alcoba y del *boudoir*. Al contrario, el almizcle, pero también el lirio y la tuberosa, quedan prohibidos, y se desconfía de la rosa. (1982: 205)

Boudoir enfatiza la continuidad entre la mujer parisina delicada y burguesa, la cual se configura como una dama- flor: cada una requiere un cuidado especial acorde al esposo- jardinero que la cultivará. Es cierto que en el XIX se admiten las flores de olores fuertes, pero la virginal mujer debe ser delicada. Es más, el código de las flores permite diferenciar a las solteras de las casadas: las jóvenes portan flores en el seno y se caracterizan por diversos afeites, mientras que las segundas no pueden exhibir tantos adornos y se les vincula con flores artificiales.

La importancia de lo odorífero se grafica cuando Des Esseintes repara en cómo el olor enfatiza los recuerdos y la historia, es decir, el aroma se vincula al acontecer del sujeto y actualiza la memoria; ya en 1835, Zola indagó de forma higienista acerca de los olores de los pobres y ricos, del espacio hogareño y de los estratos. El propio Flaubert en sus declaraciones amorosas a

Luisa Colet exhibe un repertorio olfativo: las cartas, el cabello y las prendas que convocan la presencia de la amada.

La fugacidad de los perfumes favorece la delectación; se saborea la embriaguez por anticipado; simboliza la discontinuidad del diálogo amoroso. La paciente aspiración del ser amado presagia la delicadeza de las futuras caricias. Así como el *voyerismo* [acción de contemplar lo obscuro, sin ser visto] ciertas conductas olfativas autorizan una nueva gestión de los ritmos del deseo. Husmear los objetos perfumados, de preferencia mirar a una fotografía, asegura la imaginaria presencia de la amante (1982: 226)

Casi cincuenta años después, los especialistas asociarán el repertorio odorífero al fetiche y la neurosis de los artistas, la cual se solía vincular a un plano meramente sexual. Edmond de Goncourt detectará el olor fuerte como una turbación propia de las heroínas que se satisfacen a sí mismas en una comunidad semejante a un caldo de gérmenes porque la pluralidad de los sujetos y los tugurios potencializan la alianza entre suciedad y enfermedad, de modo que "(...) la hediondez ya no es morbífica, pero presagia la presencia patógena. El pueblo nauseabundo ha perdido su monopolio de la infección, pero sigue siendo amenazador en el más alto punto" (1982: 245). En reemplazo del olor nauseabundo se erige el microbio que proviene de las masas proletarias: el burgués teme el acecho mórbido de la suciedad que impregna la calle y el pueblo; curiosamente, el centro de la limpieza que residía en la fémica revela el lado contagioso de este: las prostitutas son aquellas que lindan con lo animal (olores no vegetales), pero no dejan de ser atractivos para los hombres que arriesgan lo más caro al higienismo: la salud.

1.3.3 La romantización de la enfermedad: la tuberculosis frente a la sífilis

Susan Sontag, en *La enfermedad y sus metáforas*⁴³, alude a que la tuberculosis y el cáncer son consideradas como “(...) enfermedades de la pasión” (2003:10), pero la primera se caracteriza porque, durante el siglo XIX, se le ubicó como una de las formas en que uno se encuentra abrasado por el amor: existe un exceso malsano de pasión que sobrepasa al sujeto. Esto difiere del cáncer que más se adjudica a los reprimidos, quienes han mantenido en reserva sus pasiones.

Empero, la tuberculosis también posee un lado ambiguo: la represión del deseo puede conducir a esta enfermedad, tal como le sucede al protagonista de *El inmoralista* de Gide que padece por “(...) haber reprimido su verdadera naturaleza sexual” (2003: 10); incluso se pedía a los enfermos que tuvieran mayor vida amorosa. Los excesos siempre acarrearán la enfermedad, así sean anhelos sexuales, políticos o emotivos. Las muertes por tuberculosis suelen estar despojadas de cargas violentas: los enfermos mismos parecen abandonarse a su suerte, en tanto que padecen una falta de vitalidad. Se destaca lo siguiente:

(...) (Lo que las evanescentes y casi somnolientas beldades de la pintura prerrafaelista llegan apenas a sugerir, se vuelve explícito en las demacradas niñas tuberculosas de ojos hundidos pintadas por Edvard Munch.) Y mientras que la descripción usual de la muerte del tuberculoso acentúa una realizada sublimación de los sentimientos, el personaje habitual de la cortesana tuberculosa indica que, supuestamente, la tuberculosis daba al enfermo una fuerte atracción sexual” (2003: 12)

Entonces, la tuberculosis concentra dos opuestos: la delicada pureza virginal de aquellos que mueren niños o demasiado jóvenes, o el exacerbado deseo de quienes se han entregado a placeres corporales; en ambos casos, se

⁴³ Cabe resaltar que no nos concentraremos en la reflexión de Sontag acerca del cáncer porque lo que nos interesa es ver cómo se romantiza la tisis y de qué forma se condena otra enfermedad común de la época: la sífilis.

sublimaba la muerte del paciente y se le ubicaba en un estadio distinto al del común de los hombres.

A mediados del XVIII, la tisis, como discute la pareja en *She Stoops to Conquer* (1773) de Oliver Goldsmith, se asocia a una visión romántica: la tisis forma parte de un imaginario asociado a una élite citadina londinense que no se afirmaba ya en títulos sino en conductas, maneras de vestir, ser y enfermar. La consunción, hacia el XIX, formará parte de un imaginario que reviste al tuberculoso de nobleza: la robustez y piel sonrosada de un cuerpo saludable son desplazados por la delgadez y palidez de los cuerpos enfermizos. Las apariencias tuberculosas eran atractivas, indicaban nobleza y embellecían a las heroínas románticas:

La agonía se hizo romántica en la descripción estilizada de los síntomas preliminares de la enfermedad (por ejemplo, la debilidad se vuelve languidez) mientras que la agonía propiamente dicha fue sencillamente suprimida. Jóvenes descoloridas de pecho hundido rivalizaban con pálidos y raquíticos muchachos para ver quién era candidato a esta enfermedad (en ese entonces) incurable, invalidante, realmente horrible (2003: 14)

La imagen ideal de la mujer será la que encarne la palidez, vulnerabilidad y cercanía con la muerte, aunque esto devela un proceso de ocultamiento, no solo a nivel literario, del hedor real del enfermo: al tuberculoso se le romantiza y se anula la carga de su cuerpo en estado de putrefacción. Además, la enfermedad individualiza al sujeto, en tanto que la muerte lo impele a cobrar conciencia de su propio ser, lo convierte en un ser interesante para los demás.

La tristeza y la tuberculosis se vinculan por la melancolía, mal que solo afectaba a los artistas. “El temperamento melancólico- o tuberculoso- era un temperamento superior, de un ser sensible, creativo, de un ser aparte.” (2003:

15); asimismo, el ser afectado por esta enfermedad impele a autoexiliarse de la sociedad: buscar las montañas, los sanatorios o lugares que le permitan curarse. Los tuberculosos estaban sumergidos bajo un halo bohemio y los espacios de cura eran vistos bajo un filtro romántico: la creatividad y sensibilidad de los pacientes estaba mucho más acentuada. Pese a la mejora en el campo de la salubridad y que hacia 1900 la incidencia de la consunción descendió, esta seguía siendo mortal y la mitificación de la TBC como dada a seres excepcionales solo se desplazaría con el descubrimiento de la estreptomicina en 1944.

Asimismo, si en el siglo XIX se romantiza la tuberculosis, en el XX se hará lo propio con la locura, pues ambas están signadas por un campo común: el encierro; los tuberculosos marchan a un sanatorio y emprendían un tipo de exilio que los posicionaba al margen de la sociedad, al igual que los locos, a quienes se les recluye en manicomio para emprender un viaje. Justamente, ambas enfermedades, pese a sus diferencias, dan cuenta de la imagen del viaje, el sujeto que debe explorar su conciencia se asemeja al tuberculoso que huye de su malestar porque “Algunos rasgos de la tuberculosis van a parar a la locura: la caprichosa idea del paciente en tanto que criatura turbulenta, descuidada, de extremadas pasiones, demasiado sensible como para soportar el horror del mundo cotidiano y vulgar” (2003: 17).

El apasionamiento que no admite lugar en el espacio rutinario y común de la humanidad ha decorado de un halo de extrañeza a la locura, halo que antes provenía de la tuberculosis, la cual singulariza a los sujetos, tal como sucede con Hans en *La montaña mágica*, mientras que el cólera sanciona el secreto amoroso de Aschenbach.

El carácter de interesante se daba, también, porque se creía que la TBC elegía a sus portadores, los aislaba de la comunidad y los dotaba de una genialidad artística más allá del alcance humano; sin embargo, por más que existía un halo romántico, se temía la capacidad de contagio de enfermedad y se practicaban ritos continuos de limpieza: la quema de ropa y objetos del fallecido. Sontag se vale de los fragmentos de carta de Joseph Severn acerca de la muerte de Keats para ilustrar las prácticas con que se afrontaba el imperativo sanitario: “Estos italianos brutales ya casi han terminado su tarea monstruosa (...) Han quemado todo el mobiliario- y ahora rascan las paredes- hacen ventanas nuevas- puertas nuevas- y hasta piso nuevo” (2003: 28). Al temor de contagiarse por el uso de los objetos del enfermo, se añadía la creencia de la tuberculosis como hereditaria, aunque también se le vinculaba con “(...) la pobreza y el ambiente insalubre” (2003: 18); incluso, existían características propias de los enfermos, pues estos enlazaban la represión y la pasión.

El imaginario acerca de la tuberculosis difiere de la sífilis, el otro gran mal del XIX, pues esta no se reviste de un halo de misterio y, más bien, existe una mirada de reprobación porque se conocía su origen, de modo que el paciente era responsable, en cierta forma, de su mal:

(...) entre tantas fantasías sexuales mechadas de culpa propias de la sífilis, no hubiera lugar para un tipo predispuesto. No había un temperamento más expuesto a esta enfermedad (como antes se creía de la tuberculosis y hoy del cáncer). La personalidad sífilítica era la de quien tuviera la enfermedad (Osvlad en *Espectros* de Ibsen, Adrián Leverkühn en *Doctor Faustus*), no la de quien pudiera llegar a tenerla. Como calamidad, la sífilis implicaba un juicio moral (juicio acerca de la transgresión sexual, de la prostitución), pero no un juicio psicológico. La tuberculosis, en otros tiempos tan misteriosa- como lo es hoy el cáncer-, sugería acerca de los enfermos juicios de tipo más profundo, a la vez morales y psicológicos (2003: 19)

La enfermedad se concibe como un castigo divino⁴⁴ en la antigüedad y en la modernidad como una traición a uno mismo, pues el carácter predispone a adquirir ciertos males: Freud enfermó de cáncer a la boca, por ejemplo. En el siglo XIX, se valoraba la entereza del enfermo para aceptar su próxima muerte: purificación y sentimentalización al saber los estragos del mal sobre el cuerpo no causarían la locura ni el dolor extremo externo del sujeto.

Con el advenimiento del cristianismo, la enfermedad se asocia a una sanción, pero en el XIX no posee esta carga moralizante sino, más bien, da cuenta de la real cara del sujeto y de los conflictos intestino en este: “La enfermedad es la voluntad que habla por el cuerpo, un lenguaje que escenifica lo mental: una forma de expresión personal.” (2003: 21). En tal sentido, La enfermedad visibiliza el deseo que el sujeto oculta o, peor aún, ignora. El tuberculoso desea de forma exacerbada, mientras que el enfermo de cáncer⁴⁵ está signado por su falta de desear.

La creencia generalizada daba cuenta de la melancolía y la cólera como afectos que desencadenaban la sífilis. Sontag refiere que en 1880, año previo al descubrimiento del bacilo de Koch, un manual médico refería la herencia, poca ventilación, mal clima, falta de ejercicio y reclusión en casa, deficiente iluminación y emociones deprimentes como factores que generaban la consunción. El vínculo trazado entre carácter y enfermedad evidencia el poco conocimiento que se tiene sobre determinada patología; a su vez, se impone el

⁴⁴ Esta visión idealizada de la enfermedad ya se hallaba impresa desde la época griega, de allí que Robertson Dodds, en *Los griegos y lo irracional*, posicione la capacidad profética como una de las bendiciones de la locura y que significa el contacto con el dios (2003).

⁴⁵ A decir de Sontag, en el siglo XX, se traslada la culpa al propio enfermo, pues es este quien debe desear sanar. Por ejemplo, Katherine Mansfield se siente responsable de su propio mal, tal opinión no es descabellada, sino que se apoya en teorías médicas como las de Groddeck que adjudican el origen del mal al propio enfermo.

imperativo psicologista, el cual buscaba la sublimación del espíritu para conjurar el pavor que significaba morir.

La teoría psicologista de la enfermedad responsabiliza doblemente al paciente, pues se le culpa por haberse enfermado y por no curarse, ello pasa con los cancerosos y sucedió, también, con los leprosos. La enfermedad deviene en una metáfora de un mal profundo que radica en la propia interioridad del sujeto; posteriormente, se le atribuyen rasgos- adjetivos al mal: “Se proyecta sobre la enfermedad lo que uno piensa sobre el mal. Y se proyecta a su vez la enfermedad (así enriquecida en su significado) sobre el mundo” (2003: 29). En este traslado del mal al paciente se materializa un modelo que prevalecerá a lo largo de dos siglos: la sífilis, la tuberculosis y el cáncer son propiamente individuales, pero la primera comporta un sesgo, en palabras de Sontag, degradante y vulgar. Es más, la sífilis se utiliza como un insulto hacia el adversario, en la mayoría de las ocasiones, político o religioso por la degradación que produce en el cuerpo y que evidencia el origen pecaminoso del malestar: las tesis antisemitas atribuyen, ya en el siglo XX, la sífilis a los judíos. En el siglo XIX, la sífilis comportaba un carácter individual, pero no está impregnada del misterio de la tuberculosis, en tanto que se conoce, como ya hemos señalado, la forma específica de contagio: “La sífilis, el menos apetecible de los regalos, era ‘transportada’ o ‘traspasada’ por un remitente a veces ignorante a un destinatario no receloso” (2003: 30).

La sífilis se circunscribe al ámbito de las bajas pasiones⁴⁶, su contagio es involuntario, ello a diferencia del cáncer y la tuberculosis que enlazan

⁴⁶ Este imaginario que condena lo sexual se inscribe en el XIX; por ejemplo, en Colombia, Noguera, siguiendo a Lanao, refiere que “(...) se observa la frecuente soledad buscada por el niño, cuando diabólicamente padece de masturbación u onanismo: el paciente de este vicio

multiplicidad de sentimientos y actos contradictorios: la contención o el desenfreno pasional, por ejemplo. La tuberculosis expresaba un carácter excelso, delicado y sutil, a la vez que daba cuenta de un castigo sobre su portador: el enfermo iba gastando la energía que le quedaba poco a poco y terminaba cediendo a la degeneración física y mental:

El tuberculoso, como el enfermo mental de hoy, era la quintaesencia de la vulnerabilidad, un ser poblado de caprichos autodestructivos. Los médicos del XIX y principios del XX se empeñaban en seducir a sus pacientes para que volvieran a la vida. Sus recetas tenían el mismo tenor ilustrado que las que se dan hoy a los enfermos mentales: entorno alegre, aislamiento de toda fuente de estrés y de la familia, régimen sano, ejercicios, reposo (2003: 31)

A diferencia de la inmersión en la locura progresiva de la sífilis, la tuberculosis permite la ampliación de la conciencia, que el propio sujeto esté inmerso en una búsqueda del yo que le permita autoencontrarse. Las metáforas de la enfermedad permiten individualizar al sujeto y dar cuenta de un malestar social: el sujeto se resiste ante una comunidad que lo acosa; así, los tuberculosos deben escapar fuera de la sociedad que no es capaz de soportar su presencia, pues la ciudad moderna es un espacio maligno y malsano que atenta contra la vida del sujeto. Por lo tanto, en los albores del siglo XIX, cuando se propugnaba el viaje hacia otros climas como forma de cura, los enfermos marcharon a espacios diversos: desde desiertos hasta islas que expresaban la necesidad de alejarse de la odiosa ciudad.

Aunque la tuberculosis era la enfermedad romántica por excelencia, en el ocaso del XIX se enfatiza el vínculo de la tuberculosis con la contaminación en el hogar: el aire contaminado. Ello se ejemplifica con el caso de Herbert Gans, quien menciona la necesidad de edificar las casas lejos de las

solitario, se hace mañosamente a prosélitos razón por la cual debe ser arrojado, sin contemplaciones ni misericordia, de la escuela para evitar el contagio del nefando vicio” (2002: 282)

construcciones de los pobres porque se consideraba que la tuberculosis provenía de ellos. A diferencia de acusar a los pobres como responsables de la consunción; la sífilis detenta un signo que ataca diversas clases sociales: existe una interpretación política, Sontag cita a Víctor Hugo, Gramsci y Maquiavelo para dar cuenta acerca de cómo esto consideraban la sociedad enferma o consumida por un mal que debía ser eliminado. En otros términos, la enfermedad servía para señalar el malestar político y pronunciar el llamado al orden, a la regeneración. Inclusive, se generan metáforas respecto al adversario: los nazis creían que los mestizos eran sifilíticos.

En la comparación con el sida, Sontag refiere que a la sífilis se le denominaba la gran máscara por hallarse en estado latente y no mostrar síntomas que delaten su presencia sino hasta el estado avanzado de la enfermedad:

Pero vale la pena señalar que cuando la sífilis apareció por primera vez de manera epidémica en Europa, a finales del siglo XV, se trataba de una enfermedad rápida, de una virulencia inexplicada y desconocida hoy, que a menudo provocaba la muerte del paciente en el segundo estado, a veces a los pocos meses o años (Sontag: 1988: 51)

Ello en tanto que la sífilis no se traducían necesariamente en la aparición de la temida fase final, dado que solía circunscribirse al espacio de lo vergonzoso. Inclusive, hacia finales del XIX y del XX, la enfermedad experimentó un proceso de romantización similar al de la tuberculosis: se asoció la sífilis como el salvoconducto de la genialidad, en la medida que la locura que producía y sus consecuencias en el sistema neurológico eran garantes de producir una gran obra. Por ejemplo, E. M. Cioran asocia el descubrimiento de la sífilis que padecía como garantía del acompañamiento de las musas hasta que lo devore la enfermedad. Pese a esta breve

romantización, el estigma del sida se puede trasladar al de la sífilis: hay una especie de adhesión consciente del enfermo al aceptar una enfermedad vía transmisión sexual. Además de una serie de prácticas para diferenciar a quienes portan la enfermedad y el resto de la población: la eliminación de los vasos de metal en las fuentes de agua en USA para evitar la propagación de la enfermedad de transmisión sexual, por ejemplo.

La sífilis también se consideró como una peste, de modo que, siguiendo al poeta William Blake, esta era la “(...) ‘maldición de la joven Ramera’ que ‘agosta con sus pestes el ataúd del Matrimonio’- no porque matase con tanta frecuencia sino porque era oprobiosa, incapacitante, desagradable” (1988: 62). A la sífilis se le suma el halo de reprochable o castigo divino por licencias asociadas a lo sexual, las cuales implicaban la propia culpabilidad del enfermo y ubicaban el padecimiento como vergonzoso. De hecho, la negativización a rededor del sida se gesta con las descripciones médicas sobre la sífilis: esta mal repulsivo y justiciero atacaba a una comunidad que transgredía las normas sociales; es pertinente destacar que, hacia el siglo XVI, Erasmo consideraba la sífilis como un tipo de lepra, pero luego él mismo afirmará que este padecimiento era mucho más pernicioso que la lepra.

El imaginario construido a rededor de la sífilis enarbola la existencia de una comunidad que ha transgredido las leyes y, por lo tanto, debe ser castigada mediante la enfermedad, producto del juicio divino. Es más, en Europa se adjudicaba el origen del mal al espacio extranjero: “Para los ingleses era el ‘morbo gálico’, para los parisienses el *morbis Germanicus*, la enfermedad napolitana para los florentinos y el mal chino para los japoneses.” (1988: 63). Con ello, la sífilis concentra los estigmas de lo sexualmente

incorrecto y de lo foráneo; en el espacio peruano, la sífilis será también un mal que delante vergüenza y se oculte, pero, a su vez, engarza a las prostitutas y a las recatadas amas de casa hacia fines del XIX. De ese modo, podemos afirmar que los discursos tejidos a rededor de las heces, la concentración en el control odorífero de la mujer y la emergencia de la sífilis en el seno de la burguesía revelan el lado perverso y jánico de los proyectos modernizadores: la construcción de alcantarillas, la propagación de perfumes y el control de la fémima obedecen a impulsos higienistas que desean anular la heterogeneidad; no obstante, la putrefacción es el espacio donde el decadentista traza un propio proyecto de resistencia.





CAPÍTULO II

La ciudad infecta: entre alcantarillas y cuerpos putrefactos

Lima no solo es el centro urbano del Perú sino, también, el espacio más turgurizado del país y que enlaza distintas razas: conviven desde criollos hasta negros en una mezcla donde, más allá de diferencias sociales, subyace la existencia de una urbe en constante podredumbre: los reclamos coloniales de limpieza y la instalación de un sistema de alcantarillado colapsan hacia fines del XIX porque el crecimiento desmedido de la ciudad, los imperativos de

modernizarse, la inserción de las teorías médicas y la reflexión sobre la mujer instalan un aura donde se debe empezar a cuestionar las viejas estructuras.

2.1 Lima como eje de la contaminación hacia fines del XIX e inicios del XX

Según Fernando Iwasaki, Lima se caracterizaba por el hedor durante la época colonial, pues cada actividad que emprendían comportaba el abandono de desechos; por ejemplo, los curtidores arrojaban tripas, carne y cuernos, mientras que los hospitales eran focos infecciosos de materia pútrida incontenible. Además, los vecinos no eran afectos a la limpieza porque lanzaban sus excrementos desde sus casas a la vía pública y omitían los bandos que proclamaban el aseo de las calles; veamos la siguiente cita:

Sin embargo, la peor hediondez que sufrían los pobladores de Lima (...) la de los propios excrementos humanos que junto a otros detritos y desperdicios formaban inmensos muladares diseminados por todas las manzanas de la cuadrícula urbana y que atraían a buitres, roedores, moscas, gusanos y toda esa caterva de alimañas necrófilas que chapoteaban en los imaginarios infernales (2018: 115)

Existía, además, la costumbre de arrojar basura en la misma fuente de agua que servía para consumo humano; los aguadores, por ejemplo, vendían- en épocas de estío- el agua que tomaban de las acequias, las mismas que solían transportar desechos. Los esfuerzos de purificar el líquido eran inútiles: se le sometía al colado, pero no se garantizaba eliminación de microorganismos; esto derivará, durante el XIX, en la difusión de males como la tifoidea.

Contra el hedor de los habitantes afectos a malas costumbres, se erige el olor de la santidad en medio de una ciudad donde los vecinos arrojaban

orinas y heces, o acumulaban los desechos tras las iglesias; entre esta montaña de excretas y cuerpos infectos, surgirían los santos que destacarían al ser percibidos por un sentido despreciado: el olfato. Por ejemplo, a decir de Iwasaki, Santa Rosa de Lima exhalaba un fragante aroma, materialización de su pureza y cercanía con la divinidad. Por ello, el pecado apesta, el infierno se gesta como un caldero de hedores y cuerpos deshaciéndose en excretas: los cuescos, la halitosis y el incontenible basural que sigue creciendo en los alrededores del pequeño cuadrado que era La ciudad de los reyes, Lima.

El infierno cristiano es parangonable respecto a la ingente montaña de residuos acumulados sobre la ciudad, la cual será motivo de queja de parte de los viajeros que condenan el actuar de los vecinos y vendedores: “(...) Las inmundicias eran producidas y arrojadas a las calles, acequias y al río, desde los mercados” (Lossio 2003: 37) y se ubicaban en los espacios céntricos- la Plaza Mayor y la Plaza de la Inquisición, por ejemplo-, además de crearse enormes muladares en las murallas y a orillas del Rímac.

A las aguas infectas y la basura, se añadirá la creencia de que Lima, al estar rodeada de cerros, era un espacio aislado y donde el aire no circulaba fácilmente, esto provocaba que el aire se acumule y derive en miasmas que atentaban contra la salud del individuo, además de que no llovía con regularidad.

En este panorama, a fines de la Colonia, en las dos primeras décadas del XIX, surgirán una serie de proyectos promovidos por la dinastía borbónica que buscarán iniciar un conjunto de reformas sanitarias para regular “(...) la contaminación, de sus efectos en la salud pública y de las acciones que debían emprenderse con el fin de atenuar dichos efectos” (Lossio 2003: 9). Aunque,

claro está, la intención de higienizar Lima empezó a mediados del siglo XVIII, con el fin de mejorar la salubridad, estas propuestas se abandonaron durante los procesos de Independencia. A continuación, nos detendremos en los elementos que componen el discurso en torno a la higiene limeña: acequias, arrabales y miasmas frente a la posición de una incipiente mirada médica.

2.1.1. La urbe entre aguas malsanas

El sistema de alcantarillado limeño- tanto el colonial como el republicano- se gestó sobre las bases de los canales de riego prehispánicos que recorrían el valle del Rímac, lo cual provocó dos problemas importantes: los canales que servían para la agricultura pasaron a ser depositarios de aguas servidas; y el sistema de agua estaba circunscrito a un espacio definido que omitía las poblaciones que se gestarían, en un futuro, fuera de las murallas.

Posteriormente, esos canales serían clausurados o abandonados, los pocos que funcionarían contendrán aguas residuales y la contaminación aumentará año tras año. La situación empeoraría durante la República porque antes existía un relativo mantenimiento de la urbe rural y pequeña, pero cabe resaltar lo siguiente:

Lima siempre fue una ciudad distante de la limpieza e higiene. El dicho de 'aldea de gallinazos' la acompañó por un largo tiempo. Las pestes importadas adquirían carácter endémico, el aseo era un lujo de las clases altas. Hechos como la acumulación de basura en los arrabales, las acequias abiertas en plenas arterias centrales portadoras de desechos, los jirones polvorosos sin empedrar, el tráfico incesante de recuas de mulas y asnos, portadores de carga, que levantaban nubes de polvo en las calles centrales, la ausencia de sistemas de agua y desagüe, las plagas de gallinazos, actuando como servidores de la baja policía, los focos de infección en los hogares debido a los silos abiertos, la carencia de baños públicos, aparecen descritas en los innumerables relatos de época (Matos 1989: 17)

A decir de Manuel Atanasio Fuentes, hacia 1857, existían 1090 acequias divididas en privadas (894), las cuales irrigaban zonas de cultivo y servían para el uso familiar (lavado, cocina, aseo, entre otros) y públicas que contenían las aguas servidas. El problema es que esas acequias públicas se convirtieron en espacios por donde la enfermedad recorría: se arrojaban las inmundicias e, inminentemente, contaminaban las privadas. Además, tales redes acuosas no fueron producto de una construcción de ingeniería pensada en una gran población: Lima no dejaba de crecer y, con ello, se incrementaban las construcciones precarias (los arrabales y los callejones, por ejemplo) que usaban las aguas para diversos fines. Además, muchos canales acabaron convirtiéndose en “(...) charcos de agua negra estancada” (Matos 1989: 18) altamente contaminantes.

Más de cincuenta años después, el ingeniero Julio E. Ribeyro sindicaría que todavía existían 124 acequias y canales privados o interiores que recorrían desde fincas hasta callejones: los vecinos las usaban para actividades como el riego o el lavado de servicios, pero también para arrojar todo tipo de desechos: cada acequia era un potencial asidero de enfermedades e insectos de la más variada tipología. Por eso, hacia 1904, bajo el mandato del ingeniero B. Bingham se mejoró la red de albañales ya existente: tubos de acero con conexiones principales para conducir adecuadamente el detritus y llevar los desechos a un recolector. Aunque los aniegos eran constantes, se redujo el mal olor y la exposición de las excretas por la ciudad. También, en el transcurso de esa década, se buscará desecar las acequias prehispánicas porque ya no eran una fuente cristalina sino una fuente propagadora de pestes.

De ese modo, en la primera mitad del XIX, Lima se convierte en un espacio tugurizado de corte semirural porque las casas albergaban animales vacunos, instrumentos de labranza y bichos: “(...) ratas, pericotes, ‘enjambres de pequeños insectos’, pulgas, piojos, chinches, piques” (Lossio 2003: 21). Es cierto que alrededor de Lima existía una suerte de cinturón verde que permitía la alimentación de la urbe: Huaral, Cañete, pampas de Amancaes, entre otros; sin embargo, la propagación de males como el cólera y la fiebre amarilla contribuirán, además del boom económico por la venta del guano (1840- 1870), a que se retomen los proyectos sanitarios borbónicos, de manera que Cayetano Heredia funda la Facultad de Medicina en 1856 en el programa de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lossio apunta lo siguiente:

(...) la era del Guano también acarreoó nuevos desafíos para la salud pública. Un mayor tráfico comercial con puertos donde eran comunes los brotes epidémicos, como Guayaquil y Panamá, un incremento en el número de migrantes que arribaban al Callao en deplorables condiciones sanitarias, la introducción de nuevos agentes de contaminación y el empobrecimiento de ciertos sectores sociales (2003: 57)

Precisamente, estos proyectos buscaban combatir las enfermedades producto de la ausencia de un sistema de desagües subterráneos en Lima⁴⁷; dicha falta producía que las deposiciones se hagan en campo libre y los restos de excretas o insumos pululen en los ríos. Hacia 1850, no existían baños privados para defecar u orinar, de modo que la mayor parte de gente acumulaba sus heces en bacines o preparaban silos- si provenían de una familia acomodada- de forma rudimentaria: el problema era que la capacidad contaminante de las excretas se mantenía. A ello se le suma el uso del agua

⁴⁷ En realidad- a decir de Jorge Lossio en *Acequias y gallinazos. Salud ambiental en Lima del siglo XIX*- en casi ninguna ciudad del mundo existía tal sistema, a excepción de Londres y París, los cuales- como vimos en el primer capítulo- se modernizaron hacia el XVIII.

contaminada proveniente de las acequias, las cuales, como ya hemos indicado, servían para la higiene personal o para lavar frutas.

Sucede que no existía una política ambiental en Perú ni en el resto del mundo sino, más bien, “(...) un conjunto de proyectos, bandos, medidas y ordenanzas municipales tendientes a desaparecer los focos de contaminación (como los basurales o las acequias), a proteger las fuentes de agua, y multiplicar espacios ‘airosos y puros’ (como jardines, paseos y alamedas)” (Lossio 2003: 70); asimismo, los habitantes se habían acostumbrado a subsistir con problemas higiénicos como las acequias o muladares.

La principal y única fuente de agua para el suministro de Lima se ubicaba en Ate: los Manantiales del Valle, espacio que se buscó proteger activamente. Por ello, se creó una comisión que resguardase la atarjea de la contaminación, se prohibió el tránsito humano y animal a rededores de la fuente, y se buscaron otras fuentes. Aunado al impulso de preservar la pureza del líquido, se pretendía mantener limpio el caudal del Rímac, pero esta actitud se revestía de una doble contrariedad: los inspectores arrojaban botellas de alcohol que decomisaban al río y los propios encargados desechaban la basura en el agua cuando era imposible su acumulación en tierra.

A pesar de que la aparición del agua potable se dio hacia 1856, Lima se erigía como una ciudad pestífera y premoderna⁴⁸ donde la mayor parte de los habitantes fallecía por las pésimas condiciones higiénicas. Los propios médicos admitían que los pacientes señalaban el agua como una causal de la

⁴⁸ Agua limpia era sinónimo de modernidad, puesto que esta se erigía sobre la base de garantizar la salud; verbigracia la construcción de las fuentes luminosas victorianas se dio en el marco de “(...) la International Health Exhibition, en South Kensington, distrito de Londres, en 1884. El príncipe de Gales instó a las ocho compañías de agua que proveían a Londres a construir un pabellón que mostrara cómo mantenían la ciudad limpia, con agua pura” (Caralt 2010: 51)

enfermedad; tal es el caso del doctor M. Bellido, quien, en 1893, en *La Crónica Médica*, trata a un bebé de cuatro meses, cuya familia residía en la segunda calle de Andahuaylas, lugar calificado como insalubre y donde constantemente se suscitan fiebres perniciosas entre los infantes. Si bien es cierto que el médico refuta un diagnóstico de fiebre porque los signos no daban cuenta de esta, apunta lo siguiente acerca de la vivienda:

(...) pasa uno de los brazos en que se divide el río Huatica que en este sitio, presentan sus aguas un nivel inconstante, por lo que variando la extensión de su lecho, es un foco perenne de miasmas palúdicos, origen de las pésimas condiciones de ese barrio, donde abundan las enfermedades de origen malárico en sus múltiples formas (...) por más que investigara con las reservas del caso, antecedentes en los padres, de origen tuberculoso, sifilítico, histérico (238).

Bellido determina que el niño tenía parasitismo (expulsa una ascáride), pero ello le resultaba increíble porque la madre del niño afirmaba que solo bebía leche materna; esta incredulidad, empero, parece sugerir la idea de las condiciones insalubres con las que han generado la presencia del mortal parásito: el agua infecta, los miasmas y la poca higiene de la casucha potencian la aparición de la enfermedad.

La muerte del niño no era un suceso aislado⁴⁹, sino que formaba parte de una problemática arrastrada desde el Virreinato: las fuentes puras se convirtieron en vertederos de mugre, la ciudad creció considerablemente y surgieron viviendas carentes de una conexión idónea de agua potable; hasta poco más del siglo XX, los vecinos constantemente se quejarían de las

⁴⁹ La percepción de varios ciudadanos es que la aspiración de aire los puede dañar en condiciones dadas; el médico Alfredo León, en 1894, expone uno de los casos que vivió: La señora A llama al médico porque siente que se ahoga, pese a que su estado de salud solía ser óptimo, el primer indicio consiste en que "(...) habiendo salido el día anterior a la calle, pasó al regresar á [sic] su casa, por una cuadra donde se estaba haciendo la limpieza del albañal, y aunque tomó precauciones para evitar los olores pestilentes que se desprendían de las inmundicias, tuvo, sin embargo, que absorber algunos; y que desde ese momento no se sintió bien llegando á [sic] su casa con dolor de cabeza y malestar general (...)" (83).

acequias y charcos que plagaban la ciudad. Desde la esfera literaria, se haría eco, también, de los reclamos de salubridad, así Clorinda Matto de Turner⁵⁰ en *Herencia* (1893) evidenciará las condiciones en las que habita Espíritu, la lavandera negra:

El callejón de Molino Quebrado, como todos los de Lima, está formado de pequeñas viviendas, a derecha e izquierda, numeradas, con un solo surtidor de agua y un buzón para la limpieza, lo que hace del aseo un mito con que sueña, no sólo [sic] la portera de la casa, sino el Inspector de Higiene de la Municipalidad (...) los cuartos ofrecen la desagradable uniformidad de las celdas penitenciales: el aire que allí se respira está cargado de miasmas que tienen la mezcla *infern*al de todos los malos olores, desde la naranja en descomposición hasta las lavazas que fermentan en los baldes de zinc de las que se dedican al lavado de mano (1974b: 54)

La carencia de higiene se sostiene en la falta del uso individual del agua: las clases pobres son la esfera representativa de la degeneración: espacios hacinados, olores malignos y una mescolanza desordenada de olores. En ese sentido, el afán cientificista del médico coincide con la postura narrativa presente en la novela: desde la ciencia y la literatura se gesta la urbe mugrosa.

Aunque debemos admitir que la asunción de la alcaldía limeña por parte de Manuel Pardo en 1869 significó una política que se entroncó con el discurso higienista: creó jardines e inició la creación de un sistema de desagüe subterráneo para combatir la presencia de acequias, a la vez que los gallinazos ya no cumplirían un rol fundamental: devorar los cuerpos putrefactos que arrojaba la ciudad, no se debe obviar que los reclamos seguían presentes.

⁵⁰ A decir de Francesca Denegri, Clorinda fue una escritora cuzqueña e intelectual ubicada en una posición paradójica: formaba parte de una élite comercial provinciana y poseía un espíritu culto, pero fue atacada por los hombres de avanzada limeños que se burlaron de su castellano quechuizado y quisieron silenciarla de forma continua. Además, su cercanía hacia el Ande no se dio desde un punto de vista meramente exótico y paternalista porque en *Índole*, por ejemplo, se presenta el hogar *misti* a través de "(...) signos del mestizaje doméstico" (2018: 243) distribuidos en el lenguaje y en tradiciones comunes.

El doctor Luis Miró, en atención a lo anteriormente señalado, por designación de la Alcaldía en 1916, presenta un proyecto de saneamiento donde utiliza el censo del doctor Enrique L. García para syndicar que quinientos uno de mil personas muertas pudo vivir si habitasen en condiciones salubres: su fallecimiento se debió a causas meramente relacionadas con la profilaxis. Incide en que el índice de mortalidad de Lima es uno de los más altos con respecto a Europa y a sus pares latinoamericanos; por ejemplo, en Buenos Aires el índice de muertes abarca 16.8%, mientras que en Perú bordea el 31.22%.

Una ciudad moderna es higiénica y esto permita mayor alcance de la esperanza de vida. En Buenos Aires las obras de saneamiento posibilitaron que se salven, a partir de 1903, catorce mil vidas al año. Miró se queja de que la pavimentación limeña es irregular, las aguas de las cloacas se desbordan y se pierde el agua potable por el flujo de cañerías, por lo que concibe como infructuosos los intentos de erradicar la tuberculosis y el cólera.

La ciudad, que ya superaba los 400 mil habitantes, se seguía alimentando principalmente de una Atarjea erigida en 1575, por los cauces del río Surco que abrieron los incas y por una red de manantiales a rededor; empero, en las épocas más cálidas y ante la escasez de líquido, se usaba el agua de las acequias que producían una contaminación general. Además, los análisis bacteriológicos habían determinado que el agua contenía mayor contaminación al salir de los caños que cuando se hallaba en la Atarjea: existía la imperiosa necesidad de cambiar los conductos, las fuentes y las cañerías. A este pedido se suma el de implementar una nueva canalización:

(...) terminar lo que nos falta; luego hacer de nuevo la antigua canalización inaparente y malsana; y, por último, y esto es quizá lo esencial, canalizar ó [sic] sacar de la ciudad el río Huática, que arrastra las inmundicias que caen de los 370 desagües á él [sic] conectados y los que de la vía pública á él [sic] se arrojan; y que, sin embargo, es el principal proveedor de agua de los canales públicos, huertas, jardines y paseos públicos (Miró 1916: 31)

La canalización estaba deteriorada y fue ideada para una realidad completamente distinta; esto desembocó en la visión de la capital como un espacio ingrato y malsano, donde la población se ahogaba en la suciedad y en la miseria, en contraste con el discurso de Modernidad manejado por sus otros pares latinoamericanos. Resulta relevante que Miró autorice su proyecto reconociéndose como un “(...) hombre de ciencia” (1916: 3) y recuerde a las autoridades que la modernidad implica acondicionar condiciones dignas de vivienda y servicios básicos; es más, los visitantes miden el grado de cultura de un país sobre la base de la higiene en que se desenvuelven sus habitantes. Por ejemplo, en la revista *Prisma*, en 1906, existe un artículo titulado “Instituto Municipal de Higiene”, el cual probablemente en realizado por la redacción de la revista, que reseña la labor de este instituto en el marco de la modernización de la ciudad, puesto que la entidad surge bajo el liderazgo del doctor J.B. Agnoli quien traza el objetivo de “(...) comprobar bacteriológica y químicamente las cualidades higiénicas de los alimentos y bebidas que se expenden en Lima, el agua usada para consumo, el aire de los lugares habitados” (18). Estos objetivos son los que verdaderamente contribuyen a la urbanización de la ciudad, además que ubican esto bajo los lineamientos de la modernidad: la limpieza de insumos y agua previene las temidas pestes que azotaron Perú en la etapa colonial. Es más, hacia el final de la nota, se resalta la presencia del doctor Tamayo en la futura construcción del hospital para mujeres.

Cabría preguntarse qué vínculos guarda el instituto con el fin de Prisma: artes y letras; en un principio, puede parecer que los temas se hallen disociados porque la revista trataba de mostrar lo último en literatura y artes (los textos de Rubén Darío y el ensayo de Enrique Gómez Carrillo publicado por entregas, por ejemplo), mientras que el discurso científico se solía incrustar en revistas médicas; empero, creer que los dos temas están divorciados es un grave error: la modernización de la capital acarrea la necesidad de obedecer los principios rectores del higienismo, dado que esto garantiza la limpieza y salud de los ciudadanos. A su vez, en *Prisma* se exhibe un constante interés por atender a los signos que den cuenta del progreso de la ciudad, pero no para exaltar meramente su modernización, sino, más bien, para señalar la creación de los institutos, orfanatos o carreteras porque estas no existían: las fotos nos muestran una urbe en plena construcción, de modo que pensamos en una ciudad por hacer. No se trata, pues, de creer que la urbe se halla modernizada, pues indirectamente los signos que delatan su progreso dan cuenta de los problemas de la época: la falta de limpieza de agua, el abandono de los niños y las madres obligadas a trabajar por falta de figura paterna, y la necesidad de conectar Lima con provincias. Resulta curioso, a su vez, que tales notas carezcan de un autor definido y, más bien, es como si encerrasen la voz colectiva de los colaboradores y del director Clemente Palma: la avanzada de las letras y las artes requiere de mecanismos que trasciendan lo ficcional y se inscriban en la configuración efectiva y material de la urbe.

Entonces, la Lima decimonónica se caracteriza porque existe una línea de continuidad entre los problemas de alcantarillado presentes desde la época colonial: los ríos trocaron su función de irrigar para ser fuente de desecho, las

acumulaciones eran caldo de cultivo de toda clase de alimañas y de potenciales epidemias; ante ello, el médico se erigía como el llamado a representar los intereses de la población: la ciencia exigía limpieza, desinfección e injerencia en la *res pública*.

2.1.2 Los tugurios miasmáticos

En la ciudad circundada por acequias, surgen espacios tugurizados que simbolizarán el punto donde se concentra la enfermedad: la habitación misérrima del pobre se convertirá en centro de examen y de intervención médico. En divergencia con el hedor de los arrabales, surge el deleite en los perfumes provenientes de París. Por eso, abordaremos esta dinámica que establece un punto de encuentro entre el aroma y el misma.

De 1820 a 1845, la sociedad limeña de clase alta se caracterizaba por priorizar los placeres sensuales antes que los intelectuales, ello bajo la mirada de los viajeros, pues preferían el comer, el juego y la coquetería. Asimismo, las mujeres limeñas se hallaban circunscritas a un espacio mucho más activo dentro de los límites de su hogar: el discurso de la nación y del rol materno se cimienta durante y después de la Guerra del Pacífico, pero en los inicios del XIX esta poseía mayor libertad en el espacio público porque salía disfrazada de noche y podía inmiscuirse en lugares no asignados tradicionalmente a su rol (se entrometía en la política, por ejemplo); inclusive, era capaz de influenciar en las decisiones respecto a la distribución de cargos públicos.

Asimismo, los espacios públicos se convirtieron en punto de encuentro de féminas: la Plaza Mayor era el espacio donde se hermanaban las diversas clases sociales (desde mujeres de las élites que buscaban mostrarse en

sociedad hasta vendedores ambulantes) y actividades variopintas (descargo de carruajes, ofrecimiento de viandas, entre otros), con lo que se instalaba la necesidad, según un proyecto de salubridad presentado en 1858, de “(...) corregir el aire que corre naturalmente enrarecido en los lugares en los que se ha reconcentrado la población y en los que no se ha tenido la precisión de dejar espacios suficientes para que pueda circular el aire libremente” (Del Águila 2003: 48).

Manuel Atanasio Fuentes, hacia 1859, alude a la necesidad de higienizar el cuerpo, posibilitar la ventilación en las habitaciones y perfumar los cuerpos para evitar los hedores. Aunque para Del Águila la postura de Fuentes forma parte de una élite letrada higienista, sí considera que el afán de evitar el estancamiento del aire era parte de un imperativo de modernidad en la época.

La persecución de un aire puro impelía a las mujeres limeñas a perfumarse de forma excesiva, ellas no solo usaban olores florales sino, siguiendo las memorias de Stevenson, se valían de mezclas con almizcle y otras mixturas florales para incrementar el efecto del aroma. Es más, las damas impregnaban con esta mescolanza los pañuelos de sus adeptos: el olor creaba un código común de comunicación y singularizaba a las mujeres; por ello, Del Águila apela a cómo Flora Tristán percibe a su prima Manuela de Althaus y utiliza la siguiente cita:

El lujo y el refinamiento en todo son para ella indispensables. Sería en realidad desgraciada si no tuviese camisas de batista adornadas con encajes, bonitas medias de seda y zapatos de raso de los mejores hechos. No hay mujerzuela en París que use más que ella, perfumes, pastas, pomadas, baños y cuidados de toda especie para su persona. Por el perfume que exhala se creería uno rodeada de magnolias, rosas, heliotropos y jazmines (2003: 60).

Entonces, los cuarenta, antes que estalle la guerra con Chile, se caracterizarán por el auge de los perfumes y, así, el comerciante Durand, en enero de 1857, anunciará la creación de su peluquería para ofrecer servicios y productos a la clase pobre, esto con miras a democratizar lo *fashion* y confortable a un precio accesible. No obstante, la guerra aumentará la brecha entre las prácticas seguidas por una clase rica y una mayoría que carecía de recursos. En consonancia con este derroche de perfumes⁵¹ propio de una élite, se enfatizará el uso del maquillaje en las féminas limeñas: Fuentes, por ejemplo, crítica que las mujeres se cubren el rostro con polvos denominados Solimán y el cabello con químicos, con el fin de cumplir con un ideal de belleza distante a la variedad étnica mestiza de Lima: cutis pálido y mejillas sonrosadas.

Justamente, la identidad racial de la mayoría urbana experimenta un cambio importante: de una mayoría que se reconocía como proveniente de alguna casta a fines del XVIII se pasa a una mayoría que se reconoce como blanca hacia mediados del XIX, esto se debe a la percepción de un grupo pudiente como blanco e identificado con el ocio: "(...) la belleza pasaba a ser el resultado de la higiene y los cuidados que sólo una persona exenta de trabajos excesivos podía mantener" (Del Águila 2003: 68). La moda de las señoritas no solo será perfumarse sino seguir, también, los usos de la moda francesa: el

⁵¹ Este uso de perfumes y afeites, aunque sin caer en el derroche, curiosamente, parece no ser solo propio de la élite urbana sino, también, de la provinciana. En *Índole*, novela publicada en 1891, la protagonista- luego de despertarse, se posiciona frente al tocador y se embellece: "(...) Eulalia colocó en sus cabellos un botón de rosa, púsose después una bata blanca como el pecho del cisne, guarnecida de ricos encajes y cerrada por pequeñas presillas de acero en cuyo remate pende un diminuto lazo de raso de aurora. Acepilló su dentadura con polvos de romero, dando a cada diente el esmalte de la perla, perfumó su seno con algunas gotas de esencia de heliotropo, rodeó su cintura con una faja de charol de broche de acero y acercando hacia su cama un reclinatorio con tapiz de pana y talladuras, se arrodilló juntando las manos" (Matto 1974a: 58- 59).

intercambio comercial facilitará que se priorice el estilo afrancesado frente a la usanza española⁵².

Se resalta la coquetería de las limeñas que entran a comprar a diversas tiendas y solo se contentan con probarse encajes, medias y vestidos; empero, en el segundo tramo del mismo siglo, la mirada sobre las compradoras compulsivas será negativa: el gasto de las féminas deviene en conductas que la llevan a distanciarse de roles como el madre o esposa, mientras que en los hombres revela debilidad y poco carácter para conducir el hogar. Además, se resalta la frivolidad de las mujeres que prefieren saciar gustos personales a riesgos del propio presupuesto familiar; un caso paradigmático es el del cuento “Siempre soy quien capitula” de Manuel Ascensio Segura, donde el esposo cede ante los caprichos de la mujer que exige paseos a balnearios y afeites, pues esta parece haber olvidado su deber de esposa:

Cuando empezaron las óperas, le entró tal furor, como dice ella, por cantar como la Pantanelli, que no quedó maestro, exceptuando los de país, que lo llamase (...) toda la casa estaba regada de papeles y de música que había pagado a qué quieres boca, y que los criados, ignorantes de su valor, iban arrojando uno por uno a la basura. El peinado, el vestido y el calzado, todo había de ser a la Rossi” (1973: 11)

Este uso de la moda francesa se dará junto a la preservación de la saya y el manto, de modo que se marcaba un sello nacional y colonial en la configuración de las mujeres. No obstante, luego de instalada la República, la burguesía limeña se europeiza y la opinión pública, *El Comercio*, por ejemplo, impele a los maridos a que prohíban a sus mujeres e hijas el uso de la saya y

⁵² La moda francesa no solo caló en el espacio latinoamericano, dado que también se impuso en España: en *El mobiliario y demás objetos que con él se relacionan*, se anuncia que se enseñará cómo acondicionar la casa según las “(...) múltiples fantasías de la industria parisién, creadas por verdaderos artistas, que hacen de todo ello un conjunto completo de *confort* y *agrado*” (1905: 1)

el manta, con el fin de descubrirse y adecuarse a la moda presente. Con multas, sanciones y críticas al sudor del uso del manto bajo el cielo veraniego de Lima, se irán abandonando el uso de estas prendas.

En consonancia con el embellecimiento del cuerpo, se buscó mantener la pureza del aire porque se consideraba que este era el principal medio transmisor de la infección: “(...) la quema de cuernos de chivo; la incineración de barriles de alquitrán; la quema de pólvora mediante disparos de cañón (ejecutados desde la Plaza Mayor); y, la desinfección de casas, cuarteles, mercados y hospitales” (Del Águila 2003: 87). En sintonía con este afán purificador, aparecieron una serie de ventiladores que funcionaban con carbón y ofrecían purificar el aire a través de la filtración; su uso inicial se dio en los hospitales y luego se masificó; adicionalmente, se erigieron alamedas que garantizaran la fluidez de un aire puro gracias a la acción del sol, del viento y la presencia de árboles⁵³.

Además, se constituyó, hacia mediados del XIX, con el fin de combatir el hedor de la ciudad, un sistema de limpieza denominado “la Baja Policía”,

⁵³ Por ejemplo, el hospital Dos de Mayo, inaugurado el 18 de febrero de 1875, se erige porque el hospital colonial San Andrés había devenido en un asidero de muerte en vez de proveer de sanidad a los enfermos; a la condición insalubre se suma la gran cantidad de enfermos que arribaron producto de las epidemias durante la segunda mitad del siglo XIX. La edificación del nuevo hospital demoró seis años y evidenció un afán higienista, no solo por la división de los espacios y la implementación de catres de fierro provenientes de Europa sino, sobre todo, por privilegiar la idea de purificar el aire: “(...) El jardín del patio principal es el mayor y el más extenso del edificio, árboles, flores y plantas medicinales de las de más frecuente uso han sido cultivadas en los últimos seis años, de tal manera que cuando el 8 de Marzo, como está acordado, se empieza a recibir a los enfermos, ya encontrarán en el jardín emanaciones salubres, y un ambiente profusamente oxigenado” (Alzamora 1963: 22). Inclusive, al aludir a la fachada, el material de granito y los jarrones de mármol, se enfatiza que ha sido como un sacrificio a la higiene, con lo que se reitera la idea de que todo debe ser útil, hasta el jardín-lejos de ser lugar de esparcimiento- se vuelve un espacio con una función específica: purificar el aire que aspirará el enfermo. Hacia 1895, se determinaría que los jardines jugaban un rol crucial en la difusión del paludismo, por lo que se exigiría plantar árboles como eucaliptos y pinos porque no se trabaja solo de oxigenar sino, más bien, de rodearse de aire saludable.

quienes se contrataban mediante subasta pública y se dedicaban a limpiar las calles de un determinado distrito: desde el barrido hasta el secado de charcos. El procedimiento consistía en que ellos recogían la basura de centros de acopio, donde los vecinos debían arrojar los ligeros desechos, y la trasladaban hacia los repositorios municipales en los extramuros de la ciudad: en el Tajamar, en el Martinete y en Maravillas; de manera similar, los vecinos debían llevar la basura pesada a tales repositorios porque los carrmatos de la Baja Policía no estaban preparados para transportar peso excesivo. En los repositorios, los restos se incineraban, enterraban o, como desde épocas virreinales- arrojaban al río.

La Municipalidad y la Prefectura mantenían una relación crítica por el desempeño de la Baja Policía: los segundos indicaban que el municipio no supervisaba de forma adecuada porque las calles no estaban limpias, los carretones solo se detenían una vez a la semana en cada zona y existían múltiples muladares en el centro de la urbe; inclusive, los propios miembros de este cuerpo limpiador arrojaban desperdicios en zonas prohibidas (verbigracia, el basural que se formó en Barranca).

Empero, los miembros de la Baja Policía acusaban a la población de que ellos mismos eran quienes contaminaban e incumplían con los plazos pactados: sacaban su basura a deshoras, no la dejaban en los sitios asignados, la arrojaban desde sus viviendas o ensuciaban el río con sus desechos, por lo que "(...) la falta de una cultura higiénica entre la misma población era parte esencial de los problemas de contaminación urbana" (Lossio 2003: 76). Es más, los vecinos no trasladaban la basura pesada, se limitaban a abandonarla durante la noche y, con ello, ensuciaban lo que se

había barrido. Ante ello, se propuso el discurso de la educación como método de reorganizar los hábitos de los individuos. Precisamente, se volcó mirada médica hacia dichos hábitos: el espacio privado derivó en fuente de estudio; así, en 1856, se emitiría un decreto que autorice “(...) inspecciones sanitarias al interior de los domicilios. La Municipalidad por su parte, instaló un servicio gratuito de visitas médicas domiciliarias” (Lossio 2003: 78). Estas visitas evidencian el estado calamitoso de los hogares: hacinamiento, escasa iluminación, suciedad y presencia de enfermos.

Como añadidura, las personas no solían bañarse ni portar ropa limpia: la clase adinerada podía acudir a balnearios para disfrutar de una completa limpieza del cuerpo, pero los pobres casi no se aseaban y usaban la misma indumentaria para diferentes actividades. Los médicos se percataron de la poca confianza que les guardaba la población, en tanto que consideraban los tratamientos costosos, engorrosos y dolorosos frente al conocimiento empírico de las amas de casa o los hierberos chinos; cabe resaltar que estos no solo buscaban curar la enfermedad, sino que ofrecían un tratamiento que enlazaba el plano moral y el corporal. Con el advenimiento de la Guerra del Pacífico y su conclusión, se difuminarán las marcadas diferencias entre ambas clases sociales y el imperativo de higienizar la ciudad aumentará mucho más.

En ese sentido, la teoría miasmática⁵⁴ se instala mediante la asociación de las emanaciones pútridas que se desprendían de las aguas estancadas y de las zonas tugurizadas: las acumulaciones sin dinamismo desprendían una serie de aires malignos que atentaban contra la naturaleza y la salud de las personas, quienes respiraban los efluvios malignos y enfermaban; también, las

⁵⁴ Para mayor información sobre esta teoría, consultar el primer capítulo

habitaciones cercanas a la tierra⁵⁵ – como los sótanos- carentes de ventanas y luminosidad, contribuían a la creencia de que el ambiente influía en la constitución anímica y física:

“(…) en la era de la medicina pre- bacteriológica las enfermedades se atribuían a un sinnúmero de causas, entre ellas, el contacto con personas enfermas, cambios en el clima, desastres naturales (como los terremotos), problemas sociales (como el aumento de mendigos y ebrios), la constitución y la personalidad de cada persona, conflictos armados y, en forma creciente, las condiciones ambientales” (Lossio 2003: 40- 41).

En torno al ambiente, los vecinos mostraban temor ante las consecuencias que podría acarrear la presencia de aguas turbias y estancadas; se creía que estas eran sitio de infección y constantemente se pedía su secado. El miedo era enfermarse por los efluvios del agua contenida en los pantanos y en los animales muertos. También, se prohibió a los deudos enterrar a sus muertos en los patios de las iglesias porque ello contaminaba la ciudad, empero, hubo bastante resistencia de parte de los feligreses y los curas: los primeros creían que sus almas no descansarían en paz por estar en terreno pagano y los segundos veían la supresión de una considerable fuente de ingresos.

De 1895 a 1930, se sucede un período de estabilidad política que permite la configuración de medidas públicas que regulen la sociedad, además de llegar oleadas migratorias de campesinos que modifican el espacio y las costumbres de Lima: “Por primera vez, la población de la ciudad, rompiendo

⁵⁵ En 1893, el doctor Casimiro Medina, en *La crónica Médica*, aludió a la emergencia frecuente del asma entre los ciudadanos y su cercanía con la tuberculosis no solo por condiciones climáticas imposibles de resolver sino, sobre todo, por las características de los espacios y del suelo: “Es muy sabido que las construcciones en Lima, adolecen en su inmensa mayoría (nos referimos a los pisos bajos) de notable humedad, debida, sea á [sic] la manera cómo están distribuidos [sic] los altos, ó á [sic] la perniciosa costumbre de las cañerías subterráneas cuyas continuas roturas y filtraciones consiguientes amenazan aún la integridad del edificio” (226). Por la falta de aire y luz, los sujetos que habitan en los pisos bajos arrastran una existencia miserable que descompone su organismo y los convierte en seres “linfáticos, escrofulosos, raquíticos” (226) pasibles de adquirir la consunción.

sus patrones coloniales, trasciende el casco urbano tradicional- de factura colonial, donde todos los grupos sociales vivían virtualmente mezclados- y se traslada a nuevas urbanizaciones” (Mannarelli 1999: 32); la ciudad se expande, aparecen plazas o parques como puntos de encuentro y, hacia fines del XIX, la población disfruta de luz eléctrica.

En dicho contexto, “(...) irrumpe la imagen romántica, la indumentaria femenina se aclara y los cuerpos se asoman, a veces no tan tímidamente; las mujeres recogen sus largos cabellos, los adornan con flores y permiten vislumbrar cuellos y nuca (...) El cuerpo de las mujeres se afina para descubrirse” (Mannarelli 1999a: 34), así que despierta la sensualización del cuerpo femenino y se va perdiendo la imagen austera que caracterizó la posguerra.

A partir de 1901, siguiendo a Mannarelli, el municipio optimizará las edificaciones y áreas limeñas: pavimento de pistas, construcción de canales, instalación de baños públicos y renovación de la Plaza de Armas. La ciudad está en vías de modernización: llegan nuevos autos, se desarrolla una industria que abarca de jabones hasta ropa interior, y se crea un ferrocarril para comunicar Lima con Chorrillos. Hacia la década del '20, se otorgará mayor libertad al cuerpo femenino: hombros descubiertos, perfumes aromáticos y un cuerpo delgado; es más, las mujeres asumirán el rol de letradas e ingresarán a la docencia.

Este desplazamiento de la carencia a cierto grado de bonanza⁵⁶ y la irrupción de labores novedosas para las féminas, se retrata en el cuento

⁵⁶ María Emma Mannarelli, en *Limpias y modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos*, desarrolla las nuevas actividades que asumieron las mujeres en el escenario

“Fatalidad”, perteneciente a *Cuentos* (1919), de Lastenia Larriva, donde el espacio se delimita a rededor de tres mujeres: la abuela, la madre y la adolescente Antonia, quienes viven en una zona populosa pero urbana en “(...) un coquetón saloncito de una bonita casa” (2019: 79) y mantienen lujos moderados gracias al supuesto trabajo de la madre como costurera. No obstante, en el trayecto a su trabajo por la madrugada, esta revela sus pensamientos en vísperas de recibir al novio de su hija:

¡Si ella supiera! ¡Si supiera mi madre! ¡Me estremezco al pensarlo! Pero ¿cómo han de adivinar? ¡El taller! Creen que voy al taller. Sí, allí fui por espacio de largos años, y trabajando día y noche hasta caer extenuada, apenas si conseguía que no perecieran ellas de hambre. ¡Mi santa madre a quien la locura de mi juventud casi hace perder la vida, y mi hija inocente y bella que ignora la falta de su madre y que es el único rayo de sol en mis horas tenebrosas! (...) mi hija, delicada flor, herida por incurable mal desde el vientre de su madre infeliz” (2019: 81)

En las divagaciones de la madre se revela la imposibilidad de vivir dignamente como costurera y, asoma, el peligro de una vida licenciosa que puede derivar en una progenie débil⁵⁷: la vida de su hija depende de las condiciones de salubridad en que esta viva, mientras que su abuela estaba a punto de morir de inanición por la magra ganancia con la que la madre sostenía la casa. Para salvar las apariencias, acude al taller pero su verdadero oficio consiste en el de ser mendicante en los hoteles, plazas y teatros. Al estigma de una juventud libertina se suma el de la carencia moral que la lleva a adoptar ropajes indignos en “(...) una habitación de mísero aspecto: una especie de

después del conflicto con Chile: el gran número de viudas y huérfanos fue insostenible para la sociedad, de allí que varias de ellas se desempeñaron en actividades vinculadas a la costura, al servicio doméstico y, como epítome de la degradación, la prostitución. Nuestro trabajo no aborda estas nuevas imágenes porque ello parece escapar al abordaje de los cuentos de Clemente Palma y Ventura García- Calderón; empero, el ambiente infecto y la búsqueda de modernidad sí aparecen en las narraciones.

⁵⁷ En el apartado dedicado al cuerpo femenino relacionado a la sífilis, comprenderemos cómo el interés de los médicos surge porque este mal se puede transmitir a los hijos y condenar al país a un futuro miserable y enfermizo: los niños no viven o, de alcanzar la edad adulta, padecerán los estigmas que sus padres les legaron.

sórdida tenducha” (2019: 82). Este traslado del salón decorado y familiar al lugar desolado sirve para configurar la escena final de la historia: el novio otorgaba limosnas a su propia suegra, la misma que se disfrazaba para proteger el honor de su hija hasta que esta contraiga nupcias. Resulta bastante simbólico cómo se construye el aparato de la comodidad entre las mujeres solas: el alimento, la salud y la confortabilidad se erigen sobre la base del engaño, la miseria y la vergüenza, tal como la modernidad de Lima que ocultaba su otra cara, la de los arrabales que hieden de miseria.

Aquellos que reclaman se atienda esta otra cara de la ciudad, en la fase 1890 a 1930, serán los médicos, los cuales desplazan a los políticos y clérigos en aspectos relacionados a la regulación social: surge un incipiente proceso de higienización que busca regular el funcionamiento de los cuerpos sobre la base de un juicio biológico (se equipara al hombre con el animal en cuanto a su conducta), sobre todo el femenino. Empero, el discurso positivista no caló adecuadamente en el actuar de las instituciones: se buscaba el orden, la limpieza y la educación como modos de mejorar la nación en ciernes y paliar los defectos propios de la raza:

En el discurso médico la posibilidad de lograr el progreso y la civilización, aspiraciones típicas de la época, estaba vinculada con la salud sexual y la actividad reproductiva de la población. El contacto sexual y las formas de contacto diario fueron preocupaciones permanentes (Mannarelli 1999a: 54)

De ese modo, surgirán una serie de eventos que involucran a la mujer como formadora de la ciudadanía: se civiliza la sociedad a través de campañas que buscan la erradicación del alcohol, por ejemplo. Se implantará la necesidad de airear el cuerpo y exponerlo a la luz, con el fin de sacarlo del espacio privado y poco ventilado, además que se propugna el ejercicio físico y el baño

diario como modo de mantener un cuerpo saludable que ayude al proceso civilizatorio.

Por lo tanto, la comisión encabezada por el médico Leónidas Avendaño, el ingeniero Santiago Basurco y un delegado de la Beneficiencia de Lima, en 1904, señalaron la existencia de una mentalidad rentista entre los propietarios, quienes preferían dividir sus viviendas en espacios reducidos para ofrecerlas como alquiler, el problema era que ello atentaba directamente contra los mandatos higienistas: habitaciones reducidas, con poca circulación de aire, oscuras y hacinadas, eran asidero perfecto de microbios y facilitaban conductas inmorales (todo se realizaba en un solo cuarto). Los higienistas buscaban penetrar en la intimidad de las habitaciones para encontrar los focos infecciosos en los que se acumulaban las personas de clase media baja o los obreros: la suciedad, los aires mefíticos, un pilón de agua comunal, la poca privacidad y el ruido justifican la degeneración de las razas indígenas, negras y asiáticas⁵⁸.

Era necesario separar los lugares de descanso respecto a las demás áreas, mantener el espacio personal aislado de otras habitaciones (la cocina y el baño, sobre todo) permitía evitar la contaminación. Se crítica el salón cortesano porque representa la decadencia moral de la clase limeña: es el espacio donde accede lo público- las triquiñuelas políticas, los chismorreos, entre otros- y vulnera directamente la identidad femenina. Justamente, la mujer

⁵⁸ Rómulo Eyzaguirre, en "Demografía limeña", en el número 252 de La Crónica Médica (edición de 1899), refiere que "(...) la cuestión higiénica para que sea verdaderamente eficaz, necesita basarse sobre la población especial á [sic] cada uno de los diferentes distritos y en la estrictez científica de las estadísticas de natalidad y letalidad clasificadas y debidamente combinadas y comparadas, deduciéndose entonces de ahí el remedio aplicable, merced a esos cómputos" (182); en otros términos, la higiene debía considerar las condiciones reales en que vivía la población limeña: raza, natalidad, tipo de vivienda, entre otros.

se asociaba al espacio de la casa: antes que un hogar lujoso, era preferible un espacio aseado que dé cuenta de la moralidad y carácter de la familia, por lo que el boato y el derroche se traducen en una mujer licenciosa y poco hogareña:

Los médicos querían una casa para cada familia, y que la disposición ideal de la familia nuclear debía plasmarse en una estructura habitacional apropiada. Los encuentros sexuales, de acuerdo al discurso normativo moderno y laico, empezaron a ser asociados a la intimidad, requerían una habitación propia. El espacio de los adultos debía estar diferenciado del de los menores. Se pretendía levantar las paredes de la privacidad. Separar, buscarle a cada uno el lugar apropiado, evitar la mezcla, uniformizar, limpiar, construir esferas públicas y privadas diferenciadas fue lo que inspiró las recomendaciones de la comisión (Mannarelli 1999a: 292- 293)

La habitación no solo demandaba exclusividad, también se requería que el espacio sea sano, para lo que se enumeran tres requisitos básicos: el aire, la luz y el sol. Respecto a lo primero, Ris- Paquot asevera: “Siendo el aire el primer elemento necesario para nuestra vida, hemos de buscar que el cuarto que habitemos tenga aire abundante. Es pues, necesario que sea lo mayor posible, sobre todo si la familia es numerosa” (1907: 2), ya que la respiración de otros vicia la pureza del aire. Basta equiparar la tez pálida de los habitantes de la urbe en contraste con el rostro sonrosado y la resistencia de pulmones de quienes habitan en el campo, de modo que se recomienda vivir en casas amplias, donde el aire circule bien y se hallen lejos del suelo (los sótanos son perniciosos por su cercanía a emanaciones subterráneas), y no estar en cuartos herméticamente cerrados que presenten humedad o poca luz del sol.

A su vez, se recomienda desinfectar las habitaciones, pues estas, de haber vivido algún enfermo en el recinto, acumulan los gérmenes y el mal en el papel tapiz, orificios de las paredes o rendijas; es necesario el uso de elementos que desinfecten y que no solo mejoren el olor: el azufre en vez de

las almohadillas de alcanfor, por ejemplo. De los cuartos de enfermos o de vicio asoman mismas que amenazan la salud de la familia y la armonía del hogar; siguiendo este aserto, resulta sintomático que en *Índole*, cuando Antonio cree que Eulalia le ha sido infiel con el cura Peñas, se sucede el siguiente ambiente después de la fiesta:

Por todas partes se veían copas con rezagos de colores, las flores marchitas y deshojadas, esparcidas acá y allá, corrían parejas con las escupideras llenas de puchos de cigarros que saturaban el aire de un vaho de olor repugnante, ese olor peculiar de los salones donde se realizan festines del género del que hemos visto, y que son como los miasmas pútridos en el panteón de las alegrías nacidas y muertas en un mismo día (Matto 1974a: 224)

El espacio representado en la novela conjuga la muerte (restos de hojas y flores) con aires malignos (cigarros), esto prefigura la potencial disolución de la pareja: la caída moral se traduce en el desorden y la suciedad, en la debilidad momentánea de Eulalia que, a ojos de su marido, no ha sabido guardar su honra. De ese modo, para Clorinda Matto, la presencia de los miasmas delata de decadencia moral de ambos cónyuges, la misma que está a punto de separarse porque la esposa ha permitido el avance del cura Peñas y el marido ha caído presa de los negocios corruptos de sus amigos: los olores negativos en la casa representan el ingreso de las fuerzas negativas que no solo afectan el lazo matrimonial sino también la salubridad de sus personajes. En la misma línea, los anuncios publicitarios de la época sugerían el uso de inciensos perfumados para eliminar los rastros de enfermedad, esto se comprueba con las propagandas insertas en *Prisma* en el año 1906 (ver Anexo 1), las cuales ofrecen productos como la “Formalina potásica” que presentan las cualidades desinfectantes del formol y del Biclورو de mercurio sin generar efectos secundarios o malos olores; todo lo contrario, el anuncio señala que

es un delicado perfume para tocador y ha recibido una medalla de oro como premio en el año 1903 en el marco de un evento que expone alcohol medicinal. Al perfume que emana de este producto, se suma su potencia médica inigualable: purifica el aire y elimina los gérmenes de la consunción. Por ello, nuevamente se enlaza el discurso del buen olor junto a los fines médicos: aquello que es aromático puede purificar y representa sanidad para el cuerpo.

El influjo negativo de los ambientes aislados, pese a las iniciativas higienistas ya señaladas, seguirá preocupando a los médicos. Ello se evidencia en el folleto titulado *El sentimiento de la limpieza* (1905) que plantea el doctor Imoda; este refiere que la divulgación, gracias a Sebastián Kneipp, de lavarse con agua provoca múltiples beneficios en los seres humanos, tales como la mejora de la circulación, la sensación de limpieza y la calma del sistema nervioso. El agua es esencial para que el hombre se mantenga saludable porque su privación acarrea enfermedades. La Lima que conoce Imoda en su práctica diaria es una mezcla de hedores indistintos, escasa iluminación y hacinamiento:

A veces el médico es llamado á [sic] visitar á [sic] una pobre enferma; ella habita en un cuarto de una enorme casa situada entre los barrios más pobres de la ciudad. El médico se acerca á [sic] la vivienda por un callejón estrecho y fangoso y penetra por una puerta pequeña á [sic] una habitación húmeda y sucia, de donde emana un olor nauseabundo por todos lados, olor de comida, de estantío, de rancio, de inmundicias, de fermentación de toda clase, á [sic] los cuales se juntan á [sic] veces los emanados por la letrinas que se abren en el mismo callejón ò en la misma casita” (4)

Esta casita se convierte en un tugurio donde hay una pequeña ventana, las rendijas de aire se han sellado e incluso las ventanas están con las cortinas puestas como si fuese invierno, de modo que la luz solar es escasa y la respiración se acondiciona a la contaminación; según el doctor, la respiración de cualquier visitante se paralizaba ante la mefítica atmósfera. En ese único

cuarto, donde cree que vive solo un individuo, habitan cinco: la paciente madre enferma, la suegra, el esposo operario y dos niños; es más, el cuarto cumple las veces de cocina, comedor y dormitorio. Vislumbra tres camastros deshechos, restos de comida del día anterior y una olla donde se adereza el almuerzo del día. La descripción es exagerada y el autor apela al refinamiento de su lector o lectora: "(...) sobre la única silla del pobre tugurio duerme el gato; y sobre el asqueroso piso, que desde muchos días no ha pasado por él [sic] la escoba, rueda y escarba entre las cáscaras de papas y las hojas de col, una gallina" (Imoda 1905: 5). A estos recintos se les considera como el nido decadente de la moral y de la salud, lugar solo capaz de ser penetrado por médicos y monjas, los primeros en nombre de la salud y las segundas, de la caridad.

La enfermedad que determina el médico del caso simulado por Imoda se origina en la miseria: el agua regula las condiciones fisiológicas y el espíritu de limpieza, de modo que los adeptos a lavarse buscan la pulcritud a través de ropas frescas, espacios barridos y el sueño de "(...) alguna casita nueva de construcción, con paredes blanquísimas, con suelo limpio, escaleras aireada é [sic] iluminada" (1905: 6). El llamado del médico es que el uso del agua trascienda todo fin inmediato, pues no se trata tan solo de un aseo sino, más bien, del ingreso modernizador de la limpieza, es decir, el agua comporta un rasgo civilizatorio.

En esta suerte de instrucción para el gran público, se utiliza la metáfora de las aves: los padres tejen el nido a conciencia y de la forma más pulcra posible; esta sensación se traslada al acicalamiento de los pichones y al baño en que se sumergen las aves. Este afán generaliza a la naturaleza por

completo: desde los mosquitos hasta los mamíferos en libertad exhiben una inclinación natural hacia la limpieza, mientras que el hombre parece ser la especie más sucia y corrupta capaz de influenciar malignamente en los seres que domestica. Nuevamente, se refiere el arraigo pútrido en las costumbres de los miembros de clases bajas: la madre no cambia sus paños menstruales ni se lava porque considera que el agua afectará el curso de la regla, tampoco ha bañado a su hijo pequeño porque cree que la costra mugrosa de su cabello y la erupción de su rostro son normales.

Imoda trata de hallar una explicación racional a esta aberración hacia lo limpio, cree que el otorgamiento del libre albedrío llevó al ocio al hombre y esto, a su vez, provocó que se olvide la natural inclinación por la limpieza. “Porque esta ley de la inercia que engendra el ocio con arrastrar al hombre libre en la miseria, en la suciedad, en las enfermedades, le es causa de dolor. Y el dolor es aquel que hace regresar al hombre sobre el camino recto” (1905: 11); justamente, refiere que los ángeles rechazaron la creación humana porque concibieron esta como dada a la pereza, a las bajas pasiones, a la guerra y a la ebriedad. Solo el ángel del dolor aceptó la creación y se comprometió doblegar al hombre a través de su yugo; este folletín enlaza la labor del médico con el papel que adquiere en el devenir nacional: la mirada científica se inmiscuye en los espacios privados para erradicar la infección y las costumbres negativas de la población, a costa de que el doctor salga del lugar académico- la universidad o el hospital- y se dirija al barrio para apelar a ejemplos propios o al discurso cristiano. Las preocupaciones de Imoda no forman parte solo de un discurso manifestado a nivel científico, puesto que, como hemos visto anteriormente, la literatura se apropia de la teoría miasmática y de la injerencia del médico para

ejemplificar los espacios de corrupción. Ello se demuestra con la novela *Herencia* de Clorinda Matto, de la cual el propio Clemente Palma- en *Excursión literaria*-, había sindicado como la justificación de las taras transmitidas de padres a hijos; en esta línea, aparece la mulata Espíritu Cadenas que asiste al cumpleaños de su compadre Mariano Pantoja, un carpintero sin herramientas entregado al vicio antes que a su trabajo; Espíritu le lleva una botella de anisado, producto del empeño de un cuadro- último vestigio de su vida como criada engreída- dado a un precio miserable, al cuarto de este. La habitación representa todo aquello que critican los preceptos higienistas, en la medida que es pequeña, sucia y los muebles han perdido su coloración inicial. Los invitados también representan la suciedad moral que se ha trasladado al cuerpo, no solo por ser alcohólicos y lujuriosos:

(...) un moreno alto delgado con el cuello del saco cubierto de mugre y que, abierto por el pecho, dejaba ver la camisa del percal, sucia también, sin los botones de la pechera, por cuya abertura se notaba una línea de carne amoratada (Matto 1974b: 107).

Así se genera un modelo de decadencia moral e higiénica: los cuerpos de los morenos no solo son racializados por su sensualidad (los asistentes al cumpleaños de Pantoja realizan chistes relacionados a su sexualidad), también porque el sudor y la mugre de sus cuerpos se enlaza con los vicios. Espíritu, sin embargo, parece estar un escalón por debajo de estos cuerpos lúbricos y malolientes, en tanto que ella desplaza su rol de ser madre y termina malgastando el dinero de sus dos hijos: le entrega los cinco billetes al compadre Pantoja y se queda en su cuarto con él cuando todos los invitados se han marchado; justamente, la voz narradora, la presenta comprando alcohol: “- A ver, ño Aquilino, *espache* usted un centavo de fósforos e palo, un centavo de vela, cuatro centavos de pan frío y una *boteya* de *anisao*” (Matto 1974b: 46).

Resulta destacable que sí exista un cálculo exacto para la cantidad de insumos necesarios que se compran (fósforo, pan frío), mientras que no se menciona el precio del alcohol; evidentemente, este es más caro y representa la supresión de alimento de las dos hijas de Espiritu, quienes viven con ella en una covacha miserable de callejón y aparecen solamente para llorar de hambre. La narradora no tiene la necesidad de sindicarse directamente la irresponsabilidad de esta madre, pero le sirve apelar a sus acciones para que comprendamos, en cierto modo, que no son las circunstancias las que han llevado a Espiritu Cadenas sino, sobre todo, ella misma: acostumbrada a ser una criada engreída no supo qué hacer ante la muerte de su ama y luego se dio lo siguiente:

Espiritu comenzó la nueva vida por establecer una lavandería; pero asediada en todas direcciones por los de gusto criollo, que van tras las conquistas baratas, sin más preparación para esa lucha que la débil, siempre engañada con promesas, tiene que librar con el fuerte, armado de traición, acabó como todas las de su clase acaban, por caer con el primero que despertó sus sentidos, y la dejó cuando iba a ser madre (Matto 1974b: 52)

Son dos hijas de diferentes padres, las mismas que arrastrarán las taras de la madre porque "(...) la principal causa que la medicina reconoce para la mayor propagación de las mujeres está en el exceso de los padres que abusan del placer sin medida" (Matto 1974b: 54), mientras que los hijos varones surgen por los amores moderados. En otras palabras, es la raza la que ha llevado a Espiritu a caer en los placeres que se presentaron ante su salida del espacio en el que la vigilaba la ama: dilapidó su peculio, se enlazó con diferentes hombres y se ha vuelto alcohólica. Inclusive, ha ido vendiendo todos los muebles que su patrona le heredó, los cuales remata sin saber su verdadero precio. Ella es el paradigma de decadencia moral y física: su cuerpo es magro y fofo, su cuarto es sucio y almacena toda clase de olores, mantiene continuas relaciones sexuales con diversos hombres porque está dada al placer, ignora

los llantos de sus hijas y malgasta las monedas destinadas a su alimentación, y acaba sucumbiendo de forma anónima en un hospital. Justamente, esto no parece ser parte exclusiva de las condiciones de vida sino, sobre todo, de una herencia transmitida vía sanguínea. Más aún cuando los negros presentados en la novela estén signados por la suciedad, el sensualismo y el alcohol: “- Despache dos centavos de azúcar, dos centavos de pan, una velita de a centavo, dos centavos cigarros de la Corona y medio pisco” (Matto 1974b: 47), enuncia un niño afrodescendiente de diez años y repite la misma fórmula de la mulata.

La síntesis entre teorías de corte racista y los discursos médicos se hallan presentes en la época, tal como se aprecia en la tesis *El porvenir de las razas en el Perú* (1897) de Clemente Palma, donde syndica que los negros son “(...) una raza verdaderamente abyecta” (Palma 1897: 14), pero- en el espacio peruano- son menos repulsivos que los indios y chinos, dado que semejan bestias fuertes o hembras sensuales capaces de obedecer tranquilamente y destacar por su fuerza física. El medio boscoso del que provienen ha impedido que se desarrollen intelectualmente, pero su proximidad con los españoles ha posibilitado que sean más propensos a civilizarse: son vigorosos frente a los indios decrepitos. A pesar de que Palma destaca la belleza de las negras, indica que su raza está condenada a extinguirse por el excesivo sensualismo que exhiben y por su servilismo ciego semejante al de los animales.

En la novela de Matto evidenciamos dicho sensualismo porque Espíritu se halla constantemente acechada por el deseo masculino y en espacios signados de forma negativa para las mujeres: se encierra en el cuarto de su compadre, coquetea con Aquilino para convencer a Camila de enamorarse con él, e

ingresa a la casa de los Aguilera para lavar su ropa; en otros términos, es ella el personaje que más se desplaza por la urbe, pero su movilidad establece un recorrido negativo: comercio sexual, alcoholismo y alcahuetería. Además, siguiendo a Palma, no despierta rechazo de los criollos o migrantes que viven en la ciudad; todo lo contrario, en *Herencia*, se muestra como un personaje que ha sido incorporado a la dinámica de la ciudad (a diferencia del diputado serrano, padrastro de Manuel quien fue el primer amor de Margarita) aunque viva en constante miseria. Su inclusión se traduce en los términos de la abyección: atrae el deseo, pero representa el camino de la enfermedad y de la inmundicia.

2.1.3 El médico, el instrumento de la higiene

En el siglo XIX, en un ambiente donde las órdenes religiosas dirigían el destino de los enfermos sin la intención de curar sino de perdonar los pecados y preparar el alma para la muerte, se masifica el cólera y resurge la fiebre amarilla, lo que posibilita retomar varios de los debates higienistas europeos: los contagionistas frente a los anti- contagionistas. Los primeros aseveraban que el contagio era de un sujeto a otro, tan solo bastaba compartir espacio, alimento o ropa, de allí que se sugirió aislar a los enfermos de los sanos mediante cuarentenas. “Los anti- contagionistas, en cambio, pensaban que las enfermedades y epidemias aparecían de forma espontánea en el país, dadas las inadecuadas condiciones ambientales del mismo” (Lossio 2003: 58), por lo que perseguían la supresión de focos infecciosos en el ambiente y no creían que los enseres de un enfermo pudiesen albergar bacterias. Empero, las teorías no se oponían sino se complementaban: los sujetos enfermos portaban

algún estigma sobre ellos, ya sea taras morales o hereditarias, que los volvían propensos a enfermarse en un ambiente infeccioso como el limeño.

Precisamente, ante la amenaza de la fiebre amarilla, en 1854, la Junta Suprema de Sanidad se reuniría para publicar una serie de informes que permitan evitar la propagación de la peste: desde limpieza de muladares hasta mantenimiento de las acequias que cruzaban la ciudad; empero, las sugerencias no fueron acatadas y la muerte se instauró en Lima. Después de la guerra con Chile, el país queda devastado y la mirada se vuelca sobre los habitantes que viven entre la inmundicia y la cobardía: “Era un país con sus fronteras violadas, como el cuerpo de una mujer sometida a la violencia masculina, a la violencia del fuerte, del apto, del vigoroso. Un país lleno de enfermos, de débiles de cuerpo y alma” (Mannarelli 1999b: 352). Para Carlota Casalino, el cuerpo adquiere un rol primordial porque será objeto de constantes discusiones y cambios provenientes de los discursos del poder, desde las formas de sensibilización hasta los modos en que los sujetos interactúan: “(...) el cuerpo es una metáfora recurrente del mundo social” (1999: 350) y, de esa forma, la putrefacción del cuerpo social- el país en debacle- se inscribe en el físico de sus habitantes.

En este escenario, La Beneficencia de Lima, fundada en 1825, asumió el manejo de los hospitales e instauró una serie de cambios insuflada por el espíritu higienista, por lo que se abrieron ventanas, renovaron viejos catres y un sistema de monitoreo de parte de los médicos. Empero, los hospitales no se darían abasto y se mantendrá la imagen de que eran puntos activos de infección; a esto se adicionaba la persistencia de la teoría humoral seguida por la población impedía una adecuada higiene, en tanto que varios concebían que

podían enfermar más rápido si alteraban el equilibrio de los cuatro humores (sangre, bilis, flema y flema) mediante el acto de bañarse. Entonces, el médico adquiere un rol en la construcción del país en ruinas que buscará luchar contra las creencias de los habitantes y ser parte del cambio social, puesto que la mayoría de doctores pasarán a ostentar puestos burocráticos para revisar las condiciones en las que vive la inmensa mayoría. Así, se desplazan a las obstetras⁵⁹ por médicos varones que trazan un doble recorrido: en el primero los médicos salen del ámbito académico y hospitalario para dirimir cuestiones relacionadas directamente a la urbe (manejo de alcantarillas, edificación de hospitales, entre otros) y el segundo recorrido consiste en el retorno al espacio privado de la gente común. Específicamente, este último punto permitirá que el doctor fije su atención en los muladares, los callejones, los pilones compartidos y el cuerpo, aunque no todas las corporalidades sino, ante todo, la femenina como receptáculo del futuro nacional y espacio que necesita higienizarse-controlarse:

La domesticación de la población pasaba, entre otras cosas, por la consolidación del matrimonio y de la vida conyugal (...) La salud de las mujeres y sus posibilidades de unión y reproducción estaban normadas, pues, por los criterios de la ciencia, que centraba su mirada en los vientres de las mujeres en tanto que anidarían a quienes podrían “mejorar la raza”, factor fundamental para alcanzar la civilización (Mannarelli 1999b: 355)

Los médicos ocuparon, de ese modo, el cargo que antes le competía a la Iglesia, pero a la moralidad le adicionaron lo físico: un cuerpo saludable

⁵⁹ La fundación de la Maternidad de Lima fue en 1826 y el puesto de directora inicial recayó en la francesa Benita Paulina Cadeau de Fessel, “(...) formada en la Escuela Nacional de Partos de París” (Casalino 1999: 238), quien emprenderá una batalla contra las parteras o empíricas que se desempeñaban en Lima. En una primera etapa, serían obstetras quienes se desempeñarían como las llamadas a atender los alumbramientos, pero estas, después del encuentro bélico con Chile y la fundación de la Cátedra de Ginecología en San Marcos a fines del XIX, serían reemplazadas por médicos varones.

reflejaba un alto grado de valores y sancionaron los matrimonios por conveniencia porque estos violaban los ideales del matrimonio; no obstante, su intromisión en la casa se vio detenida por el honor familiar y el pudor femenino. Atendieron más a mujeres subalternas porque ellas iban al hospital con mayor frecuencia, pero existió un juicio negativo general en torno a las féminas porque, así fuesen de diferentes estratos sociales, “ignoraban las más elementales nociones de la herencia patológica, y casi pasaban por alto las reglas básicas de la higiene, la que debía uniformizar la conducta de los individuos” (Mannarelli 1999b: 1357). A pesar de que el médico sería el nuevo sujeto que interviene en la sociedad, su rol no es tan activo como se ha estipulado: varios aspirantes a médicos, catedráticos y profesionales se quejarán de que los aparatos de poder y el gentío no reconocen el valor de sus actividades.

Lo previamente señalado se refleja en el discurso del doctor Miguel D. Morante, quien leyó un documento en el marco de una reunión organizada por la Sociedad Médica Fernandina en honor a Daniel Alcides Carrión durante 1899. La exposición es una condena para hablar sobre la falta del respeto a la ley moral que compone el ejercicio médico y que ha corroído las bases de la profesión; en el lenguaje empleado, destaca la existencia de términos que se entroncan con la putrefacción del cuerpo: “Es para procurar conseguir este resultado que voy á [sic] descender á [sic] terrenos infectos, imitando al fisiologista, que deriva las leyes de la vida, destrozando y ensuciándose las manos con los despojos de la muerte” (374) porque- pese a lo destacado de la profesión en el Perú y la existencia de mártires como Daniel Alcides Carrión- no

existe moralidad profesional en tres esferas: poderes públicos, opinión pública y cuerpo médico en general⁶⁰.

Las tres esferas se han separado y provocado que la sociedad no marche acorde al llamado de la salud; para fines de exposición, Morante divide su investigación en tres apartados que buscan trazar relaciones. En el primer apartado titulado “El médico ante el Estado”, se enfatiza que el ejercicio médico demanda unos veinte años de preparación en la vida de una persona (doce de educación regular, uno de ingreso y preparación general, y siete de especialización como doctor), durante los cuales el estudiante- con excepción de pocos casos de empleo mal pagado- no puede mantenerse por sí mismo y gasta, entre papeles y material necesario para su carrera, alrededor de 10 mil soles. Ese gasto debería ser, en cierta medida, retribuido porque el Estado garantiza el ejercicio exclusivo de la medicina a los profesionales según el 23 artículo de la Constitución; empero, este contrato no se cumple porque se permite lo siguiente:

(...) el ejercicio ilegal del arte de curar y es para reclamar de esta práctica viciosa, exigiendo [sic] el cumplimiento de ese contrato, que voy á [sic] presentaros los siguientes vicios (...) Los chinos y los boticarios, las profesoras de partos y los brujos, ejercen estas facultades públicamente y en grande, con

⁶⁰ De hecho, cuatro años antes, el equipo redactor de La Crónica Médica señala que la Junta Suprema de Sanidad presentó al “(...) Perú como un país retrógado, imponiendo la más rigurosa, perjudicial e ineficaz medida sanitaria; se nos ha expuesto á [sic] muy merecidas censuras; se nos ha hecho aparecer como ignorantes de los adelantos de la higiene internacional; y hasta se nos ha puesto en contradicción con las declaraciones hechas en el Congreso Sanitario Americano de Lima, en las que está consignada la palabra oficial del Perú en esta materia” (1894: 129); si bien es cierto que la junta buscaba analizar los casos de fiebre amarilla evidenciados en países como Guayaquil y Paita, ellos no blandían el argumento de cuarentena- como en el caso peruano- sino de medidas sanitarias. Para la redacción del diario, esto surgía porque los miembros peruanos de la Junta no eran, en su mayoría, médicos; inclusive, se muestra la gravedad de que “(...) no se han elevado à tratados internacionales los acuerdos del Congreso Sanitario Americano de Lima” (1894: 130) ; en otras palabras, los médicos reiteraban que el Estado no mostraba intenciones reales de optimizar la salud ni estar a la par de sus iguales latinoamericanos: los doctores reconocen al país como retrasado en materia de salud.

grave perjuicio de nuestros intereses materiales y científicos, restringiendo el campo de nuestras acciones profesionales (Morante 1899: 377- 378)

En tal manera, los periódicos proliferan de anuncios donde se comenta que un chino pudo curar en un día lo que un médico profesional no ha sido capaz a través de años (Morante 1899: 378- 379, anexos 2 y 3), esto con perjuicio de modular la opinión de la masa como desconfiada de los doctores y que, a su vez, evidencia que la autoridad competente no interviene ni cumple lo establecido constitucionalmente. En el descargo de Morante, se aprecia un tufillo que reclama el respeto de su posición por el conocimiento adquirido y la correspondiente certificación, el problema no es solo que el vulgo pueda creer tales aserciones, sino que hasta vecinos de mediana reputación participan de tales testimonios. Se plantea las siguientes preguntas:

¿Puede nadie, que juzgue con criterio científico, creer en semejantes curaciones? ¿Puede concebirse que un individuo que pasa su vida encerrado entre los estantes de sus pestíferas plantas y adormecido por el ópio [sic], sea capaz de enmendarle la plana á [sic] los que dedican su vida entera á [sic] la observación y al estudio? ¿Crear esto, equivale á [sic] creer que es más competente para dirigir un navío, cualquier aficionado, que el capitán que ha crecido en el mar, teniendo por cuna las olas y por arrullo las tempestades (1899: 379)

La creencia en lo que hemos denominado como “los chinos milagrosos”, extranjeros que sostienen que pueden curar toda clase de enfermedad (Morante 1899: 379, anexo 3), se da porque las familias que alaban el trabajo de estos juzgan erróneamente los males: los padecimientos cíclicos, como la fiebre tifoidea, poseen un período determinado de incubación; en dicha etapa, el doctor atiende al enfermo, pero la familia juzga el trabajo de forma equívoca porque no ven signos de mejoría inmediatos⁶¹. El problema estriba en que la

⁶¹ La convicción de que la gente suele confiar en charlatanes no es asunción exclusiva del Perú; ya en la sección “Variedades” de *La Crónica Médica* se había rescatado un extracto del

fiebre es una manifestación sujeta y normal a cierto número de días y, usualmente, la familia despide al médico tres o dos días antes de la remisión de la enfermedad, con el fin de contratar a un chino que termina “curando” lo que el instruido no pudo: en palabras del expositor, el crédito del atento trabajo médico se ve arrebatado por el chino.

Los boticarios también forman parte de los parásitos del médico: la población menesterosa acude y este solo otorga paliativos, no le interesa conocer la causa del malestar, de allí que se les acuse, como a los otros, de “(...) ejercicio ilegal de profesión y de lesa humanidad” (Morante 1899: 380). Son numerosos los boticarios que administran píldoras de opio o calmantes para padecimientos como la *tabes dorsalis* e ignoran que el origen real es la sífilis: “(...) ataxia locomotriz confirmada, con su incoordinación de los movimientos y demás signos que hacen de esta mielitis crónica una de las más espantosas” (Morante 1899: 380). Es decir, los boticarios inhiben los malestares iniciales que alarman sobre la existencia de una grave enfermedad y terminan siendo responsables de que el tratamiento sea mucho más complejo o, en el peor de los casos, el paciente muera. Tal es la situación de varias mujeres que terminan falleciendo porque aseveran “(...) ‘me lavaba con una agüita que me recetó el boticario’ Y [en palabras del doctor] á [sic] despecho de esa agüita, el cáncer avanzó, hasta perforar el tabique recto vaginal, haciendo imposible toda intervención” (Morante 1899: 381). A este grupo se suma el de

galeno Félix Regnault en *Le correspondant medicale*, donde el francés se quejaba de “(...) la bestialidad humana” (1899: 419) porque muchos clientes preferían a sujetos de palabras tentadoras y acaban gastando ingentes cantidades de dinero, inclusive cuando se negaban a pagar lo mínimo al doctor. Si bien es cierto que la situación es semejante, Regnault denuncia la existencia de una industria que se precia de especializada: médicos de poca monta que prometen curar enfermedades venéreas de todo tipo, institutos que otorgan certificados falsos y periódicos que anuncian remedios increíbles, mientras que en Perú, la lucha es contra charlatanes que ni siquiera pretenden emular un grado mínimo de científicidad.

las parteras que recomiendan ergotina⁶² para facilitar las contracciones, con lo que complican el cuadro de la parturienta.

Lo anterior, aunado a la falta de una política de sanción estatal, dificulta la labor del doctor, quien termina abocándose a tratar al enfermo cuando ya el caso está casi perdido. En sintonía con el reclamo, los médicos graduados de países como Ecuador, Bolivia y España pueden desempeñarse en el Perú, con lo que obstaculizan el desarrollo profesional de un galeno peruano y limitan su campo de desempeño; compara el caso peruano con el francés, dado que en el segundo ningún médico extranjero puede ejercer su labor, así sea para atender a su compatriota. Finalmente, crítica al Congreso que no atiende las demandas de salud y que ha expedido una autorización para que los médicos homeópatas ejerzan libremente cuando no existe ninguna facultad que los avale.

“El médico ante la sociedad”, apartado segundo, constituye el recordatorio de que los médicos son quienes más estudian y aman la verdad, aunque existen sujetos que, a costa de la ignorancia de los demás, persiguen la avaricia y la impericia: “arrastran la dignidad profesional por el fango de la calle, para arrojarla después, hecha jirones, en los albañales públicos” (Morante 1899: 386). No obstante, la propia opinión pública sanciona a tales tipos. La gran diferencia entre lo anterior es que, antes de identificarse actores específicos, se detectan opiniones generalizadas: el médico como un sujeto

⁶² La ergotina es una sustancia oitócica proveniente del hongo cornezuelo de Centeno que facilita las contracciones: “La respuesta característica de ergotina se puede observar mejor en el periodo inmediato del post partum. Diez o quince minutos después de haber sido administrado por la vía oral, el útero presenta un aumento en su actividad. Las contracciones uterinas normales aumentan en ritmo e intensidad. La musculatura del útero desarrolla considerable tonicidad, así el órgano no se relaja completamente entre contracciones. Este aumento muscular puede persistir hasta por una hora, pero el ritmo e intensidad de las contracciones continúan por una y hasta horas después de que la tetanización del útero ha subseguido. El aumento de ritmo y vigor de las contracciones y la tetanización son características deseables durante el puerperio, porque provocan una involución del útero más rápida como también el control de la hemorragia del post partum” (Zuñiga 1944: 509)

que solo memoriza medicamentos y enfermedad, con lo que se ignora que la medicina "(...) es la gran ciencia del siglo XIX, la que ha revolucionado todas las legislaciones (...) que ha elevado a la mujer al rango social que disfruta en las modernas civilizaciones" (1899: 387): se le sacó del campo asignado en la Biblia y se le otorgó humanidad porque ahora se goza de mayor movilidad social. El discurso insta al médico como un sacerdote que transita entre los cuerpos infectos de los enfermos y las camas donde los atiende: el culto a la Medicina merece el reconocimiento o, como mínimo, el respeto a la profesión. Morante parte del reconocimiento de la importancia del doctor en el proceso de configuración del país: sacerdote de la higiene, responsable de mantener la salud y promotor de una mejor posición femenina; empero- su testimonio- no representa un caso aislado porque este galeno representa a los estudiantes y egresados de San Marcos en su alegato contra las autoridades y la sociedad: el esfuerzo del higienista no se reviste de valoración pecuniaria ni simbólica.

En consonancia con el problemático lugar del especialista médico en relación a la deficiencia del ejercicio estatal como ente vigilante, el incremento del índice de mortandad en Lima (un 42 por 1000 al año) instala, según el doctor Enrique León, la necesidad de que el orden de la ciudad se acondicione a los preceptos establecidos por la ciencia y refiere cómo es que recién el Concejo Provincial ha decidido enfrentar el problema:

Se escuchó con natural terror la alarmante noticia y luego, inmediatamente, se propuso mil medidas que se juzgaba radicales por la premura que se ofrecía gastar en su realización: canalización de la ciudad, primero, á [sic] toda prisa; exceso de dotación de agua á [sic] la laguna de la Exposición, tan exageradamente inculpada; destrucción de muladares, medida, por cierto muy poco extraordinaria; y otras más, saludables sin duda, pero que no correspondían científicamente á [sic] la extraordinaria situación morbosa que se denunciaba (1899: 115)

El problema es que estas medidas higienistas de emergencia solo se daban al momento del escándalo (la prensa denunció las cifras que existían sobre la mortandad), ninguna poseía un estudio demográfico detenido ni que identifique el porqué del malestar. El doctor indica que ellos no poseen la implementación necesaria para conocer el motivo, aunque sí pueden referir que 4205 de los 100 000 habitantes han fenecido y que es necesario comprender las circunstancias tras los decesos (la raza, la edad, la nación, los cuarteles, entre otros); también, afirma que el paludismo y la tuberculosis no son los únicos males, pues el número de niños fallecidos se ha incrementado por causa de las epidemias. En atención a lo último, el galeno syndica que las condiciones poco higiénicas de la capital no han cedido al impulso modernista científico, sino, más bien, han aumentado las costumbres perniciosas, por ejemplo:

En nuestro concepto una de las causas principales que sostienen la cifra excesiva de fallecimientos en Lima, es el desconocimiento completo, que existe en todas las esferas sociales, de las más elementales nociones de higiene. El amamantamiento materno se emplea en poquísimos casos, y la lactancia artificial que es el procedimiento de alimentación en los niños de Lima, no se instituye oyendo los consejos de la Ciencia, sino al capricho de cada uno (León 1899: 116- 117)

Sobre todo en los niños, el riesgo aumenta porque son alimentados de forma prematura y, si sus padres son tuberculosos, fallecen rápidamente por desarrollar enteritis y, además, muchos son ilegítimos pertenecientes a las clases sociales más bajas, de modo que la madre- en la desesperación de mantener la prole- recurre a actividades riesgosas. Resulta interesante que no se aluda directamente a la prostitución, pero sí se sugiera que estas suelen ser madres de familia desesperadas para alimentar a sus hijos. En este punto, nos es pertinente recurrir al ejemplo de *Blanca Sol* de Mercedes Cabello de

Carbonera, novela de 1888, donde la protagonista experimenta una pérdida tras otra: su marido Serafín se llena de deudas y acaban en la miseria, este enloquece y cree que ella lo engaña, y ella acaba siendo rechazada por el hombre que amaba (Alcides); ya sin sirvientes, al cuidado de sus hijos, con una única sirvienta, cargada de deudas, sin sombra del boato de su vida anterior y recluida en una quinta, se nos menciona:

Algunas veces pensando en el porvenir de sus hijas, se sentía con fuerza, con gran valor, para arrostrar las penalidades de la miseria, y volver a la senda del deber, del bien, para poder llegar a llamarse mujer virtuosa. Pero luego, aquella risa llena de hiel y despecho, asomaba a sus labios, y concluía por prorrumper en una risotada diciendo: -¡Me había olvidado que la virtud no es un potaje que puedo poner a la mesa para que coman mis hijos! (Lima: 1889)

La protagonista acaba convirtiéndose en prostituta porque la oprime la más absoluta miseria: Faustina, la última empleada que permanece por fidelidad, no puede seguir fiándose y la propia Blanca Sol es consciente que ya no habrá manera de alimentar a sus seis hijos. Esta visión concuerda con la persecución de una educación moral de la sociedad en general, la cual se hallará, por supuesto, en manos del médico, el mismo que sancionaba el matrimonio por conveniencia y criticaba la excesiva fecundidad de las limeñas.

León cita a Leónidas Avendaño para retomar su discurso:

Difundir todo lo que sea posible la higiene de la infancia; prohibir los matrimonios entre tuberculosos; y hacer que nuestro pueblo reciba educación moral, son las medidas más urgentes de Lima; siendo esta cuestión que debe preocupar, no solo á [sic] médicos, sino á [sic] todos los que se interesen por el progreso y engrandecimiento de nuestro pueblo (1899: 117)

También el alcoholismo, aunque la familia se muestre renuente a aceptarlo, es una causa de mortandad porque facilita el ingreso de la tuberculosis en el cuerpo. Inclusive, muchos cadáveres portan una papeleta que indica, de modo ilícito y sin ningún examen médico autorizado, las

supuestas causas de la defunción: la profesión médica no recibe la atención que merece en un espacio donde campean la miseria y la ignorancia, esto produce que la gente confíe en curanderos o falsos doctores que expiden tales papeletas y estas son admitidas por los aparatos del Estado. La nota del doctor León no ofrece soluciones directas, pero sí evidencia el estado de desidia general del Gobierno en cuanto a la salud, pues no solo se manejan políticas públicas que prevengan brotes de epidemia, sino, a su vez, el propio municipio ha prohibido la revisión de libros estadísticos a los miembros de La Crónica Médica que se hayan interesado en denunciar la mortalidad y suciedad de la ciudad.

Ese mismo año, en la “Sección oficial” de La Crónica Médica se incluye una carta dirigida al alcalde de Lima y que lleva por título “Higiene de Lima. Proyecto de creación de cinco plazas de médicos sanitarios para la ciudad de Lima” redactado por el doctor Juan. E. Corpancho, Inspector de Higiene, quien instala el pedido de incluir a la plana médica en las escuelas porque los docentes carecen de conocimiento especializado en cuestiones de higiene: enseñar no solo es a nivel moral e intelectual sino, también, físico. Esto se reviste de gravedad, ya que los niños ingresan en una edad- cinco años, aproximadamente- donde están en vías de desarrollo y es más fácil que puedan adquirir diversos males:

(...) se les ve pasar largas horas en locales sin las condiciones higiénicas necesarias, respirando una atmósfera viciada, cuyas consecuencias son bien conocidas; se les obliga á [sic] permanecer inmóviles, impidiendo así el desarrollo físico que á [sic] su vez favorece el feminismo; ó [sic] al contrario, se les permite juegos que demanda ejercicio inmoderado ó [sic] esfuerzos violentos (133)

A la larga jornada estudiantil, se suma un ejercicio mental agotador. Inclusive, el espacio puede ser asidero de males (los mobiliarios con bacilos de tisis, por ejemplo) y la interacción facilita el contagio de enfermedades. La detección del espacio de la escuela como un caldo de cultivo de enfermedades corresponde a un impulso trazado a nivel latinoamericano⁶³ y europeo que posiciona al médico como el que salvaguardará el desarrollo nacional, por ende, Corpancho sugiere “(...) el nombramiento de cinco médicos sanitarios” (1899: 135) a cargo de cuarteles distribuidos en Lima, los que realizarán actividades como atender gratuitamente a población de escasos recursos y constatar se cumplan prácticas higienistas en la escuela. El objetivo de Corpancho es con miras al futuro de la nación: se instauro el mandato de “(...) Reconstruir sobre la base de una generación raquítica, defectuosa y vacilante, una población sana, vigorosa y próspera” (1899: 135); a fines del XIX, existe una toma de conciencia de visión rigurosa, en la medida que se vislumbra el porvenir desde un lugar saturado de infección: los habitantes no son aptos para el devenir del país⁶⁴.

Poco más de veinte años después, los diputados doctores Daniel Alfaro y Carlos Enrique Paz Soldán solicitaron la creación de un Ministerio de Higiene, Beneficencia y Trabajo, labor que estaba desperdigada entre diversos

⁶³ La preponderancia de la higiene escolar como una forma de modelizar la ciudad moderna parte, a decir de Noguera, del temor de las élites burguesas a la potencialidad infecciosa que recae en el pueblo: urbanizarlo se traduce en desinfectarlo, de allí que la escuela sea el espacio donde la clase política inscribe un programa propio. En Colombia, de manera similar al resto de América, “(...) el saber médico, amparado en su estatus de saber científico, impuso nuevos referentes al saber pedagógico y a las prácticas escolares, constituyéndose en el saber que más influyó en la delimitación del campo de saber pedagógico a comienzos del siglo XX en el país” (Noguera 2002: 279)

⁶⁴ En similitud con Corpancho, el reclamo del doctor Enrique León García se concentra en que la escuela no es un espacio donde los niños aprendan cuestiones básicas de higiene ni se les educa en condiciones básicas de salubridad: la mirada condena que el futuro de la nación atravesase por un proceso paulatino de decadencia y se descuide la emergencia de “(...) una generación vigorosa que nos reemplace” (1899: 137).

ministerios, de ese modo se vigilaría "(...) a las administraciones sanitarias de las diversas comarcas de la República, a las Sociedades públicas de Beneficencia, a las organizaciones obreras y a las empresas encargadas de la construcción de las obras de saneamiento y resistencia" (Paz Soldán 1923: 4). Entre las funciones de este Ministerio se halla, como primer punto, "La profilaxis de las enfermedades transmisibles, endémicas o epidémicas" (Paz Soldán 23: 4). Adicionalmente, en el documento se precisa que existe un abandono de la prevención y cura de las enfermedades respecto a otros países, los mismos que, ya pasado el siglo XIX, iniciaron proyectos de saneamiento como Australia y Canadá. En torno al vínculo entre medicina y sociedad, se resalta que existe una condición de emergencia sanitaria a nivel nacional:

(...) lo más intenso que se ha intentado realizar es el contrato de saneamiento celebrado con la Foundation Company. Mas esto con ser ya algo, no es suficiente. Esta compañía extranjera [sic] sólo va a atender a las cuestiones relacionadas con el suministro de agua potable, de alcantarillados y de pavimentos de unas cuantas ciudades, obras que constituyen la base para todo el progreso higiénico, pero que no comprenden las encaminadas a la asistencia y prevención de las enfermedades infecto- contagiosas (Paz Soldán 1923: 10)

Un estado moderno es capaz de comprometerse con los menesterosos a través de la proporción de sanidad y con los sanos mediante la profilaxis; Paz Soldán coloca al Estado como un ente casi religioso llamado a atender la "(...) clamorosa solicitud que hacen las víctimas de tal desastre" (1923: 15), el desastre lo constituye el presente calamitoso de la sanidad durante la década del veinte; las urgencias se revisten de sombras del siglo anterior: no hay suficientes dotaciones de agua, las casas no son aireadas ni limpias y los hospitales no condensan la salud. A eso se añade que el presupuesto asignado

es exiguo porque se gasta menos del 10% de los ingresos del erario nacional, ello sin considerar que la totalidad del dinero no se distribuye adecuadamente:

¿Se emplean esos millones en asegurar efectivamente la salud y el vigor y por consiguiente la felicidad y la riqueza de los habitantes de la República, la salud sobre todo de esa raza enferma y triste que es nuestra única realidad pobladora en las cumbres y estepas andinas?” (Paz Soldán 1923: 15)

El reclamo traza un enlace entre el plano médico, económico y político porque, al no existir un Ministerio especializado, las actividades recaen en sujetos o empresas que malgastan el dinero o realizan sus tareas de forma deficiente; sin embargo, sí nos es útil aseverar que existe un gran cambio porque se reconoce que la Modernidad implica estándares mínimos de limpieza: espacios aireados, calles pulidas, viviendas pulcras, educación que optimice el desarrollo físico y el reconocimiento de los centros hospitalarios como importantes en la construcción del país. Ello se ejemplifica con el cuento “Misterio” de Lastenia Larriva, donde la voz enunciativa reconoce que conocer la ciudad se traduce en visitar el manicomio, el mismo que dirige su amigo alienista y está atendido por religiosas:

(...) el soberbio edificio que se alza cercado de rejas y rodeado de jardines. Abriéronse las puertas a la llegada del doctor y, tras los respetuosos saludos de las hermanas de la caridad, de los practicantes de medicina, y demás empleados (...) Sólo diré que reúne todas las condiciones higiénicas, todo el confort y todos los medios de distracción que exige la ciencia moderna para la curación o siquiera el alivio del mal más aflictivo (...) No hay nada allí de tétrico ni de medroso, todo en él es risueño (2019: 62)

Modernizar la ciudad es higienizar y esto no se sostiene sobre la base de obras monumentales o signos meramente tecnológicos (el cine, por ejemplo) sino del avance científico que haya experimentado el país. El discurso médico se ha instalado ya no solo en la necesidad de que existan jardines para purificar el aire o que se separe a los enfermos de los sanos (las rejas

evidencian el impedimento de que los vesánicos salgan a la calle), sino, también, en la modulación de las sensaciones: lo salubre garantiza tranquilidad.

El lugar que ocupa el médico, sin embargo, no se reviste de comodidad o garantía de que su juicio sea acatado: los médicos se quejan de las costumbres arraigadas en la población (desde la poca higiene en el uso del agua hasta la resistencia femenina de ser atendida en un parto), del carente apoyo estatal en la regulación y respeto de sus funciones (la usurpación de las actividades por parte de chinos milagrosos, parteras, boticarios, por ejemplo), y del escaso presupuesto que se asigna a la salubridad. A lo dicho, debemos adicionar que el ingreso del médico a la esfera privada para examinar las condiciones materiales de la casa será la apertura para la revisión del cuerpo: de repente, afloran las enfermedades privadas que son motivo de vergüenza; entre estas, destacamos la sífilis.

2.2 El aroma de la sífilis

La sífilis- a decir de Juan Carlos González Espitia- es la enfermedad más representativa de América Latina, tal como la tuberculosis en Europa, aunque parezca no ligarse a un tema tradicional del XIX, puesto que inserta el continuo debate acerca de su origen: ¿Fue transmitida por los conquistadores hispanos o fue una dádiva que los indígenas otorgaron a sus invasores? De hecho, Julio C. Tello- en su tesis *La antigüedad de la sífilis en el Perú*- sostiene que la sífilis existía desde mucho antes de la llegada de los conquistadores; inclusive, cuando Antonio Ricardi edita el Arte y vocabulario de la lengua general del Perú llamada quichua (1586) consigna el término *huannti* que se traduce como buuas (bubas), las cuales son pequeñas heridas que se originan

en la zona genital. El *Huanthi* consistía en una mal propiamente de la llama o alpaca, el cual era transmitido a los indígenas por el contacto sexual con las llamas y los auquénidos; esta asociación entre lo animal y la sífilis será recurrente a lo largo de la historia: los conquistadores mencionan que en la zona montañosa del Cusco existía un tipo de mono humanoide, con el que lo indios copulaban y hasta producían descendencia, dicho mono sería el responsable de transmitir la sífilis. También, en 1873, David Forbes publica, en la *Ethnological Society of London*, un estudio que señala a la alpaca como portadora de un mal semejante a la sífilis⁶⁵, el mismo que los indios tratan con tópicos mercuriales porque, de avanzar, conduce indefectiblemente a la muerte. En la visión de los cronistas o científicos sociales, el mal proviene por las relaciones bestiales que mantendrían los indígenas con los animales.⁶⁶

El discurso sobre la sífilis se erige como un ente regulador de la construcción de una nación limpia que impactará directamente en la vida de la mujer: sus tránsitos entre la esfera pública y la esfera privada: “Medical technology, official regulation, and literary production related to syphilis replicated the problems that resulted from the desire to attain the progress and modernity shining on the other side of the Atlantic” (2009: 247). La modernidad

⁶⁵ Julio C. Tello participará en una investigación donde se inocula la infección a llamas y alpacas, pero estas no presentan señales de la enfermedad, por lo que sostiene que esta es propiamente humana; más bien, su trabajo se abocará a rastrear la sífilis en la comunidad de Yauyos, en la que existían indios prehispánicos de un padecimiento venéreo.

⁶⁶ Este tipo de pensamiento se mantendrá hasta más allá de 1920, ello se demuestra con el cuento “La llama blanca” de Ventura García Calderón, donde un hacendado golpea a uno de sus sirvientes: “(...) el hacendado se lanzó furioso contra el indio para castigarlo ejemplarmente delante de todos los peones. Inclinado el cuerpo sobre el estribo derecho, azotaba al servidor encogido que, por tierra, hecho un ovillo, pedía al *taita* perdón a gritos. Pero don Vicente Cabral no quería ya tolerar estos amores escandalosos. ¿No había acaso mujeres en la hacienda? Si otra vez lo pescaba entre las llamas (...) Además era preciso enseñar a los indios que las llamas no son mujeres ni pueden ser amadas como tales” (2011: 529)

latinoamericana se construye sobre la base de la trinidad profana: el comercio, la sexualidad y la enfermedad.

Como se señaló, la sífilis ya existía desde la Colonia, por lo que las emergentes repúblicas latinoamericanas continuaron con los modos de tratamiento virreinales: la sífilis como un mal privado, de tratamiento particular y que- para los hombres- representas las heridas del amor. Cabe resaltar que el uso del mercurio era bastante rudimentario porque no existía una diferenciación entre la sífilis y la gonorrea, además que se aplicaba mercurio en formas distintas (desde cremas hasta infusiones) y ello devenía en la pérdida del pelo, los dientes, problemas digestivos y la muerte. Por ende, durante la primera mitad del siglo XIX, la sífilis se circunscribe a la esfera de lo privado y da cuenta de una mayor movilidad masculina y no se reviste de consecuencias sociales sancionables.

Empero, una mujer sifilítica sí era aislada del espacio social porque el mal era indicador de una conducta negativa que evidenciaba la salida del espacio privado: solo las prostitutas poseían tal movilidad; “But not all women could be overtly blamed, for the overwhelming majority were fulfilling the obedient, homely, weak, and passive roles that had been assigned to them. The obvious group to be blamed was, of course, one in the margins of society: prostitutes” (2009: 250). Por ejemplo, González retrata cómo el poeta colombiano José Asunción Silva, en “Enfermedades de la niñez”, enlaza la iniciación sexual del varón con la prostitución, esta última será el germen de la enfermedad con la consiguiente desarticulación de la sociedad; de manera semejante, la prostituta se conecta a la ciudad y la inmoralidad frente a la esposa casta y a la escena rural: la ciudad es pútrida.

Luego de haberse descubierto que era hereditaria, la visión cambiará: la enfermedad atenta directamente contra el futuro de la nación, su efecto es peor que el de otras porque acecha entre las sombras, ya no será solo un padecimiento anclado a un grupo en específico. Asimismo, se reiterará la dependencia con Europa porque los remedios y los tratamientos son traídos por estudiantes que viajan al viejo continente para instruirse en el conocimiento médico o que traducen investigaciones francesas o inglesas acerca del llamado flagelo de la humanidad. En América Latina, los documentos ubican a los sífilíticos como echados a perder o averiados, concepción que proviene de Francia; verbigracia, por el influjo europeo, Buenos Aires o México se basarán en la legislación francesa y realizarán revisiones periódicas a las prostitutas: “(...) as in Colombia, where authorities- not content with the weak action of assigning part of the city to commercial prostitution- radicalized the scheme of containment by placing prostitutes in a penitentiary in colony in Medellín and sending them to populate an experimental settlement far removed from Bogotá” (González 2009: 253). Se genera, así, una continuidad legal e higienista que proviene de Europa e instala al médico como garante de la construcción del progreso, por lo que estos reflexionarán sobre la enfermedad y los mejores modos de curación en el transcurso del siglo XIX.

Precisamente, antes del descubrimiento de la penicilina y el Salvarsán, el mercurio fue el elemento predilecto para combatir la sífilis, el problema es que sus efectos secundarios eran rechazados por la sociedad, por lo que surgieron otros paliativos que se difundirían en el medio predilecto de la época, el periódico: “The medium of choice for placing ads was newspapers, which acted as true mouthpieces of the nation, and of the nation in comparison with

the world” (González 2009: 255). Por ejemplo, en 1851, *El Universal* ofrecía un licor antisifilítico del Dr. Peters; dicho anuncio destaca una medicina foránea producto de una continua experimentación en países industrializados (Francia y Estados Unidos) y que curaba los signos de la sífilis (desde las placas mucosas hasta la hinchazón de huesos). Para González, el discurso de la modernidad se gesta sobre la base del mundo como un espacio pequeño compartido, pero- en el caso de América Latina- el saber se autoriza mediante la apelación a lo foráneo y científico. Posteriormente, los anuncios se volverían más pequeños y continuamente se destacaría el nombre foráneo de la medicina: se plasma, en 1885, en el *Diario del hogar* mexicano, la Zarzaparrilla de Bristol, un supuesto compuesto vegetal, como un purificador de la sangre, con lo que se instalaba la necesidad de limpiar o descontaminar el líquido vital para asegurar una vida saludable.

Después, ya no solo serían compuestos sino también la promoción de prácticas como la hidroterapia o los baños de sol, puesto que estos permitían eliminar los restos negativos del cuerpo; además, hacia fines del XIX, la enfermedad dejaría de ser privada y secreta para revestirse de importancia nacional: se descubrió que era hereditaria.

El recorrido que establece González Espitia es semejante el del Perú: no solo existen anuncios publicitarios, sino que se desarrolla- antes de la irrupción de la arsfenamina en 1910- un discurso higienista desde la mirada extranjera y, posteriormente, con la inauguración de la cátedra de Ginecología en la Facultad de Medicina de la UNMSM y el descubrimiento del Salvarsan- el interés se vuelva hacia la escena local. Acorde a ello, desarrollaremos la concepción de la

sífilis en entresiglos: la postura extranjerizante en torno al vínculo cuerpo-enfermedad, la locura y la imagen que se gesta acerca del papel de la mujer.

2.2.1 La sífilis a fines del siglo XIX: cuerpo y locura

En Lima, la investigación sobre la sífilis se reviste, desde 1880 hasta inicios del XX, de un halo de misterio: no se evidencian alusiones a casos peruanos explícitos en revistas especializadas como *La Crónica Médica* o *El Monitor Médico*; empero, ello no se traduce en la omisión del tema porque existen notas o recortes que dan cuenta de un activo intercambio de conocimiento, donde los extractos recuperan el tratamiento para los sifilíticos, modos de encontrar alguna cura o la asociación con la locura y la incidencia del mal en el cuerpo.

Acerca del tratamiento, existía un campo común de experiencias en torno al tratamiento de la sífilis; por ejemplo, Carral, aspirante a Bachiller de Medicina, señalaba “No me he preocupado mucho de hacer las anteriores historias con todos los requisitos que de ordinario se exigen [*sic*] y solo presento cuatro por que [*sic*] nada avanzaría con llenar veinte pliegos de papel para presentar casos que todos vemos en la práctica diaria” (1897: 20- 21). Exactamente, la ausencia de artículos peruanos en las revistas médica es desplazada frente a la experiencia diaria: todos saben qué es la sífilis y cuál ha sido el avance en el modo de sanación; a modo de ejemplo, Carral menciona que las inyecciones hipodérmicas de mercurio recién se aplicaron en 1864, pues antes se solían usar cremas.

En el abordaje extranjero, el interno Klin Rundschau utiliza el trabajo de M. Tommasoli, quien ha decidido aplicar inyecciones de suero sanguíneo de

animales que muestran refracción a la sífilis: las dosis fueron aplicadas en el glúteo y comprendieron seis inyecciones, aunque una prostituta con “(...) pápulas ulceradas y vegetantes alrededor del ano” (1893: 329) recibió trece aplicaciones; su experimento derivó en un éxito pleno porque los enfermos se curaron en un plazo menor al de un mes y los signos no volvieron a manifestarse. Todavía no se poseían certezas acerca de cuánto debía inyectarse a los pacientes con cuerpos llenos de pápulas; la nota nos devela un afán continuo de búsqueda por una curación que sea efectiva y rápida: se ve en qué zona inyectar y mediante dosis variadas⁶⁷. Estas continuas pruebas en el cuerpo mismo de los pacientes no son eventos aislados; una nota tomada del *Giornale italiano delle malattie venerie e della pelle*, nos describe el caso del doctor Celso Pellizari, el mismo que “Ha inyectado á [sic] sujetos sospechosos de llevar la infección sifilítica, pero sin una seguridad absoluta, primero suero procedente de sifilíticos en períodos terciarios, después de los del período de transición, para terminar inyectando suero de sifilíticos infectados recientemente” (1893: 330). Aplicó doscientas inyecciones y se percató de que en los sujetos infestados de sífilis se ralentizaba el proceso de corrupción del cuerpo, aunque destaca que ello estaba en experimentación. Ambos casos revelan el creciente interés por hallar una cura para este mal, sobre todo en espacio extranjero donde la enfermedad se había propagado rápidamente.

⁶⁷ El doctor Baccelli, en *La Crónica Médica*, precisa que se decide experimentar con nuevas formas para tratar la sífilis cerebral, pues esta no cede ante el tratamiento con mercurio: se aplica por inyección en la vena, pero se debe tener sumo cuidado con la sublimación acuosa (evitar contaminación o burbujas de aire); tal nota es parte de una reproducción del extranjero y ratifica la noción de un campo común en torno a la sífilis: cómo vulnera el cuerpo y consejos para su erradicación, hecho que aún no se conocía.

Adicionalmente, en el apartado de “Miscelánea”, dentro de *La Crónica Médica*, se presenta, a modo de ejemplo, el caso de una mujer sifilítica terciaria a la que se le aplicó el tratamiento yodurado, el cual generó una “(...) epistaxis intensa que ha cedido de una manera subita [sic], teatral, si se puede decir, así á [sic] la aplicación en el recto de un trocito de hielo” (1899: 31). La situación revela el progresivo afán de experimentación de los médicos, los cuales pese al llamado científicista que propugnaba el uso del mercurio, seguían valiéndose de métodos tradicionales y anclados en el saber popular (el hielo o la nieve detienen una hemorragia de la sifilítica).

El régimen que decía seguirse si tenía sífilis no se evidencia, como hemos afirmado, en las revistas médicas, pero sí hay pequeñas notas que fungen como patrones a seguir: en *El Monitor Médico* de 1896 se inserta un apartado nominalizado “Inyecciones antisifilíticas” que consiste en una paráfrasis de lo dicho por el profesor Stoukovenkoff (1896: 50, ver anexo 6), quien prescribe la dosis y los cuidados con los que se debe aplicar el mercurio al sifilítico, el mismo que puede ser inoculado hasta cuarenta veces diarias. Detectamos que la lógica argumentativa se sostiene sobre la base del apellido extranjero, basta ello para certificar que un médico peruano puede ensayar el mismo procedimiento con su paciente; finalmente, se remata con la fuente de donde se tomó el consejo *Revue de Bibliogr. Intern.* El saber de la ciencia peruana requiere de un aval extranjero, no solo para el público en general sino, de manera enfática, con dirección hacia los médicos, los llamados a ordenar la patria.

La propaganda replica el modelo: en *El Perú Ilustrado* de 1888 se inserta un anuncio que descuella por la mayor tipografía “Zarzaparrilla de Bristol” (ver

anexo 4), un “remedio infalible” (1888: 5) que se precia de aliviar todo tipo de malestar, además se construye como un fármaco familiar que limpiará toda mácula de la sangre y del cuerpo (por ejemplo, reumatismo y sífilis). Al carácter foráneo se le añade el tono familiar con que el aviso se muestra: no hay apelaciones a laboratorios, médicos o académicos, al tónico le basta con imprimir un aura de lejanía para con los potenciales compradores. Esto quizá se deba a que el semanario busca un público amplio, por lo que dotar a la imagen de referencias eminentemente médicas no es urgente.

En cambio, en *La Crónica Médica*, edición 423 del año XXIII, se consigna un anuncio (1906, ver anexo 5) con la palabra sífilis repetida cuatro veces en diversas tipografías; otra vez, el tratamiento hipodérmico es reconocido en tanto sea originario de Francia (Sceaux Seine) y promovido por J. Mousnier. No existen conceptualizaciones que mencionen la duración o efectividad de las inyecciones, tampoco los modos de aplicación o si es necesario acatar otras indicaciones, dado que se hace hincapié en palabras clave, tales como sífilis, mercurio, cianuro, entre otros. Los médicos podrán adquirir estos insumos porque previamente han sido testeados por Roussel y son recomendados por un extranjero. En este énfasis en la enfermedad, tanto en los diarios especializados de médicos como en los direccionados a la ciudadanía, se vislumbra un paradigma extranjero que puede determinar qué remedio es mejor, cómo se debe tratar al enfermo y los tipos de dosis.

Sobre las tesis, estas muestran casos locales y evidencian la necesidad de detectar cuánto puede calar la sífilis en el ser humano. Así, Hilario Tudela, aspirante a Bachiller de Medicina, manifiesta que realiza su internado en el Hospicio de Insanos, donde analizó el efecto de la sífilis en el cerebro del ser

humano, lo cual abarca “(...) cefalea, los vértigos, los ataques epilépticos y las perturbaciones mentales” (1882: 6) porque el eminente médico Alfred Jean Fournier señala- en 1879- que este mal sí desencadena la locura; curiosamente, cuando se da a nivel cerebral, los estigmas no son visibles y se cree que será de carácter benigno, empero se da lo siguiente:

Los efectos que la sífilis pueden causar en los aparatos y fenómenos de la inervación, son tan comunes y graves, que era difícil hubiesen escapado á [sic] la observación de los grandes médicos, que desde el origen del mal se consagraron al estudio de sus funestísimas manifestaciones. Así es como desde el siglo XVI, se encuentran observaciones relativas á [sic] estas manifestaciones, á [sic] las que se encuentran unidos los nombres de Paracelso, de Ulrich, de Hunter (1882: 6).

Existe un debate entre los médicos de la primera mitad del XIX acerca de si la sífilis es capaz o no de desencadenar la locura, de allí que se presenten médicos como Lásegue, quien solo posiciona la sífilis como una posible enfermedad que afecte el sistema nervioso. No obstante, a partir del `60, varios especialistas repararán que rastros de la enfermedad aparecen en los cerebro: “En 1867 el Dr. Alberto Bonn (...) hizo conocer por una serie de largas observaciones un gran número de perturbaciones nerviosas, como delirio, ataques apoplejiformes, que tenían su punto de partida en la intoxicación del cerebro por el virus sifilítico” (1882: 7).

En el caso de Perú, la sífilis- a fines del XIX- era un padecimiento que se solía tratar con yoduro de potasio y los portadores expresaban miedo de señalar su enfermedad o, inclusive, pretendían desconocer cómo se contagiaron, sobre todo cuando el origen sexual era obvio. Tal aseveración se demuestra con la historia del paciente Daniel B., de 29 años, quien ingresa al hospicio en 1881, y padece el mal de Galio en forma convulsiva, de modo que se desmaya, pierde el conocimiento y experimenta calambres. Sin embargo,

pese a la insistencia del médico Tudela, este se niega a explicar la razón de su miembro sexual herido; el doctor debe recurrir a estratagemas como exigir la revisión y apelar a su autoridad:

Esta mejoría me alentó á [sic] perseguir fuera del Hospicio á [sic] B. hasta encontrar la verdadera causa de su epilepsia. Le pregunté con minuciosidad y haciéndole firmes protestas de no comunicar el secreto de que me hacia [sic] participe [sic], á [sic] todo se negó; pero me permitió dejarse hacer por mí un examen de sus órganos. Procediendo, lo primero con que me encontré fue, con una larga cicatriz, que partiendo del meantominario, se dirigía [sic] hacia el dorso del pene y que tenía una esteción [sic] de dos centímetros próximamente. Otra cicatriz á [sic] cada lago en la región inguinal. Hícele [sic] lo que con esto, confesar todos sus antecedentes à me dijo, que: tres veces había tenido blenorragia, que cuando contrajo la segunda le salieron los hubones, que después de la tercera, tuvo un chancro en el glande resultando después una balanitis y que el cirujano halló por conveniente hacerle una incisión [sic] longitudinal (1892: 20)

No solo existe la autocensura de parte del enfermo sino la carencia de un historial en el registro del hospital⁶⁸; ciertamente, el doctor debe descubrir los antecedentes, preguntar el tipo de atención dada y anotar los rasgos del mal porque todavía las personas no eran plenamente conscientes sobre la necesidad de llevar a cabo un archivo sobre su estado físico: salud. Ello quizá se deba a que no todos acudían al hospital porque preferían que los visitasen en casa, solo cuando el mal era incontrolable, es que el enfermo salía de la esfera privada y exponía su padecimiento.

La locura emergía cuando la sífilis se manifestaba en la corteza gris y los lóbulos anteriores del cerebro, las fases de aparición se daban de forma lenta: la inicial cefalea se caracterizaba por un dolor recurrente, donde “(...) todo le fastidia, la exacerbación de la cefalalgia le desespera, su semblante expresa

⁶⁸ Un acontecimiento representativo de la locura sífilítica es el de Mercedes Cabello de Carbonera, quien será internada en el Manicomio del Cercado en 1900, donde experimentará locura producida por la fase terminal de la sífilis. Se dice que fue su esposo, un médico, paradójicamente, llamado Urbano Carbonera asiduo a los prostíbulos, quien le transmitió el mal; en lo relatado se tejen los tópicos que caracterizarán a sífilis: el silencio, la vesanía, el contagio del marido y el silenciamiento de la fémina (Carazas: 2001).

angustia” (Tudela 1882: 31) y el paciente no podía concebir el sueño, no experimentaba hambre ni podía concentrarse; luego, seguían los ataques congestivos caracterizados por delirios breves, pérdida de equilibrio propio y ataques de trastornos mentales aunados a una exacerbación sensitiva pasajera; finalmente, se daban los “(...) trastornos fugaces de inteligencia” (Tudela 1882: 31) donde se alteran el intelecto y la percepción de la realidad. Estas fases no se detectan fácilmente y, de seguir el curso, el enfermo caerá en la insanía, a la vez que el mal se extiende a los órganos del cuerpo:

Las formas de enagenacion [sic] caracterizadas por una sobrexitacion [sic] intelectual, expansiva [sic], de marcha aguda ó [sic] crónica, bajo el punto de vista clínico, son denominadas con el título de locura sífilítica siempre que no reconozcan otra causa determinante que la sífilis; y creo sea este nombre del más apropiado, por que [sic] relacionando así ciertos trastornos mentales con la sífilis como origen, nos familiariza con ellos, à la vez que lleva envuelta la especificidad de su tratamiento. Al lado de estas formas aunque ménos [sic] frecuentes que ellas, figuran las depresivas, cuya evolucion[sic] reúne [sic] todos los estados de la aфонia ó [sic] astenia intelectual, como la llama Fournier, desde la simple debilidad hasta la lipemanía y la demencia (Tudela 1882: 30)

Los casos que presenta Tudela se caracterizan porque los insanos alternan entre estados contrarios y cambios repentinos: de la excitabilidad pasan a la depresión, de la locuacidad al silencio, entre otros; cabe destacar que el médico siempre opera- en el contexto del 82- sobre la base de la sospecha: los pacientes no admiten cómo contrajeron la sífilis, se muestran reacios a contar el posible origen o desvían la atención cuando se les interroga. Inclusive, Tudela indica que el médico debe aplicar el tratamiento sin una certeza definitiva, por lo que los resultados se registran o se cambia la medicación. Sumado al pedido de un historial médico. Antonio Muñiz instaura la solicitud de un manicomio en condiciones óptimas:

En todas las naciones del mundo, aún en las más civilizadas, la historia del tratamiento de los locos, no es sino la de una prolongada lucha contra la formidable fuerza de inercia y preocupaciones que opone la ignorancia y la indiferencia. Así, volúmenes enteros se formarían, si se tratara de hacer una

historia de todas las torturas que han sufrido los locos y de todos los errores que sobre ellos han ido aceptándose sucesivamente. Así como á [sic] los hombres de genio y talento, estados cerebrales especiales, los desgraciados locos é [sic] idiotas, los poseídos y criminales de instinto, &, han merecido largo y doloroso bautismo de sangre (1893: 84)

Muñiz precisa que, en abril de 1889, ingresó un enfermo por sífilis al Hospicio de insanos, es decir, sí existía cierto consenso o seguridad respecto a la locura que generaba esta enfermedad. Empero en los últimos tres años, este paciente fue el único que entró por este mal (Muñiz 1893: 97, ver anexo 7); cabría destacar que la melancolía y la demencia aguda formaban parte del espectro que se incluía en las consecuencias del mal sexual: 5 en 1890, 5 en 1891, y 3 en 1892 eran los que se internaron (Muñiz 1893: 97, ver anexo 7). También, hubo un paciente interno por sífilis que falleció en 1890 (Muñiz 1893: 100, ver anexo 8) y, según el cuadro 47 (Muñiz 1893: 103, ver anexo 9), existían dos enfermos de sífilis internados en el Hospicio en 1892. Así, pues, la sífilis era un mal que no se solía achacar a los orates, pues era reducido el número de internos; no obstante, sí se admitía que uno podía enloquecer producto de este mal, además existe otro espectro de trastornos mentales vinculados, aquellos que consisten en manías o delirios.

Esto se demuestra si atendemos que entre los modos de expresión de la locura sifilítica se halla la monomanía de la persecución (creer que alguien los desea matar), el delirio alucinatorio (imaginar circunstancias irreales), la megalomanía (creerse el mejor) o la monomanía suicida; estos rasgos se definen a partir de la construcción de una retórica de la enfermedad que establece el registro del caso a partir de la certificación (por qué se le interna), antecedentes (si hubo, entre los familiares, algún alcohólico, demente o sifilítico), síntomas actuales (concentración en el aspecto físico), diagnóstico (veredicto del médico), marcha y duración (progresión de la enfermedad) y

tratamiento (medicación específica y resultados). Veamos la siguiente nota suscrita por el tesista Tudela acerca de una lavandera indígena de veintiún años:

La Espinosa ha estado tres veces en el Hospital de Santa Ana, á [sic] curarse enfermedades esencialmente sífilíticas. La primera vez fué [sic] con chancros, salió curada de la sala de Santa Rosa (...) La última vez fué [sic] con laringitis sífilítica (...) Ojos brillantes y en contínuo [sic] movimiento, sus miembros son agitados violentamente. En cuanto á su estado moral desórden [sic] é [sic] incoherencia notable en sus palabras y conceptos, poca locuacidad, huye de las personas; creé que la persiguen, teme que la maten. Pérdida completa de la memoria; halucinaciones [sic]: aye [sic] músicas, ladridos de perros, sonidos de campanas (...) Cefalalgia tenaz insomnio anorexia (1882: 52)

En la descripción existe un tránsito desde el cuerpo infecto (tiene sífilis por tres veces) hasta el estado nervioso de la enferma; es más, Tudela no trata de “la” o “el” a sus pacientes varones, la dispensa parece provenir del origen y no hay referencias a la familia, mientras que en los otros casos sí se busca evidenciar si la madre o algún pariente presentaron antecedentes de alienación. De todos modos, la observación nos ayuda a establecer el discurso médico antes del siglo XX y el descubrimiento del Salvarsan: el rechazo a la enfermedad por su origen sexual, la resistencia del paciente y los tratamientos experimentales, esto último porque el doctor usa yoduro de potasio o protoyoduro de mercurio acorde a la mejoría del enfermo, las cantidades se calibran según los resultados obtenidos.

Luis del Valle y Osma, por otra parte, se detiene en la sífilis hepática y repara en que la mayor parte de personas enfermas no reflexiona sobre cómo serían afectadas; de este grupo, son las mujeres las que ignoran u ocultan deliberadamente el mal y no reparan en el “(...) pequeño bubón poco doloroso, que pronto y sin mucho se curó á [sic] formando el chancro como una ligera desgarradura causada durante el acto del coito” (1890: 8). La frecuencia puede

darse en hombres que se desempeñan en trabajos donde hacen bastante uso de la fuerza y en mujeres asiduas a la utilización del corsé⁶⁹, este último- a decir de los especialistas- infligía heridas superficiales y deformaba el hígado.

Se destaca que, siguiendo a Cornill y Ranvies, aparecen gomas “(...) constituidas por pequeños nódulos microscópicos cuyo centro sufre ya una atrófia [sic] y una declinación granulosa en las células mientras que las de forma redonda que se encuentran en la periferia se confunden con el tejido embrionario vecino” (1890: 28), las mismas que suelen no ser dolorosas en un primer momento, pero- al igual que en el caso cerebral- también se hará uso de “(...) tratamiento yoduro mercurial acompañado de un buen [sic] método higiénico haciendo como principal factor la buena alimentación” (1890: 35). El yoduro y el mercurio serán los medicamentos recurrentes, aunque Del Valle señala que un alemán radicado en Perú había curado “(...) una llaguita” (1890: 47) con polvo de Canomel. De modo semejante, el tratamiento no es solo con fármacos, dado que implica el mantenimiento de condiciones climáticas adecuadas: espacios oreados, ambientes limpios y alimentación balanceada.

Otra variante de la sífilis es cuando ataca los pulmones, de allí que sea importante prevenir mediante la aplicación del tratamiento antisifilítico antes que esperar hasta la imposibilidad de curar. Según Emiliano Castañeda, quien

⁶⁹ La sanción sobre el corsé no provenía solo de los médicos sino también del círculo femenino letrado; verbigracia, Clorinda Matto de Turner en un cuento llamado “El corsé”, originalmente publicado en *El Perú Ilustrado* en 1890, nos presenta la historia de María Luisa, quien utiliza, como todas las demás mujeres limeñas, un corsé que le permite mantener el talle de avispa; empero, su pretendiente inglés la rechaza por el fétido aliento de esta y, después, le presentan una nota proveniente de un reputado médico alemán que indica: “Mis largos estudios ginecológicos (...) me llevaron á [sic] otra observación importante sobre las funciones del hígado, cruelmente torturado por el ajuste del corsé, y descubrí como causa única del aliento fétido en las mujeres, la comprensión dada á la cintura, que estanca la bilis y degenera las funciones anexas á [sic] la circulación de la sangre” (1893a: 153).

realiza una tesis sobre la sífilis pulmonar, esta forma es aun peor que la locura porque el tísico permanece lúcido hasta el final, lo cual produce conmiseración:

Desde luego, siguiendo el orden de toda exposición, debería ocuparme de la historia de la sífilis del pulmón, remontándome á [sic] los tiempos pasados, en los que, bajos nombres fabes venérea, pñhis gallica (...) se conocían afecciones múltiples del pulmón, que eran referidas à un origen venéreo, es decir, á [sic] aquellas afecciones nacidas de relaciones sexuales impuras, tales como la blenorragia , el chancro blando (1891: 5)

Posiblemente estas relaciones sexuales impuras obedezcan a conductas que escapan a la norma heterosexual abocada a la reproducción⁷⁰: los homosexuales, las prostitutas, entre otros; además, siguiendo a Fournier, Castañeda alude a cómo el conocimiento antiguo es invalidado por sus contemporáneos. Láennec estipulaba que la sífilis “(...) deteriora el organismo y le imprime un sello de decadencia” (1891: 7), la asociación entre estas dos enfermedades era usual por el estado calamitoso del paciente hacia el final del mal, además que se resaltaba la posibilidad de curar a ciertos enfermos de aparente tisis que, en realidad, eran sifilíticos:

La sífilis, según Cornil, ‘es una enfermedad virulenta, contagiosa, inoculable; de una evolución lenta, manifestándose desde luego por un chancro indurado ó [sic] infectante, cuando no es hereditaria; después por adenopatías, por erupciones, de la piel y, de las mucosas; más tarde por inflamaciones crónicas del tejido célu- vascular y de los huesos, y en fin, por producciones especiales, en diversos órganos ó [sic] tejidos, bajo la forma de pequeños tumores ó [sic] nódulos, que han recibido el nombre de gomas” (Castañeda 1891: 10)

Detenta cuatro fases: incubación (abarca desde la inoculación hasta la aparición del chancro indurada, el tiempo de manifestación suele darse en el

⁷⁰ Marcel Velázquez Castro visibiliza los nexos entre enfermedad y conductas no normativas en un cuento de Manuel Atanasio Fuentes, el Muerciélago, titulado “Lorenzita”. La historia da cuenta de los desórdenes corporales y laborales que experimenta el personaje; al respecto, destacamos el cuerpo macilento que exhibe el personaje al adquirir disentería: “Nótese que el cuerpo inmoral es también un cuerpo enfermo, un espacio orgánico que se descompone y se disuelve permanentemente. La figura de la disentería perpetua adquiere aquí su papel simbólico” (2013: 189).

día veinticinco y prolongarse hasta el sesenta); de los accidentes primitivos (incluye chancro y adenitis, se suele dar en el día cuarenta y cinco hasta los dos meses y medio); de los accidentes secundarios donde aparecen “sífilides de las mucosas y de la piel, placas mucosas, roseola, pápulas, pústulas (...) generalmente son precedidos de un ligero movimiento febril, que se denomina fiebre sífilítica, nocturno, o intermitente (...)” (1891: 11) por un período largo (dos años a más) y con constantes dolores de cabeza y pérdida de glóbulos rojos, los cuales son inhibidos por la administración del mercurio; de los accidentes terciarios, conjuga “sífilides tubérculo- ulcerosas, periostitis, osteitis, gomas” (1891: 12), su progreso depende de si se administró el tratamiento o no, de allí que la duración sea indeterminada. Las fases prueban una constante degeneración del cuerpo en un periodo que ni siquiera posee un plazo fijo: la sífilis se configura como el mal del siglo porque los propios médicos reconocen su potencialidad corrosiva y la facilidad con que esta se confunde con otras enfermedades, hasta los signos aumentan con la dosis mercurial y aparecen las denominadas gomas al interior:

“Las gomas son, según Rollet, son tumores redondeados, formados de un tejido o bien uniformemente gris, trasparente, o bien amarillo, blanquizco, lardáceo y como fibrinoso; presentando, solamente al estado de reblandecimiento más o menos precoz, el contenido caseoso o la apariencia gelatinosa o gomosa, que hizo que Fracastoro le diera el nombre que llevan. Al estado de crudeza, son homogéneos, compactos, grisáceos, poco húmedos o secos, poco vasculares y de volumen variable, hasta alcanzar el de un huevo de gallina (Carlier)” (Castañeda 1891: 19)

Las gomas, al estar en el pulmón, se concentran en uno solo y de manera superficial. Thompson indica que la tos es seca y se manifiesta generalmente durante las noches; la sífilis produce anemia y toda clase de huellas que agrupan un estado gomoso, indefinido y cuyo cuerpo acusa la

corrupción interior de la enfermedad, la pérdida del apetito se acompaña de diarreas y una orina cargada:

“(…) el que tan solo era un neumopatía, se transforma en un verdadero tísico: el adelgazamiento es rápido; el tinte pálido y terroso de la piel, se acentúa; los ojos se excaban [sic] y rodean de un círculo oscuro; su nariz se afila; sus orejas toman ese aspecto apergaminado de los tuberculosos avanzados; su cuerpo todo se demacra; sus uñas se vuelven hipocráticas; su sudor es copioso y frío; está, con frecuencia, febricitante” (Castañeda 1891: 28)

Este estado general se acompaña, según el tesista, de lesiones pulmonares, pero otorgar un diagnóstico certero no es sencillo. La dificultad de diagnosticar esta variante reside en su carácter hereditario y en sus nexos con la tisis, aunque esta agota al sujeto, en tanto que consume todo su cuerpo: es dispéptico (malestares crónicos de indigestión) y desnutrido; a diferencia de esto, el que padece sífilis pulmonar no enflaquece demasiado rápido y su sistema digestivo funciona normalmente, “(…) lo que hizo decir a Bazin, que ‘era un tísico bien constituido” (1891: 31), de manera que los signos se camuflan; también se presenta lo siguiente:

(…) por otra parte, el pulmoniacó sifilítico, posee [sic] estigmas indelebles en las lesiones óseas, que comunmente [sic] le han precedido, ó [sic] que le acompañan; además, el insomnio, aún cuando se presenta en el tuberculoso, no tiene ese carácter tan tenaz; los dolores osteócopos del sifilítico, tienen caracteres similares con los que presentan á [sic] veces los tuberculosos, pero no poseen su mayor intensidad nocturna (1891: 31- 32)

El sifilítico pierde el cabello por un lapso de tiempo breve cuando está bajo el tratamiento médico, sus uñas se deforman y su rostro presenta cierta coloración verdosa, lo cual no se da en los afectados por consunción, quienes más bien bajan de peso y exhiben una palidez intensa. Según, el doctor Villar, puede detectarse el tipo de mal según la zona afectada del pulmón: la región superior indica tuberculosos, la media da cuenta de la sífilis, y la inferior señala una lesión caseosa.

Entre los más afectados se hallan los hombres, ya que presentan un mayor numérico de infectados por la sífilis; los niños suelen ser los que presentan problemas pulmonares cuando la sífilis es heredada, pero generalmente el padecimiento se da en adultos si el contagio es vía sexual. De considerarse la variable racial, la sífilis pulmonar no presenta mayor incidencia en un grupo determinado; sin embargo, en las clases sociales sí, porque las más afectadas son aquellas sumidas en las siguientes condiciones:

“(…) estado de degradación y falta de cuidados higiénicos, será mayor el número de afectados, desde que ellos, por satisfacer sus ciegos instintos, no se cuidan de buscar el objeto de sus goces, ni ponen las medidas indispensables, para precaverse, en lo posible, de la infección sífilítica y cuando la han adquirido, no se ocupan de someterse á [sic] un tratamiento apropiado que los salve, por lo menos, de los accidentes graves. Por eso se ven en nuestros hospitales, que entre los que se presentan con las lesiones terciarias sífilíticas, el mayor número corresponde á [sic] los asiáticos, que se encuentran en el nivel más bajo de nuestra sociedad” (Castañeda 1891: 45)⁷¹

Durante los accidentes terciarios, la sífilis se preserva estacionaria durante varios años (desde diez hasta cuarenta, por ejemplo) cuando ya ha pasado el chancro; curiosamente, su reaparición se acompaña de un recrudecimiento que suele anclarse en un órgano determinado. Por ende, era vital que el enfermo diariamente sea sometido a dosis progresivas de yoduro de potasio y “(…) fricciones mercuriales de unguento napolitano, vigilando su acción, à la dosis de 4 à 6 gramos diarios” (Castañeda 1891: 48), pero si el tratamiento no era exitoso, se debían recomendar otras preparaciones.

⁷¹ Aunque Castañeda afirme que no se basa en estereotipos raciales, lo cierto es que las condiciones de insalubridad achacadas a la población asiática forman parte de un imaginario cultural de época, donde se asocia la imagen de lo chino con lo bárbaro: “Para la sociedad peruana, el inmigrante chino era lo más cercano al Lejano Oriente y de por sí su cercanía cultural, temporal y geográfica era un óbice para una sociedad que buscaba verse moderna. La comunidad inmigrante china contrastaba con la cotidianidad de la vida criolla/ occidental y se acercaba a los otros sujetos marginales como el indígena o el afroperuano, en la idea de que todos en conjunto representaban la continuidad de la oposición oriente/ occidente que situaba a los subalternos como opuestos a occidente” (Chumbimune 2018: 40- 41).

La sífilis, desde 1880 hasta 1910, se constituye como una enfermedad que se aborda indirectamente desde la publicidad y las notas que parten de entidades extranjeras: las apelaciones a apellidos foráneos, los nombres de países o el exotismo de la medicina vendida nos posicionan en una zona que repite los patrones europeos. A pesar de lo sostenido, las tesis contribuyen a recrear el contexto de fines de siglo: la indagación acerca de cuánto podía impactar la sífilis en el estado físico y mental de las personas, el entretrejimiento con otros males y cómo el cuerpo se convierte en el espacio infecto que debe ser medicado y aseado.

2.2.2 La mujer frente a la sífilis: entre la prostituta y la madre

La sífilis, como hemos visto antes, se inserta en el devenir nacional, dado que se enlaza con la sujeción y el control de los cuerpos femeninos: se produce la polarización entre las prostitutas y las madres, una como símbolo del retraso decadente de la sociedad y la otra como el adalid del futuro a través de la gestación y crianza de los futuros ciudadanos. Al respecto, la historiadora Mannarelli subraya lo siguiente:

Las ideas sobre el cuerpo, su fuerza y su debilidad, corresponden a las ideas existentes sobre la fuerza y la debilidad de la sociedad. La forma en que el cuerpo físico es percibido está relacionada con el cuerpo social. La experiencia física del cuerpo sustenta una particular visión de la sociedad (1999: 24)

El cuerpo da cuenta de lo social: ambos se modulan y reconfiguran, de modo que es necesario legislar acerca de aquellas corporeidades que evaden la norma. Desde *La Crónica Médica*, en 1893, se recoge el imperativo de ordenar la ciudad en palabras de un médico español llamado Rafael Rodríguez porque la potencia venérea de las prostitutas las convierte en sujetos que deben ser vigilados constantemente por la mirada pública. Ellas son objetos de

mercancía, tal como estipula Servier porque, aunque conservando su libertad individual, venden su cuerpo para saciar “(...) *otras provisiones* de nuestra vida animal” (Rodríguez 1893: 578); el subrayado obedece a que no se condena a los hombres por ser clientes, sino que se comprende la existencia de meretrices porque estos parecen no poder controlar su deseo. Adicionalmente, el doctor Rodríguez Méndez añade la necesidad de vigilar a aquellas que no comercian con su cuerpo porque pueden ser, también, alimentos nocivos ofrecidos a modo de dádiva: dentro del espectro de prostitutas ingresan las mujeres lujuriosas, cuya persecución del deseo las lleva a entablar relaciones sexuales con distintos hombres. En ambas opiniones, reside la injerencia del aparato de salud en el cuerpo de la fémina cuando esta muestra rasgos de liberación sexual porque representan un peligro para la salubridad, además que se objetualiza a la fémina al equipararla con un alimento.

Alberto C. García, seis años después, enfatiza el impulso higienista que practican nuestros vecinos del sur, inclusive en balnearios que no se revisten de importancia; en Punta Arenas, por ejemplo, se ha redactado un proyecto de Reglamentación de la Prostitución para establecer normas que permitan controlar “(...) la salud de la colectividad” (1899: 165) porque, de lo contrario, se propagan diversas enfermedades venéreas, ya que- antes de curar el mal- se deben establecer medidas profilácticas para prevenirlo. Resulta destacable el cuestionamiento médico a la cucufatería limeña que prefiere invisibilizar la realidad:

(...) el problema moderno; pues á [sic] resolverlo han dicho nuestros vecinos, y más prácticos que nosotros sin detenerse en consideraciones de ninguna especie, sin entrar en nimios escrúpulos de un pudor mal entendido y reñido con el progreso, se han lanzado á [sic] implantar por todas partes un método preventivo que ha de producirles tantos provechos como los que se obtiene de los sueros y la vacuna (1899: 165)

La modernidad no solo conjuga la tecnología y la creación de proyectos nacionales, en la medida que la prostituta forma parte de lo que implica el discurso de lo moderno: el progreso comprende, paradójicamente, la aceptación de un instinto animal en los hombres, el cual los lleva a adquirir los servicios de mujeres públicas. Es más, el galeno García denuncia que el Dr. Cobián, Inspector de Higiene del Concejo Municipal de Lima en 1878, planteó un proyecto de Reglamentación de la Prostitución, el cual se ignoró; ello resulta terrible porque Lima apunta a ser “(...) de primer orden” (1899: 165) y se omite que otros espacios latinoamericanos han visto que, antes de prohibir la prostitución, se deben regular las condiciones higiénicas en las que estas se desempeñan. La desidia de las autoridades y la ignorancia del vulgo han provocado que la prostitución, pese a su carácter real y público, se mantenga en la clandestinidad; en sintonía con esta crítica, se compara la carencia de un reglamento con el progreso modernizador que alienta a Chile: nuestros pares avanzan, mientras que nosotros nos hallamos sumergidos en una modorra que el autor califica de oriental⁷².

El reclamo de legislar sobre la prostitución no solo se ancla en que se contagien males venéreos a los clientes, ya que un peligro mayor se halla soterrado: la transmisión a la prole. En 1893, un artículo llamado “Profilaxis

⁷² La conexión final que establece García entre la pereza estatal y la asiática no es aislada; la población achacaba a los asiáticos no solo de vicios morales sino de ser los responsables de las pestes. Por ejemplo, en el estallido de fiebre amarilla de 1868, se culpó a los inmigrantes chinos de ser causantes de la difusión de la enfermedad; el diario *El Comercio* destaca “(...) nunca más que ahora debe la municipalidad proceder a desalojar a la gran cantidad de asiáticos... sobre todo cuando se sabe que aquellos son propensos a padecer y contagiarse de enfermedades como esta por el poco aseo y pésimo alimento que acostumbran (...) siempre hemos reclamado que se proscriba a los asiáticos, pero desgraciadamente siempre han sido desatendidas nuestras indicaciones. Hoy más que nunca exigimos al Alcalde que se muestre animado de tan buenas intenciones para combatir la peste” (Lossio 2003: 81).

pública de la sífilis” refiere la urgencia de aliviar las consecuencias de la sífilis entre niños que han heredado el mal, decisión tomada por la Academia de Medicina de París que delegó al doctor Fournier para que decida acerca de los cambios necesarios en la profilaxis pública de la enfermedad: la propagación provoca que la familia peligre porque todos son pasibles de contagio, de manera que la sífilis no es una afección individual sino eminentemente social.

Además, se evidencia lo siguiente:

El sujeto sifilítico está más expuesto de lo que hasta hoy se ha venido creyendo, á [sic] las afecciones viscerales de naturaleza específica, y dice luego que la mortalidad de niños sifilíticos es espantosa (70 por 100, herencia materna), viniendo á [sic] sucumbir después en la adolescencia el resto, de manifestaciones que á [sic] veces suelen confundirse con las escrofulosas. Habla de los peligros sociales, de los disturbios que la sífilis puede acarrear en la familia destruyendo los dulces lazos del matrimonio, y sembrando por todos lados el dolor físico y moral” (1893: 188)

Las medidas consisten en la reglamentación y control del cuerpo de la prostituta como prevención: saber las zonas por donde transitan, llevar un registro exacto de sus recorridos, vigilar sus conductas y “Las prostitutas libres y las pupilas serán reconocidas semanalmente y además una vez cada mes [sic] por el médico jefe” (1893: 188), tal revisión debía concentrarse en el examen minucioso de los genitales y de la boca porque, si se detectaba una enferma, se le internaba.

Una vez que se internaban, se construye la necesidad de acondicionar camas suficientes y se sugiere la creación de un hospital especializado “(...) en las afueras de la población” (1893: 188), donde se otorgue el medicamento y no se cobre la consulta médica a las trabajadoras sexuales; a las prostitutas enfermas no solo se les quiere vigilar y someter a tratamiento sino, también,

alejarlas del centro de la ciudad porque su sola presencia podía resultar nociva⁷³.

Como parte de los pasos a seguir abocados en la enseñanza, se pide que los estudiantes ingresen a los hospitales venéreos y que se otorgue un certificado, el cual sería paso previo para ser doctor y permitiría que haya constancia de preparación en cuanto a temas ginecológicos. En sintonía con el carácter prescriptivo, la mirada de Fournier se focaliza en los soldados y los marinos: conferencias para describir lo terrible del mal y los peligros de la prostitución callejera, pedido de la identidad de la mujer que haya infectado a algún soldado enfermo, prohibición de los sifilíticos en espacios donde vendan alcohol, y un tratamiento constante que incluye la vigilancia del enfermo, aislamiento y correcta curación. Por último, en la lactancia, sugiere que el niño y la nodriza cuenten con un certificado de buena salud para evitar el contagio; el recorrido que establece el célebre dermatólogo francés imbrica lo público y lo privado, en tanto que comienza fijándose en las prostitutas que comercian sexualmente con su cuerpo y en los tipos de clientes que más atienden (los soldados, por ejemplo); a ello agrega la propuesta de internar en los extramuros, donde su influjo nocivo no dañe el aire ni afecte a los sanos. En la detección de los cuerpos que se ofertan, incide en la existencia de las nodrizas, las mismas que también cobraban por un trabajo que no se limitaba solo al

⁷³ La búsqueda de control no fue un evento aislado, se dio en diversas partes del espacio Latinoamericano. Así, en México, durante inicios del siglo XX, la regulación de las prostitutas y sus focos de trabajo evidenciaron una dinámica sexual que hasta entonces se había mantenido en la penumbra: la presencia de hombres que comerciaban con su cuerpo y varones presuntamente heterosexuales, miembros de la alta sociedad, que accedían a pagar por ello. Esto serviría para exponer las endeble bases de la nación: la familia heterosexual e higiénica de buenas costumbres era una careta que encubría la homosexualidad, las enfermedades venéreas y la inmundicia. En Colombia, los padres de familia resultarían- en la búsqueda de saber cuántas empleadas domésticas padecían sífilis- ser los transmisores de la enfermedad, los patrones abusaban a seducían a sus empleadas; además, los asiduos clientes de burdeles eran, en su mayoría, honorables jefes de hogar (González 2009)

cuidado sino, también, a la alimentación del neonato. Con ello, las prostitutas y las nodrizas se asemejan, nuevamente, al alimento que puede ser usado con fines benéficos (la calma del deseo sexual en los jóvenes y el cuidado de las criaturas) o generar perjuicios (las infecciones de transmisión sexual).

La existencia de nodrizas enfermas descubre una de las mayores preocupaciones de la época: los niños portadores o infectados de diversos males venéreos. Acerca de la controversia sobre la pertinencia de la mujer de ser nodriza, se instaura una ruta de pasos a seguir para salvaguardar la integridad de la infancia y de las propias mujeres. El mismo año que se publica la reglamentación de la prostitución, Forunier indica que las ayas pueden contagiarse de la sífilis por dar de lactar a niños enfermos, los cuales deben ser alimentados exclusivamente por su madre- de modo ideal- los cuatro primeros meses, dado que en este tiempo solían aparecer los indicios del mal.

El famoso médico parisino recomendaba que las familias certifiquen, vía médica, que no padecían la enfermedad y, así, debían contar con una constancia de sanidad antes de contratar a cualquier mujer. No obstante el retiro de la propuesta (algunos progenitores engañaban al doctor), se valora porque, a pesar de no ser infalible, permitiría reducir el contagio en padres que no eran conscientes de su mal. Cuando no se podían determinar los antecedentes- verbigracia, los huérfanos-, se sugiere alimentar a los niños con leche esterilizada proveniente de animales, aunque la infección se seguiría propagando porque algunas nodrizas hacen caso omiso de las advertencias o son ellas los agentes contagiosos: "(...) la asistencia pública de París ha acordado crear un sifilicomio en Chatillon, próximo á [sic] abrirse, en el cual permanecerán los niños no alimentados por mujeres sanas, pues pueden ser

sifilíticos, ni por mujeres sifilíticas, pues pueden ser sanos” (1893: 363). La sugerencia es el uso de leche animal (desde una burra hasta una cabra) entre huérfanos o abandonos, dado que este sería el único modo de cuidar a las féminas y evitar la contaminación entre los párvulos⁷⁴.

La insistencia en el cuidado de los infantes formará, evidentemente, parte de la agenda médica del país. En la Sección Oficial- Sociedad médica ‘Unión Fernandina’, durante una junta celebrada el 13 de agosto de 1899 y que buscaba dar cuenta de los avances de los socios médicos, se leyó el trabajo del doctor Carlos A. García titulado “Protección higiénica de la Infancia”, el cual sostiene que el progreso de una nación se cimenta en el cuidado otorgado a los infantes porque es “(...) un hombre del futuro que lleva en sí mayor suma de provechos” (1899: 278), de modo que es necesario protegerlo desde el vientre materno, esto implica volver la mirada sobre las madres que albergan a los futuros ciudadanos. El expositor sindicó la impropiedad moral e higiénica de las mujeres limeñas provenientes de diversos estratos sociales:

De madres alcohólicas, viciosas y depravadas como las que forman un numeroso grupo de nuestra sociedad, la mayor parte ó [sic] muchas de las de nuestra clase obrera; de madres, que como las pertenecientes á [sic] otro de nuestros grupos sociales, agotadas por el trabajo forzado de la aguja á [sic] que las condena su pobreza tiránica, son la presa obligada de los microorganismos patógenos, del de Kock, con predilección aterradora; de madres como nuestras aristocráticas damas, educadas para brillar en los salones y á [sic] quienes el sibaritismo y el *confort* introducidos por las artes y la industria enerva y debilita; de madres así que, ó [sic] viven sin la menor

⁷⁴ Las investigaciones, consignadas en *La Crónica Médica*, habían determinado que la sífilis podía manifestarse en el hijo neonato sin que la madre haya sido infectada, es decir, el niño podía haber sido contaminado únicamente a través del padre. Se cita el caso de Bergh: “Una prostituta joven, libre seguramente de la sífilis, dió [sic] á [sic] luz una niña que á [sic] las tres semanas de haber nacido ofreció síntomas evidentes de la herencia sifilítica: el eritema, las úlceras en la región anal y el coriza. Desaparecieron éstos [sic] con el tratamiento por los calomelanos. Seis meses más tarde, la madre presentó manifestaciones de sífilis recién adquirida, como úlcera dura, infarto de los ganglios inguinales, etc.” (1894: 157- 158), con lo que la madre no enfermó antes ni poco después del parto, la contaminación fue posterior. Era, pues, la relación entre maternidad y sífilis un campo que estaba en vías de estudiarse.

noción de pulcritud en habitaciones inmundas de callejón que al mismo tiempo son corral, dormitorio y cocina, ó [sic] fomentan la anemia y la clorosis en húmedas buhardillas sin luz y sin ventilación, ó [sic] atrofian sus músculos en provecho de su panículo grasoso entre los esperazamientos [sic] del ocio á [sic] que convidan los refinamientos del *confort* de los modernos palacios; de madres así fecundadas por maridos agotados, sino todos por el alcoholismo y los placeres de la crápula, por lo menos con los defectos de una desastrosa [sic] educación física e higiénica; de semejantes progenitores el producto obtenido no puede menos que adolecer de la fragilidad y delicadeza, inherentes á [sic] los seres raquíuticos y enfermisos [sic] (García 1899: 278- 279)

No hay límites que diferencien la generación enferma y enclenque que paren las madres limeñas, se les condena por sucias y esforzadas cuando pobres, o por nerviosas y comodinas cuando ricas⁷⁵, a los esposos por concupiscentes y alcohólicos⁷⁶; a esto se suma la gran cantidad de abortos producto de pasiones desordenadas, dado que la mujer prefiere abortar antes que pasar por la sanción social de tener hijos ilegítimos; es más, ciertos críticos sancionan moralmente la existencia de casas de huérfanos porque ello revela la ligereza de las féminas que abandonan y la desidia de los varones que niegan a sus hijos. La autopsia que ofrece García de la sociedad está signada por la degeneración: la enfermedad no solo pulula entre los espacios hacinados sino también entre los cuerpos de los sujetos, así estos sean de ricos o pobres, lo grave es que ello interrumpe el proceso de progreso nacional porque la generación que se cierne está marcada por vicios, infecciones y debilidad.

⁷⁵ *Blanca Sol* (1889) de Mercedes Cabello de Carbonera refleja estas imágenes: los continuos derroches de la protagonista, las joyas excesivas y sus coqueteos ejemplifican la condición negativa que se le atribuye a la clase alta; al final, la protagonista arrastra a sus seis hijos a la miseria y ella misma se erige como un signo de depravación moral. En *Herencia* (1893) de Clorinda Matto de Turner, Espíritu es la madre proveniente de la clase baja, quien no deja de emplearse en diversas actividades (empleada y lavandera), es alcohólica y acaba falleciendo como prostituta; en ambos casos se crean los modelos negativos que caracterizan la sociedad de fines de siglo.

⁷⁶ En “Lengua maldiciente. Historia que parece novela”, narración de Clorinda Matto de Turner, se presenta una pareja de esposos que vive felizmente casada, hasta que se menciona que “Rafael frecuentaba el garito donde se escanciaba el aguardiente junto á [sic] la mugrienta ba raja [sic] comprada en la feria” (1893b: 142). Producto de su alcoholismo, tacha a su mujer de adúltera y rompe la relación que se había tejido como un nido: el “idiotismo alcohólico” (1893b: 145) conduce al hombre a frecuentar sitios mugrosos, a ser presa de histerismo y atentar contra sí mismo (se arranca la lengua con los propios dientes). La mujer, en cambio, es vista como una esposa modélica que ama fielmente a su marido y lamenta el fatídico día en que este jugó una apuesta y cayó presa del aguardiente.

Dicha degeneración no solo se halla en el plano médico; como ya hemos visto con anterioridad, la literatura aprehende el discurso científico y proyecta la imagen de modelos femeninos. Así, en *Herencia*, se alude a cómo el carácter sexual de la madre desempeña un rol fundamental en el devenir conductual de las hijas, quienes se ven forzadas a seguir los impulsos de su sangre, esto no solo se halla en personajes de baja ralea (el caso de Espiritu) sino, también, en miembros de la clase alta: la novela nos muestra la iniciación de Camila como mujer, ella es hija de una familia acomodada y acaba sucumbiendo al deseo ambicioso del italiano Aquilino, quien representa arribismo y vende alcohol adulterado. Su propio padre, luego de descubrir a su hija besándose con el dependiente de la tienda, indica “¡Perra!... ¡perra!... sí señor... la madre... y se entregó a mí... la hija; es natural que se entregue a otro... ¡la ley hereditaria!... ¡perra! ¡perra!...” (Matto 1974b: 181).

Las hipótesis médicas se preocupaban porque las madres eran las transmisoras de las enfermedades; en *Herencia*, se señala que la honorable señora Nieves era adúltera y malgastaba la riqueza familiar sin reparos. Ante el padre desesperado que reclama por la pérdida del honor de la hija, Nieves no se inmuta y está segura que su plata puede remediar la carencia de virginidad de Camila, la misma por la cual su padre llora; él mismo, después de que su consorte señale que la fornicación solo acarrea males para las pobres, piensa en las damas de alta sociedad “(...) que no hacen otra cosa que perfumar su cuerpo con toda clase de esencias para que no transmita la hediondez de las llagas de su alma” (Matto 1974b: 194- 195). Entonces, la aristocracia limeña se compone por una falsa pompa que les genera la miseria, la lujuria de sus mujeres que buscan engañar a sus maridos y ocultar su lascivia con ricos

perfumes y doradas joyas, y los maridos que carecen del sentido del trabajo y se entregan al ocio y la bebida. Por consiguiente, la madre es doblemente responsable del éxito moral y la adecuada salud de los hijos: ella modela a los ciudadanos a través de la crianza y la transmisión de un carácter innato, el cual traspasa toda intención o educación: Camila es una muchacha ingenua y cuyo cuarto está adornado como si fuese el de una niña, además que presenta imágenes de vírgenes; sin embargo, ante el beso de Aquilino se despierta en ella el deseo que le es imposible reprimir y acaba siguiendo el camino que su madre trazó hace años: se embaraza, pero es peor en su caso porque su padre se casa por deber, mientras que Aquilino la conquista por interés y se convierte en un golpeador alcohólico. Su destino, entonces, no es menos exitoso que el de Espíritu: las dos son degeneradas por herencia y han sucumbido ante el deseo lascivo que emanan sus cuerpos, deseo que ni ellas mismas pueden controlar.

Por otra parte, al estado calamitoso de las embarazadas se aúna la deficiente preparación física de los cuerpos de las féminas: aisladas del mundo exterior y encerradas en habitaciones donde emanan "(...) asfixiantes vapores de los salones embalsamados por las flores, cuyos perfumes no se esparcen porque lo impide la prodigalidad de los muebles y chismes de adorno y el discreto papel de las cortinas, que ocultan las miradas pero impiden toda entrada del aire exterior" (García 18999: 280). Ello- junto a un carácter nervioso- insta a la anemia y a la esterilidad, a esto se le suma la cantidad de madres fallecidas durante y después del parto porque las familias, pese a los avances de la ginecología, siguen confiando en las matronas, y la desidia de

las jóvenes casadas que prefieren mantenerse en sociedad antes que cuidar varios hijos.

En torno a la resistencia por acudir al hospital, Mannarelli precisa que, pese al aumento de las obstetras, existía un gran número de médicos que estigmatizaba a las mujeres, en especial, a las de clase baja porque las consideraban la encarnación de los signos que obstaculizaban el progreso: poco higiénicas, promiscuas, vergonzosas, ignorantes y que acuden al médico cuando el avance del mal es inminente, además que ocultan información de forma deliberada:

Según la graduanda María Mercedes Cisneros, las enfermedades infecto contagiosas, transmitidas directa o indirectamente por vía sexual, tenían una incidencia *increíble* en Lima, y no sólo en los hospitales- i.e. en las clases medias bajas y bajas-, sino que se presentaban también, e incluso con mayor incidencia, “en la clientela particular de muchos profesores” (Mannarelli 1999: 76).

Se insta a las mujeres a reprimir sus deseos, a ser quienes higienicen sus cuerpos porque ponen en riesgo el devenir nacional: una generación infecta amenazada por ellas mismas, a pesar de que los hombres eran los principales transmisores. Tal aserto se ejemplifica con el juicio general de la alimentación inadecuada del niño (se reemplazaba la leche materna por administración de lácteo de vaca o alimentación por parte de una nodriza enferma), o el seguimiento de consejos erróneos populares que terminaban en la muerte del niño (no bañarlos hasta más de un mes después de nacidos). Las mujeres educadas en artes excesivas (influjo literario o músicas que exaltan el nerviosismo) y abocadas al adorno (verbigracia, el bordado) atraviesan un período de infantilización que inhibe una correcta preparación de la madre y, más bien, motivan un desarrollo fantasioso.

Se crítica también la educación de los colegiales que consiste en un “(...) surmenaje intelectual” (García 1899: 284) abocado a la memorización de conocimientos y estatismo que produce “(...) generaciones de gomosos y de lechuginos” (García 1899: 284), por lo que los especialistas proponen la práctica del vóley y el fútbol para infundir el vigor entre la futura nación. Este afán higienista se condice con lo vivido por otras naciones, las mismas que buscan intervenir en la educación a nivel de incluirse en la conformación del moderno futuro nacional: ya no se trata de curar la enfermedad sino de ingresar en las escuelas y en los hogares; el médico busca salir del espacio circunscrito al hospital para generar una generación vigorosa, limpia y sana.

Los inicios del siglo XX supusieron la aparición de un grupo de mujeres intelectuales que intervenían en la esfera pública desde sus respectivos campos: María Jesús Alvarado y Teresa Gonzáles de Fanning, por ejemplo; pese a que estas féminas componen la vanguardia intelectual, su mirada crítica se concentrará, nuevamente, en el deber de la mujer como formadora de la nación: se busca derruir la imagen de la mujer limeña típica que prefiere el ocio antes que el cuidado de los hijos y que busca mandarlos a la escuela rápidamente, en pro de una mujer dedicada al cuidado de los hijos en el plano físico y moral⁷⁷.

Bajo la consigna de que “La familia nuclear era el lugar limpio” (Mannarelli 1999: 121) se instala una diferencia sustancial en el manejo de los espacios: lo externo se compondrá de suciedad y de desorden frente al cobijo

⁷⁷ En *Blanca Sol* (1889) de Mercedes Cabello de Carbonera, se presenta la decadencia de la heroína, la misma que parece coincidir con la suerte de la autora: “The cause of the alleged insanity of Cabello de Carbonera, of which many critics accused her, may well have been the last stage of the syphilis that her husband, Dr. Urbano Carbonera, infected her with” (González 2009: 261)

desodorizado que comprende la casa. Es importante señalar que la escuela es vista, desde la perspectiva de estas mujeres, como el lugar donde las madres buscaban liberarse del cuidado de los niños; peor aún, si el hogar era asidero de vicio, los niños no serían futuros ciudadanos ni las niñas, buenas madres:

Los padres que malgastaban el dinero en el alcohol y el juego, estaban al lado de las madres que abandonaban el hogar por el trabajo. La salida de las mujeres de la casa estaba, según la crítica, relacionada con el deseo femenino de librarse del fastidio de tener un niño cerca (Mannarelli 1999: 124),

La calle se traduce en asidero de la inmoralidad, en la medida que el niño contraía vicios morales, los padres se deleitaban con alcohol o prostitutas y las madres ingresaban a dinámicas lujuriosas o de ocio: el espacio de lo privado era lo seguro y lo limpio frente al afuera caótico y putrefacto. La mirada higienista se condecía con la visión anarquista respecto a las mujeres: estas tenían como deber procrear y educar a los hijos en la intimidad del hogar, por lo que se debía reeducar la sociedad burguesa limeña, donde las féminas solo buscaban ir comprando de feria en feria y estaban empeñadas en afeites superficiales. La mujer es el punto negativo donde parecen perecer los ideales higienistas y de progreso de la sociedad, de modo que es fundamental controlar no solo su cuerpo sino el control de su tiempo:

La mujer de mal carácter convierte su hogar en el teatro de las escenas más reprobables. Los impulsos femeninos son parte de su propia naturaleza, pero la desgracia ronda a las mujeres que no se adaptan a los imperativos culturales. De ser así, podían perderlo todo: marido e hijos. Parte de la extrema inmoralidad que esto conllevaba era la situación de semiprostitución que, inequívocamente, terminaba identificándose con la decadencia del cuerpo: la enfermedad como un corolario de la inmoralidad (Mannarelli 1899: 132)

A la mirada que negativiza los estereotipos de la mujer de sociedad, se debe adicionar que los higienistas condenaban mucho más el sedentarismo femenino: las escolares no realizaban ejercicios físicos y, después, al salir a la

calle, adquirirían conductas que apresuraban la iniciación sexual. Por eso, se posicionaba a la madre no solo como formadora del ciudadano sino, sobre todo, como guardiana del cuerpo de la hija: ella debía formar moralmente y facilitar que existan cuidados de los genitales; por ejemplo, Mercedes Cisneros, estudiante de Medicina, refería “(...) al practicar el aseo de las partes genitales de las niñas por la micción de orina, se sirven algunas veces, las madres poco escrupulosas, de los lienzos de su uso personal, transmitiendo de esta manera su propia infección de la forma más fácil e inmediata” (141). La madre, así, salía de la esfera privada para ubicarse como una pieza crucial en el devenir nacional y es primordial garantizar su salud reproductiva.

Por eso, en 1898 se funda la “(...) cátedra oficial de la Ginecología y Clínica ginecológica” (M 1899: 333) a cargo del médico Constantino T. Carvallo; luego de un año, se realiza un cuadro estadístico (M 1899: 334- 337, ver anexo 10) para clasificar la cantidad de mujeres atendidas, el diagnóstico y el tratamiento entre el 17 de agosto de 1898 al 17 de agosto de 1889. De las cuarenta mujeres atendidas, nos resulta pertinente enfatizar que cuatro pacientes padecían endometritis blenorragica, una era “(...) sifilítica, sufrió una periosteitis supra- orbitaria” (M 1899: 334) y se les aplicó lavados con bicloro de mercurio; entre las pacientes, encontramos el cuadro siguiente:

Piosalpingitis lateral derecha. Abertura en la vejiga. A. V. 25 años. Cocinera. Nulípara. Antecedentes: blenorragias. Micción dolorosa, frecuente y purulenta. Fondos de saco, sobre todo el derecho, doloroso y ocupado por plastrones salpingo- ováricos. Febril. Caquexia notable. No aceptó la familia ninguna intervención radical; fue [sic] sacada la enferma del servicio y murió en la calle (M 1899: 335)

La cita corrobora la posición de la mujer en los hospitales: el médico enfatiza que hay un incremento de pacientes, ya no son casos aislados, sino

que se puede establecer cuántas son fértiles, la frecuencia de abortos, las condiciones y el tipo de enfermedad, pero también existe una fuerte resistencia a las cirugías; exactamente, la fémina no ha tenido descendencia, pero la blenorragia delata una vida sexual activa y una conducta que evade la norma. La familia niega cualquier intervención y esta paciente acaba muriendo en la calle, los propios internos solo la tratan con lavados medicados para paliar el dolor. Posiblemente, esta mujer haya sido una prostituta y la actividad laboral (cocinera) encubra el trabajo real; sin embargo, las madres tampoco eran tratadas en mejores condiciones.

En el hospital de Santa Ana, las condiciones de los hospitales para las parturientas eran nefastas, no solo porque las religiosas recibían a las parturientas y las acogían con un desprecio propio de la castidad a la que ellas se habían entregado sino también por las circunstancias siguientes:

Usualmente el espacio físico era reducido y las situaciones de hacinamiento eran bastante frecuentes. Pocas camas disponibles en espacios sucios. Los materiales y el aparato quirúrgico estaban en estado de dudosa limpieza, y los asistentes eran empíricos y poco preparados. Todas las condiciones físicas resultaban francamente desanimantes y hacían del espacio hospitalario un ambiente muy hostil para las mujeres (...) Un médico jefe de servicio, un interno de Medicina, un externo menor y tres matronas era todo el personal especializado con que contaba el servicio de partos en 1914” (Mannarelli 1999: 169)

No habían divisiones entre las salas de instrumental y el cuarto de alimentos, separaciones entre madres e hijos, y las enfermas descansaban junto a las madres sanas; es más, el voto de castidad de las enfermeras provocaba un sentimiento de culpabilidad en las madres, quienes ni siquiera podían lavarse con agua esterilizada ni contar con gasas adecuadas; inclusive, los médicos se quejaban de que las monjas o enfermeras manipulaban con manos sucias los genitales de las parturientas y ello desencadenaba una serie

de infecciones. En la tesis de Benavente, respecto a las condiciones del hospital en 1911, se comenta “La sífilis, la tuberculosis y el paludismo eran las enfermedades responsables de la mayor parte de los abortos, de los partos prematuros y de una gran parte de la mortalidad materna” (Mannarelli 1999: 176).

La experiencia de alumbrar en un hospital era totalmente nueva a inicios de siglo, por lo que muchas mujeres de clase alta no acudían (preferían una matrona privada) y se exponían a una serie de riesgos por falta de asepsia en el proceso, mientras que las de rango bajo acudían, pero mostraban temores similares: miedo a las operaciones, peligro de que muera el producto o la continua observación de las que eran víctimas. Varias mujeres iban cuando ya habían pasado por distintas experiencias de embarazos traumáticos: abortos y agudos dolores; a esto se debía sumar un elevado índice de fallecidas por causas que provenían de su propia corporeidad (anemia, por ejemplo) y “A estas se sumaban las enfermedades transmitidas por vía sexual en especial la sífilis y la gonorrea, también muy difundidas entre la población femenina de la ciudad” (Mannarelli 1999: 185). Estos males venéreos solían provenir ya cuando casadas, pese a que el matrimonio es visto como una institución necesaria para regular el orden de la sociedad y construir la nación.

Es pertinente señalar que, a fines del XIX e inicios del XX, más del 50% no había contraído matrimonio en Lima, pero existían múltiples relaciones de concubinato que alumbraban hijos ilegítimos: se estigmatizaba a esta prole, se les privaba de varios derechos (la herencia, entre ellos) y se les condenaba a una existencia miserable, de allí que los médicos y juristas lucharan porque se reconociera a los ilegítimos y preconizarán la institución del matrimonio. Es más,

el casarse permitía controlar los impulsos sexuales porque otorgaba un fin al acto: la multiplicación de la especie.

El matrimonio era una institución donde el sexo era válido, en la medida que servía para procrear, por lo que los casos de esterilidad o impotencia resultaban problemáticos para la ley: una mujer estéril no debería casarse porque ponía en peligro el fin santo y social de la unión; sin embargo, si adquiría alguna enfermedad, el marido podía- por compasión- decidir si quedarse a su lado o separarse. Nuevamente, el cuerpo de la mujer se convertía en un campo donde la ley inscribe su poder al reglamentar el uso que ellas hagan de este y, además, al otorgar poder de decisión al hombre sobre este. Mannarelli recalca que, hacia 1904, Boloña, aspirante a bachiller de Medicina, refería la necesidad de que el Código Civil actualice la información sobre las enfermedades que impedían el matrimonio: “(...) reclamaba una mayor precisión respecto al tipo de enfermedades contagiosas que figuraban en el Código Civil vigente como motivos graves de impedimento del matrimonio, señalándose como tales la tuberculosis, la sífilis reciente y el alcoholismo” (1999: 235), dado que existían otras taras hereditarias que podían pervertir la raza y prole. Aunque Boloña no consideraba que el fin del matrimonio eran solo tener hijos, sí resaltaba la necesidad de que un certificado médico prenupcial de adecuada salud sea requisito básico para casarse.

Debido al desconocimiento de las condiciones de salubridad del cónyuge, Alfonso Pasquel, en 1911, indagará sobre la incidencia de la sífilis en la población, con lo que determinará que el impacto se da, de mayor a menor, en negros, blancos, mestizos y amarillos, y que su presencia se manifiesta en hombres y mujeres de manera casi equitativa. Pasquel resalta que esta

enfermedad era soterrada por la vergüenza y la carga moral que existía en torno a esta: se le denomina el mal silencioso, los jóvenes se contagian por medio de prostitutas y luego infectan a sus esposas. En la casta blanca, que valora de modo positivo porque dirigen el país, los jóvenes se enfermaban al saciar apetitos propios de su edad: “En términos de los grupos raciales afectados por la sífilis, los indios de la ciudad eran los menos expuestos y las mujeres mostraban un menor número que los hombres” (Mannarelli 1999: 246); entonces, entonces se dota de cierto tinte aristocrático⁷⁸: son lo que tienen dinero para acceder a mujeres costosas los que terminan enfermando. Se justificaba que los negros tuviesen sífilis porque eran, debido a su propia casta, sensuales y ociosos.

Pasquel se dedica al análisis de las cifras de los hospitales Dos de Mayo y Santa Ana, en el tramo de 1802 a 1910, y presenta un gráfico (Pasquel 1912a: 361, ver anexo 11) que combina variables como el sexo, la frecuencia de la sífilis y la mortandad, este nos sirve para comprender que el índice de incidencia de parte de las mujeres es más alto con respecto a los hombres: son 2460- y no las 2437 que señala Pasquel⁷⁹- las que han ingresado al hospital para curarse de tal mal en contraste con los 1587 hombres (nuevamente,

⁷⁸ En 1919, el colombiano Jorge Escobar Uribe, bajo el seudónimo de Claudio Alas, compone la novela *La herencia de la sangre*, donde presenta al joven aristócrata Víctor y su esposa Alba, quienes parecen encarnar el ideal romántico de la nación representada por la unión de la pareja; empero, este había residido en París, “(...) the source of the disease” (González 2009: 262), y contrae la sífilis en sus devaneos con las prostitutas, quienes solían ser vistas como un medio de iniciación sexual de los jóvenes, acceso carnal a estudiantes pobres o relajación para maridos cansados. Precisamente, la imagen de estas féminas contrasta con Alba, encarnación de la pureza, con quien tiene un hijo y, pese al tratamiento de Víctor con un reputado médico, el fantasma de la sífilis asomará en el infante: el efecto devastador consiste en el suicidio de Víctor y en un viraje que asigna la responsabilidad al marido, pues el personaje- pese a encarnar la aristocracia, sabiduría y belleza- no se había sobrepuesto ante el acecho del mal venéreo; se destaca que “Unlike yellow fever, for example, syphilis could not be attributed to unhealthy regions or populations of a nation, to a barbaric untamable nature inhabited by equally uncultivated people, or to polluted waters” (González 2009: 264- 265).

⁷⁹ Al parecer, la historiadora Mannarelli no reparó en este pequeño detalle porque la suma que presenta el tesista es errónea; no obstante, el propio Pasquel invalida las cantidades porque referirá que las cifras no son confiables.

Pasquel parece incurrir en un error de cálculo porque suma 2737); también, hasta 1904, el número supera los noventa y en el año 1901 hubo 223 enfermas. Los dos últimos años del gráfico evidencian un descenso notable, lo cual posiblemente sucede por una mayor recurrencia de visitas médicas anticipadas, las mismas que se avizoraban desde el año en que se funda la Cátedra de Ginecología en 1898.

Para el aspirante a médico, hay una “(...) despiadada dureza del lado del sexo débil en la balanza de la Fortuna” (Pasquel 1912a: 363) que, no obstante los registros oficiales, le genera dudas: refiere que encontró, en la revisión de los cuadernos médicos de ingresos diarios, cantidades disímiles que no se condecían con los cuadros oficiales; aparentemente, el responsable de los registros exageró por “(...) viejos enconos personales ú [sic] odios de sexo que con el correr de los años han ido creciendo expresados en el persistente afán de manchar la reputación moral de nuestra colectividad femenina” (Pasquel 1912a: 363); por ejemplo, según los diarios, en 1905, ingresaron ochentatrés sifilíticas y no las 209 de los registros. Por ende, el cuadro es confuso y poco fiable, además eso impide la comprensión del desarrollo del mal gálico, la misma que parece funcionar al margen de la sociedad, aun cuando tal enfermedad revela el estado moral de la sociedad y la higiene de los individuos. Resume la data mediante la afirmación “(...) 19 años de engaños y esterilidad científicas” (Pasquel 1912a: 365) porque las cantidades no son verdaderas.

La sífilis se concibe como un mal que ataca cuando despierta el deseo, pues el hombre busca su propia satisfacción a costa del fin supremo del sexo: la preservación de la especie. Por lo tanto, la edad media es apenas pasados

los quince años- principalmente en varones- porque se busca saciar la efervescencia del deseo, mas la tasa de mortalidad es pequeña en estos, ya que- según el cuadro- el número máximo de fallecimientos fue dieciocho en 1910. Cabe precisar que la tasa relativamente baja se debe a que los sujetos acuden al hospital cuando el padecimiento ha avanzado y ello dificulta el diagnóstico, pues el reconocimiento de la enfermedad es complicado. “La sífilis mata en el periodo terciario. La segunda etapa es solamente de vergüenzas, de dolores y miserias, es más ‘vejatoria’ que grave, como dice Fournier” (Pasquel 1912b: 371), debido a que, en la primera etapa, el mal se localiza en una zona determinada, aparece el chancro de forma aislada y no es dañino; en la segunda, se dan manifestaciones secundarias que provocan un malestar general; y la etapa terciaria implica el recrudecimiento del mal, aparecen lesiones ulcerosas que calan hasta los huesos y producen un impacto permanente o grave capaz de vulnerar los órganos (verbigracia, desde los genitales hasta la médula) y atentar contra la vida.

Siguiendo a Founier, asevera que la sífilis progresa por la conformación débil de la persona y una negativa higiene, esto último se da mayormente en mujeres, quienes deben laborar junto al hombre y cuidar a los hijos. La madre “No cuida de su salud preocupada por su prole y sólo llega al hospital después de agotadas sus resistencias físicas” (Pasquel 1912b: 373- 374), tal opinión instala una nueva imagen de mujer: la madre que no solo es ama de casa, sino que también debe aportar con ganancias al hogar; es más, ellas son propensas a sufrir mucho más rápidos las consecuencias nocivas porque no son promiscuas como los varones. Tales hábitos impiden que se sepa el número exacto de lesionados y la sífilis acecha en la oscuridad, aparece, inclusive,

pasados varios años en la estirpe de “(...) niños degenerados, raquíticos y deformes” (Pasquel 1912b: 374) arrostrados a una existencia lastimera.

La clase más vulnerable es la pobre debido a la falta de educación, higiene y dinero. El centro de salud es, para Pasquel, un modo de estudiar la dinámica social urbana, en la medida que se erige “(...) como un confesionario del pueblo, lugar del tránsito por donde pasa toda nuestra población proletaria diciéndonos sus males” (1912b: 376). Los cuerpos infectos sirven como testimonio mudo de las condiciones higiénicas de la ciudad, en tal sentido es necesario hallar variables como raza y clase para recurrir a las cifras; el futuro médico emplea las cifras del doctor Enrique L. García, quien realiza un censo en 1908 (1912b: 376), donde el 42% de la gente se reconoce como blanca, pero ello es, a toda vista, falso porque son los indios y mestizos adinerados quienes se han registrado como tales. La cifra le permite establecer que solo el 10% de los autollamados blancos acude a los hospitales, de este grupo un mínimo 3% (999, aproximadamente) consta de mujeres; las cifras bajas se deben a que las personas de elevado rango social no acuden al hospital público, prefieren un médico de cabecera que los atienda en casa:

En esta colectividad social, la sífilis se oculta. Viejos prejuicios y extraños conceptos de una civilización esclerosada nos exigen callar. Médicos y enfermos se comprometen en una verdadera conspiración del silencio, el mal secreto serpea haciendo víctimas en la juventud, que ignora los peligros, por una educación equivocada (1912b: 378)

Los jóvenes y los casados limeños privilegian la visita a las prostitutas en pos de saciar sus deseos sexuales, pero esto expone a la honrada mujer y “(...) amante esposa recibe el virus infectante, la ley fatal de la herencia morbosa” (1912b: 379) que terminará impregnando la futura prole con estigmas

corporales y mentales. Es, entonces, el hombre el agente principal de contagio porque la mujer se halla sumida en una posición pasiva- reconocida como honesta- que restringe y controla su deseo; no importa que esta sea de clase superior porque, ciertamente, el mal se aloja entre la población gobernante y se mantiene silencioso, además que los miembros adinerados tienen medios para disimular las marcas sifilíticas.

El otro gran grupo se compone de pobres y obreros: 45772 hombres y 39596 mujeres, aproximadamente, ellos son los que acuden con mayor regularidad al hospital. Aun cuando estos no ocultan el mal, no se puede ayudar a la mejoría la gran masa, en tanto que el impulso higienista no se ha instalado “(...) ahí donde la incultura y la ausencia de higiene individuales producen todo el daño” (1912b: 379); es este marasmo de enfermedad e inmundicia lo que invita al médico a luchar contra las enfermedades físicas y las condiciones de salubridad en que está inmersa la población. Este grupo compone el complejo tramado étnico de la sociedad peruana y, en especial, la limeña; tal variedad racial tiende a la uniformización mestiza que se conserva fuerte frente a otras razas conducidas a la extinción⁸⁰:

Las demás razas, los judíos, los negros y amarillos, los humanos inferiores, se reúnen en un cuadro de borrosa policromía, moviéndose y actuando sobre un mismo plano social donde desarrollándose, á su manera, empujadas por la

⁸⁰ Clemente Palma, en “La última rubia. Cuento futuro”, nos presenta un narrador que se queja de la extinción de la raza caucásica: “En el año 2279 los mongoles y los tártaros, esas malditas razas amarillas, habían inundado el mundo y malogrado las razas europeas y americanas, con la mezcla de su sangre impura. No había rincón del mundo a donde esa gente no hubiera llegado y estampado la huella de su maldición étnica: no había un rostro que no condujera un par de ojillos sesgados y una nariz chata; no había cabeza que no estuviera cubierta de cerdosa y negra cabellera. Con verdadera rabia esos salvajes macularon la belleza europea, como para anonadar lo que ellos no podían producir. Quizá para asegurarse así las victorias del porvenir. Esa raza se extendió por el mestizaje, como una hiedra inmensa que hubiera cubierto el mundo, y al cabo de tres siglos apenas había uno que otro ejemplar de raza pura” (2006: 241). La visión palmiana respecto a la mezcla de razas no es aislada, Pasquel también parece compartirla cuando posiciona a los blancos como superiores por condiciones orgánicas y, como ya hemos visto, esto deviene en la asociación de enfermedad con los asiáticos (en el cuento semejan una mala hierba que acaba devorando las buenas plantas).

fuerza ciega de la herencia, con manifestaciones de pobre y oscura vida vegetativa (Pasquel 1912b: 380)

Dentro de la mescolanza de grupos étnicos, Pasquel ofrece resultados que nos permiten comprender que el mal gálico no se instaló exclusivamente entre la clase más baja; la sífilis tuvo mayor impacto a nivel proporcional entendiendo de forma decreciente y considerando la validez para ambos sexos- negros, blancos, mestizos, amarillos e indios. Con esto, se da cuenta que la población blanca es la que concentra el padecimiento; no obstante, el blanco es apreciado por su vigor, idealismo e inventiva, puesto que los americanos descendientes de rasgos caucásicos destacan en la sociedad peruana mediante la ocupación de puestos de poder, esta casta es la que “(...) tiene y tendrá siempre la supremacía y el primer rango en la familia humana” (1912c: 412). Son los llamados a manejar los asuntos del Estado porque son los más educados y quienes mejor representan el progreso, además de ser los responsables de los proyectos higienistas; curiosamente, esa es la contradicción que se cierne sobre ellos, ya que “(...) no dejan por esto de pagar grueso tributo á [sic] la enfermedad y la sífilis, que parece acomodarse bien donde existe ambiente de bienestar, los cuenta entre sus clientes más asiduos y preferidos” (1912c: 412). Resulta que la población blanca se enferma con rapidez por su capacidad adquisitiva⁸¹: la materialización tardía del matrimonio

⁸¹ González Prada también enlaza la asociación entre capacidad adquisitiva y raza blanca, pero su opinión dista de la postura de Pasquel. En “Necedades” (1906) comenta cómo, a través de los telegramas, se celebra que no hayan muerto los reyes y parece no importar los veinte muertos; su condena estriba en que los primeros son representantes del “(...) aparato fofo y anémico de un noble minado por la tuberculosis y la sífilis” (2016: 75). En consonancia con lo referido, dos años antes, había comentado en “Nuestros indios” que la sociología encumbraba la raza blanca en detrimentos de los indios y los negros, pero- para diferir de tales asertos- hace hincapié en que “Nos parece inútil decir que no tomamos en serio a los dilettanti como Paul Bourget ni a los fumistes como Maurice Barres, cuando fulminan rayos sobre el cosmopolitano y lloran la decadencia de la noble raza francesa, porque la hija de un conde sífilítico y de una marquesa pulmoníaca se deja seducir por un mocetón sano y vigoroso pero

se subsume al rápido deseo sexual que impele a la juventud a espacio del prostíbulo. Las prostitutas ofrecen caricias cargadas del mal silencioso y acechante que acabará inmiscuyéndose en el seno familiar; el mismo Pasquel asume que los pocos blancos, respecto al censo de García, que acuden al hospital son de menos intelecto, pero ello no es impedimento para que se desenvuelvan en un lugar más higiénico, pues su herencia orgánica los motiva a buscar la limpieza.

Los mestizos también acuden al hospital y, en este grupo, ingresan más mujeres que varones. Acerca de los indios, aun si constituyen la mayor parte de la población peruana, son pocos en la capital y por la pérdida milenaria se han ahogado en “(...) una pérdida ruinosa” (1912c: 414), la misma que ha provocado ocupen los escalones más bajos de la sociedad; los indios no son detentadores de exagerado ímpetu sexual ni cuentan con los recursos económicos, dado que siguen con pureza el curso normal de sus relaciones, las mismas que están orientadas a la “(...) perpetuación de la especie” (1912c: 414). Pasquel admite que el grupo indígena es mayoritario en el resto del Perú por la feracidad de las indias, pero eso no se da en Lima; curiosamente, los indios acuden en gran cantidad por otros males, la sífilis es casi desconocida para ellos y las cifras difieren de otros grupos:

Los números dicen elocuentemente de la baja morbosidad sífilítica: 20 por 1000 para los hombres y por 1000 para las mujeres, proporción que contrasta y salta con mayor relieve al compararla con las cifras que califican á [sic] los grupos étnicos vecinos: 30 y 21 por 1000 entre los blancos, 22 y 13 en los mestizos, 33 y 25 para los negros(1912c: 415)

sin cuarteles de nobleza” (1978: 6). De ambos textos se desprenden los dos grandes males del siglo: la romantizada tuberculosis y la temida sífilis son propias del sector aristocrático que externaliza su decadencia a través de la enfermedad.

La benignidad, pese a su ignorancia y poca higiene, reside en que no atienden el mal mientras no afecte a su trabajo. Además forman parejas estables, así no suelen unirse en vínculo matrimonial, y son fecundos; para Pasquel, esto no significa que los indios sean una mejor raza, considera que siguen siendo promiscuos al unirse accidentalmente e intercambiar, incluso, parejas entre sí. Otras enfermedades venéreas se instalan en ellos por la poca higiene, pero la sífilis no encuentra “(...) terreno favorable” (1912c: 416) en los sujetos. Esta visión, en cierta forma, animaliza a los indios porque estos solo obedecen los impulsos naturales de su cuerpo: la reproducción para alumbrar y el trabajo para mantenerse, parece que el mal selecciona a las víctimas capaces de buscar deleites y expresar una personalidad propia (los blancos, por ejemplo, son vistos como sujetos inteligentes que caen presa de sus pasiones)⁸².

Los amarillos- chinos y japoneses sin distinción- visitan el hospital por afecciones como la fiebre amarilla o el beri- beri; lo sorprendente, en la postura del autor, es que ninguna mujer asiática ha ingresado por sífilis⁸³, mientras que

⁸² González Espitia argumenta que la sífilis es una enfermedad altamente democrática porque es capaz de hermanar las diferencias raciales, sociales, educativas y locales; el mal se manifestó con la misma intensidad en Europa y evidenció la red de médicos latinoamericanos y las constantes actualizaciones de la ciencia trasladada desde el viejo continente. No obstante no se guía bajo la sanción de unir razas (todos padecen sus efectos por igual), sí se aprecia un temor por enlazar diferentes clases sociales, de allí que haya sido necesario que cada unión cuente con un certificado de salud y evidencia la necesidad de controlar las uniones bajo la institución: “In other words, it seems to have been more dangerous for the desired nation to see a marital relation among individuals belonging to different social strata than a relationship between a syphilitic Víctor and a healthy Alba. In sum, syphilis played a role in the fear of degeneration, not in terms of race but in relation to the unhealthy habit of bridging social classes” (2009: 266).

⁸³ El carácter de sorpresa reside en que la intelectualidad peruana consideraba a los chinos como el espacio donde se materializaba la abyección; por ejemplo, Clemente Palma, en su tesis de Bachiller, sindicaba que los chinos se hallan por debajo de los indios, no solo porque sean una nación decrepita y estúpida sino, sobre todo, corrompida: son incapaces de articular esfuerzos comunes y se han entregado a los vicios más despreciables. Si solo la coca produce embrutecimiento, el opio genera un clima que favorece el intercambio sexual sodomita, incluso los españoles y negros- tan dados a la lascivia- evitan mezclarse con estos por un asco primordial: “El chino lleva en sus venas los gérmenes repugnantes enfermedades que prueban

en los hombres se presentan 29 casos de chinos y 41 de japoneses. Mas esto no configura una imagen positiva porque los asiáticos son “(...) viciosos y corrompidos, quizá no figuran con la morbosidad que debieran, intoxicados por el opio y diezmados por la tuberculosis” (1912c: 419), de allí que se sancione su sola presencia en la urbe.

En los negros- el grupo de incidencia mayor y que conforma el 5% de la población limeña- la dolencia campea por “(...) su desarrollado sensualismo y los hábitos de ociosidad, que les son innatos, dándoles ocasión al vicio” (1912c: 418). En este énfasis destila, más allá de la visión del autor, una asociación con la población blanca limeña: la inclinación al deseo es una de las causas de la sífilis y, evidentemente, su impacto es mayor en los grupos étnicos que persiguen el goce. Aun si los negros no se unen en lazos legales (el matrimonio), esto no es exclusivo de ellos sino de toda la sociedad que incumple la tríada felicidad, moralidad e higiene propugnada en Europa. También, los pacientes recurrentes no son prostitutas ni féminas disolutas sino casadas que acaban siendo contagiadas por sus maridos.

Para Pasquel, las bajas cifras- en contraste con Europa, por ejemplo- no son del todo reales, pero sirven para medir el impacto de la enfermedad a

lo que digo: esas enfermedades son la tisis, la lepra y la elefantiasis, enfermedades que, como es sabido, son hijas de los vicios de sangre y de la debilidad y de la degeneración de las razas” (Palma 1897: 16). A su vez, la raza asiática es el espacio donde se condensa la impureza que busca erradicar el higienismo: aquello que ha expulsado su nación, pobres, viven hacinados, consumen opio, son raquíticos, cobardes y se entregan a prácticas sexuales que resultan reprobables: “Allí, donde sólo pueden vivir cómodamente diez individuos, se reúnen y viven ciento cincuenta, en una promiscuidad repugnante en la que estrangulan a la naturaleza. Entre las nubes de humo del opio, de ese veneno de la inteligencia, no se persigue sino una masa vaga de hombres de pesadilla revolcándose con ansias epilépticas sobre los jergones y el suelo, los ojos fijos en un ensueño extravagantemente hermoso que creen ver dibujarse en un punto del espacio: dando gritos roncós, mientras otros, movidos por una excitación enfermiza se entregan a infames contubernios sexuales, a un monstruoso androginismo” (Palma 1897: 19). Este panorama de decadencia física, moral y económica colisiona con los resultados de la investigación citada porque se demuestra que los asiáticos no conformaban el punto álgido donde se concentraba la enfermedad.

través del tiempo: la herencia de niños macilentos, los embarazos fracasados y las esposas enfermas surgirán de un “(...) foco generador de males y desgracias” (1912c: 422), el mismo que corroerá la nación por el gasto monetario que representan, el mismo que implica- en atención, internamiento y medicinas- una pérdida de 20 040 soles, cifra que llega a sumar 50 000 soles, aproximadamente, si se considera la fuerza de trabajo anulada en la etapa de convalecencia.

En suma, la relación entre femineidad y sífilis se da a partir del reconocimiento de la posición ambivalente que ocupa esta: se reconoce, y el discurso médico lo exige, la necesidad de incluir a las prostitutas en el proceso de modernización, pero ello acarrea normar la conducta de estas: regular el tránsito, emitir certificados de salubridad y anclarlas en espacios determinados. Asimismo, aparece otro actor social responsable del contagio en la mayoría de las féminas casadas: el hombre blanco casado, quien, por impulsos de juventud o necesidades sexuales insatisfechas, se contagiará y esparcirá el mal entre la que fuese su esposa. A su vez, la mujer cobra un rol relevante por su potencia materna, puesto que en ella reposa el futuro de la nación y su prole será macilenta y putrefacta si adquiere la sífilis, de manera que es sustancial la vigilancia y el estudio del cuerpo femenino: higienizar, controlar, examinar y cuantificar. El discurso médico reconoce el rol central de la mujer, pero se teje de forma ambigua: las de clase alta son dadas a la pereza y a los placeres, mientras que las de clase baja trabajan en exceso y habitan en condiciones inmundas; empero, son ellas también las víctimas de los deseos insaciables de sus maridos que fungen como agentes de contagio del temido mal del siglo, el mismo que, de lo expuesto anteriormente, se enlaza con los rezagos de un

grupo étnico valorado en Lima: la población blanca proveniente de un grupo con mayor poder adquisitivo.

2.2.3. La construcción de la sífilis después del descubrimiento de la arsfenamina: locura y recomendaciones (coda)

El arsénico se usó en el tratamiento de la sífilis desde 1810 hasta la mitad del siglo XIX, se le agregó yodo y mercurio, pero el arsénico se dejó de lado por su potencia venenosa. Hasta que en 1845, el profesor Danlos le pide arsénico a Armand Gautier, quien admite haber experimentado exitosamente antes con un derivado del arsénico, ya que varios enfermos mostraban resistencia ante el yodo y el mercurio. La experimentación continuaría dándose: se inoculó a cadáveres de heredosifilíticos, se inyectó directamente en el miembro de ciertos pacientes y se comprobó que el arsénico se eliminaba días después, pero su efecto no era duradero ni garantizaba sanidad.

En 1910, en el vigésimo séptimo congreso alemán de medicina interna, el médico y bacteriólogo Paul Ehrlich usó exitosamente el compuesto derivado de arsénico: aplicó a un grupo de ratones infectados con *Treponema pallidum* el componente 606, luego de varios intentos fallidos, y logró que se curarían. Así nació el salvarsán, el 606 o el arsénico que salva; su descubrimiento implicó un cambio en el tratamiento a nivel mundial: varios sifilíticos hallaron una cura al mal que los agobiaba y parecía no tener remedio; inclusive, Pedro Roca, quien redacta una tesis llamada *Ensayo de estudio clínico del Salvarsan*, indica que el compuesto se ha probado exitosamente en diversos casos de la escena local peruana; refiere, entre diferentes ejemplos, el caso de un paciente de 36 años alojado en la sala del hospital Santo Toribio en 1911 durante el mes de enero:

Sus lesiones actuales son de orden necrótico: presenta una destrucción casi completa de la bóveda [sic] palatina que pone en ancha comunicación los senos maxilares con la cavidad bucal, la destrucción es tan grande que pasa comodamente [sic] una pieza de un sol (...) la lesión activa radica en la nariz donde progresa un proceso necrótico ulcerativo que ha destruido buena parte del tabique y de las alas de la nariz (...) Recibe 60 centigramos del Salvarsan en suspensión por vía intramuscular el 13 de febrero (1912d: 528)

Tan solo tres días después, el estado calamitoso del paciente ha remitido con la aplicación de la arsfenamina: mejora considerablemente la cavidad bucal que ya estaba sanando y lo que resulta sorprendente es el proceso de cicatrización veloz que se da en la nariz, la cual ya no genera escozor ni dolor. El enfermo, en tan solo un mes, saldrá casi curado: pesa un kilo más, sus heridas han sanado, las costras van cayendo, y los niveles de su sangre son óptimos. Este hecho no es aislado, Roca consigna la visita de otro paciente con un chancro en el glande y una parcial destrucción del conducto renal, este recibirá 30 centigramos de Salvarsán y curará rápidamente. Las aplicaciones revelan un interés de parte de los médicos que, tan solo un año después del anuncio del descubrimiento, ya se encontraban experimentando la efectividad del compuesto; además, algunos pacientes- casi seguros de una rápida recuperación- se marchan apenas sienten una leve mejoría porque confían en el éxito del medicamento.

El descubrimiento del Salvarsán se antepone al uso del mercurio o iudorio de potasio que solían generar heridas o problemas gástricos; por ejemplo, en 1906, en el número 423 de *La Crónica Médica*, se inserta un anuncio (ver anexo 12) que ofrece productos de un médico parisino llamado doctor Doyen; dichos productos han sido testeados en hospitales de París y presentados a la Academia de Medicina en 1900, todavía el nombre extranjero está escrito en mayor número de tipografía, pero ahora existe la necesidad de

insertar años o datos que permitan localizar, en tiempo y espacio, la medicina. Si bien es cierto que no se menciona sífilis, no debemos omitir el compuesto denominado *Staphilasa Bromurada* que alivia los efectos negativos del ioduro de potasio y prepara el cuerpo para recibir administraciones masivas de tal fármaco; precisamente, los sifilíticos se quejaban de las afecciones digestivas y, con el fin de aliviar tal malestar, en los diarios se insertaban anuncios, los cuales se dirigían, aunque de forma indirecta, a los doctores que debían preparar el cuerpo de los enfermos.

De modo semejante, los mercuriales maltrataban a los sujetos infectados por el mal del siglo y no siempre, como hemos abordado previamente, constituían una cura, de allí que en la sección “Trabajos extranjeros”, perteneciente a *La Crónica Médica*, existe un artículo llamado “Los mercuriales en el tratamiento de la sífilis” del doctor Cerezo. Él señala que el tratamiento con mercuriales parece no funcionar cuando existe el chancro sifilítico que tiene sus propias particularidades y conjuga rasgos anímicos:

(...) antes de aparecer el primer bote de la sífilide, algunos individuos afectados de chancro ofrecen los caracteres de la cloro anemia, como laxitud, tristeza y decoloración de la cara, cuyo síndrome se alivia con el empleo de algunas sales de mercurio, pero es innegable que tal cloro- anemia depende más de la infección general que de la modalidad particular del chancro sifilítico, aun cuando haya reconocerse en ella una infección excepcionalmente precoz” (1899: 158- 159).

Empero, el chancro no tiene un período exacto para su aparición, ya que las causas oscilan entre contagio sexual hasta la herencia por los padres. También, algunos solo ostentan chancros benignos, a diferencia de otros que sí padecen una sífilis grave, con lo que el tratamiento con mercuriales no puede extenderse de manera indeterminada: el mercurio provocaba que apareciesen más pústulas, pero era el único y más eficaz modo que se conocía.

En consonancia con lo anterior, el mercurio se podía aplicar como pomada en las pápulas rojizas que generaba en diversas partes del cuerpo, aunque el médico acusa que en las partes expuestas- el rostro, por ejemplo- solía borrar todo rastro de mal, mientras que en los muslos dejaba un rastro escamoso. Lo peor, para los enfermos, no eran las huellas sino la nulidad de reacciones favorables, la misma que instaba la necesidad de suspender el tratamiento y buscar subsanar algún índice que evidencie “(...) la falta de un ambiente puro, en un rozamiento o irritación de los tejidos por causa externa, ya en el alcoholismo habitual ó [sic] en el linfatismo, ó [sic] ya en la mujer en el embarazo” (Cerezo 1899: 160). En otras palabras, el mercurio remitía cuando el paciente estaba sumido en un espacio poco higiénico⁸⁴ a expuesto a vicios; también, la sífilis no era un mal que solo afectara el cuerpo, en la medida que modula las emociones y determina la conducta.

En atención a la falta de una cura, se aplican pomadas como como colirio verde o cauterizaciones elaboradas a partir barra de nitrato de plata en “(...) las pápulas y los condilomas planos de los órganos genitales (Cerezo 1899: 160), con lo que- desde la visión extranjera- se investiga de forma activa los modos de paliar la acción de la sífilis en el cuerpo humano. Nuevamente, se señala que no se puede determinar si el futuro bebé es sifilítico porque la

⁸⁴ Este discurso que establece nexos entre la salud y la atmósfera, obviamente, no surge a partir de la nada, ya que se halla afianzado bastante tiempo antes del siglo XX. Veinte años antes, el doctor Moreyra solicitaba, por ejemplo, que se mejoren las condiciones de pureza del aire en una carta dirigida al director de la Sociedad de Beneficencia: “(...) Hallándose la atmósfera que participa éste [sic] hospital infestada por tanta inmundicia, como basura y animales muertos que han arrojado hacia su costado sur y que ocasiona ésta [sic] fetidez, males de gravísima trascendencia a los enfermos y a todas las personas que aquí habitan y especialmente para los Capellanes que perciben más inmediatamente esos aires corrompidos por la situación de sus habitaciones, me veo en la imperiosa necesidad de ponerlo en conocimiento de usted a fin de que se digne participarlo al señor Intendente de Policía para que dicte las providencias convenientes a ese respecto y, que por su acreditado celo y actividad disponga que en lo sucesivo no se vuelva a cometer semejante mal que ataca directamente la salud y aún la vida de las personas que antes se indicaron” (1963: 40). Este reclamo de limpieza de la atmósfera permanecerá hasta más allá del siglo XX.

madre puede contagiarlo durante el embarazo o, todo lo contrario, ella estar sana y el padre ser el agente que transmite el mal; la recomendación, en el caso de embarazadas con sospechas de padecer sífilis, es aplicar mercuriales al vientre de la madre y tratar al bebé sifilítico con ello. Estos procedimientos se revelarán como rudimentarios con el descubrimiento de la arsfenamina, la misma que contribuye a anular el carácter privado de este mal e impele a los propios médicos a informar que conocían como sanar⁸⁵.

Curiosamente, nuevamente, se actualiza el espectro en torno a la locura, pero ya no es la búsqueda del remedio lo que preocupa sino la ingente cantidad de sujetos que se creen sifilíticos y claman por la administración de la cura. Luis Arguedas, en su tesis *Contribución al estudio clínico de la sifilomania y la sifilofobia*, indica que la sífilis no solo causa estragos físicos en el cuerpo, sino que su sola amenaza o constatación puede alterar el estado mental de una persona: existe, por ejemplo, un tipo de neurosis llamada sifilofobia que no tiene ningún asidero real, son histéricos o padecen neurastenia y son calificados de simuladores o se les expulsa de los hospitales.

Sucede que varios sujetos acuden porque el descubrimiento del arsénico que salva- la arsfenamina- ha provocado que “(...) todos ó [sic] casi todos se crean sifilíticos, todos quieren aprovecharse de los beneficios que estos descubrimientos aportan en el diagnóstico y tratamiento de la sífilis” (Arguedas 1912: 536), en la medida que la sanación lenta y dolorosa del mercurio ha sido reemplazada por el arsénico 606 que es efectivo y rápido. Sin

⁸⁵ En 1924, en el diario *Nuestro Carnet Médico del Año*, se exhibía un anuncio (ver anexo 13) trujillano que invitaba a visitar al doctor H. Ortiz Silva, el mismo que detentaba un laboratorio y se exhibía como especialista en técnicas inmunológicas y terapias específicas, además que se resalta el término “Sifiles” junto a “Vías urinarias”; dicho de otro modo, el velo de censura que antes existía porque no se sabía cómo curar esta enfermedad parece haberse difuminado bajo la mirada médica porque ya se anunciaba que era posible su cura.

embargo, ciertos enfermos sí padecen alteraciones nerviosas o trastornos mentales producto de la *spirochaeta pallida*.

La sifilofobia consiste en un cuadro psíquico que expresa neurosis y- siguiendo a Benda, Guht y Laurent- se divide en el grupo de sifilomaniacos, sifilofobos sin causa real y sifilófos sintomáticos (sifilíticos). En el primer grupo, se muestra un caso del Hospital de Guadalupe del Callao, donde se presenta un tipo que dice escupir semen por la sífilis, creen que es alcohólico y lo ignoran; “Meses después lo vi completamente demente. Este enfermo era por consiguiente un degenerado sifilomaniaco” (1912: 539), reitera Arguedas y evidencia que los temores de la población capitalina eran palpables.

En el segundo grupo- los sifilofobos imaginarios con antecedentes de males venéreos- se ilustra con la historia de un enfermo, el cual cree padecer sífilis por presentar “(...) un eczema herpetiforme” (1912: 539) que es descartado de ser sífilis y recibe escasa atención. Poco después, el enfermo “logra” contagiarse y, apenas ingresa al consultorio, sin mediar palabra, exhibe una enorme cicatriz que surca todo su pene y ha sido ocasionada por un chancro; recibe el tratamiento de Salvarsan y se aleja sin los temores que presentó en la primera visita, pues ya no tiembla ni se lamenta como lo hizo en la primera cita cuando falsamente se creía enfermo.

Arguedas ejemplifica la condición del tercer grupo- sifilofobos verdaderos- con uno de sus amigos que acude en 1909 a preguntar sobre el chancro que cruza la base del frenillo de su miembro, los médicos prefieren aguardar a la fase secundaria para constatar el malestar, pero el enfermo cae en un estado que linda con la locura: “(...) todos los días contaba los pelos que se le caían de la cabeza, pues creía que la gravedad de su enfermedad estaba

en relación con el número de pelos desprendidos” (1912: 540), abandona sus estudios y cree que cada estigma en su cuerpo, el más mínimo, es señal de una muerte segura. Cuando está en peligro del suicidio, el doctor suscribe un tratamiento que conjuga las inyecciones del mercurio, cauterizaciones con placas de nitrato de plata y una postura higienista⁸⁶ (deporte, vida campestre, hidroterapia) para que la curación sea integral.

La sifilomania suele ser recurrente en degenerados (epilépticos o melancólicos), ignorantes respecto al verdadero avance del mal porque están inmersos en un sistema de creencias que exalta lo terrible de la sífilis: algunos cuadros son ligeros y forman parte de un nerviosismo pasajero, pero otros se revisten de gravedad y ligan la descomposición de los genitales con delirios (Arguedas utiliza el paradigma de un médico extranjero, cuyo paciente mutiló su miembro porque creía que este era el agente del mal y podría originar su muerte). Por ello, para los casos graves, se sugiere la vigilancia constante, la

⁸⁶ Siempre existía un continuo énfasis en la higiene; por ejemplo, en la Sección Nacional que incluye “Consideraciones sobre dos casos de Anemia por *Ankylostoma Duodenal* observados en el hospital ‘Victor Manuel’ de Lima” (1893) por el doctor J. B. Agnoli, el médico descarta tisis- debido al estado de delgadez de sus pacientes y a las continuas fiebres que los aquejaban- mediante la indagación de las condiciones en las que vivían: espacio ventilado, alimentación sana y abundante y poco esfuerzo físico. Más bien, se refiere el caso de un italiano llamado Josaf Maestrini, de quien se enfatiza que sus padres gozaban de buena salud, eran robustos y se alude a un posible caso de sífilis que luego se invisibiliza deliberadamente: “Nuestro enfermo de niño fue [*sic*] delicado; pero no tuvo enfermedad digna de mención hasta la edad de 20 años, en que contrajo un chancro que no resulta claro si fué [*sic*] simple ó [*sic*] específico. Ni desde entonces apareció ningún fenómeno que justifique un juicio tardío á [*sic*] este respecto. Sólo se nota el pelo algo escaso, y unos ganglios duros y pequeños en las ingles” (14). Posteriormente, se justifica que el paciente contraiga parásitos porque vivía en una colonia al otro lado de Chanchamayo para trabajar en dirección de las labranzas- se enferma de forma repentina porque “Los colonos no tienen lugar fijo donde depositar sus excretos [*sic*]. Satisfacen sus necesidades en la abierta campiña; y esto explica como las lluvias puedan arrastrar residuos de materiales de deyección que pueden mezclarse con los cursos de agua potable”. El médico no se detiene en los rezagos que pueden haber quedado producto de una sífilis mal curada sino, más bien, su mirada crítica las condiciones insalubres de las colonias de la Selva; en tal óptica, parece que fuese peor ser sucio que sifilítico. Esta visión cambia considerablemente después del descubrimiento del Salvarsán, en la medida que la higiene es un añadido para optimizar los resultados del medicamento.

detección de fobia, entre otros; lo resaltante es que se incide en el grado moral y anímico del enfermo porque es necesario evitar “(...) la masturbación y los vicios homosexuales” (1912: 542). Asimismo, se recomienda preservar la higiene: “(...) reposo psíquico, cambio de ambiente, hidroterapia, sport, aeroterapia” (1912: 542) y alienantes que contengan hierro, arsénico y glicerofosfatos para robustecer.

En la sífilis imaginaria, varios sifilofobos falsos son meramente motivados por, como ya hemos dicho, antecedentes venéreos. Su cobardía prolongada acabará derivando en melancolía y “(...) reacciones mentales (...) tan violentas” (1912: 543). La influencia de este cuadro se materializa entre varones intelectuales y letrados, los mismos que van en mayor número a consultorios privados; este temor no resulta solo de diagnósticos erróneos de médicos poco experimentados, sino, curiosamente, de la existencia de pasquines o avisos publicitarios que construyen un imaginario monstruoso:

(...) publicidad que los médicos inescrupulosos y los charlatanes hacen de los estragos de la sífilis; el ejercicio ilícito de la profesión médica ejercida por los herbolarios y otros empíricos y sobre todo la lectura de libros y publicaciones escritas por profanos, que con fines mercantiles explotan la curiosidad del vulgo, narrando los fantásticos resultados de la sífilis. El arte moderno explotando este tema ha contribuido con las representaciones teatrales y la pintura de los cuadros, ó [sic] aumento cada día más considerables de los atacados de sífilis imaginaria (1912: 544)

La sífilis no es un fenómeno aislado, pese a que Pasquel nos indica que los registros médicos no presentan cifras elevadas, la tesis de Arguedas nos expone un retrato de la sociedad limeña poco abordado: el temor a la enfermedad no se da en clases sociales bajas sino a nivel general; es más, los propios médicos expresan pavor ante la comprobación de ser sifilíticos. Arguedas expone el suicidio de un compañero de la carrera médica: E.M.,

quien se ahorca porque los doctores diagnostican el mal, hecho que se ampara en los antecedentes mentales maternos (su madre es una loca que se degolló) y en un “coito sospechoso” (1912: 556). Se aconseja no solo controlar la conducta sino, sobre todo, las lecturas porque “(...) No serán permitidos sinó [sic] aquellos que no afectan su estado nervioso, ausentes de impresiones fuertes, de actos delictivos y de todo aquello que podía exaltar su imaginación y sensibilidad” (1912: 558); si antes- a fines del XIX- se discutía que la sífilis ocasionaba locura, ahora se determina que la sola creencia de padecer el mal puede trastornar el devenir de la vida del sujeto. En sintonía con lo anterior, la sifilofobia verdadera surge por todas las heridas que causa la sífilis:

No es escaso el número de sifilíticos mercuriófobos [sic] es decir, aquellos que temen al uso del mercurio, al que atribuyen toda una serie de accidentes, como caída y destrucción de dientes, caries de huesos, ulceraciones que destruyen la nariz, enflaquecimiento y aun la caquexia; prefiriendo antes descuidarse de su enfermedad, que sucumbir á [sic] las consecuencias de un tratamiento mercurial” (1912: 559)

El temor al mercurio y la existencia de un creciente sistema que grafica o alarma sobre los estragos de la sífilis, se demuestra con la existencia de una cartilla que se vendía entre los estudiantes de instrucción fiscal o autodidacta; el cirujano dentista Ernesto A. Dam propalaba que la boca se configura como el principal medio de contagio de la sífilis por la facilidad con que sujetos de diversas edades o condiciones pueden interactuar con esta: “El beso, la lactancia, las aberraciones sensuales, y la introducción en la boca, directamente, de cualquier objeto o instrumento sucio, contaminado, sin perfecta desinfección previa [sic]” (1921: 40).

Las manos también son medio de contagio indirecto porque los restos de la “violenta enfermedad” (1921: 40) se acumulan entre las líneas y, de modo

inconsciente, al tocar nuestro rostro, nariz o boca, transmitimos la enfermedad. Inclusive, todo objeto de aseo personal representa un elemento potencial de infección: cepillos, pastas, boquillas, utensilios, brochas, entre otros; tan solo basta que se comparta con una persona infectada para contagiarse.

Dam estipula que la sífilis se da en tres etapas a nivel bucal: aparece un endurecimiento- chancro de Hunter- en el labio inferior, aunque también se da en la lengua, encías, amígdalas, carrillos y paladar. Al no curarse, sobreviene una segunda etapa donde la infección se difumina a través del organismo y se dan rasgos conjuntos del primario y del secundario: placas mucosas junto a ulceraciones en diversas partes del área bucal (labios, carrillos, bóveda palatina, etc. Respecto a la última etapa, esta puede tardar años y la persona puede creerse curada o, más bien, también puede enfermar de inmediato, ello se evidencia mediante la presencia de lo siguiente:

(...) *gomas*, tumores graves, de volumen variable y de marcha rápida a la par que destructora. Atacan los labios, con más frecuencia el superior, las encías, la lengua, la bóveda palatina, velo del paladar y las amígdalas. Frecuentemente las gommas del velo del paladar destruyen la úvula (o sea la campanilla) así como también, el progresivo desarrollo de ellos,- las gommas,- establecen comunicaciones anormales, por perforaciones, entre la boca y las fosas nasales (o sean las narices) (1921: 41- 42)

La sífilis corroe todo lo que encuentra a su paso: desde los labios hasta las fosas nasales, lo grave no es que desfigure el rostro, sino que se instale en objetos tan simples como los cepillos o el mínimo acto de dar un beso. Ante esto, recomienda una higiene correcta porque inhibe la progresión de la sífilis e impide que el mal incube: un lavado meticuloso, diario e íntegro, esto posibilita la reducción de efectos en los contagiados o aquellos que son sifilíticos hereditarios. Aconseja también evitar "(...) ciertas malas costumbres y vicios dañinos, no solamente para con la boca sino aún para el organismo en general"

(1921: 42), esto acarrea mantener los dientes sin caries, evitar heridas o rellenar las “(...) pulpas muertas, al descubierto, en constante descomposición pútrida (quiere decir, que producen pus)” (1921: 42) debido a que la sífilis destruye el aparato dental. Como añadido final, sugiere evitar alcohol, vicio del tabaco o alimentos fuertes, sobre todo en los recién enfermos o los heredosifilíticos.

Las palabras de Dam permiten entender el porqué del aumento de sujetos trastornados por el temor de contagio de la sífilis entre la población no especializada, puesto que, repentinamente, cualquier contacto físico abrigaba el potencial contagio de la sífilis y, con ello, la putrefacción del cuerpo: la boca con dientes que supuran pus, por ejemplo. Frente a la propalación de cartillas que alarman sobre el mal, se erige el Salvarsán que cura con celeridad y se reviste de una efectividad que el mercurio y el yoduro no detentaban, además de que generan un panorama donde el médico es capaz, tal como los chinos milagros del apartado anterior, de promocionar su trabajo con anuncios y sostener, sin temor a la censura, que puede aliviar los daños que ocasiona el conocido flagelo de la humanidad.



CAPÍTULO III

Entre aguas estancadas y cuerpos repulsivos: algunos *Cuentos malévolos* de Clemente Palma

Clemente Palma⁸⁷ publicó dos versiones de *Cuentos malévolos* en 1904 (Barcelona) y 1913 (París) prologadas, respectivamente, por Miguel de

⁸⁷ “Clemente Palma goza de una dudosa celebridad en el ámbito de la historia literaria moderna del Perú: tenazmente retrógrado- como lo atestiguan sus opiniones acerca de las razas inferiores, fundada en el positivismo y el prejuicio aristocratizante-, paradigma del crítico impresionista y cruel- suelen recordarse, puntualmente, sus lapidarios juicios a los poemas iniciales de César Vallejo., político al servicio directo del régimen leguista- fue diputado oficialista electo en 1924-, periodista agresivo y sardónico, inventor del personaje Juan Apapucio Corrales, que tras su apariencia populista y criolla ocultaba el hondo aristocratismo de su progenitor literario (SIC), Clemente Palma ha sido olvidado como uno de los fundadores de la narración breve en nuestro país, como cultor de una corriente exótica y esteticista que, en parte, puede ser adscrita a los códigos de lo fantástico y lo maravilloso (Elmore 1983: 1).

Unamuno y Ventura García Calderón. El primero evidencia cautela con respecto al título porque afirma "(...) no he visto, sino muy en parte, su malevolencia" (2006: 163), además de indicar que su interés surgió solo porque Clemente era hijo de Ricardo Palma. Pese a que no comparte el carácter de malevolencia, sí resalta el carácter ético y una especie de religiosidad anclada en "El último fauno", aunque reprocha la representación de Cristo en "El quinto evangelio" y la trivialidad de la muerte divina en "El hijo pródigo"; sobre este último destaca "La idea del perdón al ángel caído, de su final redención, con él, de todos los pecadores por grandes que hayan sido sus pecados, es idea profundamente evangélica" (2016: 167), así, pues, es justificable que Dios otorgue su perdón a Luzbel. Unamuno no valora los textos por su carácter transgresor sino, más bien, por su capacidad de infundirle ánimos para escribir; curiosamente, señala que Cuentos Malévolos es un libro valioso porque lo impele a escribir ensayísticamente acerca del perdón.

Ventura García Calderón, por su parte, escribe un prólogo con características más literarias antes que comentar los cuentos: se ubica él como personaje y Clemente como su guía a lo largo del ensueño que ambos experimentan producto de los excesivos cigarrillos egipcios que han fumado. En su ensoñación contemplan un jardín delicado junto a féminas pálidas que evocan las amadas enfermizas y que lindan con la muerte: "Y puras como estelares vírgenes, en medio del fango humano, vagaban Leonora, Ligeya, Morela, criaturas de neblina y de fiebre" (2006: 173); y el repertorio de escritores con los que ambos se deleitan: Thomas de Quincey, Edgar Allan Poe, Dante Gabriel Rossetti, Villiers de l'Isle Adam, de allí que se establezca un vínculo literario entre ambos. De hecho, como vimos en el primer capítulo,

ambos escritores comparten nexos con el modernismo; sin embargo, en el propio prólogo de Ventura, se evidencia cierto distanciamiento respecto al tipo de estética que construyen, pues, al inicio de sus viajes imaginarios, Clemente le dice que no es el paisaje de faunos y mujeres delgadas su destino, y se detiene en este:

Harapientos, lastimosos, mendicantes, vimos pasar a quienes no tuvieron religión o lirismo para engañar la miseria terrena, los que tomaron alcohol, y opio, y éter, y hachisch, y se crucificaron con agujas de morfina (...) cuando los paisajes humanos nos parecieron ruinas pedregosas y un inmenso gemido desgarraba las horas y el sollozo de Job sobre el infame estercolero del mundo” (2006: 174)

En el “estercolero del mundo” aparecen, recién, los personajes de las narraciones palmianas: Lina con las cuencas sangrantes, el carretero de “Los canastos”, las monjas de “El último fauno”, y demás; lo resaltante es el viraje que experimenta el paisaje, en la medida que se distancian de las creaciones humanas grecolatinas del comienzo y llegan a ruinas donde Clemente le advierte “No tema usted, estamos en mi tierra natal” (2006: 175). Justamente, es este temor que parece experimentar Ventura García que instaura una escisión importante en la cuentística de ambos: Clemente se inclina por paisajes incomprensidos por sus congéneres, incluso el propio Ventura se distancia de él y experimenta una extrañeza que lo lleva a pensar en una doble existencia.

Dicha existencia se relaciona, posiblemente, a los gemelos Feliciano y Macario que se hallan presentes en “Un paseo extraño” y “El príncipe alacrán”; así como se difuminan los límites identitarios de ambos personajes, se instala un quiebre en la concepción de Clemente Palma: Ventura nos presenta a un ser con reminiscencias de “(...) un español seco y enteco de aquellos que torturaban en calabozos y daban en venganza de unos celos el corazón del

traidor a los lebreles” (2006: 175- 176), quien posee, probablemente, una doble vida: la primera se halla anclada a la figura paterna, al deber como hombre de letras en el ámbito periodístico (director de la revista *Variedades*) y al padre de familia, mientras que la segunda concibe historias que remiten a vidas pasadas o a mundos alternos ubicados en Marte, Aldebarán o demás.

La importancia de apreciar esta división reside en que Ventura García incide en la singularidad de Clemente Palma con respecto a la narrativa limeña y a él mismo, de allí que haya algo más en Clemente que escapa a los tópicos modernistas y le asigna la capacidad de infundir temor. Precisamente, nuestro análisis trata de develar eso que perturba a Ventura García porque, como veremos al comparar un cuento de temática común, el enfoque palmiano rebasa el modernismo. A continuación, nos concentraremos en “Un paseo extraño (extravagancias de mi hermano Feliciano)”, “El príncipe alacrán” y “Leyenda de Haschisch” para abordar la construcción de lo abyecto en torno a la urbe y al cuerpo.

3.1 La inmersión en las alcantarillas: “Un paseo extraño (extravagancias de mi hermano Feliciano)”

“Un paseo extraño (extravagancia de mi hermano Feliciano)” es una narración que se incluye en la segunda edición de *Cuentos malévolos* y presenta a los dos hermanos gemelos Feliciano y Macario, morfinómano y alcohólico, respectivamente, los mismos que aparecen en “El príncipe alacrán”⁸⁸; sin embargo, es otro el relato donde se nos cuenta el origen de ambos y el porqué de su vida acomodada: “El credo de un borracho”, el mismo

⁸⁸ En otro acápite analizaremos con mayor detenimiento “El príncipe alacrán”, por lo que no nos concentraremos en los hechos acaecidos en este.

que apareció el 30 de junio de 1901 en *El Comercio* y volvió a aparecer el 14 de setiembre de 1907.

En este se evidencia la ascendencia acomodada de ambos, pues son herederos de una “(...) inmensa fortuna, que administraba un tío, y nos producía una renta más que suficiente para la satisfacción de nuestras necesidades” (Palma 2006: 421), de manera que carecen de apuros económicos. La ausencia de preocupaciones pecuniarias y la facilidad de evadir el trabajo acerca al narrador Macario y a su hermano a la despreocupación que exhibe el personaje paradigmático de Husymans: Des Esseintes, quien marcha fuera de París a una casa de campo en Fontenay que acondiciona suntuosamente según sus necesidades y lleva a dos viejos servidores para que realicen los quehaceres, además que deja su herencia nobiliaria en manos de un familiar. Hasta este punto, el cuento parece ser una mera imitación de los gustos decadentes del degenerado duque porque ambos hermanos no son capaces de mostrar habilidades atribuidas a la burguesía (administración); es más, Feliciano se marcha a las afueras de la ciudad y erige un palacete extravagante con una “habitación subterránea espaciosa” (Palma 2016: 421) acondicionada de forma extravagante que evidencia el siguiente aspecto:

Media habitación estaba alfombrada con piel de vicuña tendida sobre un pavimento blandamente colchado; había cuatro mesitas de un pie de altura, formada por cuatro bacantes de plata quemada que sostenía un octógono de mármol negro; por todas partes había cojines desordenadamente esparcidos. La otra mitad de la habitación estaba estucada con un mosaico negro sembrado de lises rojos y todo el mobiliario se reducía a dos sofás, exageradamente mullidos, y a dos *chaises-longues* de convaleciente (Palma 2006: 421)

El elemento que instaura una diferencia no es solo el salón denominado “templo de Sileno”. El primero establece una disimilitud, en la medida que la

habitación demuestra fines distintos: Des Esseintes no recibe visitas porque decide dedicarse a una travesía interior y al estímulo de sus sentidos, mientras que Feliciano busca congregarse a sus amigos de borracheras en reuniones. Lo otro es el elemento “extraño” para la estética decadentista y conocido para el campo de lectores peruano: la vicuña, recordemos que este animal no es solo símbolo del escudo patrio sino, también, una especie que españoles e incas reconocían como precioso. Así, si Des Esseintes se rodea con cajas japonesas, piel naranja, muebles provenientes de España o de siglos pasados, Feliciano opta por una alfombra que se conecta a la cultura de valoración criolla y otorga localización a la atmósfera recreada. Es por eso que los dos hermanos no acusan un origen nobiliario como sí lo hace Huysmans, de manera que ambos, probablemente, desciendan de alguna familia criolla adinerada y, por ello, exhibir tal alfombra es una muestra de alcurnia, además que evidencia el porqué de su rechazo a los mandatos de trabajo burgueses.

Posteriormente, descubrimos que existen dos estantes que guardan aparentemente libros, pero estos se revelan como botellas de alcohol, tales como las de transición (cervezas), sangre (vinos) y aguas (aguardientes); en las primeras se hallan las famosas aguas de Vichy de ascendencia española, mientras que en las últimas se encuentra el aguardiente de caña, es decir, otra vez, se conectan elementos relacionadas a la cultura inmediata limeña: el componente hispánico y el andino. Luego, el narrador testigo focaliza su mirada en los licores provenientes de África y Asia : “(...) concebidas por el sibaritismo de otras razas, quizá más idealistas y por tanto más refinadas y corrompidas que las nuestras”, de allí que se evidencie que el cuento no se ubica en el espacio europeo (se señalan vinos españoles y alemanes) ni en Oriente o

África; este suceso es importante porque evidencia- tesis que defendemos- una apropiación de los códigos decadentistas a partir de una óptica anclada en el espacio peruano y que juzga negativamente la idea de raza en el Perú. Es cierto que no es una alusión específica, pero los pequeños detalles filtrados fracturan el discurso que analiza los cuentos de Clemente Palma sin buscar un correlato histórico, pues estos omiten el proceso de apropiación, donde, inclusive, se ubica en un espacio paradójico que lo impele a valorar los signos de “nobleza peruana”, pero también a reconocer una mancha originaria que nos vuelve aún más atípicos: la raza mezclada deviene en Feliciano que se embriaga hasta ser semejante a “(...) una bestia epiléptica” (Palma 2006: 423); en otras palabras, en el medio orquestado en el cuento se evidencia la degeneración racial que explica el porqué de la inutilidad del hermano bebedor.

Dicha degeneración se traduce el ámbito psicológico, en tanto que- siguiendo a Nordau- solo se concibe la genialidad a través del tamiz del vicio: los grandes artistas como Edgar Allan Poe, lord Byron y Goethe solo pueden haber concebido sus creaciones a través del alcohol, el cual presenta gradaciones acorde al carácter de virilidad que cada uno ostenta (las cervezas y vinos son para los andróginos, mientras que el ron es para los varones resistentes). Si bien es cierto que Feliciano se identifica con los decadentes romanos y europeos, no deja de atisbarse un tono paródico en la construcción de sus supuestos modelos:

Yo quisiera ser cuervo; negro, muy negro. El cuervo bebé más que cualquiera otra ave; se come o mejor dicho se bebe a los borrachos que mueren desamparados en algún estercolero o muladar. ¡Sería curioso! Yo de cuervo tendría que comerme a mí mismo ¡Compañeros, una copa de *whisky* por los cuervos! (Palma 2006: 424)

La parodia consiste en la antítesis de uno de las aves más famosas del imaginario en torno a Edgar Allan Poe; en el capítulo I, comentamos la importancia de esta figura que introduce los tópicos de las primas amadas condenadas a morir y los temores humanos; empero, el cuervo de Feliciano, quien hasta alude al poema de Poe, se caracteriza porque no atormenta psíquicamente al protagonista, sino, todo lo contrario, deviene en un ser carroñero que solo puede devorar los cuerpos alcoholizados arrojados en zonas infectas. Este cuervo estercolero es el áter ego de Feliciano, quien invita a otros alcohólicos varones a tramar una orgía de embriaguez y pide que se arroje su cuerpo, semejante a heces, a la cerveza. Habíamos dicho que este personaje provenía, al parecer, de un sector de clase alta que, aunque sin títulos nobiliarios, detenta tierras y una renta capaz de permitirle mantenerse en la holgura; lo más resaltante es que este sector reconoce una serie de prácticas necesarias para instalar un espíritu cosmopolita (el alcohol proveniente de otros continentes y realizado con distintas materias) en consonancia con elementos de una élite particular (el aguardiente de caña y la alfombra de vicuña sobre la que se revuelca), pero, pese a esto, Feliciano no puede dejar de hacer eco del espacio al que está circunscrito: la mierda, y de esto trataremos a continuación.

3.1.1 La reconversión de la alcoba: la continuidad entre la tina y el desagüe

Los gabinetes burgueses se caracterizan por la primacía del confort luego de ir al trabajo, así estos se componían de multitud de elementos provenientes de diversos estadios porque se trataba de realzar el nivel cultural; sin embargo, Moretti destaca el gabinete como espacio de relajación para un sujeto

que ha laborado a lo largo del día y necesita un momento de distensión. En el caso de los gabinetes modernistas estos también forman un cúmulo heterogéneo de objetos con muebles provenientes de diferentes culturas: desde esculturas griegas hasta obras chinas; asimismo, la biblioteca adquiere un rol relevante porque esta configura la singularidad del modernista frente a los hoscos gustos burgueses.

En ese sentido, el gabinete de Feliciano se gesta como un espacio que va en contra de la ética burguesa, dado que él no descansa luego del trabajo, sino que ese es el espacio donde realiza labores que lindan con lo extravagante, las cuales solo es capaz de compartir con “(...) personas de su calaña nerviosa” (Palma 2006: 312), es decir, el gabinete no es un espacio de descanso. De la misma forma, Feliciano rechaza hablar de los negocios concernientes a la herencia de su madre porque confiesa que no ha dormido en varios días y “(...) no tendría cabeza para cálculos y combinaciones” (Palma 2006: 312), esto lo aleja más de Macario: ambos no trabajan, provienen de una clase- criolla si atendemos a que el cuento anteriormente señalado demuestra su cercanía al espacio inmediato- que les permite vivir a base de las tierras producto de la herencia materna. La gran diferencia es que Feliciano ostenta un vicio que el médico Nordau achaca a los degenerados en grado extremo: la dipsomanía. Este alcohólico, a su vez, exhibe una biblioteca que es mucho más lejana a los modernistas y a los burgueses:

Estaban una curiosa edición del *Gentibus Septentrionibus*, de Olaus Magnus, llena de candorosos grabados en madera representando hombres, países y monstruos; la *Cosmographia*, de Munster, edición de 1596; la *Geographia*, de Strabón, edición de 1562; la edición latina de 1570 de Dioscórides; otra de los *Viajes* de Marco Polo; el *Hortus Malabaricus*, de Rhede; el libro de los *Monstruos*, de Aldobrandí; antiquísimas cartas geográficas y derroteros seguidos por infinidad de navegantes de antaño inclusive el *Períples*, de Hannon el Cartaginés, y colecciones de vetustas láminas de orquídeas,

criptogramas, moluscos y animales estrambóticos con la torpeza técnica de los dibujantes primitivos (Palma 2006: 313)

Los referentes literarios se componen por una serie de libros que contienen alusiones geográficas sobre países o continentes que resultaban desconocidos para la época: la difusión del espacio chino a manos de Marco Polo, por ejemplo; a estos se les atribuyen términos que configuran la noción de antigüedad: “vetusto”, “primitivo”, “antaño” y “antíquisimos”; es más, su hermano gemelo Macario ironiza sobre la pertinencia de estos textos en la época: “La verdad es que el viajero moderno estaría lucido [sic] si fuera a creer en todas estas paparruchas y se guiara por estas narraciones fabulosas y derroteros tan inexactos como enrevesados” (Palma 2006: 313). Feliciano es, pues, un descentrado, en la medida que no se acomoda a los imperativos burgueses del trabajo ni tampoco a la modernidad que suponen los avances científicos del XIX: las antiguallas que leen remiten a información controversial y donde los viajeros carecían de un registro objetivo, de manera que se destacan los dibujos y las exageraciones monstruosas como evidencia de la poca veracidad de estos documentos.

Ante la pregunta del espacio al que viajará, el alcohólico gemelo afirma que recorrerá un “(...) país no menos extraño y curioso que los que describen Olaus, Munster y Marco Polo” (Palma 2006: 313), además de ostentar una flora y fauna singular y desdeña a los viajeros llamados modernos; así, se crea una oposición básica entre lo moderno que es objetivo, documentado y carece del factor sorpresa frente a lo antiguo que es subjetivo, ilustrado y se reviste de extrañeza. Feliciano, al igual que los decadentistas que experimentaban con estupefacientes o como Des Esseintes que buscaba nuevas experiencias para incrementar las sensaciones, persigue una experiencia que trascienda los

registros de lo normal, esto se traslada a la escafandra que ha mandado a traer: el traje especial que sirve para inmersiones marinas o espaciales es un signo de la anomalía de este personaje, pues no se siente a gusto en el espacio donde se desenvuelve. Macario, por su parte, normaliza el viaje como parte de un cúmulo de indagaciones propias de la época; recordemos, como vimos cuando tratamos la experiencia de los tuberculosos en el sanatorio o en la travesía, que los viajes eran una forma de afianzar el ser cosmopolita y devenir en ciudadanos del mundo, de allí que para este sea “Probablemente sería una humorada de hacer el Robinsón por algún tiempo en alguna isla desierta, en las condiciones más peligrosas y extravagantes, como era todo lo que mi hermano ideaba en el delirio de sus estupendas borracheras” (Palma 2006: 314).

Se reconocen lo extravagante, es decir, el estar fuera del horizonte de expectativas normales, pero Macario concibe el viaje desde la mirada de la modernidad: cree que Feliciano partirá en buque hacia una isla solitaria y, con ello, despliega una serie de prácticas que nos remiten a las despedidas ocasionales a fines de siglo: esquila informativa, adiós durante la mañana y zarpar en buque. Además, lee los textos del gabinete mientras espera la partida que, a todas luces, se ha retrasado y evade la imagen clásica del inicio de una travesía:

Esperé hasta las doce leyendo en su gabinete un curioso libro titulado *Cosas admirables y más admirables elogios de ellas*, publicado en el año 1676 por la casa impresora de Reineri Smeti. Entre los elogios había uno titulado *Elogio de las pulgas* por Celio Calcagni; otro de las moscas, por Francisco Scriban; otro de la fiebre, por Juan Menap; otro de las sombras, por Juan Dansa, y finalmente una de la sordera por M. Schecki (Palma 2006: 314)

En este punto el viaje experimenta un cambio fundamental porque ya no solo se remiten a experiencias primeras de europeos frente a nuevos

continentes, sino que los elogios nos direccionan hacia un imaginario que escape a los preceptos higienistas. Recordemos que Alain Corbin y Dominique Laporte inciden en la necesidad de desodorizar los espacios y eliminar los rastros de contaminación que portan las alimañas y la enfermedad: las pulgas, las moscas, las sombras, la fiebre y la sordera construyen un campo metafórico de la morbidez. El viaje adquiere otro tinte porque el espacio que desea recorrer Feliciano se convierte en, simbólicamente, aquello que el discurso de la modernidad busca omitir a la luz de los progresos tecnológicos y médicos. Es más, el elogio nos demuestra la afiliación que experimenta Macario, de manera que no es la mirada crítica del higienista que desea penetrar en el campo de lo privado, como representación del Estado, para eliminar la potencial transmisión del mal; sostenemos esto porque Feliciano se desplaza en espacios cerrados, carentes de corriente de aire y que demuestran una focalización en el agua estancada cercana a los desagües:

El mismo día en que Feliciano recibió su escafandra quiso probarla, y para ello hizo llenar de agua la amplia tina de mármol en que se bañaba. En los primeros ensayos no estuvo feliz, pues, a veces, la cantidad de aire respirable que se producía en el depósito no era suficiente, y el nuevo buzo se veía acometido por las angustias de la sofocación (Palma 2006: 315)

La visión del cuerpo desnudo y los baños prolongados en una tina son sancionados por los higienistas, a decir de Alain Corbin, en la medida que facilitan actitudes onanistas- recordemos que la masturbación era considerada como el inicio de las enfermedades- y, además, prefiguran personalidades débiles y lujuriosas: el agua maltrata el cuerpo y lo convierte en fofo, además solo las prostitutas buscan bañarse constantemente. Feliciano escapa, otra vez, a estas sugerencias, ya que no solo no se baña por indicación médica, lo hace para aprender a dominar la escafandra que ha adquirido, proceso en el cual se evidencia la falta continua de aire: se sofoca y respira difícilmente. El

lugar del baño es, entonces, el asidero donde los gérmenes y las bacterias proliferan, mas aún si es caliente y el aire carece de dinamicidad.

Así, convierte su cuarto de baño en “(...) la alcoba más estrambótica del mundo” (Palma 2006: 315), mantiene el agua caliente y duerme en la tina de baño con una temperatura que oscila entre 30 a 38 grados; el excesivo calor que linda con la fiebre y la transformación del baño en alcoba actualiza la falta de principios higiénicos y, por ende, morales del personaje: no solo su carácter es estrambótico, sino que su cuerpo es el instrumento donde habita la enfermedad, ya no solo porque sea alcohólico sino porque se entrega a un culto donde contempla su cuerpo desnudo a un tipo de calor que el propio Macario reconoce como ideal para que se mantengan los gérmenes.

Es más, duerme en la tina: “De noche se desnudaba gravemente como si estuviera en su domicilio, se ponía su casco de buzo, encima una camisa de dormir, cogía un libro y se acostaba” (Palma 2006: 315); no solo trastorna las expectativas del descanso posterior al trabajo e invierte la figura del viaje moderno, sino que, más peligroso aún, se afilia a las aguas estancadas que albergan miasmas capaces de expandirse hacia la sociedad y contaminar. Corbin señala que el Estado ingresa porque descubre que la infección no se halla en las afueras de la urbe ni exclusivamente en los hospitales, tampoco en los pobres que merodean por las calles, así el caldo de lo mórbido se asila en el espacio doméstico. Precisamente la presencia del agua irradia un efecto que distorsiona la realidad circundante del hermano dipsómanos:

La luz de la palmatoria le llegaba a través de capas líquidas con una gran fuerza. Las imágenes de todos los objetos del cuarto tomaban proporciones enormes, y cuando agitaba la superficie del agua con una chapoteada, las imágenes de los objetos se entregaban a una danza infernal, en la que las líneas y colores de un objeto se precipitaban sobre las del otro, se enredaban,

se anudaban sin concierto, hundiendo por ejemplo el lavatorio deformado dentro de las carnes destrozadas de una Níobe de mármol (Palma 2006: 316)

Enormidad y caos informe es lo que genera la cercanía de aguas inmóviles, donde se chapotea porque esta no circula continuamente y lo que provoca es la disolución entre los límites que alcanzan a la figura mítica “de una Níobe de mármol”, símbolo griego del dolor y la tristeza por la pérdida de los hijos. A diferencia de los modernistas que enarbolan a las ninfas y símbolos clásicos, esta visión abjura de la permanencia- Níobe es convertida en piedra en el mito- y metafóricamente destroza los ideales clásicos de belleza: el agua infectada no solo deconstruye el imaginario aseado en torno a la modernidad sino también los vestigios en torno a la belleza y la armonía que nos son heredadas como una tradición modélica.

Esta agua de la tina, donde la lectura se convierte en un hecho sumamente singular: Feliciano convierte la experiencia de leer en un acontecimiento único e irrepetible porque cada libro es arrojado al día siguiente: lo que busca es mostrar la fugacidad de los hechos a través de la continua subversión de los hábitos burgueses: el confort es se exagera hasta convertirse en un hábito dañino para el cuerpo; como Des Esseintes que trae flores extrañas a su casa, este personaje materializa lo siguiente:

Un día se le ocurrió exagerar su invento e hizo traer una docena de barbos, peces rojos, ranas y otros animales de río, para darse el placer de verles pasar entre sus ojos y las páginas. Por fin, Feliciano se cansó de esta diversión, y una mañana despidió bonitamente a las ranas y peces por el ancho desagüe de la tina. Además, una de aquellas había tenido la desvergüenza de devorarle una parte del colchón y de morderle los tubos del caucho que conducían el aire exterior, y en una ocasión se despertó ahogándose con el agua que se le introducía por la boca y la nariz (Palma 2006: 316)

Los animales de río que trae son contados de esa forma porque no son fáciles de adquirir: los barbos, por ejemplo, provienen de Europa, es decir, Feliciano instaura una experiencia otra del acto de descanso a través de que

no solo el baño- alcoba sea próximo a lo mórbido, sino también su cuerpo que está en peligro de deceso. Resulta sintomático que Feliciano arroje todas estos seres marinos por “el ancho desagüe de la tina” porque ya no es solo el agua estancada en un espacio caliente y carente de aire: mencionar el tamaño es revelar la continuidad trazada entre la tina y el desagüe; justamente, las alcantarillas son el signo que la modernidad necesita ordenar para poder acondicionar la vida de los ciudadanos: esos ríos de podredumbre capaces de esparcir pestes y, al ser contemplados en las calles, recordar que el higienismo todavía tiene tareas pendientes que resolver hacia fines del XIX: la construcción de las alcantarillas.

Cabe destacar que el baño se ha convertido en una alcoba, así que la cercanía del desagüe se traslada al espacio íntimo por excelencia: la habitación, de allí que exista un campo metafórico, como hemos dicho, de lo mórbido en todos sus niveles: las aguas subterráneas se conectan con los ríos donde habitan los animales que sirven de diversión para nuestro personaje, pero esta agua estancada es el símbolo de la miasma, el peligro que con su sola existencia representa el fin de la sociedad desodorizada, de allí que Feliciano esté a punto de ahogarse con esta cuando pretende respirar. Simbólicamente, los animales tratan de devorar aquellos signos que dividen el cuerpo de Feliciano con respecto a estos: el colchón es símbolo del intento de convertir la tina en una cama y el caucho es la conexión con el aire exterior, así se da un doble recorrido; en el primero es Feliciano buscando una experiencia extraña a través de la lectura de textos antiguos, pedidos realizados al extranjero de un equipo especial y reconfiguración de los espacios domésticos.

En el segundo parece demostrarse que este pertenece a las aguas infectas porque estas no solo albergan su cuerpo desnudo y dormido, en la medida que penetran en él y lo impelen a buscar deshacerse de los animales a través de la conexión con el desagüe, pero este detalle nos revela el grado máximo de los líquidos contaminados: los ríos subterráneos que ha construido la modernidad para evitar que las heces y la basura se halle en las plazas y parques a la luz del día; esas aguas servidas están relacionadas a la esfera privada del protagonista.

3.1.2 Por las redes miasmáticas: las alcantarillas y las bestias rastreras

La travesía de Feliciano no es hacia lugares remotos ni que requieran de medios de transporte, le basta su escafandra, una pica y una linterna; contra las expectativas de Macario, el dipsómano revela que para el viaje le bastó solo una noche y, además, no necesitó recorrer grandes distancias para hallar un reino subterráneo justamente debajo de la ciudad que ha arrojado, si seguimos “El credo de un borracho”, sus extravagancias fuera del centro de la urbe:

Levantó la tapa del buzón que había en el centro de la calle, y obscuro reino de las alcantarillas, en esa red sinuosa de callejas de un metro de ancho, que constituye todo un mundo subterráneo, toda una ciudad en sus calles y sus habitantes. A modo de un turista se había provisto mi hermano de un plano del alcantarillado. Caminó algunos pasos y se vio envuelto en una obscuridad espesa, dura, que apenas podía romper la luz de la linterna (Palma 2006: 316)

Las alcantarillas representan el intento de reorganizar las excretas de las emergentes sociedades industrializadas, además de controlar la basura existente en la misma superficie: se crea una red de estas porque así se evita la propagación de enfermedades, además que limpieza es equivalente a civilización. Recordemos el lema que esgrime el barón de Haussmann, a decir

de Dominique Laporte: “Todo a la alcantarilla”, de modo que esta se convierte en el gran repositorio de los desechos de la ciudad; sin embargo, esta otra ciudad gestada a expensas de lo que la civilización arroja, y que cuenta con un mapa producto del planeamiento previo que existió para que sea gestada, es capaz de albergar vida en medio de las penumbras y devela una existencia que ni los mismos hombres son capaces de imaginar.

Entonces, el ingreso de Feliciano desde arriba y como representante de la sociedad civilizada deviene en el trastorno general de la vida que transcurre entre las alcantarillas: “Millones de cucarachas rojas se pusieron en movimiento, estaban azoradas con la luz y muchas se precipitaban locas sobre Feliciano, pataleando para impedirle que avanzara” (Palma 2006: 317). La presencia del gemelo alcohólico instaura otra oposición: arriba- luz frente abajo- oscuridad, ambas nociones no solo dan cuenta de divergencias espaciales o lumínicas sino, sobre todo, de seres que rebasan la extravagancia y marginalidad. Por ejemplo, miles de cucarachas vuelan hacia Feliciano en un intento por detener su incursión y este las humaniza en un principio, pero luego se percata que los bichos van más allá de comparaciones humanas:

La pared estaba tachonada de puntitos que tenían el brillo de la miel y todo eso se agitaba, subía, bajaba, huía, atacaba, se desplomaba sobre el agua y volvía a subir para volver a caer sobre el importuno. Había sitios en los que el muro se había derrumbado y formado pequeños montes de barro y piedras, y sobre los que tenía que pasar Feliciano; allí tenían los sapos su madriguera; allí también había culebras inofensivas y lombrices, que al ser pisadas por Feliciano se enroscaban a sus pies en los estertores de la agonía. En otros lugares, la bóveda estaba tachonada de unas pequeñas masas colgantes que parecían higos: eran murciélagos que dormitaban, y al despertar observaban inquietos las maniobras de mi hermano, al que luego seguían dando torpes vuelos, cegados por la luz y chocando frecuentemente contra el casco y la linterna (Palma 2006: 317)

La pared y el techo están tachonados, es decir, repletos de alimañas que se acumulan de manera informe y son vistas como una presencia dinámica

cuyos movimientos cambian de manera abrupta: suben, bajan, atacan, escapan y caen; recordemos que los proyectos monárquicos y burgueses buscan ordenar las aguas servidas y las excretas porque estas contaminan y se oponen a la regulación que suponen las construcciones y el concreto: la naturaleza es un marasmo de olores que engarza, sin distinción, desde lo floral hasta lo animal. De manera similar, en las alcantarillas las construcciones humanas (verbigracia, el concreto) se mezclan con la naturaleza, pero no es un amalgama armónica ni más fuerte; todo lo contrario, la naturaleza del mundo bajo corroe los muros hasta convertirlos en un amasijo de piedras y lodo.

El lenguaje del narrador experimenta limitaciones para aprehender ese montón de seres que contempla: aparecen sapos y culebras que históricamente se vinculan al imaginario medieval de la miseria y satanismo, de manera que representan lo negativo frente a Feliciano que “las aplasta” por puro placer. A este grupo rastrero y rechazado por su fealdad, se le ubica entre los escombros oscuros de las paredes que sus fuerzas y la acción natural están destruyendo. De modo similar, la voz narrativa no puede señalar directamente el objeto sino solo de modo diferido: los bichos amontonados y los murciélagos, tal como un símil, se parecen a la miel y a los higos, de manera que hallar esa semejanza es hacer patente la distancia que existe entre el objeto y el modo de significarlo. Otra vez nos hallamos ante una antítesis, puesto que aquello dulce y comestible es equiparado con lo que debería producir asco; el narrador revela, entonces, incomprensión con respecto a este nuevo mundo que no solo no deja de hallarse en movimiento y

escapar ante su vista, sino que también se resiste a la simbolización.⁸⁹ Veamos la siguiente imagen acerca del cadáver de un perro:

(...) brillaba desde lejos por efecto de la putrefacción, como si estuviera bañado de fósforo líquido. El cuerpo del animal estaba cubierto de innumerables bestiecillas asquerosas que pululaban, se introducían en las entrañas y salían por la boca, las vacías cuencas o por las devoradas ancas (Palma 2006: 317)

La reiteración de solo aproximarse- el uso del “como”- siempre sin poder indicar la presencia viscosa que ha emanado del cuerpo putrefacto evidencia la incesante búsqueda del narrador para captar este nuevo espacio, donde todos se mueven sin lineamientos y en grupo; no deja de ser significativo la imagen de las “bestiecillas asquerosas” que entran y salen por el cuerpo del perro, si es que recordamos el cuerpo de Feliciano dormido sobre la bañera: los peces y ranas que intentan romper el caucho, mientras el agua penetra por su garganta y está a punto de matarlo. A diferencia del dipsómano que se despierta, el cuerpo del perro es constantemente penetrado, hurgado y devorado por los bichos. Justamente, la proximidad de la bañera- desagüe nos permite comprender que lo primero es un resto que solo porta peligro, mientras que debajo del concreto ordenado, la muerte y la putrefacción han instalado su reino. Son los bichos, las moscas, los murciélagos y las culebras quienes se regodean entre la podredumbre y la oscuridad:

¡Qué horribles bichos! Sembrados de pelos y con los cuerpos glutinosos los unos, con caparzones y antenas los otros, estos largos como anguilas, aquellos cortos y con los ojos saltados como cangrejos; con ventosas los de aquí, a modo de pulpos, los de más allá negros y pesados y con alas, como pequeños cerdos o pequeñas tortugas que intentaran transformarse en mariposas (Palma 2006: 317)

La cita anterior no solo renueva la distancia existente entre el enunciador y el objeto hablado, en la medida que el “como” se repite tres veces para trazar

⁸⁹ Posteriormente abordaremos la noción de lo abyecto para entender esta continuidad entre lo asqueroso y lo delicioso.

un enlace entre los bichos y lo reconocible ante la mirada del lector: anguilas, pulpos, cerdos y tortugas. Este vínculo, en realidad, evidencia una dispersión conceptual porque las anguilas y los pulpos pertenecen al reino marino, los cerdos son mamíferos circunscritos a la tierra, y las tortugas son anfibios que pueden ser terrestres, marinos o ambos. Es más, el narrador afirma metafóricamente que las tortugas parecen intentar ser mariposas, una imagen que escapa a los límites realistas y comprensibles por la mente humana; así, en este espacio, todo parece transfigurarse y perder el sentido material que los hace singulares y reconocibles; anteriormente, los murciélagos y los bichos se conectaban con lo dulce y lo comestible (miel e higos), mientras que ahora los seres ostentan características (caparazones, ventosas, viscosidad) que no dejan de escaparse ante el sentido porque en las alcantarillas todo está en continuo cambio y trasvase. Sin embargo, la imagen de la mariposa nos puede resultar extraña porque tanto los pulpos, tortugas, anguilas, escuerzos, moscas y murciélagos conforman el común bestiario del decadentismo, mientras que este ser aéreo instala la belleza y revela una metamorfosis que trasciende de la hosca y terrestre oruga al alado insecto; antes de detenernos en este punto, recurriremos al posterior extracto:

Todo aquello era una sorda labor de vida monstruosa, un reino de pesadilla con una fauna grotesca y liliputiense que hervía en el misterio. De vez en cuando pasaba rápidamente un murciélago y se llevaba a la más rolliza y entretenida alimaña. Al separarse Feliciano de ese sitio ensartó al perro en la piqueta y lo arrojó al agua con su hervidero de comensales (Palma 2006: 317- 318)

Lo grotesco, en la visión palmiana, nos remite al *Manifiesto romántico* de Víctor Hugo, el cual se inserta en el prólogo a *Cronwell* y se enmarcó dentro del debate de los clásicos y los románticos propio de la época. Pese a que el manifiesto fue publicado en 1827, su influencia a fines del siglo XIX será

fundamental para definir una nueva estética que anteponga lo grotesco a la belleza.

Víctor Hugo establece tres edades del hombre y del arte: primitiva, antigua y moderna. La fase primitiva se caracteriza porque el hombre se deslumbra ante un mundo nuevo y por conocer, de allí que su espíritu sea eminentemente lírico y no forme una sociedad jerárquica, sino que se caracteriza por ser un errante solitario. La segunda fase es la antigua y predomina la épica, precisamente porque se han establecido reinos y una sociedad jerárquica. El hombre de esta edad ama la guerra y, a diferencia del anterior, busca el reconocimiento colectivo y la trascendencia en la historia. La tercera fase- que es la que nos interesa- es la moderna y el tiempo es eminentemente dramático. El hombre, ya asentado en la sociedad, es capaz de comprender las diversas facetas contradictorias que componen su ser: la alegría y la tristeza, el miedo y la valentía, el amor y el odio, entre otros.

Lo dramático, entonces, se puede comprender como la síntesis entre “(...) lo grotesco y lo sublime, lo terrible y lo bufo, la tragedia y la comedia” (Hugo 1971: 41). Precisamente, Hugo enfatiza que lo grotesco es propio del arte moderno por una razón: el hombre deviene en la propia bestia. Antes se había exaltado la belleza humana como la búsqueda de lo sublime, pero lo bello es uniforme y carece de matices, mientras que lo grotesco puede abarcar diferentes estadios en un mismo sujeto, así que este puede concentrar lo cómico y lo cruel.

Además, autores como Cervantes, Rabelais y Shakespeare supieron aprehender el espíritu de su presente: las figuras que representan no generan la atracción de los lectores por ser paradigmáticas, sino que más bien los

defectos se exageran. La confrontación entre lo sublime y lo grotesco se ejemplifica en las figuras de Ariel y Calibán, personajes de *La tempestad* de Shakespeare, quienes condensan la expresión máxima de la belleza y de la brutalidad, respectivamente.

No obstante, la figura de Ariel condensa tan solo los máximos ideales, pero la figura de Calibán es capaz de adquirir diversos matices y pasiones: ama y odia, por ejemplo. A su vez, el hombre moderno se percata que la vida no es uniforme, sino que está plagada de claroscuros, de allí que el drama sea la expresión máxima que le permita representar su existencia.

Los decadentistas se apoderarán, posteriormente, del concepto de lo grotesco, pero no en términos de lo festivo sino en que se puede plasmar lo más abyecto a través de la literatura: representarán los vicios humanos, las enfermedades psicopáticas, la maldad natural del hombre como impulso que ratifica su condición humana y un bestiario de monstruos. Hugo es el impulso primero para una estética que se materializará a fines de ese mismo siglo. En esta estela, se ubican los seres infinitos, pequeños y que generan asco en Feliciano, recordemos que este no se muestra como un personaje modélico, dado que ha sido expulsado a los márgenes de la ciudad debido a sus vicios y extravagancias; sin embargo, él mismo no se reconoce como parte de ese nuevo reino nocturno y trata de eliminarlos: los aplasta, los ataca con la linterna y arroja el cadáver del perro de su paso; este gesto revela el rechazo del protagonista hacia aquello que debió, en un principio, atraerlo. Es más, se menciona que después se encontrará, "(...) un animalejo del tamaño de un puño; dirigió la linterna hacia él: era una enorme araña en cuyo vientre podía caber un colibrí. La araña le miraba con sus ocho ojillos fulgurante y

emponzoñados, como las puntas de ocho flechas empapadas en curare” (Palma 2006: 318); a la araña se le equipara con un agresor porque palpita de rabia y espera el momento preciso para atacar mientras sus colmillos rechinan sin cesar; asimismo, debajo del furibundo animal yacen varios cuerpos de seres que ha devorado y “Feliciano la contempló un rato, reflexionando en toda la crueldad de ese animalejo que en medio de ese mundo tenebroso era un tigre” (Palma 2006: 318).

Así, se reconfigura el lugar del narrador y del propio Feliciano; anteriormente, destacamos la filiación con un espacio criollo por la valoración de la lana de vicuña y del aguardiente de caña. En este caso, el curare es un veneno que las tribus amazónicas suelen aplicar a sus flechas de caza y defensa, a su vez que el colibrí, aunque no sea estrictamente peruano, es un espécimen de América del Sur; dicho gesto de recurrir a comparaciones nos ilustra un repertorio común que de lo comestible ha pasado a revelar las raíces culturales de nuestro enunciador y su hermano: el ser sujetos criollos.

Segundos después, el alcohólico azuza a la araña con una pica y termina matándola; si seguimos a Hugo, Feliciano es un ser eminentemente contradictorio porque le atrae el mundo que fluye tras el baño que, de espacio higiénico, pasó a ser el medio por el cual acceder a las alcantarillas; sin embargo, este dista de ser un lugar que solo alimente la curiosidad, en tanto que cada bestezuela muestra una actividad portadora de la muerte: todas lo atacan desde que sintieron su presencia, por lo que, pese a su inutilidad, las lombrices y serpientes se enroscan en sus pies, los murciélagos refrenan su vuelo ante la luz de la linterna, y la araña furibunda termina muerta por el acto de la pica.

En medio de esta fauna que rechaza su presencia, Feliciano prosigue su camino exploratorio que lo lleva a concebir las alcantarillas como un reino o mundo donde las normas se han difuminado y se impone, semejante a la edad antigua creada por Hugo para comprender la épica, la ley del más fuerte que vulnera los constructos (piedras derruidas), a los seres (se devoran entre ellos) y pervierte las relaciones:

En otro lugar encontró un matrimonio de escuerzos; la enorme boca de los dos animales parecía contraída por una sempiterna sonrisa, en tanto que las miradas de sus ojos parecían perderse en ensueños de una voluptuosidad estúpida. Los chupos y vejigas de sus cuerpos trasudaban una especie de resina asquerosa. De un puntapié les arrojó mi hermano al agua y allí se sumergieron alegremente, para posar después sus amores sobre otra piedra (Palma 2006: 318)

La imagen de los sapos amantes destila asco por la exagerada boca de estos y los efluvios que arrojan de sus cuerpos; es ese líquido lo que trastorna la visión de Feliciano porque ambos escuerzos se hallan tan conectados que “parecen” soñar lo mismo y, pese a la patada, siguen enlazados: lo insoportable es, pues, descubrir la unión como una pérdida de identidad, en tanto que el entregarse aliena al sujeto y lo convierte en un resto que solo soporta la potencia del sentimiento, ello abarca desde la araña como albergue de la rabia hasta los escuerzos como contención del deseo carnal. Curiosamente, Feliciano revela un temor del que parecía haberse liberado cuando se hallaba en la superficie, de allí que su única respuesta sea recurrir a la pica y apartar de su vista al cadáver putrefacto parangonable a él o a expulsar los amoríos revestidos de asquerosidad; dicho temor no erradica, no obstante, que lo comprendamos como un ser antitético que es capaz de enlazar sensaciones contradictorias entre sí. Cabe resaltar que el mundo descubierto en las alcantarillas linda con aquello que Hugo llamó abyecto y que trataremos en el siguiente apartado.

3.1.3 Por las redes miasmáticas: las aguas subterráneas

Feliciano ingresa al mundo subterráneo impelido por las aguas calientes de su tina y la experimentación previa con seres marinos que mandaba a traer; empero, a diferencia de la tina donde él podía controlar la cantidad de agua o escapar de un peligro de ahogamiento, acá “El agua le llegaba en algunos sitios a la rodilla y en otros hasta el vientre” (Palma 2006: 316) y el nivel aumenta a medida que penetra por este espacio. No se trata, además, de agua limpia, sino de lo siguiente:

En aquel sitio las aguas infectas arrastraban inmundicias y detritus de formas y coloraciones infinitas. El agua le llegaba allí hasta el pecho. Parecía aceite, tal era su densidad saturada con el deshecho de miles de organismos humanos, La vida y la muerte tenían allí su factoría misteriosa, entre esas masas que flotaban cubiertas de hongos y raras herborizaciones engendradas por la tiniebla y humedad (Palma 2006: 319)

Las aguas infectas nos remiten al líquido que destilaban las heces y que se buscaba eliminar en el discurso regio y el burgués: las heces eran valiosas cuando estaban secas porque servían como lumbre o, principalmente, aspecto que destaca Dominique Laporte, como abono que se traducía en la feracidad de la tierra y el incremento de ganancias monetarias. No obstante, las heces poseían un potencial negativo que se trasladaba a su espíritu líquido: la pestilencia y el caldo de la enfermedad se hallan en esa sustancia intermedia aceitosa que Feliciano no puede clasificar porque todos los desechos humanos han producido extraños brotes; aún se percibe esta otra asociación que se establece con las excretas: el carácter de lo negro ligado a la muerte, así que se reconoce un asidero donde las heces cohabitan con la noche para generar extrañas criaturas. Esto explica por qué Feliciano, pese a no ser la representación de un burgués desodorizado, expresa simultáneamente

atracción y rechazo: las alcantarillas son el terreno donde se encuentran los contrarios:

De esa obscura alquimia de la descomposición y de la podre surgían millones de organismos vegetales y animales, que a la vez que eran formas de la vida contenían todos los poderes de la muerte. Una gota de esas aguas infiltrada en una vena humana habría producido el tifus, la tuberculosis, el cólera, la viruela, el cáncer o la lepra (Palma 2006: 319)

La labor de los higienistas consistió no solo en hacer útil la mierda, sino, sobre todo, en encargarse de la planificación y erección de estercoleros y redes miasmáticas para conjurar el peligro infeccioso de la excreta líquida; en sintonía con este objetivo, Alain Corbin asevera que las aguas estancadas representan lo malsano y establecen limitaciones entre los pobres y los burgueses: los primeros hieden frente a los segundos que buscan anular los olores naturales de su corporeidad. Anular el olor es ordenar la circulación de las excretas, es trazar proyectos que no solo oculten los desechos ante la vista en pro de la modernidad sino sean, a su vez, garantía de que la enfermedad se contiene y puede ser controlada. Feliciano y el narrador Macario se desconciertan ante este espacio contradictorio en sí mismo: la vida de las alcantarillas se convierte en un agente transmisor de la muerte y de las grandes pestes modernas y actuales: lepra o cáncer, por ejemplo. Solo basta una gota para propagar el mal, imagen que recupera el arduo trabajo de los higienistas que buscaban eliminar cualquier rastro de suciedad de la habitación de un enfermo: desconchar las paredes, desinfectar el suelo, orear el ambiente e incinerar la ropa es una labor que exorciza la enfermedad porque, en un contexto donde todavía no se han descubierto y difundido los antibióticos, esta puede eliminar la humanidad. En tal modo, la vida engendrada de este caldo infecto solo deviene en formas mórbidas:

Había allí todo un mundo de seres indescritibles, seres con órganos atrofiados o con nuevos órganos que parecían creados por la fantasía de un loco o por el enlace sexual de anfibios con plantas acuáticas, al modo de esa fauna extravagante de las viñetas (Palma 2006: 319)

El mundo de seres indescritibles surge a partir del encuentro entre dos estadios que, a partir de mediados del XVIII, se buscó separar: lo vegetal como síntesis de la armonía y lo salubre frente a lo animal que presupone la enfermedad y los deseos ilícitos. Precisamente, los órganos de la fauna extravagante de este reino se comparan con las viñetas ilustradas que Feliciano ha estado observando cada noche, su conformación parece ser la ocurrencia de un orate o una delación de cruces anómalos entre vegetales y animales. Tal es el caso de las piedras que se revisten de hongos y líquenes de coloraciones y formas extrañas que remiten a la enfermedad: “Las había grises que parecían una cabeza tiñosa; las había amarillas que simulaban purulencias; otras suavemente purpúreas, que hacían el efecto de quistes cancerosos; blancas y apelotonadas como desborde de sesos” (Palma 2006: 319).

Otra vez, se comparan los elementos que componen las alcantarillas con lo mórbido, pero ya no en el ámbito de las pestes; ahora las piedras se convierten en el signo de la putrefacción del cuerpo: los quistes sangrantes, las llagas de una cabeza plagada de pus, la cabeza con sarna y los sesos cayéndose. El caos aromático de los olores animales y sexuales se ha desprendido en la naturaleza de las alcantarillas; todo es un mundo por venir y forma parte de una aventura que Feliciano estimulaba mediante lecturas.

Las coloraciones también enlazan morbidez y ferocidad que se vincula a, nuevamente, animales rastreros: víboras, tigres reales, serpientes y fauces de una fiera. Por ello, cuando Feliciano sigue alumbrando con su linterna y se

percata de múltiples ojos que los contemplan y parecen ser gotas de agua al principio: son ratas que saltan sobre Feliciano y pretenden acabar con la escafandra que lo protege: “De todas partes salían ratas que se precipitaban a morder el caucho de sus pantalones” (Palma 2006: 320) Feliciano recurre, otra vez, a la pica y logra ahuyentarlas.

A partir de estos signos podemos trazar dos conceptos cruciales para entender la dinámica gestada a rededor de las alcantarillas y la presencia del dipsómano: lo abyecto y el *Stercus Homini*. En el campo de lo abyecto, Julia Kristeva actualiza la existencia de fragmentos expulsados a partir del cuerpo o la visión del cadáver que conducen a las personas a encontrarse con aquello que el orden social ha enseñado a repudiar, es el borde donde están a punto de encontrarse lo denominado civilización y la llamada barbarie. Entonces, lo abyecto se recusa porque perturba y se tiñe de inmoralidad, en tanto que alumbraba una realidad liminal que borrona la conciencia presente del sujeto respecto a otra conciencia de un tiempo que fue; tal línea se ha trazado para insertar al hombre en la dinámica de su contexto.

Si consideramos los postulados de Kristeva, comprendemos que las alcantarillas son asiento de lo abyecto en dos niveles. En primer lugar, la abyección se materializa a partir del imperativo de erigir un lugar respectivo por donde circulen las excretas: las rutas miasmáticas que esparcen la enfermedad constituyen la continua puesta de contrarios en relación, por lo que se enlazan la vida y la muerte (“la factoría misteriosa”), lo vegetal y lo animal (los seres de formas indefinidas), y lo repulsivo y lo dulce (verbigracias, los murciélagos como higos); estas contradicciones instauran un nuevo espacio que no se opone radicalmente a la ciudad, sino que se halla en su centro: el orden

superficial es el que genera este otro mundo, donde se depositan no solo los más grandes miedos (el temor a las pestes) sino, sobre todo, los excesos del cuerpo. Así, la mierda es la prolongación de lo que el hombre no puede controlar, por eso las aguas infectas que portan restos de cuerpos y excretas roen las bases que sostienen la otra ciudad.

En segundo lugar, lo abyecto se manifiesta a nivel de Feliciano como personaje; recordemos que sus extravagancias lo posicionan al margen de la ciudad y que su propio hermano, desde el inicio, incide en que este no atiende los negocios relacionados a su herencia (la alusión a estos parece fastidiarlo, por ejemplo), de manera que escapa al orden que supone la modernidad. Además, este se halla fascinado por libros que grafican viajes obsoletos que pretende emular. El problema se suscita cuando ve la realidad de este nuevo mundo que se conecta directamente al espacio de su baño: el agua caliente, el aire saturado y las criaturas prefiguran la cara de la infección, la cual es insoportable para el personaje a nivel simbólico (lo que se ve no se refiere directamente, sino tan solo en sentido diferido porque los seres siempre se mueven en el campo de la similitud) y a nivel real (los oculta con la pica o asesina).

Feliciano, en el mundo de las alcantarillas, descubre un más allá abyecto que comporta una pulsión de muerte, de modo que es atacado desde su solo ingreso y debe, prácticamente, huir al encontrar un buzón abierto: su abrupta partida revela que no pertenece al reino de ese mundo donde circula la podredumbre y la enfermedad. Antes se había comparado con un cuervo devorador de cadáveres de borrachos, pero ahora retrocede porque los bichos pequeños son una amenaza palpable para su integridad.

Huir de la alcantarilla, empero, no se traduce en su completa incorporación al mundo de la superficie; recordemos la noción del *Stercus Homini*, el cual se halla íntimamente ligado a sus excretas porque entendía que estas eran parte de su sistema porque podían portar, por ejemplo, la buena suerte; tal lazo es abolido por el discurso higienista que negativiza la mierda y convierte al Estado en el administrador de esta. Feliciano rechaza el higienismo a través de sus actos, los cuales consisten en contemplar su desnudez durante largas horas al darse un baño de tina, cerrar los espacios y convertir el baño en su habitación. Dicho rechazo no es, sin embargo, completo porque está inmerso en el mundo del que pretender escapar: sus extravagancias son gestos que se reconocen como exagerados y anómalos; su encuentro con el cadáver del perro rememora la imagen de él en el baño, solamente que descubrir este produce la visión de aquello que le sucederá algún día, puesto que el cadáver revela uno de los miedos más básicos del ser humano: la muerte. El personaje escapa de inmediato al ver un buzón abierto⁹⁰ y, mientras pugna por salir, es observado por unos perros que huyen aullando ante su “(...) aspecto extraño” (Palma 2006: 320).

El viaje de Feliciano es por la noche, retorna de día y le parece que ha recorrido, a modo de Dante, los círculos de “(...) un infierno acuático” (Palma 2006: 320) que rememoran a Paolo y Francesca como los amantes escuerzos, Ugolino es un conde antropófago y las arañas como entes dorados; repetidamente, encontramos la inserción de las semejanzas como forma de aprehender la experiencia vivida. Ahora ya no se recurre a una diseminación de

⁹⁰ Esta pequeña alusión es evidencia de un reclamo de los médicos de época: en el Perú, como vimos en el segundo apartado, las alcantarillas abiertas eran hoyos por donde escapaban las miasmas para contaminar la urbe.

objetos que oscilan desde comida hasta animales, sino que todo lo observado parece ubicarse bajo los términos de la experiencia literaria: las alcantarillas y sus grotescos habitantes se entroncan dentro del infierno de Dante. Por ende, Feliciano deviene en un esteta extravagante que solo puede contemplar el espectáculo de lo grotesco a través de la mediación literaria o los estímulos del alcohol, su degeneración se ubica, como diría Nordau, en la búsqueda de la pose y del despertar el escándalo, puesto que hallar la zona liminal donde se encuentran los contrarios es experimentar la abyección en sentido real; inclusive, su propia escafandra, único resguardo que salvaguarda su integridad respecto a las aguas viscosas e infectas, está en peligro de ser horadada por los dientes de las ratas. Los viejos libros, el alcohol, las viñetas ilustradas, la escafandra, la pica y la linterna son ese límite que escinde a Feliciano de lo abyecto, de allí que retorne al libro para comprender el mundo de lo subterráneo, pues la presencia real de lo bajo lo amenaza constantemente con, literalmente, devorarlo.

3.2 El deseo insano frente a espacios cerrados: “El príncipe alacrán”

“El príncipe alacrán” apareció por vez primera en 1906, en el doceavo número del segundo, en la revista *Prisma* que dirigía Clemente Palma. Llevó, en tal fecha, el subtítulo de “Cuento para leerse de noche en el lecho” y presentó ligeras modificaciones en la versión final, las cuales resaltaremos después.

Esta narración ha sido interpretada de diversas maneras por la crítica; Gabriela Mora manifiesta que la imagen del alacrán puede leerse como una emergencia de un deseo homosexual reprimido y que la crisis de la identidad

forma parte de un espectro de época: la pérdida de los valores en la modernidad; Santiago López Maguiña asevera que el alacrán podría ser una representación de un sector mayoritario indígena que se mezcla con un miembro criollo representado por Macario, es decir, el horror ante el alacrán hembra se traduce en lo insoportable del mestizaje. A pesar de las posturas aludidas, nosotros compartimos los cuestionamientos que establece Moisés Sánchez Franco respecto a la figura homosexual y la noción de bestialismo del cuento; así, en lo primero, la equiparación se da solo una vez (la reina alacrán del tamaño de un muchacho) y, para lo segundo, no se puede establecer categóricamente que los alacranes son la raza subyugada frente a la triunfante y modélica que representaría Macario. Esto se sostiene porque este último se revela como un sujeto de temperamento nervioso, adicto a la morfina y que vive, tal como Feliciano, de las rentas legadas por su padre, mientras que el alacrán sí proviene de un mundo organizado en búsqueda de una mejora constante.

A su vez, la biblioteca de Macario posee un ejemplar de *L'animale* de Rachilde que da cuenta de la bestialidad del deseo femenino frente al racionalismo burgués; inclusive, cabría preguntarse en qué medida el escorpión o alacrán nos remite al imaginario andino cuando, más bien, se vincula al desierto costeño.

Antes de pasar al análisis del cuento, nos es útil recurrir a la tesis de Clemente Palma titulada *El porvenir de las razas en el Perú*, en la medida que varios de sus postulados se hallan en la narración señalada. Palma esboza la tesis de que la raza es capaz de determinar la actitud de los sujetos y su devenir en el campo de la cultura: el hombre es equiparable al animal, en tanto

que su desarrollo o atraso se corresponde al plano biológico. Tal aserto no es singular ni ajeno al medio de la época (recordemos a Taine, a quien Palma menciona en su ensayo sobre la estética) y, más bien, explica el racismo y clasismo de su generación:

Y así como los cruzamientos acertados en las especies de animales dan por resultado especies, si no nuevas por lo menos especies mejoradas que resultan ser la combinación de los elementos sanos de los componentes, que resultan ser una floración nueva de los elementos que entraron en el injerto; y la nueva generación o raza emprende un rumbo firme en la vida social, con más intelectualismo, si ello era lo que faltaba a una de las razas primogénitoras, o con más energía si era el carácter lo que faltaba en las mismas; así, un cruzamiento erróneo da por resultado razas enfermas; viciosas, agotadas, que entran a la campaña por la vida sudorosas, fatigadas, y caen aniquiladas por los elementos de degeneración que traen en la sangre, caen no para morir, no para desaparecer, porque las razas no mueren de un modo absoluto, sino para arrastrar el carro triunfal de las razas victoriosas (Palma 1897: 4)

Para Clemente Palma, un buen monarca no es aquel que ejerza justicia o administre sabiamente las riquezas, ya que la verdadera inteligencia se satisface en el ganadero que sabe cómo mejorar las generaciones sucesivas: mezclar las razas débiles con las fuertes o las artísticas con las prácticas se convierte en una tarea imperiosa que ayuda a modular el devenir de la nación. La selección de los más aptos permite evadir la degeneración de ciertas razas y eliminar las máculas sanguíneas, solo así se garantiza “(...) la virilidad y salud del pueblo” (Palma 1897: 4).

En el Perú, la variedad racial produce que existe solo una apariencia de identidad nacional porque cada grupo étnico posee sus propios intereses y una agenda trazada; curiosamente, las cuatro razas que existen en el país son degeneradas y arrastran el vicio en su sangre. La mezcla debería permitir que la virtud triunfe sobre el vicio, pero el espíritu del Perú alberga lo siguiente: la india que fue conquistada en los albores de la intelectualidad y es inferior; la española que arribó ya en decadencia y posee una sangre nerviosa que tiende

a la cobardía, es solo ligeramente superior a la indígena; la negra que vino para trabajar y no puede civilizarse por los rezagos atávicos salvajes, y es inferior; la china, también inferior, que se halla signada por el servilismo y el vicio, "(...) acción del opio, raza sin juventud, sin entusiasmos, de un intelectualismo pueril a causa de su misma decrepitud" (Palma 1897: 7).

La raza indígena se caracteriza por su degeneración constitutiva, lo cual es problemático porque conforman la mayor parte de la sociedad peruana, de allí que se desprenda que el atraso nacional se debe a esta. Palma signa negativamente a los indios porque son cobardes, idiotas y de una precocidad sexual solo equiparable a la china, este último aspecto es que lo que justifica su cercanía a la decadencia: la carencia de niñez y juventud revela una raza que envejece rápidamente. Lo más destacable es su habilidad como soldados y siervos, pero esta reposa no es un carácter innato sino en la facilidad con que pueden morir por sus líderes, pues nunca siguen ideas, tan solo personas. Precisamente, el imperio incaico existió porque Manco Capac fue lo siguiente:

(...) un sabio legislador, que quizá tuvo en su sangre algunas gotas de sangre aria, que quizá fue extranjero, que quizá surgió de esa misma raza desgraciada como una flor exótica, como una de esas inexplicables anomalías de la naturaleza que hace brotar un intelectual entre una generación de idiotas" (Palma 1897: 10).

De ese modo, la insularidad de una estirpe regia justifica el porqué de la rápida debacle inca ante pocos españoles: los primeros se imponen no por ser una raza excelsa, aunque sí superior, sino porque el estado apático y miserable de los indígenas los imposibilita, desde siempre, a desarrollar estrategias. Para el autor de *Cuentos malignos*, siguiendo a Le Bon, esto justifica por qué no se debe realizar proyectos educativos entre los indios: el estado mental en que se hallan sumidos impide cualquier progreso considerable y capaz de permanecer

a largo plazo. Es más, señala que son semejantes a los japoneses o negros que estudian y parecen haberse civilizado, mas “Lo que ninguna instrucción puede darle, porque sólo la herencia lo crea, son las formas del pensamiento, la lógica, y sobre todo el carácter de los occidentales” (Palma 1897: 9), es decir, la educación no es garantía de que la raza indígena mejore porque su atraso ha calado hondamente y solo mejoraría con la extinción de los indígenas.

También, la raza indígena, al igual que la china y la japonesa, se caracteriza por su tendencia a la sutileza; en otras palabras, no pueden desarrollar actividades que demanden trabajo intelectual extremo pero sí son capaces de obrar con paciencia. Este aserto le permite oponer la degeneración- sutil frente a la salud- vigor porque lo sutil solo aparece cuando una cultura está en declive: “Hoy mismo, en razas actuales superiores como la latina, las escuelas literarias y artísticas llamadas de la decadencia, buscan la realización del Arte en el refinamiento y la sutileza” (Palma 1897: 9). Los europeos decadentes buscan la podredumbre y la enfermedad a través del filtro del arte, pero los indígenas ya presentan esta herencia a través de su sangre.

La convivencia de los españoles con los indios no ha servido para mejorar las condiciones de los segundos, dado que, siguiendo su natural inclinación, solo han adoptado los vicios y, al carecer de un líder como el inca, se han sumido en un embrutecimiento del que ya es imposible salir. Resulta curioso que Clemente Palma demuestre una admiración genuina por el Inca, no solo lo califica de sabio, misterioso o legislador, sino que lo posiciona más allá del tronco decrepito de donde surgen los otros indios.

La raza española, por su parte, es de índole superior con respecto a las demás razas que existen en el Perú, pero esta también presenta retrasos considerables debido a que se halla mezclada con los africanos que vivieron en España por ocho siglos. Los hispanos son vehementes, deseosos y aguerridos por naturaleza, pero carecen de estrategia bélica: marchan a la guerra solo por el fragor de la batalla, no ven los reales fines de esta ni trazan bien sus objetivos. Es más, el impulso pasional los impele a mezclarse con razas inferiores, de allí que los invasores no hayan tenido reparos en acostarse con las indias.⁹¹

Del cruce de la raza hispana, india y negra emergen los criollos, un tipo racial que carece de carácter debido a la pluralidad de mezclas, pero que representa el porvenir del país, puesto que los indios y negros sucumbirán al paso del tiempo. Pese al espíritu artístico, la bondad innata y el genio de los criollos, la falta de carácter impide que lleven sus proyectos a buen término, además han heredado la lascivia de los españoles y de los negros, de allí que se inclinen a las satisfacciones corporales antes que a las empresas intelectuales. Por eso, para moderar el deseo y perfeccionar el lado mental, Clemente Palma recomienda que el Estado pague a ciudadanos alemanes para que contribuyan a mejorar el futuro del país y vengan a mezclarse con los criollos:

Por mucho que los teólogos chirles y los técnicos fantasistas celebren el poder de la libertad y la independencia y la pureza del alma humana, lo cierto es que los pueblos son razadas de animales, y que sus instintos y tendencias no se modifican con leyes y con educación sino con cruzamientos acertados: el espíritu de una raza palpita encima y debajo de los artificios. Será poco poético aquello de tratar a los pueblos como especies vacunas que se mejoran haciendo cubrir a la hembra por un toro de tales condiciones. Pero ¿qué

⁹¹ Hemos omitido sus elucubraciones sobre la raza asiática y la negra de forma exclusiva, en tanto que no nos ayuda a analizar "El príncipe alacrán".

importa que este concepto sea poco poético, si él es la fórmula de la felicidad y la superioridad futuras del Perú? (Palma 1897: 24)

La posición de Clemente Palma no representa un suceso aislado, en la medida que, como ya abordamos en el capítulo segundo, autoras y médicos aludían a las máculas de la herencia, la misma que trasciende la educación y las enseñanzas religiosas.

3.2.1 La dualidad mórbida: Feliciano y Macario como la constitución de la herencia degenerada

El cuento, en principio, nos presenta al narrador Macario, quien reniega de la disoluta vida que lleva su hermano: "(...) se había quedado dormido bajo algún banco de la taberna a la que acostumbraba a ir" (Palma 2006: 302), lo cual es escandaloso porque es presenciado por las demás personas. Macario, así, traza una línea divisoria entre aquello que resulta moral e inmoral dentro de la sociedad de apariencias en la cual se mueven: la conducta de Feliciano es reprobada no por el vicio que este ostenta sino por el tipo de vida que lleva, en tanto que se expone a la mirada pública y genera escándalos que implican el pago de multas y fianzas. En otros términos, la burguesía condena las prácticas cuando estas salen del ámbito privado y se proyectan hacia lo público; recordemos que la polarización entre un adentro saludable frente al afuera corrupto del Perú decimonónico establecía la familia como la célula fundamental de la sociedad, por lo que era necesario la intervención del Estado para garantizar la salubridad de esta.

En contraste con lo anteriormente señalado, esta familia se halla fragmentada porque solo sobreviven los dos hijos varones y, además, el papel de la herencia ha cambiado: en los dos cuentos precedentes, la madre es

quien había legado tierras y esto, en cierta manera, se encadena con la imagen de los terratenientes que viven a expensas de sus rentas. En “El príncipe alacrán”, de forma contraria, es el padre quien ha transmitido las riquezas porque la madre murió durante el parto; el progenitor deja un legado compuesto por signos que delatan la industria mercantil del capitalismo: “(...) dinero depositado en bancos, acciones de varias empresas florecientes, una fábrica de telas de seda acreditada, y varios inmuebles urbanos” (Palma 2006: 303). Justamente, incidir en lo urbano es demostrar los modos de garantizar seguridad económica para los dos, en tanto que los bancos, las empresas y las viviendas en la ciudad pueden estar dotadas de un carácter positivo (son “florecientes”) y legal (“acreditadas”) y representan la existencia de un capital que es valioso en la medida que puede producir más dinero. Las rentas de los terrenos son fijas y requieren de constantes trámites, mientras que las empresas parecen crecer por sí mismas porque estas inmersas en una lógica de mercado distinta, en la cual priman las acciones que uno posee.

Lo anteriormente señalado garantiza, eso sí, la holgura de vida de ambos personajes que, como otros héroes decadentistas- pensamos en Des Esseintes, por ejemplo-, no tienen la mínima necesidad de trabajar para sobrevivir. Sin embargo, la muerte temprana de la madre y la reducción del padre a un ente dador de dinero parece haber impactado en la constitución de los dos. De repente, dentro de ese seguro soporte financiero emerge una duda que constituye la crisis de la identidad; Mora recupera la noción del *doppelgänger* como el gemelo malvado, pero, en nuestro caso, los dos son perversos. Veamos lo siguiente:

Creo haber dicho en alguna ocasión que Feliciano y yo éramos gemelos. ¡Malhaya la hora en que fuimos engendrados! Desventurada ocurrencia de la Fatalidad de traernos al mundo con pocas horas de intervalo, y, lo que es peor, con rostros y cuerpos tan semejantes! Los sabios que se dedican a estudios de psico- fisiología no consideran entre las causales que pueden romper la identidad del yo la semejanza absoluta de dos cuerpos (Palma 2006: 302)

Macario conoce el discurso médico sobre las enfermedades mentales, en la medida que apela a este para explicar la particularidad de su mal, el mismo que va a contracorriente de los edictos de los doctores: su crisis parte del gran parecido entre ambos cuerpos, no se origina en una afección nerviosa. Sin embargo, resulta curioso que su madre haya muerto durante el parto porque esto evidencia la debilidad corporal o alguna enfermedad de ella, así ese rasgo se ha heredado a los hijos que son presa del vicio porque no pueden controlar sus emociones: Feliciano es un alcohólico exaltado en persecución de nuevas sensaciones y experiencias (verbigracia, el descenso a las alcantarillas) y Macario revela que no sabe quién es, no reconoce dónde termina su corporeidad y empieza la de Feliciano. Dicha confusión no se circunscribe al campo físico sino también al espiritual desde que estaban en el vientre materno:

Desde pequeños éramos tan semejantes de cuerpo y de rostro que *a nosotros mismos nos era absolutamente imposible distinguirnos*. Cuando estábamos igualmente vestidos y en una situación incolora de espíritu, la semejanza de los cuerpos y la entonación idéntica de la voz nos causaban el efecto de que *ambos éramos incorpóreos*. ¿Por qué? Porque ambos teníamos conciencia de la distinción de nuestra persona interna, pero no así *de la de nuestros cuerpos* (Palma 2006: 303)

Macario experimenta una crisis de identidad porque no entiende cuál de los dos cuerpos es suyo, hasta recurre a argumentos como los vicios que ambos ostentan; se reconforta aseverando que al borracho es Feliciano, pero luego se pierden las certezas y piensa que Macario es el bebedor, así hasta que se cansa y siente una sensación de embriaguez donde se abandona a la conciencia de ser su hermano gemelo. No conocemos si Feliciano posee tales

temores, pues los cuentos anteriores están filtrados a través de Macario como voz narrativa: él nos relata la marginalidad de su hermano como alcohólico y luego es depositario de su travesía por el mundo de las alcantarillas; es más, podríamos dudar de la existencia de Feliciano porque, a partir de la crisis de identidad, Macario revela que no es un narrador totalmente confiable. Su crisis linda con la locura, en la medida que afirma experimentar una sensación de embriaguez para poder olvidar: el sueño y el silencio alivian sus temores diurnos. Pese a lo dicho, es pertinente destacar que el personaje emprende acciones concretas y no se conforma con sus problemas nerviosos:

Un día, por común acuerdo, pues convenía a nuestros intereses, fuimos donde un notario público y en presencia de varios testigos nos hicimos *tatuar*, mi hermano y yo, una F y una M respectivamente, en el brazo, cerca de la mano. En seguida publicamos en los diarios de la localidad un anuncio para los que por cualquier asunto quisieran verificar nuestra identidad nos exigieran les mostráramos la marca que llevábamos en el brazo derecho (Palma 2006: 304)

El llamado a distinguir la identidad no está anclado solo en la crisis del sujeto, inclusive esta se subsume a los negocios monetarios: se tatúan los nombres porque existen imperativos económicos y legales que requieren diferenciarlos (la propia gente los confunde por su extraordinario parecido). Además el cambio necesita, en sintonía con los lineamientos en los que se insertan ambos gemelos, publicarse a través de los diarios; empero, Macario se sigue preguntando acerca de su identidad y considera que el mundo de los negocios les exige una convención que ambos podrían adoptar momentáneamente.

La línea que se traza en lo público y lo privado se ha difuminado parcialmente en la vida de ambos gemelos: Feliciano es condenado porque su borrachera no es aislada, sino que requiere de la mirada pública para materializarse: ya duerme en las tabernas o plazas o convoca a sus amigos a

su casa situada en los márgenes de la ciudad. Si atendemos a esa dicotomía entre la salud y la enfermedad como la dinámica entre lo privado y lo público, podremos señalar que Feliciano es un personaje dado a la mirada pública, busca que esta lo condene y lo repela. Inclusive, su viaje es narrado por Macario porque este le ha contado de sus extravagancias; entendemos, también, que su espacio sea caracterizado por la acumulación de humedad, poca circulación de aire y vínculo con las excretas, en tanto que su existencia simboliza la enfermedad.

Macario, en cambio, posee una identidad más problemática porque es un ser que ha hecho del espacio privado un lugar de corrupción, a la vez que exhibe ante la mirada pública una conducta adecuada a los lineamientos burgueses: no es protagonista de escándalos y se encarga de finiquitar, él mismo, los asuntos concernientes al patrimonio de ambos gemelos: ve los trámites, paga las multas y fianzas, conoce cada cuánto reciben dinero y está atento a las cláusulas del testamento. Empero, esta conducta es, como ya hemos dicho, una pátina alineada al mercado que oculta lo siguiente:

En muchas cosas diferíamos de gustos y opiniones y continuamente estábamos disputando, terminando, por lo general nuestras reyertas en mutuas burlas y hasta en mutuos insultos. Imposible discutir serenamente con Feliciano: era intratable. Cuando yo le llamaba: ¡borracho! él me decía en el mismo tono irritado: ¡morfinómano! Y los dos teníamos razón en esto, pues lo confieso, si mi hermano se embriagaba por la boca yo me embriagaba por la piel. De todos modos, con mi vicio o manía yo no provocaba escándalos, y aun cuando amaba entrañablemente a mi hermano, me era imposible seguir viviendo con él. Resolví que nos separáramos (Palma 2006: 305)

Los gemelos mantienen, en el espacio privado, una actitud semejante: se insultan y agreden constantemente. Lo destacable no es solamente el reconocimiento de conductas violentas mutuas sino, sobre todo, la división del vicio: si Feliciano es un degenerado aficionado al alcohol, Macario posee el vicio de ser morfinómano. Pero hasta en el vicio las divergencias asoman: el

alcohol exagera los sentidos y provoca que Feliciano convulsione como una “bestia epiléptica” que ha perdido la razón, de manera que comete tropelías dignas de la reprobación pública; contrariamente, la morfina es un derivado del opio que busca calmar el dolor a través del sueño. Macario, entonces, inhibe sus sentidos en pro de un descanso donde vislumbra fantasías distintas; lo complejo de su caso reside en que su adicción mina el espacio privado desde su interioridad; en otras palabras, Macario no realiza conductas que transgredan superficialmente el imperativo del trabajo y las buenas normas, incluso su casa parece carecer de escándalos sin la presencia del alcohólico. El problema es que alberga un vicio enfermizo, de manera que el sujeto del espacio privado pulcro es, en realidad, un drogadicto que concibe el sueño siempre y cuando utilice una “(...) fina jeringuilla de Pravaz” (Palma 2006: 305) propia; jeringa que, para eso entonces, poseía menos de sesenta años de existencia.

La adicción a la morfina es más peligrosa para el orden social, el alcoholismo es mediatizado y sancionado a través de leyes específicas que demandan un pago por conductas inmorales; sin embargo, la morfina es un opiáceo prescrito por los médicos, quienes son conscientes del potencial adictivo que puede generar este: la sustancia, en sí misma, es ambigua porque calma los dolores a través de anular la sensación física e incrementar las fantasías mentales que, en última instancia, producen adicción. Macario se revela como un sujeto funcional para el mercado y la sociedad, pero su faz verdadera es la de un degenerado incapaz de sentir certeza acerca de su existencia constitutiva y que necesita afrontar sus temores nerviosos a través de la droga. Este carácter proclive a los vicios no solo se justifica por la

ausencia de los padres; todo lo contrario, tal como abordamos anteriormente, su holgura económica terrateniente y la existencia de empresas nos remiten al imaginario en torno al criollo, el cual está signado por una mezcla racial que lo posiciona como degenerado: Macario y Feliciano son la materialización de la tesis palmiana sobre las razas porque evidencian todas las taras que convertían en inútil a la clase dirigente del país: se entregan al alcohol y las drogas, de manera que malgastan el peculio heredado, además que representan el término de los proyectos nacionales exitosos⁹², razón por la que, posiblemente, aparecen los alacranes.

3.2.2 El enlace entre la biblioteca decadente y el cuarto sellado

El cuarto de Macario no es descrito de manera concienzuda, pero debemos enfatizar la proximidad entre su biblioteca y su dormitorio. Los preceptos higienistas buscaban alejar los libros, muebles viejos o excesivos adornos del cuarto porque estos atraían la morbidez o el deseo lujurioso; los libros, sobre todo, son asidero de polvo y transmiten enfermedades, mientras que las recomendaciones eran mantener un cuarto limpio, libre de polvo, oreado y habitar en espacios superiores; además, como vimos en la exposición de los discursos médicos en el Perú, los focos de infección de la ciudad eran

⁹² Juan Carlos González Espitia asevera que la narrativa de Clemente Palma y la de Eledoro Vargas Vila son "(...) contrarias al realismo y el romanticismo, describen espacios cerrados y aislados, y relaciones familiares y sociales antitéticas a la norma moral del momento" (2001: 1). Es más, Palma destruye la moralidad de fines de siglo, pues ya no existen las mujeres a servicio de los ideales nacionales sino personajes como Suzón, de "Una historia vulgar", que buscan su propia satisfacción y deseo, no es la heroína romántica al servicio de la nación o el esposo sino la heroína que reivindica "(...) su propia sexualidad para satisfacerse, no para satisfacer" (2001: 7) y conduce a la muerte al novio cándido aspirante a médico. Asimismo, en "La última rubia" se exhibe la existencia de una "Confederación Sud- Americana" que no ha podido cimentar una identidad ni nación organizada. Al compararlo con Vargas Vila de "Lirio negro", determina que ambos van en contra del deber ser de la literatura que construye la nación, exhiben las grietas de tales programas y se anclan en "las galerías lúgubres, subterráneas de la expulsión" (2001: 9), de allí que no formen parte del canon.

un lugar hacinado donde se realizaban diversas actividades: desde el dormir hasta el comer.

Macario es un personaje de clase acomodada, pero, a partir de los ruidos que no lo dejan dormir y la sola necesidad de prender la luz sin atravesar alguna puerta, hallamos que su habitación está conectada a la biblioteca, esto atenta contra la salubridad: “Me puse unas chinelas, encendí la luz y fui a averiguar qué era lo que producía esos ruidos” (Palma 2006: 306); este detalle de sus acciones se da de manera ordenada y encontramos que ambos espacios están a un mismo nivel y sin alguna puerta divisoria, al parecer. Para Macario, leer, dormir y drogarse se restringe a un solo espacio, y esto delata una conducta que evade la compartimentación de la casa burguesa y los ideales mínimos de limpieza. Es más, confiesa lo siguiente:

En el suelo y junto al escritorio tenía yo varias docenas de libros para el encuadernador. Estaban en revuelta confusión los autores más opuestos en inspiración y en épocas: el *Orestes* de Sófocles y una edición antigua de la Vida de la beata Cristina de Stolhemmm; una edición de 1674 de la *Vida y hechos del Ingenioso Hidalgo*, que faltaba en mi colección de Quijotes, el *Wilhem Meister* de Goethe, y *L' animale* de Rachilde; las *Disquisitione Magicarum*, de Martín del Río y *Zo'Har* de Mendés; la *Parerga* de Schopenhauer y un ejemplar de la *Justina* del divino marqués, *To solitude* de Zimmermann y muchos libros más que no recuerdo (Palma 2006: 305)

Los libros dispersos no solo tienen más de doscientos años de antigüedad, sino que revelan un gusto heterogéneo que transita desde los clásicos (*Orestes*) hasta escritos contemporáneos (*Zo' Har* de Mendés); en este listado destacan textos que se entroncan hacia el pensamiento decadentista del siglo XIX: basta recordar la mención a Marguerite Eymery que introduce un cambio radical en la escritura hecha por mujeres, ya que recrea escenas donde se revela el lado perverso de la sexualidad femenina: mujeres

con un deseo sexual incontrolable que las lleva a actos onanistas, relaciones impuras con curas y alusiones al bestialismo.

También, las alusiones a Schopenhauer y Sade instalan una visión pesimista y caótica sobre el deber ser de la sociedad: frente al mundo industrializado y ordenado que pretender hallar el progreso, se erige un tipo de pensamiento donde se reconoce la maldad innata del hombre y la imposibilidad de, si se libera el deseo, de vivir en comunidad. A su vez, no es el progreso hacia donde se marcha sino la decadencia: la pérdida de los valores y en las figuras cristianas se traduce en el olvido del ideal.

Junto a estas lecturas se vuelve a trazar la línea entre el parecer y ser de Macario: se le ve como un sujeto de negocios, capaz de burlarse de los libros antiguos de viajes de su hermano (primer cuento analizado) y saber comportarse ante la sociedad porque cumple los dictámenes de este; empero, en el espacio privado, Macario exhibe gustos semejantes a los de Feliciano: lee libros antiguos y cuyas historias versan sobre santas que experimentaban arrebatos místicos y afirmaban conversar con Dios, los encuentros amorios entre demonios y la exaltación del sadismo. Si Feliciano hace de la tina de baño su lecho y de su cuarto un espacio sellado, Macario indica que el caos de sus libros se hermana con el encierro que parece poseer su habitación.

Otro aspecto a resaltar es la relación entre el cuarto y la morfina: Macario se sustrae a la mirada pública para entregarse a sus vicios e, incluso, posee una manera sofisticada de inyectarse el opiáceo. Su vicio es menos escandaloso, pero puede ser más peligroso porque, a diferencia de Feliciano que comete tropelías de las cuales se olvida rápidamente, este abandona sus sentidos y voluntad al ejercicio de las fantasías o el sueño. Es, precisamente,

luego de haberse inyectado morfina que escucha extraños ruidos provenientes de su cuarto- biblioteca y acude para cerciorarse del origen de esta. A su vez, los ruidos incesantes y los roces de una presencia que parece pasar las hojas llevan a Macario a buscar el porqué del sonido molesto; se señala lo siguiente:

(...) era la *Parerga*, y salió de debajo un enorme alacrán erizado de pelos y armado de una formidable púa en la extremidad de la cola. No sé por qué me pareció que el horrible bicho levantó hacia mí sus patas delanteras en actitud de implorar clemencia: tuve un segundo de conmiseración y pensé dejarle con vida” (Palma 2006: 306)

Macario admira la belleza del bicho, el mismo que es de un lustroso negro y parece tener grabada una “(...) corona ducal del color del carey” (Palma 2006: 306) en el caparazón. El alacrán emerge de un texto de filosofía contemporánea y se destaca su potencia mortífera: erizado de pelos y con una extremidad en la cola. Luego, se humaniza al insecto porque este parece rogarle a Macario, quien lo libera para después aplastarlo con todo el peso de su cuerpo y contemplar los restos del fallecido animal que flotan “(...) sobre líquidos turbios y sanguinolentos” (Palma 2006: 306).

El morfinómano vuelve a su lecho sin reparar en limpiar los restos que él mismo reconoce como sanguinolentos; el gesto de “espachurrar” al alacrán se asemeja mucho al de Feliciano cuando aplasta las culebras y lombrices, dado que no solo se trata de matar al animal sino de exponer sus restos sangrantes: espachurrar es reventar pero de manera que se visibilice el interior. El alacrán termina convirtiéndose en “(...) pedazos de caparazón, tenazas, patas y pelos” (Palma 2006: 306); si recordamos los postulados de Kristeva, lo abyecto se devela cuando se observa el caldo sanguinolento que compone la guerra: los intestinos, los miembros destrozados y la división de una presencia que antes fue completa.

Macario no experimenta incomodidad ante los restos del animal, pero su examen detallado nos permite entender que ha contemplado este con suficiente atención; incluso, se puede atisbar cierto desprecio porque antes realizó su belleza y lustre, incluso lo humanizó, pero decidió anteponer su propio sueño y trató al alacrán como un bicho más: se reitera que sus restos se hallan en medio de un “líquido sanguinolento” sin rastro de conmiseración o asco. Vuelve a su lecho, obvia apagar la luz y se despierta incómodo por renovados ruidos que delatan la existencia de miles de alacranes y escorpiones que realizan las acciones descritas a continuación:

(...) agotaban pausadamente las tenazas de sus extremidades anteriores haciendo un ruido de mandíbulas que masticaran. Infinidad de ojillos fosforescentes y bizcos me miraban con fijeza codiciosa. Veía brillar los accidentados tórax a la luz tenue de mi lamparilla verde: de las articulaciones de los pelos salía un sudor rubio, viscoso como la miel (Palma 2006: 307)

La descripción detallada de los miles de escorpiones que rodean a Macario no deja de resultar simbólica porque todas se relacionan con la imagen de la digestión y lo reducen a ser el futuro alimento que devorarán: sus mandíbulas chirrían como si masticarán, observa su tórax detenidamente y, otra vez, descubre que el líquido viscoso semeja miel. Esta última comparación nos reitera una apreciación similar a la de Feliciano en su recorrido por el bajo mundo: el líquido que emanan de los bichos sobre las paredes parece miel. Curiosamente, el miedo a ser digerido (lo miran con codicia y su lámpara alumbraba el vientre de los animales) parece apropiarse de un tono positivo. Sin embargo, creemos que tal juicio se vincula a la pérdida de referentes concretos para definir la nueva experiencia, de allí que Macario recurra a un repertorio común que delata mucho de su personalidad: las continuas semejanzas entre los bichos y la comida; inclusive, podemos detectar que Macario- como narrador de la aventura de Feliciano- no es un transmisor transparente que se

limite a enunciar lo dicho por su gemelo; todo lo contrario, la experiencia del alcohólico ha sido plenamente mediatizada por él porque hasta las comparaciones son idénticas. Cada alimaña lo ha rodeado en el momento donde más tranquilidad deseaba ostentar: en su cama mientras dormía. El morfinómano asevera:

Y los sentía caminar, enredándoseles los pelos hirsutos de las patas en el brocado de la sobrecama. El suelo de mi habitación estaba cubierto de escorpiones: los más pequeños tendrían la longitud de mi brazo. Los más vigilantes estaban a los bordes de mi cama, se cogían fuertemente con las patas delanteras y estiraban la cola a los que estaban en el suelo para que estos subieran y, al hacerlo, producían un ruido seco como de cueros o cáscaras frotadas (Palma 2006: 307)

Macario, a diferencia de su gemelo, sí está en peligro de mantener un contacto directo con aquellos seres que no solo se revelan voraces sino, sobre todo, asquerosos: los ojos son bizcos, los pelos hirsutos y los sonidos como de cueros. Sostenemos que se siente asco porque la presencia no solo amenaza su integridad, sino que está a punto de tocarlo; el temor reside en la posibilidad de la experiencia sensitiva, hasta parece que los alacranes danzarán a su alrededor y se acercan demasiado a su cabeza. Además, los alacranes ostentan una dimensión que trasciende los marcos de lo verosímil, puesto que los más pequeños miden lo mismo que el brazo de Macario. Estas figuras se revelan como monstruosas.

Atendiendo lo anterior, el autor de *Là-bas* refiere que el monstruo ya no causa el temor de antaño, aunque todavía se conserva el afán de recortar partes humanas y mezclarlas con las humanas para ofrecer la imagen de un ser sobrenatural; por ejemplo, la Toueris ilustra "(...) un hipopótamo con vientre y senos de mujer" (2016: 205), es decir, los monstruos son las criaturas sobrenaturales híbridas:

Por muy transitada que haya sido, la vía de los monstruos es todavía nueva. Y esta vez más ingeniosa que el hombre, la naturaleza ha creado, sin embargo, a los verdaderos monstruos, no entre el 'ganado mayor', sino en 'el infinitamente pequeño', en el mundo de los animáculos, de los infusorios y de las larvas de las que el microscopio nos revela el soberano horror (2016: 209)

Huysmans expresa asombro ante esos seres minúsculos no visibles al ojo humano: los gusanos son viscosos, mortíferos, de formas irracionales y capaces de sorprender al escritor francés, el mismo que, en *A contrapelo*, había decretado la muerte de la naturaleza a manos del artificio del hombre; ahora, se cerciora que el avance de la ciencia ha permitido alumbrar el lado oculto de natura, donde pululan "(...) unos seres líquidos y fosforosos, unas vesículas y unos bacilos, unos corpúsculos rodeados de pelos, unas cápsulas plantadas con pestañas, glándulas acuosas y velludas vuelan sin alas" (2016: 210). Toda una fauna de bacterias, helmintos e insectos se erige para parasitar e infectar el cuerpo del ser humano. Es más, menciona que las imágenes monstruosas en la Modernidad no surgen a partir de la mera invención, dado que todas se alimentan de bestiarios medievales, aunque ya estas figuras no portan un sentido religioso asociado a lo demoníaco todavía son transgresoras porque revelan las limitaciones del hombre: el arte utiliza los monstruos para confrontar "(...) la ingesta de las teorías de los Moritz Wagner y de los Darwin" (Huysmans 2016: 211).

La posición no deja de ser ambigua porque, por un lado, se valoran los avances tecnológicos que han posibilitado la aparición casi fantástica de un bestiario maligno solo hallable en la Antigüedad; empero, se reconoce, a su vez, que el discurso científico obnubila todo este tipo de expresiones; en realidad, la ciencia racionaliza el descubrimiento de los agentes patógenos, mientras que el arte exalta justamente aquello que se quiere mostrar como un simple descubrimiento, pensemos sino en la fascinación y el horror general que

provocó la visión detallada de una pulga cuando Robert Hooke publicó *Micrographia* (1665); dentro de esta línea se ubica Husymans quien romantiza aquello cotidiano que la ciencia clasifica.

Para Macario, los alacranes no son figuras comunes; si antes se había quedado impresionado por la belleza regia del primer alacrán, ahora estos se revisten de un tinte monstruoso que exagera sus rasgos: son rabiosos y enormes. Además, cada uno de ellos no solo está a punto de devorarlo, sino que materializan simulacros de lucha para demostrar su fiereza:

Y esperé helado de espanto. El animal saltó y se cogió al caparazón del otro, pero le hincó en la carne por las junturas: el herido se revolvió irritado y, casi en el aire, lucharon varios segundos a dentelladas y colazos, cayéndome en el pecho una gota de sangre fría y hedionda. ¡Qué horror! Yo tenía la piel cubierta de esos granitos que engendra el espanto, y debía tener los cabellos más derechos que alfileres (Palma 2006: 308)

Existe un continuo tránsito entre la humanización y la bestialidad de estos seres, esto difiere de la descripción existente en “Un paseo extraño”, ya que las comparaciones con los alacranes se acercan al imaginario humano: imploran como el rey, muestran sentimientos de rabia hacia Macario y pelean como los hombres en las lides. El temor, no obstante, sigue perfilándose como el contacto directo con estos seres viscosos, peludos y hediondos; la composición del asco, entonces, no solo implica el ser devorado, sino en el reconocimiento de un olor mortífero (“hediondo”) que se halla anclado en los alacranes, pues es su sangre la que contamina. Inclusive, estos se frotan contra el cuerpo de Macario, con lo que este se siente directamente vulnerado al contacto de los “(...) cuerpos fríos, peludos y melosos con mis brazos y mejillas” (Palma 2006: 308). En este punto, no deja de resultar simbólico la homologación que hay entre dos experiencias sensitivas: el drogarse con morfina por la piel y el sentir la fetidez de los alacranes por la piel. En ambas,

además, se da paso a acontecimientos que escapan a los lineamientos realistas: el sueño de la morfina produce fantasías y estos alacranes parecen ser la condensación de la inyección.

Macario logra comprender los gruñidos de estos alacranes y aquellos sonidos se traducen sed de venganza con aliento humano: reclamos, maldiciones y amenazas. No reconoce enteramente a los alacranes como un conjunto de bestias apestosas a las que solo hay que expulsar; de hecho, entre ambos media el razonamiento y el lenguaje porque nuestro personaje es capaz de entender sus expresiones y teñirlas de un reclamo que no es propio solo de alimañas:

Comprendí que venían a vengar la muerte sin compasión que yo había dado a su rey; comprendí que solo esperaban una orden para devorarme: unos me hundirían las púas en los ojos; otros cogerían mi lengua entre las tenazas y me la arrancarían; otros penetrarían por mi ensangrentada boca a las entrañas y me sacarían el corazón y los intestinos. No podría huir, porque había escorpiones en las paredes, en el techo, en el suelo, en todas partes, y en cuanto pretendiera escapar o tocar el timbre de la servidumbre, caerían de lo alto sobre mí. El corazón se lo comería la reina y con mis huesos harían un túmulo a mi víctima. Yo había sido un ingrato al llevar el luto a esa generosa raza; a ella debía el no tener hormigas ni arañas en mis habitaciones (Palma 2006: 308)

Los alacranes que atacan a Macario son monstruos pertenecientes a otro reino altamente sofisticado, no solo porque han acudido a reclamar la muerte del rey, sino por la rabia contenida: la danza y la lucha es un simulacro de amenaza contra el morfinómano, hasta lo han cercado de modo que este no pueda defenderse ni pedir ayuda a sus sirvientes. Resulta irónico, también, que la venganza requiere del rito- en palabras de Macario- de elaborar un altar sobre los huesos del victimario del rey de una comunidad abocada a “limpiar” la casa. El descubrimiento del monstruo como un ser liminal moderniza la presencia de este: no es el mero ser demoníaco del imaginario cristiano y

tampoco el bicho rastrero símbolo de la enfermedad descubierto por la ciencia; todo lo contrario, los alacranes y escorpiones son homologados con los seres humanos, hasta parecen ser superiores porque actúan en conjunto y componen una “generosa raza” que supera la degeneración de los hermanos: uno solo es capaz de juntarse en grupo para embriagarse y cometer actos escandalosos, mientras que el otro se refugia en la morfina en la soledad de su habitación.

Todos los escorpiones se bañarían con su sangre: Macario siente que los bichos lo odian, tocan todas las partes de su cuerpo y atisban el más ligero movimiento para atacar, así que lo zahieren en la frente, pies, orejas y cabellos; destaca el “vaho fétido” (Palma 2006: 308) del aliento de estos animales y la transformación de los gruñidos en un lenguaje entendible. En el momento fulminante, el personaje exclama:

¡Dios mío! ¡Es la señal!- murmuré en una convulsión de terror-. ¡Adiós, Feliciano, hermano mío! ¡Oh Dios misericordioso, perdóname todo lo que he blasfemado contra ti! ¡Cuánto me arrepiento de haberte ofendido con una vida tan llena de pecados y depravaciones! ¡Dios magnánimo, Jesús sacramentado: recibe mi alma en tu seno piadoso! Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre y hágase tu voluntad... (Palma 2006: 309)

En el momento límite aflora la verdadera condición de Macario; de repente, el sujeto calculador, metódico y capaz de juzgar las actitudes de Feliciano como carentes de un espíritu moderno y científico (la alusión a los viajes antiguos) termina recurriendo a lo mismo que Des Esseintes cuando comprende que ya no hay salida alguna que le permita fuera del bullicio urbano: Dios. La oración se tiñe no solo de arrepentimiento sino del reconocimiento de “pecados y depravaciones” del protagonista que ante la inminencia de la muerte adopta una actitud suplicatoria. La muerte es el límite, a decir de Kristeva, donde el hombre revela su verdadera faz, no solo por la

inminencia que su existencia implica sino, sobre todo, porque es un temor constitutivo: Macario le teme y enuncia el Padre Nuestro; el morfinómano se revela como creyente y entendemos el porqué de la cohabitación de textos perversos y religiosos en su biblioteca: el personaje se posiciona en un espacio ambiguo, está en el límite mismo de la religiosidad y las no creencias, de allí que podamos hablar de un sujeto en permanente crisis. Probablemente esto sea mucho más exacerbado en él que en Feliciano, ya que el segundo realiza escándalos, se embriaga en público y es conocido por sus fechorías; a diferencia de Macario, quien es capaz de cumplir con los imperativos burgueses económicos y mantener un espacio privado donde entregarse a los deleites de la droga, ya lee textos donde el deseo sexual es anómalo y padecimientos de santas en busca de la iluminación de Cristo, ya actúa con maldad y se lamenta de temor. Macario es un ser antitético y mucho más complejo que su hermano; en el momento de asumir la muerte, otros alacranes, cual una comitiva regia, abren paso al siguiente ser:

Un alacrán negro, hiperbólicamente grande, se irguió encima de los demás; estaba cubierto de telarañas enredadas entre la cabeza chata y horrible, las velludas patas y la espiga de su ponzoñosa cola. Tenía grabada una corona en el coselete torácico. Un sacudimiento de horror contrajo todo mi cuerpo. Aquel bicho tenía las dimensiones de un muchacho (Palma 2006: 309)

Este alacrán linda con lo monstruoso: se hace hincapié en la visión exagerada de sus partes (telaraña en la cabeza, velludas patas y cola venenosa) que posiciona una mirada con tendencia a la fragmentación: el alacrán se aprehende a partir de sus partes porque sus dimensiones son casi iguales a las de Macario. La aprehensión del objeto evidencia la falta de comprenderlo en su totalidad y cuando se le categoriza se le humaniza: “dimensiones de un muchacho”. Esta figura monstruosa sirve para revelar no solo el horror que produce la visión de lo extraño y lo híbrido entre animal y

hombre sino, sobre todo, la cobardía innata de Macario. Repentinamente, comprendemos que sus habilidades para guardar las apariencias y mantener sus negocios de buena forma carecen de importancia ante los escorpiones; hasta el alacrán regio lo ubica a su misma altura y sostiene con sus tenazas los brazos de nuestro personaje, este acto iguala a Macario con los monstruos, pero también implica un acto de poder:

¿A dónde se ha ido tu orgullo de hombre, tu valor, tu vanidad de ser inteligente? ¡Ah débil, ruin, cobarde y miserable criatura! Hace poco dejaste un reino sin rey: pensabas que el equilibrio del universo no se rompería con el despachurramiento de un bicho despreciable al que, te imaginaste, su especie no vengaría, y viniste tranquilamente a tu lecho a dormir, sin el más pequeño peso en la conciencia. Te has engañado doblemente porque el ser despreciable eres tú; tú, el ser cuya desaparición será indiferente al universo; tú, el hijo predilecto de la creación; tú, la imagen y semejanza de Dios; no contabas con que la especie de tu víctima se vengaría de tu impiedad... (Palma 2006: 309- 310)

Macario es reducido a lo más ignominioso de la creación humana, los alacranes se revelan como los portadores de una sabiduría que supera la del morfinómano que los ha fragmentado y ubicado en el espacio de lo fétido. Inclusive, la reina alacrán menciona que su humanidad semejante a la de Dios no puede hacer nada contra la venganza de ellos. Pese a las amenazas, Macario percibe cierta lástima de la reina hacia él y descubrimos que los alacranes y escorpiones no son seres netamente coléricos ni monstruosos, en la medida que- a diferencia de Macario que acumula sus libros y divaga sobre estos- el rey buscaba “(...) la ciencia del buen gobierno, es decir, quería adquirir la astucia, la maldad, la inteligencia de tu especie cuando le asesinaste villanamente antes de que lograra realizar su deseo” (Palma 2006: 310).

Conocemos que el alacrán rey se caracteriza por ser un gobernante justo que persigue la mejora de su pueblo, esto difiere de los cuestionamientos sociales y al orden que, por ejemplo, guardan los escritos del Marqués del

Sade: ante la potencia del deseo violento y lo innato de la crueldad humana se erige este monarca que parece bondadoso por naturaleza. De hecho, tanto Feliciano como Macario portan una mella desde su nacimiento que parece explicar el porqué de sus vicios: la pérdida fundacional de la madre los impele a errar sin identidad y ser partícipes de conductas licenciosas. De forma opuesta, el rey alacrán no es malo constitutivamente, sino que necesita aprender de la maldad y la astucia del hombre, esto para mejorar la calidad de vida de sus súbditos. Podemos mencionar que, así, el monstruo no es el ser viscoso, peludo y venenoso sino, más bien, el hombre cobarde y adicto que ha creído que es la creación suprema cuando, ante el peligro insoslayable, termina acudiendo a Dios y pasa por sobre la ciencia, tecnología y pensamiento nihilista. Macario no se cuestiona la existencia de los alacranes, no cree que está alucinando producto de la morfina y su desprecio inicial se convierte en temor.

La reina lo reduce al estado de un botín de guerra porque comprende que no solo por la vía de la lectura se puede adquirir la sapiencia: "(...) yo quiero lograr por el amor lo que mi esposo anhelaba y que tu amor puede darme. Sí; te perdono y te amo. Tu vida me pertenece y quiero utilizarla para engendrar un hijo que tenga mi raza y tu inteligencia" (Palma 2006: 310). Este acto de bestialismo no se entronca con los fines del decadentismo; recordemos, como citamos en el primer capítulo, que en *Los cantos de Maldoror*, se refiere que Maldoror, luego de contemplar un naufragio y ultimar a los sobrevivientes, contempla cómo los tiburones destrozan los cuerpos flotantes mientras una enorme tiburona lidia sola con tres tiburones que buscan

asesinarla; ante la furia y decisión de este animal, Maldoror nada hacia ella para ayudarla y mata a dos de sus oponentes; reconoce la maldad del animal:

Cuando los separaban sólo tres metros, de pronto, sin ningún esfuerzo, se dejaron caer el uno sobre el otro como dos amantes, para abrazarse con dignidad y reconocimiento, tan estrecha y tiernamente como un hermano y una hermana. Los deseos carnales siguieron de cerca a esa demostración amistosa. Dos muslos inquietos se adherían fuertemente a la piel viscosa del monstruo como dos sanguijuelas, y los brazos y las aletas se entrelazaban alrededor del cuerpo del objeto querido al que rodeaban con amor, mientras las gargantas y los pechos no formaron más que una masa glauca con exhalación de algas marinas. En medio de la tempestad que continuaba enconada, a la luz de los relámpagos, teniendo por tálamo nupcial, la ola espumosa, transportados por una corriente submarina como en una cuna, rodando sobre sí mismos hacia las profundidades abismales, se unieron en un acoplamiento prolongado, casto y horroroso... ¡Por fin había encontrado alguien que se me pareciera!... ¡En adelante ya no estaría solo en la vida!... ¡Ella tenía las mismas ideas que yo!... ¡Me encontraba frente a mi primer amor! (Ducasse 2014: 142-143)

En la relación entre el tiburón hembra y Maldoror existe el reconocimiento de la malevolencia de ambos y el vínculo sexual se caracteriza por la contradicción, puesto que la pureza y el horror se hermanan en el abrazo mutuo; tanto Maldoror como el animal parecen desearse y no buscan un beneficio sobre el otro, salvo el encuentro placentero que surge a partir de la igualdad. Se reconoce la dimensión monstruosa, pero no se muestra rechazo ni asco; todo lo contrario, Maldoror y el tiburón comparte rasgos que resultan repulsivos: son viscosos y como sanguijuelas.

El acoplamiento entre la bestia hembra y el hombre no es anómalo para la literatura peruana; por ejemplo, Ventura García Calderón en 1924 publica un cuento denominado “La llama blanca”, el cual forma parte de *La venganza del cóndor*, donde se refiere que los indios acuden ocultamente para mantener relaciones sexuales con las llamas, hecho que el hacendado rechaza y trata, inútilmente, de prohibir. En los dos casos, la bestia se caracteriza porque es hembra, pero en el Ducasse hay un reconocimiento a partir de la maldad,

mientras que, para Ventura, las relaciones sexuales indígenas son parte de las costumbres andinas. Frente a la igualdad de sentimientos y la existencia de una cultura, en “El príncipe alacrán” es la imposición de una raza monstruosa sobre la humana, en la medida que la primera es más apta y reduce a Macario a ser un ente a través del que se adquiere conocimiento: la reina instala un hecho bélico ante el que ella y sus súbditos han triunfado. Asimismo, no existe una atracción o el deseo perverso- como se da en la violación de un bulldog hacia una niña en *Los cantos de Maldoror*-, sino la búsqueda de un fin utilitario: el acto sexual se despoja de concupiscencia y se convierte en un medio.

Se indica “Y su boca viscosa y deforme se adhirió amorosamente a la mía; y sus tenazas enlazaron mi cuerpo. ¡Oh qué horrible el contacto de esa bestia fría, melosa, áspera, fétida!” (Palma 2006: 311). El acto sexual no se describe como sucede en el caso de Maldoror y el tiburón; para Macario, es insoportable recordar cómo fue el encuentro. La fijación en la boca actualiza otro temor presente en el cuento “Un paseo extraño”: Feliciano estuvo a punto de ahogarse por el agua acumulada que penetraba por su boca, mientras Macario temía que le arrancasen la lengua y terminó sintiendo la presencia directa del monstruo a través de características como “fría, melosa, áspera, fétida”. Esta descomposición que oscila entre olores miasmáticos y una sustancia indefinida nos sirve para establecer la idea del alacrán como abyecto.

Kristeva afirma que no solo la contemplación de los desastres bélicos y los cuerpos reventados lleva al hombre a preguntarse sobre esa sensación de asco que ha sido aprendida, sino, también, las mujeres. En el caso de Louis-Ferdinand Céline este oscilaba entre el asco que le genera el vómito de la madre y la sumisión absoluta de esta a la admiración estética que implica su

labor como costurera: los restos arrojados por la madre le son tan propios como los finos encajes que recorren por sus manos; hasta podríamos asegurar que el vómito le es más propio todavía, en la medida que es una parte de ella, un exceso que escapa de su cuerpo. En las imágenes femeninas se conjugan los límites, el cuerpo de ella se convierte en la arena donde se engarzan ideales y posturas contradictorias.

El cuerpo de la reina alacrán es el espacio de la abyección: Macario reconoce la superioridad de esta, en tanto posee una corona, es magnánima (le expresa compasión) y desea imitar el ejemplo de su marido gobernante, pero su corporeidad monstruosa es el límite donde se suspenden la racionalidad y el lenguaje: hay un más allá imposible de simbolizar en ese encuentro. Lo único real que el personaje detenta es el asco a partir de la boca del monstruo; de repente, el racional Macario que siempre compara los seres con alimentos u actos, comprende que solo puede adjetivar y dar cuenta a partir de sus sensaciones físicas; entre estas, el mal olor delata la putrefacción imposible de expresarse.

Hasta aquí podríamos aseverar que Macario enuncia solo desde el asco; pero la abyección se caracteriza porque el sujeto se ve enfrentado ante un instante donde reconoce ese otro repudiable como propio. Después de la aventura nocturna, Feliciano despierta a Macario y este observa las manchas del cuerpo del rey, está aturdido por la experiencia y, repentinamente, el dipsómano da pequeños saltos porque "(...) Vi un gran alacrán que saltó de tu cama y otro chiquitín y los he despachurrado" (Palma 2006: 311). El acto no deja de ser simbólico porque Feliciano imita lo que hizo Macario la noche anterior: exponer los restos sangrantes del alacrán; sin embargo, en la versión

de 1906 en la revista *Prisma*, el morfinómano exclama “Asesino! [sic] Le grité con los cabellos erizados- hasta matado á [sic] la reina y á [sic] su hijo.....[sic] Desventurado! Esta noche te devorarán!.....” (Palma 1906: 12), lo cual difiere de la edición de 1913 pensada para el libro, donde se apunta: “¡Asesino!- le grité con los cabellos erizados- ¡has matado a la reina y...y...y a mi hijo! ¡Desventurado! ¡Esta noche te devorarán!” (Palma 2006: 311). La distancia es fundamental si pensamos en que, para *Cuentos malévolos*, Macario asume que el alacrán pequeño es su hijo. En otras palabras, el asco y lo indecible del encuentro no son impedimento para reconocer el producto como algo propio: Macario indica la extensión del pequeño alacrán como generada por él. He allí la imagen de la abyección: aquella experiencia monstruosa donde el sujeto se fragmenta a partir del puro sentir (el tacto y el olfato) es, luego, expuesta a través del grito y el reconocimiento de los lazos filiales: decir “su hijo” es alejar la otra presencia, es reconocer que los dos reinos son imposibles de combinarse, pero afirmar “mi hijo” instauro una falla entre estos dos mundos antes separados. El proyecto del alacrán rey pudo haberse cumplido porque sí hay una posibilidad de generar una criatura que medie entre ambos mundos.

El proyecto anterior no es ajeno a los postulados de Palma sobre las razas, por lo que este cuento no es solo la representación de una experiencia de ensueño⁹³ que linde con el uso de las drogas. En nuestra perspectiva, esta narración responde a la propuesta racial de Clemente Palma a fines del XIX; recordemos que nos ha mostrado a dos miembros de una clase dirigente signados por la degeneración para que, momentos después, aparezca la figura

⁹³ Para Peter Elmore, en “El príncipe alacrán” se suspende el sentido entre la posibilidad de alucinación y el advenimiento de un hecho que trastorne la realidad empírica donde el alacrán hembra mantiene relaciones coitales con Macario. Así, no podemos decir si es sueño o realidad.

de un alacrán que gobierna un reino y posee el saber de los hombres. Ante esto, podemos pensar que ese alacrán se asocia a la raza indígena⁹⁴, debido a que representa un grupo heterogéneo que resulta abyecto para Macario: es como el rechazo que genera la casta indígena por ser inferior, además de que son mayoría y ejercen como buenos soldados. Inclusive, podríamos decir que el rey y la reina son parte de esa monarquía intelectual que fue capaz de llevar al progreso a su nación. Empero, existe un aspecto que parece escapar a la concepción del indio y se entronca directamente con los objetivos de *El porvenir de las razas en el Perú*: la mezcla racial.

El rey alacrán esboza uno de los proyectos iniciales de la clase letrada y la religiosidad: la educación, de manera que lo encontramos buscando los libros de la biblioteca de Macario porque anhela ejercer un buen gobierno entre sus súbditos. Este es el mismo proceder de varios intelectuales de los que Clemente Palma se burla en sus tesis, en la medida que ignoran la existencia de la fuerza que ejerce la sangre en la determinación de los sujetos: no se puede educar a los indígenas o asiáticos porque su estado de abandono ha llegado a un nivel que solo se soluciona a través de la desaparición. Curiosamente, el gobernante que busca el acceso por la vía educativa está condenado a morir: Macario reconoce su belleza señorial y se conmueve por unos instantes, pero termina matando al alacrán.

La aparición de la reina no solo se entronca, así, con una experiencia sobrenatural que se halla en un limbo de indeterminación, en tanto que actualiza el pedido de Palma a la sociedad: la parte final de su tesis donde pide

⁹⁴ Cfr. LÓPEZ, Santiago. "Racialismo a identidad (Palma, González Prada, Mariátegui)". *Lienzo*. Lima, número 17, pp. 289- 333.

se pague con oro a los alemanas para que mejoren la raza peruana, es decir, tal animales, los criollos necesitan de un cruzamiento con razas superiores porque han devenido en una herencia degenerada muy dada a los placeres del cuerpo. La reina alacrán también “paga” por Macario, dado que ese es el precio que le cuesta salvar su vida por haber asesinado vilmente al monarca. Ella, como si fuese un refracción de los pensamientos de Palma cuando Bachiller, reclama la posibilidad de engendrar una raza superior a través del acto sexual, con lo que se independiza de su nivel de bestia abyecta y nos demuestra la capacidad de razonamiento que defendía el autor: solo se puede limpiar la mácula sanguínea enferma a través de mezclas continuas donde necesariamente se tenga que elegir una raza superior. Nuestro autor condenaba a los criollos porque se mezclaban fácilmente con los indios y los negros, los cuales heredaban características negativas que se anteponían al espíritu en crisis de los españoles; contrariamente, esta reina no busca su placer sexual o se siente atraída por el hombre, lo que persigue es la selección de su raza y la habilidad mental que le puede brindar el ser humano a través de engendrar un hijo. En ella, paradójicamente, descansa el devenir de los proyectos nacionales: el buen gobernante no es aquel justo, inteligente u honesto, sino quien, bajo la mirada de un científico- ganadero, puede detectar cómo apoderarse de la raza superior y concebir un mejor futuro para su población. La propia reina se ve obligada a lidiar con la cólera de sus súbditos, quienes anhelan atacar a Macario y reaccionan con ira cuando esta le propone el medio para salvar su vida: los otros alacranes sienten la rabia del momento, Macario experimenta el temor del instante, pero la reina ha posicionado su mirada en un más allá que trasciende el encuentro carnal: el hijo será quien

gobierno con verdadera justicia y sabiduría porque se funda a partir del encuentro con una raza superior en cuanto a inteligencia. Así, podemos desprender, dos conclusiones que se engarzan con el discurso de la abyección y el de la mezcla racial.

En el primero, la sensación de encontrarse con esa presencia monstruosa que es la existencia del vástago híbrido es fugaz, pues Feliciano “los asesina”- no los aplasta como él enuncia en un principio- y todo retorna a un aparente orden: no existe el híbrido ni la constatación fidedigna de que el encuentro se ha dado. Macario se aleja de su hermano y el final de la narración instala un tema que parece banal frente a lo acontecido: el morfinómano asevera que se separa de su gemelo y que este no ha modificado sus conductas escandalosas. Probablemente el cambio de foco permita preguntarse sobre la realidad del asedio de los alacranes, puesto que parece que- así como se omite la descripción del engarce entre bestia y hombre- Macario deliberadamente apunta hacia un tema distinto para conjurar aquello que ha sucedido: la muerte del hijo y la amenaza del retorno de los alacranes, de allí que prácticamente huya de su casa.

En el segundo, el proyecto de la reina alacrán fracasa por la intervención de un degenerado mayor: Feliciano, quien no sabe guardar las composturas y ha exhibido sus vicios ante la mirada pública. Dicho fracaso no aminora la capacidad racional del alacrán hembra, más bien parece demostrar que el sopor y la idiotez a la que ha llegado la raza dirigente es infranqueable: Feliciano solo salta y los aplasta, se asusta, pero reacciona con violencia, tal como se hace ante una idea que vaya más allá de los principios religiosos o morales (Palma señalaba los prejuicios en torno a la importación de alemanes

para engendrar hijos). Además, el proyecto resalta, en un viraje irónico, el carácter pusilánime de ambos hermanos: Macario huye por temor a la venganza y Feliciano continúa con sus andanzas de alcohólico; no hay, pues, forma de que estos dos degenerados sean capaces de procrear una raza superior porque ambos representan una entidad más abyecta que los alacranes: el asco que generan las bestezuelas reside en su corporeidad viscosa pero su inteligencia supera a los dos gemelos, mientras que el asco ofrecido a partir de Macario y Feliciano reside en la herencia sanguínea: ambos son viciosos, perversos y dados a la ociosidad. El peligro de que procreen es aun peor porque su descendencia será mucho más abyecta que ellos y acabará, a modo de los indígenas, por sucumbir ante los embates del tiempo y el progreso.

3.3 La dualidad de la sífilis: “Leyenda de Haschisch”

“Leyenda de Haschisch” es un cuento aparecido en la primera edición de *Cuentos malévolos* y recrea un suceso constante en la escritura del XIX: las experimentaciones con estupefacientes que permiten vivir nuevas experiencias sin necesidad de viajar grandes distancias reales. En nuestro análisis, nos centraremos en la construcción de la mujer sifilítica y el paisaje de morbidez desplegado en la primera ensoñación. Para Peter Elmore, el narrador homodiegético cuenta la muerte de Leticia pero con tono teñido de armonía literaria que trasciende la confesión:

El texto enfatiza el carácter activo y productor de la figura masculina, en contraposición a los valores de humildad y paciencia- los valores de subordinación- que definen a la figura femenina. Comparándola con un “animal doméstico”, el narrador elude señalar su sexualidad, su calidad material: habla tan sólo de su “mirada cariñosa e interrogadora”, exaltando un vínculo vertical y decididamente machista (1983: 70)

Estos rasgos parecen instalar un tópico romántico semejante a Edgar Allan Poe y a Villiers de L' Isle- Adam. Hay nexos con "Idealismos" por el carácter de la amada muerta, la sexualidad y la estetización idealizadora; pero en este cuento no encontramos ironías y sí influjo de Baudelaire presente en *Los paraísos artificiales*. La semejanza de Leticia con la reina que gobierna en la primera ensoñación es tomada como "(...) el horror al sexo reaparece, así como un exótico cultismo que se liga al gusto "maldito" por lo horroroso y extraño" (Elmore 1983: 74). Además, este narrador homodiegético señala ser el centro del que emergen las fantasías que observa: se reclama esta posición egocéntrica decadentista que, más allá del gesto, revela un punto de vista ético que apuesta por la ficción.

3.3.1 Entre la madre y la prostituta: el cuerpo de la amada sifilítica

El narrador, desde un inicio, nos relata sobre su esposa amada Leticia, a quien sindica como portadora de "(...) una mirada cariñosa e interrogadora de *animal doméstico*" (Palma 2006: 275). También compara su mirada con la de una cierva doméstica; en estos términos se configura la imagen de una mujer caracterizada por la sumisión que ha infundido el amor en ella: el personaje se contempla como alguien continuamente abocado a su trabajo (escribe varias cuartillas) y a quien ella demanda atención. Leticia es alta, delgada y pálida, se le reconoce por el perfume de sus cabellos.

No deja de resultar curioso la imagen de la mujer flor que indican Alain Corbin y Dominique Laporte: no se le describe como llena de afeites o con una variedad olorosa sino, más bien, como un ser ligado a la naturaleza. El olor de Leticia emana de ella misma, su fragancia, además, es reconocible por su esposo, quien- sin cerciorarse de su presencia mediante la mirada- la percibe

por el solo aroma. También, es destacable la comprensión de ella como un animal que ha pasado por un proceso de domesticación; justamente, la mujer era concebida como una prenda que debía restringirse al ámbito privado y cuyo aroma entregaba el hombre en el acto sexual: las vírgenes eran como flores que olían delicadamente y adquirirían la fragancia del marido después de las nupcias. El llamarla cierva enlaza a la mujer con la naturaleza, resalta su fragilidad y dependencia hacia con el esposo, quien es el llamado a resguardarla. Precisamente, el narrador ha circunscrito a su esposa al espacio de la casa: la recuerda en los momentos cuando descansaba o trabajaba. Ambos amantes solían contemplar la noche estrellada por varias horas y el ambiente parecía reflejar lo siguiente:

(...) el sutil polvillo blanco desprendido de las alas de una enorme mariposa pálida. Leticia parecía entonces albergar en su alma, el alma casta de las estrellas. Un ambiente de amor místico nos saturaba, y nuestros besos tenían entonces una extraña pureza, como si tradujera el espíritu misterioso que animaba ese infinito abismo abierto encima de nuestras cabezas. Y nos desagradaban y nos avergonzaban los recuerdos impuros de nuestras locuras pasionales, de las exquisiteces y refinamientos en que no desvanecíamos y aniquilábamos nuestra vida (Palma 2006: 276)

El amor de Leticia se proyecta desde la alcoba hacia el infinito, en tanto que ella es caracterizada no solo como una dama- flor, sino también como la imagen de la amada muerta, la cual surge como una respuesta a los temores anclados en la mentalidad masculina producto de la emancipación femenina y del ingreso de estas a la esfera pública a través de las letras.

La esposa es vista como un cuadro prerrafaelita porque su palidez y delgadez la acercan a la muerte: el narrador la valora en tanto un sujeto que es capaz de generar pensamientos poéticos y es bella, no se indica que ella se relacione con la escritura a través de la pluma; inclusive, ella irrumpe las labores del esposo, quien la alegra al dedicarle algún poema. Su papel encarna

el de la musa estática cuya belleza habita en esa sensación de estar a punto de perderla: es hermosa en cuando su delgadez linda con la anemia, en cuanto su palidez la hace ver como una enferma y en cuando permanece al lado del marido. La construcción de esta como evanescente se da a partir de propio cuerpo que expresa la fragilidad y la morbidez para el esposo poeta:

la curva de su cuerpo palpitante y febril, esa curva moderada y noble, esa línea elegante, sin las osadías que crea el artificio; esa curva mística que, en los cuerpos de las santas jóvenes de algunas vidrieras góticas, expresa mejor la exaltación del fuego interior (Palma 2006: 277)

Su cuerpo es despojado del carácter sensual y turgente de Salomé en *A contrapelo* de Huysmans, por ejemplo, y se vuelve más deseable a medida que se aleja de la lujuria: Leticia es comparada como una de las santas que, tras ayunos y rezos, alcanza un estado de cercanía a Cristo que parece a punto de sucumbir. El narrador repetidamente la instala como la imagen de lo frágil (cierva, mariposa) y lo macilento (pálida y delgada); dicha sustracción de sensualidad (las mujeres de la época, como vimos en el segundo capítulo, usaban corsé para resaltar su figura) exalta a Leticia: ella linda con la santidad porque su constitución física no es normal; la amada muerta⁹⁵ se idealiza poéticamente a través de la cercanía con la muerte, cercanía que se ilustra si recordamos que el narrador y ella se caracterizan por contemplar largas horas la noche estrellada.

La unión de la pareja se sacraliza a través de formar un todo indistinto con el universo donde se exalta la pureza de ambos; tal pureza se halla

⁹⁵ “Desde el marco ideológico modernista, la mujer enferma o la bella muerta constituye una metáfora a través de la cual se desarticulan los principios burgueses del pragmatismo y la utilidad, a la vez que son signo de la riqueza y del poder masculino. Pues la inutilidad de la mujer, su no hacer nada, llegó a convertirse en un símbolo del poder masculino” (Morales 2017: 204), esto se cumple en “Idealismos”, pero, en nuestro casos, no buscamos incidir en esta imagen porque consideramos que Leticia supera este tópico al ser una mujer que impele a su marido al sexo, no es ella quien meramente la receptora del deseo sino, sobre todo, la que obliga al esposo a sus encuentros, de los cuales él se arrepiente.

anclada en Leticia porque su cuerpo ostenta “(...) la *delicada pureza de una virgen cristalizada, el encanto infantil y la gracia de una adolescencia detenida en los músculos, antes de la expansión que experimentan estos, cuando una joven ha visitado la isla de Citeres*” (Palma 2006: 277). Esta amada es una mujer- flor por su aroma, inhibición de sensualidad- solo las prostitutas despiertan la carnalidad, recordemos- y cuerpo delgado; no obstante, el problema es que ella ya no es una muchacha sino una mujer casada. Justamente, los códigos en torno a las esposas variaban: de la joven callada que pasaba de las manos del padre hacia el marido se debía construir la madre como ente que represente la nacionalidad.

El cuerpo de Leticia se ha detenido en el tiempo y eso problematiza que se vea a esta como a una madre; inclusive, el propio narrador indica que observar el infinito con su telescopio lo lleva a percibir que ambos son seres asexuados que se unen en un todo sin término. Lo ideal es anular el deseo y todo signo que delate a Leticia como un ser dado a la lujuria, en la medida que su cuerpo se ha hecho para la pureza.

Sin embargo, el propio narrador nos delata que su amor real está anclado al lecho marital y caracterizado por acciones que escapan a lo normalizado, pues son extravagantes y cometen actos impuros donde escapan de lo concebido como santo:

Nuestras locuras y caprichos debían matarla y así fue. Su cuerpo anémico había nacido para el amor burgués, metódico, sereno, higiénico, y no para el amor loco, inquieto y extenuante exigido por nuestros cerebros llenos de curiosidades malsanas, por nuestras fantasías bullentes y atrevidas, por nuestros nervios siempre anhelantes de sensaciones fuertes y nuevas (Palma 2006: 276)

El amor burgués es el del “esposo jardinero” llamado a resguardar a la mujer en el espacio de la casa y a cultivar su aroma; de forma opuesta, el narrador no es un esposo modélico sino un marido en continua falta: es consciente que Leticia no puede seguir con el ritmo de sus encuentros, pero se deja obnubilar por el deseo y la somete a “fantasías bullentes y atrevidas” que le permiten experimentar nuevas sensaciones. Como los héroes decadentes, este personaje busca la exacerbación de sus sentidos, solo que en este caso es a través del sexo como un fin en sí mismo: el narrador no atisba el proyecto de una familia ni se interesa por la preservación de su apellido o la configuración nacional. Lo único rescatable, para él, es el placer compartido que los ubica como una pareja única. Su rechazo al amor burgués nos lleva a constatar que se opone a los discursos higienistas que ven el acto sexual como necesario para engendrar y como saludable una mujer que sí puede ser madre: se pedía, recordemos, hasta certificado médicos a las damas para asegurar la futura ciudadanía nacional.

A Leticia no se le pide se coloque como madre, ella es la esposa y ello ya constituye la máxima aspiración del narrador. A partir de esto, el lugar de Leticia se torna complejo porque ella enlaza rasgos de virgen y de prostituta⁹⁶:

⁹⁶ Las prostitutas son “las pobres mujeres muertas para el amor” (Matto 1974b: 93), pues Ernesto Casa- Alta la compara con la candidez de Margarita, quien no reacciona lujuriosamente ante sus acechos; estas mujeres se asocian al vino y a las orgías. La asociación que establece la narradora divide a las mujeres del placer de las destinadas a ser madres: las primeras solo sirven para experimentar y preparar a los varones para sus esposas, quienes sí deben conservarse castas. Asimismo, a las meretrices se les sustrae el nombre y devienen en cuerpos signados por apodos: “(...) los cuartuchos de Mariquita *la ñorbo*, Eudisia la garbo alto, Sara la flor menuda, Cecilia la esperanzada, todo ese enjambre de grillos nocturnos que liban la vida y matan la santa virtud que se llama resignación, que lleva sobre el pecho el afilado puñal de la sociedad, hendido hasta el cabo para la pobre, sostenido con denuedo, sin herirla, para la rica, envuelta en la seda y en el terciopelo del verdadero vicio” (Matto 1974b: 94); curiosamente, la Leticia del cuento es calificada a partir de su animalidad, la misma que parece señalar ese otro carácter bestial oculto tras sus ojos de cierva: no hace el amor en las madrugadas como recomienda Clorinda en su novela, sino en plena noche y bajo la luna llena,

su sacralidad la vuelve más deseable ante el narrador, quien continuamente trata de mantenerla en un lugar menos impetuoso porque es como un animal o una cierva. Inclusive, el ímpetu sexual de ella desborda su propio cuerpo y lo condena a la muerte: Leticia participa de fantasías concupiscentes que se oponen a la idea de una mujer santa o a la belleza sin mácula de las damas prerrafaelitas; a ella, todo lo contrario, se le valora porque es deseada y desea. Justamente, ese es el punto donde Leticia conforma un modelo distinto al de otras musas, debido a que sí es recurrente que las prostitutas enfermas de tuberculosis se acerquen al imaginario de la muerta delicada o que el hombre sea quien provoca la muerte en su amada por la violencia de su deseo- tal como sucede en “Idealismos” del mismo autor-, pero no que se reconozca la inmensidad del goce en estas y cuyos cuerpos no sean aptos.

Producto de los encuentros antinaturales para su frágil cuerpo, Leticia muere y al narrador le es imposible conciliar el sueño debido al recuerdo de la amada, así que recurre a una caja procedente del Cairo que contiene un “(...) misterioso manjar del Viejo de la Montaña, el *hachisch* divino... Me levanté del lecho, toqué el botón eléctrico de la luz y con una pequeña plegadera de plata corté un pedazo de la pasta y comí” (Palma 2006: 277). El efecto es inmediato y se suscitan una serie de extravagancias, de las que es pertinente destacar la imagen de la mujer en la primera y la última.

En la primera ensoñación, el narrador se ubica como el aprendiz de un sabio indio, quien lo lleva a una isla donde reina la enfermedad; dicho maestro cuenta que tal lugar es gobernado por la esposa del primer hombre, el cual

además que es ella quien demanda el placer del marido, a pesar que su propio cuerpo enferma por la intensidad de sus amoríos.

pecó. Al ser interrogado por la reina de ese espacio, muta su cabeza por la del poeta latino Ovidio Naso y enuncia: “*Venus Syphiliae, regina urbis!... Videor, fili mihi!*.” (Palma 2006: 281); poco tiempo después, el narrador indica:

Y vi, vi en el centro del lago un islote en el que se alzaba un gigantesco hongo de forma obscena, a cuya sombra estaba sentada esa extraña reina en la actitud de los ídolos orientales. Parecía meditar y no tenía más adorno que una corona de adelfas. De pronto, levantó la cabeza y me miró... Sentí que un frío espantoso me helaba hasta la médula de los huesos y que el asombro más doloroso paralizaba mi vida... Eran el rostro y el cuerpo de mi Leticia, de mi pura e inolvidable Leticia. Ella, mi amada, mi esposa, reinaba allí, solitaria y melancólica, en medio de tanta desolación y espanto, reinaba desde la aurora de la Humanidad sobre esta Naturaleza corroída por la fiebre y la putrefacción” (Palma 2006: 282)

El latinismo del autor del *Arte de amar* contesta que tal tierra es la ciudad de Venus donde reina la sífilis. Ahora bien, el imaginario en torno a esta enfermedad era eminentemente sexual: frente a la tuberculosis que se romantiza porque se desconoce su origen y se cree que sus signos (palidez, por ejemplo) delatan un espíritu especial, la sífilis es signo de vergüenza porque se adquiere en encuentros ilícitos y, a su vez, es peligrosa en tanto provoca una herencia degenerada (deformaciones o locura).

Reconocer a Leticia como la reina de la sífilis es establecer un distanciamiento respecto a los preceptos narrativos de la época. En lo narrativo, nos ceñimos a los ejemplos del discurso decadentista en *A contrapelo* de Husymans y al naturalismo en *Bubu de Montparnasse* de Charles- Louis Philippe. En el primer caso, Des Esseintes decora su casa con flores traídas de otros continentes. Luego de recibir las extrañas plantas, aspirar sus aromas diversos y contemplar el desorden floral que estas ocasionan a la vista, se duerme producto del cansancio y experimenta pesadillas, donde observa a una horrible mujer que se refriega contra él y posee un rostro semejante al de un animal (como bulldog), ella y él marchan

por un sendero en medio del bosque cuando surge una aterradora aparición que se posiciona en frente de la enjuta mujer y él:

Esta figura ambigua y sin sexo determinado, tenía un aspecto verdoso, y la mirada de sus ojos, de un azul claro y frío, era terrible bajo sus párpados amoratados; su boca estaba rodeada de granos; sus brazos secos y esqueléticos, desnudos hasta los codos, temblaban de fiebre, saliendo de unas mangas andrajosas; y sus muslos descarnados tiritaban dentro de unas botas de montar demasiado amplias (Huysmans 2016: 224)

La aparición de esa otra mujer que lo persigue a lo largo del bosque y se asemeja a una parca, constituye "(...) la imagen de la Gran Sífilis" (Huysmans 2016: 224) y atormenta porque la enfermedad, en tal época, no solo era mortal, sino que representaba la lenta corrupción del cuerpo: la mujer sífilis es esquelética, de párpados violáceos y está en constante fiebre. Curiosamente, Des Esseintes se deleita en las flores de olores extraños y coloraciones que compara a enfermedades venéreas, pero solo porque estas son semejantes a la corrupción del cuerpo, ya que encontrarse a la sífilis es estar en peligro efectivo de muerte y eso para el personaje es insoportable. Por más que sea la visión de una pesadilla, este aristócrata que ha descubierto todos los placeres, reconoce el denominado mal del siglo y solo escapa: la mujer bulldog que se refriega contra él es la encarnación de las prostitutas que arrastran este mal hacia sus clientes y terminan acabando como la esquelética figura.

En el segundo caso, la prostituta Berthe se contagia de sífilis y se le equipara con un vertedero público que se muestra más exultante en verano: el aire caliente parisino atrae a los jóvenes y turistas hacia sus brazos. Ser meretriz se convierte en una experiencia diaria donde recorre la ciudad de extremo a extremo, además de juntarse con la escoria: ladrones, asesinos y viciosos. Lo curioso es que Berthe no infunde temor sino compasión, dado que es una muchacha joven, delgada, pálida y carente de la sensualidad, por

ejemplo, de su rubia hermana Blanche que también trabaja en la calle. Así tengan, no obstante, diferentes fisonomías, las dos terminan siendo la encarnación de la enfermedad porque contagian a sus clientes y son el medio de transmisión andante que condena generalmente a gente acomodada: en la novela nos indican que solo los hombres con suficiente dinero pueden pagar los servicios amatorios, los estudiantes y pobres solo observan o terminan dilapidando lo poco que tienen en estas mujeres. Pierre, uno de sus clientes y quien se da la tarea de protegerla, escucha el relato de su joven amigo médico:

Solía ir hace tiempo al hospital Broca, porque uno de mis antiguos compañeros de colegio era médico allí. He visto desfilar a través del espéculo a toda clase de mujeres con sus enfermedades. He visto desfilar a las mujeres de barrio que tienen chancro y que se ríen porque les han dicho: "La sífilis no es nada. Han de tomarse una píldora durante tres años y se acabó". He visto a mujeres que tienen sífilis desde hace dieciocho meses y que lloran. Dicen escondiendo la cara entre los brazos: "No me curaré nunca". Los médicos las consuelan echándose a reír. He visto a las viejas abriendo las piernas como bestias. Son unas miserables heridas que se dejan hacer sin quejarse porque están acostumbradas a sufrir (Philippe 2017: 44)

La sífilis para el doctor es una enfermedad que afecta, sobre todo, a las mujeres sin límite etario; inclusive, los propios médicos se burlan de esta, pero la enfermedad difícilmente se cura y termina convirtiendo a las infectadas en bestias que exhiben su cuerpo herido a los doctores. El médico amigo de Pierre cree que estas mujeres son dignas de conmiseración porque el hombre debe salvarlas del abismo en que habitan, ello no solo por ser mujeres públicas sino por la depravación moral que poseen. El problema es que Pierre termina contagiándose de sífilis y se convierte en un miserable más que está condenado a la vergüenza de sus heridas y a la muerte. La propia Berthe mostrará, posteriormente, a los amigos su lengua llena de llagas por el uso del mercurio, pero parece que ese es el único camino que le queda a las mujeres pobres que se dejan seducir fácilmente: el padre de Berthe, un pintor de brocha

gorda, se resigna ante el abandono de sus hijas prostitutas y comprende que nada puede hacer ante la pobreza moral y económica.

En los dos casos- el decadentista y el naturalista- la sífilis es una enfermedad terrible, así como sus portadoras: ambas son prostitutas que esparcen el mal en su paso, pues infectan a los demás a cambio de unas monedas. El deseo sexual es visto como sucio y mórbido, en la medida que los sujetos se sienten atraídos por estas mujeres que recubren sus llagas con pomadas y ropajes, pero la cara real de estas enfermas es la bestialización purulenta: la mujer bulldog es repulsiva y sus tocamientos lujuriosos asquean a Des Esseintes, mientras que Berthe puede ser pálida y lánguida, pero ella no la convierte en alguien mejor: el propio Bubu, su proxeneta y pareja, la reconoce como una prostituta más que debe seguir trabajando, aunque su cuerpo ya esté debilitado por la enfermedad.

El discurso médico es semejante, dado que- como vimos en los dos capítulos precedentes- la sífilis no se romantiza por su origen sexual que vulgariza la enfermedad. Primero es achacado a prostitutas porque son ellas quienes transitan por el espacio público y cuyo cuerpo invita al sexo: recordemos que Corbin las compara con animales por el olor que desprenden, mientras que los doctores de inicios del XIX las consideran los principales agentes del mal y solicitan que se regule su actuar. La asociación prostituta-sífilis estigmatiza las prácticas sexuales no destinadas a la procreación y convierte al goce como un fin en sí mismo; esta primera conexión, sin embargo, se derrumba hacia fines del XIX en el Perú porque la fundación de la Cátedra de Ginecología y la injerencia de los médicos en el espacio del hogar

demuestra que muchas enfermas son, en realidad, honorables madres de familia.

Dentro de esta estela es que se encuentra Leticia, dado que, aunque no es madre, sí es una esposa cuyo cuerpo se reviste de castidad, es pálida, delgada y enfermiza. El narrador nos ha dicho que existe una contradicción entre el cuerpo de esta que necesitaría, para su preservación, un esposo-jardinero burgués, puesto que este debería garantizar su seguridad.

Empero, el esposo de Leticia es un esteta dado a prácticas sexuales perversas que acaban con esta; asimismo, no es que Leticia sea instada a cometer tales actos, ella también parece sentir placer con estos e incentivar tales situaciones: se revela como un sujeto activo, en la medida que perturba a su marido durante su trabajo y lo invita al lecho nupcial.

Los médicos del XIX detectan que las esposas blancas de filiación criolla son quienes más padecen, dado que sus maridos, quienes podían acceder a prostitutas, les contagian la enfermedad; es más, estas acudían al médico cuando ya el mal era imposible de curarse: el cuerpo de la mujer es un espacio cargado de contrariedades, se admite que es madre y es la guardiana de la emergente nación americana, pero también se detectan enfermedades venéreas que potencializan el parir una prole enferma. Las propias mujeres, al ser de clase alta, se resistían a acudir a médicos en hospitales y recurrían a matronas que terminaban generando infección; inclusive, si pensamos en las pobres, estas vivían en tugurios donde la enfermedad reinaba: madres de hijos ilícitos que debían trabajar y seguían alumbrando a niños enfermos y débiles, este era el espacio donde el higienista se entrometía para representar el Estado paternal. Los médicos buscaban no solo instituir el matrimonio sino

también ejercer dominio sobre el cuerpo femenino para desodorizarlo, suprimir la infección y garantizar, así, una ciudadanía salubre⁹⁷.

El cuerpo femenino es, entonces, el lugar de lo abyecto: en él se enlazan los deseos más puros pero también es el asidero de perversidades; se busca controlar su olor para anular el deseo sexual y regular su sensualidad para evitar que el goce sea un objetivo. Sin embargo, los médicos también reparan en la inmensidad del placer sexual femenino: en el XIX se descubre que las mujeres desean y esto perturba a los varones, quienes- en el ámbito de la literatura- crean una sucesión de vampiresas, muertas enamoradas y prostitutas agonizantes para sancionar simbólicamente la transgresión de las mujeres.

La muerte de Leticia parece ser un castigo a esa transgresión, en tanto que su actividad sexual le acarrea la muerte porque supera los límites de su cuerpo. El aparente problema se da cuando descubrimos que es la reina de la sífilis y está asociada al espacio urbano: esta esposa de cuerpo casto se halla encumbrada sobre un hongo obsceno, imagen del falo, y ejerce su influencia hacia todos los confines del mundo: la idealización de la amada se reviste, así,

⁹⁷ Otra vez debemos apelar a *Herencia* para comprender la necesidad de regular el cuerpo femenino. Por eso, Fernando Marín, antes de otorgar la mano de su ahijada, pregunta sobre la ascendencia de Ernesto y la posibilidad de que haya un enfermo (desde el suicida hasta el alienado): “Los preciosos descubrimientos de la ciencia, cuyos progresos son cada día más milagrosos, se preocupan grandemente del hombre futuro, tratando de asegurar la felicidad humana. La ciencia ha demostrado y patentizado la herencia directa de los males que he enunciado, así como la herencia perruna de la hembra, y toca al hombre honrado precaver su descendencia, pues, crimen y crimen inaudito es el dar vida a hijos enfermos, con la conciencia de su desgracia perdurable y transmisible, crimen que los ortodoxos le cuelgan al buen Dios y que sostienen no sólo las mujeres dispensadas de sus errores en consideración de su ignorancia, sino los hombres aviesos que echan a los cuatro vientos las pomposas frases de progreso e ilustración” (Matto 1974b: 206). La herencia se transmite, principalmente, a través de la madre, por eso las Aguilera son una sucesión de mujeres condenadas a ser “perras” en palabras de la narradora: las hijas repetirán la lascivia de la madre, tal como lo harán las dos niñas de Espíritu.

de una mancha sexual constitutiva. El narrador, a diferencia de los otros casos que vimos donde se le rechaza o siente lástima, sigue amándola y se lamenta, pero sin reducirla a ser un objeto de estudio o un medio para reformar la sociedad (el caso de Pierre y su amigo médico frente a Berthe, por ejemplo).

Es más, Leticia no está revestida de adornos ni ricos ropajes que se asocian a las prostitutas que ocultan las máculas de su cuerpo, ella solo tiene una corona de adelfas, una flor vinculada a Dafne- ninfa que escapa de Apolo y es convertida en laurel para preservar su virginidad-; en otras palabras, Leticia se afina en la imagen floral de la naturaleza: la delicadeza y pureza no son solo vistas a través de su cuerpo sino también de su indumentaria. Esto es ambiguo porque su asiento revela la existencia de un falo y su reino es uno de podredumbre y enfermedad. Al parecer, tal imagen no es tomada de los decadentistas, en la medida que estos sí conciben la sífilis como repudiable en el cuerpo de una prostituta, se condena la enfermedad porque esta perturba y afecta físicamente; sin embargo, la paradoja- para la medicina peruana de fines de siglo- es detectar que el mal se concentra no es meretrices ni mujeres pobres sino en esposas blancas. Se cambia el foco de la mirada porque ya no solo el tugurio requiere de la intervención higienista sino, sobre todo, el sector de clase alta que se resiste a exponer el cuerpo: los médicos reniegan sobre el pudor femenino y la costumbre de doctores a domicilio mantenida en las familias de clase alta, puesto que impide que se descubra el mal cuando todavía es incipiente.

Nuestra Leticia parece ser, aunque no se indica su procedencia, una de estas mujeres porque no se negativiza su enfermedad ni se da cuenta de la corrupción detallada de su cuerpo; es más, este es deseable en cuanto

padece, el narrador se horroriza ante el reino que observa, pero reconoce la melancolía de su mujer y la asocia a ese animal doméstico. Comprendemos, de tal modo, que el deseo de esta es el que ha sido domesticado o sometido por el esposo poeta.

Lo enunciado al último se evidencia cuando, en la ensoñación final, el narrador es dirigido por una guía a la que no observa, pero reconoce como una versión femenina del barquero Caronte. Ella lo lleva al país de la viñeta, donde la naturaleza adquiere dimensiones extrañas porque lo humano, animal y natural se mezclan sin limitaciones y alumbran una serie de seres híbridos que no despiertan temor ni asco. El narrador contempla, en ese viaje, a mujeres pálidas que lloran a sus amantes y a mujeres-flor, estas se presentan así:

En un bosque de tulipanes grandes como hoteles, vi seres humanos que paseaban sobre los pétalos: eran mujeres, las mujeres más idealmente bellas que se puede concebir, envueltas en tules de rocío hilado. Sus carnes eran como de marfil y nácar blandos, sus ojos azules dirigían miradas candorosas y angelicales, sus labios parecían impregnados de la sangre de las granadas, y sus cabelleras, rubias como el Jerez pálido, descendían en apretadas guedejas hasta los muslos... Apenas me vieron me rodearon con adorable gracia y ternura. Sus inocentes caricias, desprovistas del menor impudor, me causaron un placer purísimo de niño acariciado por los serafines; sentí por una de ellas un amor típico, sin deseos, sin turbaciones, una especie de amor apasionadamente místico e inefable, que me habría hecho quedar allí una eternidad si mi guía no me hubiera arrancado violentamente de mi éxtasis tirándome de un brazo, a la vez que las miraba con despreciativa sorna. -¿Son ángeles esos seres divinos?- la pregunté suspirando. - No- me respondió con irónica sonrisa-; son mujeres sin sexo... su amor es el amor del Limbo, desgraciado (Palma 2006: 290)

Estas féminas despiertan el deseo que idealmente el narrador mantenía con Leticia, son delicadas como los cuadros prerrafaelitas, pues son excesivamente blancas, delgadas, rubias, de ojos azules y cabello abundante. Para el narrador, sentirse parte del universo consistía en anular el goce sexual que le producía el cuerpo de su esposa, por lo que estas son la materialización del ideal, en la medida que proporcionan un amor místico que se asocia a la

santidad y carece de carnalidad: no se les desea, el narrador cree que son ángeles y vuelve a sus delirios infantiles ante la presencia de estas mujeres-flores. Corbin aseveraba que la dama-flor no despertaba el deseo lujurioso porque su aroma era delicado y además ella era repositorio de la pureza: estas mujeres son pétalos que trascienden toda concupiscencia. Sin embargo, la guía las desprecia por aquello que son valoradas: su pureza es tal que es imposible acceder carnalmente a estas, son seres asexuados y habitan en la indeterminación porque solo producen un deseo puro que no se materializa; luego, la mujer se despoja de sus vestiduras y se muestra desnuda:

Yo soy el Amor con todas las energías... yo soy la eterna pasión con todos sus misterios de placer y de vida. Y soy el delirio loco del amor de las almas vibrando en los nervios más sutiles y en la más pequeña gota de sangre viva... Ámame, que yo soy el Supremo Espasmo, en la doble ventura de las almas y de los cuerpos... Mirame, tal como en la aurora del mundo nació en el Egeo... ¡Yo soy la Forma Pura, la Belleza Inmortal (Palma 2006: 291)

La burla hacia estas mujeres se da porque la guía se revela bella como Helena y resulta ser Venus, de modo que esta concibe el amor a través del acto carnal: el “doble espasmo” debe materializarse en las almas y en los cuerpos. Se sanciona a las mujeres-flor porque no despiertan el deseo y carecen de sexo, esto difiere del ideal del amor supremo que sí necesita del encuentro. Resulta bastante simbólico que esta se eleve hacia los cielos y, el narrador en un intento de aprehenderla antes de su partida, arranca uno de sus mechones que, al despertar del ensueño, es el de Leticia.

La identidad entre la reina de la sífilis y la diosa del amor revela la concepción que se construye sobre, valga la redundancia, el amor en el texto: la primera se mantiene anclada a una isla putrefacta, mientras que la segunda se eleva hacia los cielos, pero ambas son idénticas; en otros términos, tras el goce del amor loco se encuentra anclada la enfermedad que acabará

corrompiendo los cuerpos. Leticia es una mujer jánica, pues engarza la santidad y la carnalidad, la delicadeza y la enfermedad, la idealización del amor y la putrefacción de este. El propio narrador, al pasar los efectos del hachís, contempla el retrato de su esposa: “Allí estaba ella, la triunfadora anémica, la pálida e inolvidable, mirándome con esa mirada bondadosa y apacible de animal doméstico” (Palma 2006: 292). Descubrimos que Leticia oculta un deseo mucho más intenso que el del marido, este la ha circunscrito al espacio doméstico, parece soñar con un amor carente de perversidades porque idealiza este y quiere habitar permanentemente junto a las mujeres asexuadas. Pero ella lo impele a volver la mirada sobre sí, no conocemos directamente la voz de Leticia cuando está viva, sabemos que ama a su marido y que este la compara, en un gesto que no deja de ser paternalista, con un animal doméstico; no obstante, tras su muerte y en el espacio de la fantasía emergen figuras que perturban (ella como la reina de la sífilis) o cautivan (ella como la diosa del amor). En ambos casos, es Leticia el sujeto activo que genera la enfermedad o lo impele a seguirla porque la concepción del amor de esta exige la materialidad de los cuerpos: el espasmo y el goce es la máxima aspiración amorosa, pese a que esta guarda la marca de la condena a través de la sífilis.

3.3.2 Tierra de desolación como el espacio de lo mórbido

Durante el primer ensueño, el narrador habita en Trapobana y es instruido por el faquir Djolamaratta que conoce los textos indios sacros y ha pasado la edad normal de todo ser humano. El hachís que le han traído proviene de Egipto, un espacio exótico; de manera semejante, la ensoñación inicia en la India:

El rostro de Djolamaratta era del color del cedro húmedo; sus blancas barbas le llegaban a las rodillas y en su enredado vellón se enroscaban cariñosamente los *cobracapellas*, anidaban negros alacranes y reposaban tranquilamente infinidad de pequeñas alimañas, cuyo simple contacto podía producir la muerte (Palma 2006: 278)

La configuración del faquir lo entronca con la naturaleza en cuanto a espacio de lo bajo: barba prominente con serpientes venenosas (las *cobracapellas*), alacranes y alimañas. Lo curioso es que, lejos de ser dador de vida, se resalta la potencia mortífera de este; Djolamaratta anda desnudo para que el aire de la Gran Causa penetre por sus poros, ha estado enterrado ocho meses y posee las palmas perforadas por el crecimiento de sus uñas; nuevamente, se hace hincapié en que el aire no es una presencia pasiva, sino un elemento activo capaz de penetrar y transformar la naturaleza de los seres que lo aspiran: el sabio indio, sin embargo, no está revestido de pureza ni sanidad, en tanto que su sudor quema y las alimañas que anidan en su cuerpo son mortales. Es irónico que sus estigmas semejen ser los huecos que los clavos perforaron en las manos de Cristo: Djolamaratta también ha “resucitado” porque estuvo enterrado por espacio de ochos meses en una posición que le impide ver (los ojos hacia arriba), hablar (la lengua vuelta hacia atrás) y moverse (las manos empuñadas); es su propio cuerpo el que ha producido tales máculas y sus arrebatos místicos se tiñen de un paganismo donde las “(...) las cobras se ponían a danzar debajo de él, parados sobre la cola y recibiendo en sus lenguas bífidas las gotas de sudor que caían del cuerpo del sabio” (Palma 2006: 279). Alacranes, cobras y bichos rastreros son quienes siguen a este sabio; como ya hemos visto, el bestiario de alimañas venenosas es constante en Clemente Palma: los seres minúsculos son los más peligrosos, puesto que su tamaño parece hacerlos vulnerables, pero, realmente, expanden la enfermedad y el terror en el ser humano.

Además, el sabio indio, apenas sale del arrebató místico, escapa hacia la fuente más cercana y bebe litros de agua ante las fieras que le abren paso: su sudor es mortífero, su cuerpo es una condensación de alimañas y sus danzas no convocan a las aves o a la tranquilidad. Djolamaratta introduce al narrador en el conocimiento de los misterios de la naturaleza, dado que este puede entablar conversación con los animales, las plantas y experimentar las emociones de natura. Su enseñanza, entonces, no se restringe a la lectura de libros y la inserción en un saber religioso donde se adore a una deidad específica que requiera de ayunos o rezos; contrariamente a esto, el narrador aprende a convivir con los seres bestiales de su entorno, dado que las alimañas y las fieras son las figuras más cercanas al indio, quien causa mortandad con su sola presencia y aterrera cuando se acerca a la divinidad. Este decide llevarlo a una tierra donde reina la enfermedad y la putrefacción:

Por todas partes se veían las enmarañadas copas de árboles extraños, cuyos troncos estaban llenos de pústulas. El aire tenía un olor repugnante, como el de la sala de un hospital de gangrenados. Las aves, que cruzaban el espacio, tenían los cuerpos purulentos, con una que otra pluma desmalazada: volaban tardamente, lanzando graznidos lastimeros; las fieras cruzaban nuestro camino con paso dificultoso de bestias baldadas por la elefantiasis, tiñosa la piel y los ijares hundidos, como interiormente corroídos por un mal implacable. Las flores, apenas abiertas, caían moribundas sobre el césped raquíico y gris; sus pétalos ardían en violenta fiebre, y sus estambres se estremecían y retorcían en las convulsiones de intenso dolor. Las sabandijas ponzoñosas se arrastraban con dificultad, presas de una horrorosa enfermedad. Las serpientes no tenían esa agilidad vibrante que las caracteriza; muy al contrario, sus cuerpos glutinosos reptaban en lentos ziszáz, dejando en el suelo una huella húmeda como la de babosas, y pasaban mirándonos lánguidamente con sus ojillos sanguinolentos y lacrimosos. Una leona con su cría reposaba echada en medio del camino; estaba desfallecida y con el cuerpo cubierto de pústulas sobre las que saltaban moscas verdes, saltaban, porque no podían volar. La pobre bestia yacía con la lengua fuera, jadeante y quejumbrosa, mientras sus cachorros, flacos como galgos, con la desvencijada columna dorsal rompiéndoles la piel, se afanaban por mamar de unas ubres vacías y lacias de las que no manaba sino sangre viciada (Palma 2006: 280)

El paisaje descubierto es semejante al de un hospital porque toda la naturaleza está enferma: se configura un campo de la morbidez, donde los

árboles están heridos, el aire es miasmático y todas las criaturas se hallan en un estado lastimero (no caminan o vuelan bien, las madres no alimentan saludablemente a sus crías y las propias serpientes han perdido la movilidad). La corrupción se evidencia en la putrefacción del cuerpo físico: en este espacio todo se ha trastornado porque ni las aves vuelan ni las serpientes sisean ágilmente; cabe resaltar que la imagen de la fiera asociada a la maternidad se da a través del acto de lactar: la lactancia que debe proveer sanidad y garantizar la fortaleza de las crías deriva en un acto inverso, donde la enfermedad mana a través de la sangre y condena a las fierrecillas a la degeneración.

El sabio le revela que la calificada “tierra de desolación” (Palma 2006: 280) es regida por una mujer; cuando pregunta sobre esta, el indio adquiere una expresión burlesca y comenta que allí vivía Adima, “(...) el primer hombre y el primer malvado” (Palma 2006: 281) y quien ha sobrevivido es su esposa que rige sobre el espacio de podredumbre y morbidez. La esposa resulta ser Leticia, la reina de la sífilis; aquí otra vez vemos cómo ella delata la presencia de lo pútrido: la atención en los órganos de las flores que se retuercen de dolor y la fijación en la leona anémica revelan los efectos de la enfermedad. Recordemos que la vergüenza a rededor de esta se gesta porque los estigmas solían aparecer en los órganos sexuales: el chancro inicial develaba una pústula indolora que evidenciaba el contagio y el inicio del mal; por esto, las flores están afiebradas y sus estambres se mueven como si se quejasen de dolor. Inclusive, los árboles tienen pústulas: todo está en proceso de corrupción y cada animal es un símbolo de los efectos negativos.

La leona enferma junto a sus cachorros ilustra el temor de los higienistas ante la sífilis: el problema no solían ser los estigmas físicos sino la transmisión a través de la gestación o la lactancia, con lo que la prole también se enfermaba y se perpetuaba la continuidad de una generación infecta que atentaba contra los ideales de la nación saludable. Este reino se caracteriza porque las bestias, aunque semimuertas, se siguen reproduciendo y el orden natural se ha trastornado hasta convertirse en sitio donde se ha perdido la armonía salubre que supone la naturaleza. El lago donde está depositado el asiento obscuro de Leticia alimenta todos los ríos que recorren el orbe y esta se asienta como la señora que provoca el espectáculo de la enfermedad:

Miré el lago. Flotaban en la superficie enormes cuerpos de lagartos con la panza arriba, roída por los gusanos. Por todas partes subían vahos infectos y calientes como *el aliento de un horno en que se asaran tarántulas*. A flor de agua vi pasar algunos peces escuetos, casi sin escamas, con los ojos velados por una nube y asomando por el dorso las espinas astilladas y cariadas. En las peñas de las orillas se formaban escoriaciones en las que crecían repugnante hongos y asquerosos helechos que parecían quistes. Los anfibios habían perdido sus formas primitivas, porque la gangrena había devorado sus miembros, dejando un muñón no cicatrizado donde hubo antes una pata o una cola” (Palma 2006: 281)

El lago corresponde a la teoría miasmática que discutimos en los capítulos anteriores, pues de este emanan vapores mortíferos que infectan el aire y, por consiguiente, a los seres que viven en este ambiente. El agua estancada alberga peces minúsculos, batracios amputados y lagartos que, literalmente, se están pudriendo. Se creía que la naturaleza era el lugar de lo salubre porque el agua fluía continuamente y, más bien, los ríos se oponían a las alcantarillas de aguas estáticas y alimentadas por el detritus humano. En la tierra de Leticia no sucede ello, todo se halla corrompido y el hedor probablemente mana de ese lago donde se halla puesta la reina de la sífilis en un falo: es el sexo lo que produce la putridez en la fantasía del narrador.

Quizá lo más extraño sea que de ese lago infecto se genere toda el agua que mantiene el orden del mundo: la sífilis revela su universalidad y la expansión de la morbidez mediante la existencia de la amada muerta que desea. El mal del siglo no distinguía clases sociales ni espacios: ya se creía que se originó en América, ya se le llamaba mal francés o ya se rastreaba desde la época clásica: su potencia llega a cada rincón de la tierra y es responsable de los padecimientos físicos (verbigracia, los animales que se arrastran con dificultad son semejantes a los sifilíticos cuando el mal se posa en sus huesos).

El deseo de Leticia, así, no solo arrostra su muerte físico o derrumba los ideales de un mundo asexuado con que sueña el narrador, sino- y más terrible quizá- corrompe el acontecer de la naturaleza. La sífilis es la verdadera faz oculta tras los ideales de belleza prerrafaelita: no estamos ante la tuberculosa romantizada ni ante la prostituta insulsa, sino ante la imagen de la esposa casta, delgada y amorosa que contamina su espacio circundante, donde las flores exhalan putrefacción y los animales paren crías enfermas.

Poco antes de descubrir que la guía es Leticia, el esposo poeta transita por otro tipo de ensueño, donde el aire deviene ligero y adquiere dimensiones sobrehumanas. Una ninfa, en su fantasía de haber inundado la ciudad, lo lleva al país de la viñeta, donde infinidad de seres monstruosos circulan:

(...) bosques de hongos gigantes, que vertían sangre cuando se les hería en el tronco; las flores y los frutos eran animados, y las panzas de los árboles se agitaban como a impulso de la respiración. No menos curiosos eran los animales; además de los centauros, faunos, esfinges e hipogrifos, observé otros muchos seres híbridos: perros cubiertos de hojas y con las extremidades de aves palmípedas, serpientes con cabezas humanas, salamandras que comenzaban siendo campánulas (Palma 2006: 289)

Esta naturaleza monstruosa no produce, sin embargo, horror ni alberga el germen de la muerte: lo vegetal y lo animal parecen querer hacerse uno, de allí que se produzcan seres híbridos que puedan construirse como “serpientes con cabezas humanas”. Este tipo de fantasía hace eco de las contemplaciones del narrador y Leticia en las noches estrelladas: ambos se volvían una pura espiritualidad donde se hermanaban con las estrellas; acá, todo lo natural parece hermanarse en un constante deseo de volver a ser uniforme. Empero, otra vez, aparece la guía para burlarse de las mujeres flores que aparecen en escena; recordamos que estas eran asexuadas y la presencia divina se muestra como Leticia. Acá la tenemos como quien invita al narrador a contemplar el ideal, pero su reclamo insta una mella en este tipo de paisaje: no existe sombra de contacto carnal, solo se puede contemplar, así que las mujeres y la propia naturaleza no incluirán al narrador en su devenir. Otra vez, pues, Leticia llama a lo carnal al narrador, la impele a volver la mirada hacia ella y admirarla, además de demostrar la ambivalencia que ostenta porque es dadora de muerte y de vida; incluso, la mujer es la responsable del mal que se esparce por el orbe y de las fantasías bullentes que hermanan los seres clásicos (los centauros) con el exotismo oriental. La amada es una musa que actúa a través de una constante demanda de goce por parte del esposo cuando viva, y de una develación de los miedos e idealismos cuando muerta, pese a que él la obliga, en sus recuerdos, a ser un animal doméstico, se ve superado por la fuerza del deseo de esta esposa deseante que no procrea ni tiene un cuerpo totalmente adulto.

3.4 Una lectura comparativa de la sifilítica: el caso de “Una chiquilla vino” de Ventura García Calderón

Ventura García Calderón es considerado como un narrador que forma parte del modernismo y renueva las letras peruanas. Su filiación con Clemente Palma se da a través de la amistad y la literatura: recordemos que en el prólogo a la segunda edición de *Cuentos malévolos* está a su cargo. Jorge Valenzuela, a partir de esto, ha rastreado cierta filiación decadentista que parece hallarse presente en ambos; en su primer libro de cuentos llamado *Dolorosa y desnuda realidad* (1914) desfilan madres que prostituyen a sus hijas a cambio de favores económicos, amantes a punto de morir, hombres neuróticos y la decadencia de la sociedad europea; para fines de nuestro análisis, es importante comparar la configuración de la sifilítica en “Una chiquilla vino” con respecto a la Leticia de Palma.

3.4.1 El sanatorio higienista: espacios campestres y oreados

“Una chiquilla vino” relata la historia de una muchacha de quince años que ingresa a un hospital. Este recinto se caracteriza por encontrarse en las afueras de la ciudad, cerca de los espacios agrícolas y congrega a mujeres de diferentes labores y orígenes, las cuales padecen enfermedades psicóticas y físicas que demandan la vigilancia constante de médicos, internos y enfermeras:

Estaban en una sala desnuda que olía a yodo y sales. Por las vidrieras amplias se veían, en el raquítico jardín, las conejeras donde dormían un sueño enfermo y temblón los animales. En un rincón de la sala goteaba, intermitente, la pilita y bruscamente en el silencio, estallaba la voz de un gordinflón con blusa blanca que decía inclinado sobre su microscopio: - ¡Paciencia!... ¡Malditos sean los microbios! (Ventura 2011: 164)

El hospital mostrado es un intento de adecuación de los ideales higienistas, en tanto que este presenta un jardín para mantener la pureza del aire y, además, está detentado por médicos y no religiosas. Sin embargo, esto es solo un vano amago porque la realidad es el aire viciado que emana producto del cuerpo de las enfermas que huelen a fenol: este compuesto que es un desinfectante termina amalgamándose en una mezcla extraña con el hedor de los cuerpos humanos. Se menciona lo siguiente:

Cruzó el jardín anémico hasta la vasta sala de mujeres donde el fenol se mezclaba al hediondo dolor humano. En el ambiente gris de invierno, las camas relucían crudamente. Todo era frío, hostil. Donde vivían tantas gentes en común, no se sentía ni un momento la beata intimidad que tiene hasta el tugurio. Era un establo, un establo hediondo y limpio, donde las bestias reciben la educación del dolor (Ventura 2011: 165)

La comparación con el tugurio devela que el hospital es aun más sucio, porque el primero, al menos, posee un aire de intimidad que otorga familiaridad. El hospital es el espacio de lo mórbido y carece de lazos amicales entre las pacientes y el equipo médico: las mujeres son comparadas con bestias que habitan en un establo y se aleccionan en el dolor producto de sus locuras o enfermedades. Ciertamente, el interno gordinflón está buscando investigar sobre el funcionamiento de los microbios y posee un perro que usa como sujeto de prueba: este macilento animal se llama Bacilo.

De ese modo, las mujeres del hospital componen un todo heterogéneo donde el doctor experimenta y busca perfeccionar la curación: la número 13, por ejemplo, es una histérica convertida en puros huesos y dientes que se "(...) retorció con gestos de la pantera en celo" (Ventura 2011: 165). Ella transita de la cólera y la fuerza hacia el jadeo placentero de manera intermitente: no se puede determinar cuándo está sufriendo o gozando, los propios internos rezongan cuando las enfermeras los llaman porque el histerismo no poder ser

controlado, tan solo se recomienda que pase. Es más, el doctor a cargo ignora a las enfermas que lo acosan e intentan trabar conversación con él en búsqueda de un poco de atención:

Era, para estas prisiones, el amo, a veces duro y burlón, pero que sana. Lo miraban con el ansia canina de quienes en la sombra del valle de lágrimas, ven la luz en la cumbre. Nada tenía sin embargo de pastor iluminado. Ventrudo, con manos de carnicero y barba tricolor, solo había belleza en el remanso de los ojos. Eran ojos azules, habituados a las profundidades del dolor, que conservaban la triste suavidad de las pupilas de los marinos (Ventura 2014: 166)

En este sanatorio donde la enfermedad se impone y termina produciendo una mezcla anómala entre el higienismo (el uso de químicos, por ejemplo) y la emanación de gases pútridos producto de las múltiples enfermedades y cuerpos que duermen en este: el hospital deviene en espacio de la infección. Paradójicamente, desde este espacio se experimenta para combatir la amenaza del mal y el doctor adquiere un rol fundamentan sustentado en su conocimiento científico. Se le compara con un carnicero, pero esto no impide encontrar sanidad.

El higienista es el sujeto llamado a ordenar la sociedad, la cual se pretende desodorizada y salubre para los fines de la burguesía; empero, la industrialización compone el incremento de la prostitución y el contagio de males venéreos. Igualmente, hacia el XIX, se repara en la *psique* de la mujer como el espacio donde se alberga lo irracional: el histerismo se consideraba como un mal femenino, aunque después se sostendrá que los hombres también lo padecen.

El médico del cuento solo se valora en cuanto a su saber científico porque no trata bien a las enfermas y se enfurece cuando estas se niegan a mostrarse desnudas rápidamente; aunque sí debemos resaltar que esta cólera

no es exclusiva, en tanto que varios doctores se quejaban de la renuncia de las enfermas para contar cómo contrajeron alguna enfermedad o de mostrar las heridas o los genitales al doctor. Justamente, este médico solo evalúa para saber a quiénes curar, qué dosis administrar y quiénes morirán, no siente pena porque son demasiadas enfermas y, además, debe mantener animales que le permitan ampliar su campo de conocimientos. Las pacientes tampoco son idealizadas, en tanto que hay desde viejas miserables artríticas hasta prostitutas exageradas:

En torno, las enfermas de los lechos, desatentas a lo que no fuera su dolencia, con el feroz egoísmo de los que sufren, canturreaban obscenidades, se repetían el cuento de su vida, o, glotonamente, con ruidos de chiquero, iban sorbiendo caldos morenos (Ventura 2014: 167)

Todas las enfermas son vistas a través del crisol del egoísmo, no se ocupan en cuerpos ni males ajenos; incluso, el ambiente mismo es dado al encuentro de actos religiosos junto a inmorales: cocotas que repiten obscenidades frente a viejas betas que rezan. La enfermedad las hermana y convierte al hospital en el foco miasmático capaz de contaminar los alrededores; las mismas enfermeras y los doctores parecen ser influenciados por la contaminación porque no conducen de los dolores de sus semejantes. Empero, el grupo más abyecto es el compuesto por las prostitutas, las que gritan, hablan sin cesar y hasta sonrían coquetamente al médico. En el cuento, asistimos a una dinámica donde la prostituta duerme junto a una campesina: la primera representa el adulterio (una anciana le indica que ella da asco porque duerme con hombres por dinero) y los adornos de la ciudad (maquilla su rostro enfermo para embellecerlo y disfrazar la enfermedad que la consume), mientras que la segunda representa la vida en el campo, está asombrada ante las historias de la cocota, la escucha constantemente y se admira de la

capacidad de esta para usar afeites distintos. El único día donde las enfermas parecen recobrar la salud y salir de su ensimismamiento es cuando hay visitas porque ingresa el exterior hacia el espacio cerrado y hasta se renueva el aire maligno. Los visitantes no solo portan frutos, dado que, al igual que las enfermas, componen un grupo heterogéneo donde se hace énfasis en sujetos de baja ralea: alcohólicos, obreros y proxenetas. Sobre este último grupo se apunta lo siguiente:

Con los cabellos engomados, la cara llena de polvos, había venido el “maridito” de la cocota. Ella lo llamaba así, sorbiéndole los labios, amasándole el rostro con la flaca mano cubierta de joyas falsas. Él dejaba pasar este entusiasmo, con indolencia de santo fatuo que consiente en las devociones de las mujeres porque ellas dan incienso y son la renta segura de los enérgicos. Ella le preguntaba por todas las amigas riendo a carcajadas, atenuando la voz para soltar una enormidad; hallando ingenio y gracia a cada frase del maridito. Cerca, con las manos colocadas en actitud de iglesia, la paisana contemplaba arrobada a este hombre raquíptico y viscoso, que vivía del “trabajo” de las mujeres, pero sabía darles amor y defenderlas a tiros (Ventura 2014: 169)

El proxeneta es igual a la prostituta porque también se empolva el rostro y muestra un cuidado personal que la cortesana exhibe constantemente; también habla a gritos y se deja amar por esta. La referencia a que sea un ser “raquíptico y viscoso” devela su profesión porque se hermana con el discurso de la enfermedad: los cuerpos macilentos de las enfermas y la acumulación de los humores de estas parecen posarse sobre el cuerpo del hombre que vive de las prostitutas. Esta imagen es semejante a la del personaje Bubu de Philippe, en tanto que este también utiliza el cuerpo de las féminas para mantenerse y recurre al amor o los golpes si estas se quieren salir de su control: más sucio que la prostituta es aquel que vive a expensas de ella, puesto que ha naturalizado la perversión del cuerpo femenino y representa una manera errónea de “trabajar” en la urbe. Los propios higienistas criticaban a la prostituta porque consideraban esta como la culminación de la depravación

moral y física; sin embargo, la sola existencia de proxenetas revelaba un orden perverso donde el cuerpo de la mujer devenía en mercancía, de allí que algunos se escandalizasen al saber que había “chulos” que custodiaban los pagos, el encuentro amoroso y vigilaban su zona.

La inocencia de la mujer de campo es exagerada, por ello, en la narración porque no solo se asombra al contemplar al marido de la cortesana, sino que lo mira como si fuese un santo. Pero esta imagen no tarda en disolverse cuando una de las enfermas, quien padecía cuadros donde dejaba de respirar y permanecía estática por horas, fallece y este reniega de que justamente se les ocurre reventar cuando hay visita: la muerte impele al posible marido alcohólico a llorar exageradamente y a los niños a abrazar a sus madres porque temen que esto les pase. El maridito es, entonces, consciente de que la cortesana morirá pronto, pero ambos evitan hablar de la enfermedad porque siempre comentan sobre las otras mujeres y este ríe.

El espacio que se nos presenta, así, es el de un hospital que ha intentado incluir las nociones básicas de higiene: visitas semanales, camas numeradas, alimentos estrictos, jardín fuera del lugar y presencia de enfermeras. Sin embargo, esto no pasa de ser un intento porque la enfermedad se instala y corrompe hasta a los propios médicos, los cuales, en un ejercicio cruel, preservan conejos y perros a los que torturan, además que solo ven a sus enfermas como números y cuerpos. Resulta importante mencionar, además, que no se menciona el caso de alguna paciente reestablecida, sino tan solo muertes.

3.4.2 La romantización de la sífilis: el cuerpo de la prostituta adolescente

El interno Norero es uno de los que aboga por la experimentación en los animales frente a los reclamos del externo Vidal, quien todavía no se ha incorporado a la dinámica del hospital. Un día, el primero examina el cuerpo desnudo de una adolescente de quince años, quien posee un mal venéreo que el doctor atribuye a un noviecito; la enferma llora y es vista "(...) como esas bestias desamparadas que se ocultan en un rincón para morir temblando" (Ventura 2014: 171). Por eso, Vidal, quien todavía no ha adquirido la dureza para tratar a las enfermas, se compadece de la chiquilla y esta le cuenta que la botaron de su casa a temprana edad, pues, al parecer, condenaban la relación que mantenía con su novio. Se da la siguiente conversación:

- Yo no quería. Pero él me juraba. Si usted lo hubiera visto señor, lo creería. Al fin del baile no fuimos juntos. Él me juraba que me querría siempre. ¡Una es tan tonta! Se fue dejándome sola...
- ¿Y tuviste que buscar a un hombre para comer?
- ...
- Te contagiaron.

Ella decía *sí* con los ojos, libertada, menos triste, como quedamos ligeros en la niñez cuando nos hemos confesado. Quince años tenía esa mujer. Ya conociera el amor y cómo engaña, pero el alma permanecía siendo niño. Con una sonrisa infantil para que el amigo nuevo, preguntaba:

¿No me dolerá la curación? Ese doctor es muy severo, pero usted me protegerá ¿no es cierto? (Ventura 2014: 172)

La chiquilla que ha llegado es una prostituta que ha enfermado de sífilis, pues- como recordamos- a este mal se le asociaba a lo putrefacto: la herida en el cuerpo delata la presencia de relaciones sexuales licenciosas; el propio médico se burla cuando ella intenta ocultar el origen del mal y cubrir su cuerpo pudorosamente. Vidal, el recién llegado, se compadece de los quince años de la chiquilla y le promete una muñeca si se porta bien. Esto instala una

diferencia sustancial con respecto a la prostituta: las dos han comerciado con su cuerpo y las dos están enfermas de un mal que las obliga a estar dentro del hospital, pero la edad de la recién ingresada y sus remilgos parecen conmover no solo a Vidal sino al hospital en general.

Recordemos que Sontag hacía hincapié en que la sífilis era un mal vergonzoso frente a la tuberculosis que idealizaba a las enfermas; el segundo mal implicaba un proceso de romantización, donde se anulaba el componente sexual y el cuerpo físico de la paciente pasaba a ser cercano a Dios porque la muerte era próxima. Inclusive, la TBC se daba por la existencia de un amor apasionado que trascendía las limitaciones terrenales, frente al vulgar mal del siglo que afectaba a meretrices y a sus clientes; es más, la tisis consistía en una mujer pálida, delgada, con las mejillas inflamadas y la boca manchada de sangre, en contraste con el vertedero en que se convertían los sifilíticos porque el cuerpo iniciaba un proceso de putrefacción o de locura.

El doctor se sorprende por hallar el rastro de la enfermedad en un cuerpo tan joven, pero abandona cualquier atisbo de lástima y la reduce a ser un número. En cambio, Vidal romantiza, contrariamente a lo usual, a la chiquilla porque no ve en ella una prostituta sino un ser desgraciado que todavía es una niña. Es cierto que en la novela de Philippe, el joven provinciano y el médico se compadecen de Berthe, una prostituta sifilítica, pero lo hacen porque se asumen como seres llamados a limpiar la sociedad y a justificar la enfermedad como culpa de hombres que instrumentalizan el cuerpo femenino (irónicamente, Pierre- el joven provinciano- también tiene sífilis porque le pagó a Berthe para mantener relaciones sexuales), mientras que en Vidal no hay solo lástima sino también una sombra de amor.

Los otros internos se burlan de la situación acaecida con su compañero porque este se encarga de que ella se alimente mejor, pasa largas horas en su almohada, conversa con ella y después descubren un paquete que contiene “(...) una muñeca linda, rosa, con el gesto de parisiense golosa que ha dormido muy bien” (Ventura 2014: 173- 174). Norero, quien está abocado a la investigación en microbios para descubrir cómo operaba “(...) el mal venéreo” (Ventura 2014: 174) y el interno gordinflón se burlan de las gracias de Vidal, amarran la muñeca sobre el perro Bacilo y, a la llegada de Vidal, lo llaman sátiro y un corruptor que busca granjearse el favor de la “(...) chiquilla menor de edad” (Ventura 2014: 175). Sin embargo, en sus reclamos no hay una condena explícita a esta chiquilla de conducta moralmente reprobable: recordemos que la dama- flor debía ser resguardada en su casa y salir de esta al casarse, mientras que esta chiquilla ha escapado hacia una fiesta con su joven amante, fue expulsada y acabó prostituyéndose hasta contraer el mal.

Vidal justifica su proceder porque ella es “Hija de obrero que le magullaba el cuerpo a golpes. De la vida familiar conoció solo miserias y latigazos. Del amor, la falsía de un amante. Después el hombre que la paga y la ha podrido” (Ventura 2014: 175). En su discurso se justifica la conducta de esta chiquilla, no hay reprobación moral ni la sanción que sí se aplica sobre la cortesana; pese a que Norero ignora las palabras, no lo hace porque considera a la niña como un ser reprobable sino porque existen más casos tristes en el hospital. El aura que rodea a la enferma no solo parte de las impresiones de Vidal, sino que todas las pacientes del hospital parecen haber cambiado ante esta nueva presencia:

Esa enfermita realizaba milagros: la sala entera la quería; ninguna se permitía, como antes, palabras gruesas, obscenidades. Hasta la prostituta se moderaba. ¡Lástima que no viera ese cuadro el otro día: la cortesana hablando con la chiquilla de cosas puras, elevadas! Era para morir de risa. Sólo [sic] en un hospital se veían contrastes semejantes (Palma 2014: 174)

La romantización de esta sifilítica se da porque ella misma contribuye al proceso de anulación de su sexualidad: el llamado a ser juiciosa la convierte en un ser tranquilo y, además, se le infantiliza al entregarle una muñeca, la cual curiosamente presenta a una parisina. Además, la enferma se arregla y peina para agradar a Vidal, su cariño es el de los perros que encuentran cobijo después de tanto maltrato y, pese a que el interno toma eso como una broma durante los tres primeros días, se confiesa lo siguiente:

(...) iba sintiendo que por el camino de la piedad, viene vendado el Amor. Nunca hallara en las mujeres tal sumisión, ese deseo de reducirse, de abolirse, para caber entera, como un botón de flor, entre los dedos del amado. Con una caricia se pueden comprar almas. Su espíritu individualista y huraño se revelaba algunas veces. Esa actitud canina le parecía un pecado contra la dignidad de la vida. Pero más tarde, cuando ella lo miraba con un éxtasis negro en sus pupilas y demoraba la caricia de la mano, sentía cómo solo puede quererse enteramente a estas mujeres tiernas y abolidas, que se respiran como un perfume, se beben como una gota de agua, se exprimen en la mano como un capullo de rosa (Ventura 2014: 176)

La chiquilla se convierte en una dama- flor, incluso es mucho más delicada porque todavía no se ha convertido en mujer (“capullo de rosa”) y su amor hacia Vidal es transmitido a través de una espiritualidad que se limita a las sonrisas y al entrelazamiento de sus manos. Frente al severo doctor que ausculta los cuerpos y prescribe recetas, aparece Vidal como un médico ingenuo y enamorado, quien no solo termina cuidando a su paciente, sino que desarrolla un lazo con esta que la acerca a la santidad: en la mirada del recién llegado, ella demuestra un amor comparable al de los perros que expresan una devoción absoluta hacia el amo que los ha salvado. Inclusive, su idealidad reside en el agradecimiento y la toma de conciencia del amor de Vidal como algo inmerecido.

Sin embargo, recordemos que Vidal es calificado como el interno más débil por sus compañeros porque se enternece con las lágrimas de las enfermas y se compadece del dolor de los animales con que se experimenta; así, esta chiquilla le permite reafirmar su masculinidad en un espacio donde los hombres constantemente aluden a él como un médico endeble y que debe ganar más experiencia. A su vez, es simbólico que él reconozca su amor como el de un perro cuando hay un can en el hospital: Bacilo. Este perrillo aparece siendo objeto del bisturí del médico y luego se ve cómo le inoculan males distintos para encontrar la solución a las enfermedades; el cuerpo del animal causa lástima porque apenas se sostiene en pie, se acurruca en un rincón y su nombre lo ubica como el eje de donde brota el mal. Tal situación es parangonable a nuestra chiquilla: ella también es un ser pobre que no conoce otra casa sino la del hospital, su cuerpo se está pudriendo y acaba, en su agonía, con un rostro ceniciento y ojeroso; en tal forma, se revela la imagen de la chiquilla que se ha romantizado porque, pese a su edad y asumida inocencia, ella es también un foco infeccioso.

No obstante tal asociación, los otros internos también idealizan a la enferma, pero esto es por la experiencia primera del compañero. Por ejemplo, cuando la prostituta agoniza a gritos y pide la presencia de su querido, pero Norero afirma que es imposible traer a todos sus amantes y pide que le administren cafeína para extender un poco más su vida. El duro Norero que se niega a los pedidos de la prostituta, ve que "(...) la novia de Vidal" (Ventura 2014: 176) agoniza en la cama número 13, pues su rostro es ceniciento y sus ojeras violetas; llama a la enfermera para que acuda en busca de Vidal y corre para traer globos de oxígeno que le permitan respirar mejor. La imagen de la

chiquilla es la de una niña que abraza a su muñeca mientras mira ansiosa la puerta esperando a Vidal:

Su mano se detenía en los pies fríos como en esas suaves conchas que dan al tacto una molicie. Tocaba el cuerpo como a una porcelana de Saxe que va a quebrarse. Entre la aureola enredada y sombría de los cabellos, la cara de Madona parecía llorar los siete puñales (Ventura 2014: 177)

En la visión de Norero, la chiquilla también se ha infantilizado: la prostituta, muy posiblemente, también agoniza por un mal semejante al de ella, pero esta grita, mientras que la chiquilla asume un silencio que linda con la santidad y la convierte en un ser totalmente frágil (la comparación con la porcelana), quien sí es digna de conmiseración. Hasta la histérica reza por la vida de la niña que se marcha en silencio mientras aguarda al ser amado. Ante la muerte de la chiquilla, se indica lo siguiente:

Norero el hombre *curtido* y nada sentimental, segó algunos cabellos de la muerta con la tijera de cortar vendas; tomó en sus brazos maternalmente a la muñeca y con una emoción oscura y grave, se fue a guardar estas reliquias para, más tarde, entregarlas al amigo (Ventura 2014: 178)

El interno que pugna por experimentar con animales en pro de la ciencia también reconoce la santidad de la niña: su cabello se convierte en una reliquia, un objeto digno de adoración; no obstante lo dicho, el cuento alberga una figura irónica que ya hemos mencionado: la homologación entre el perro Bacilo que soporta estoicamente los embates del bisturí y de las inyecciones de los internos y de la chiquilla que silencia el dolor de su cuerpo. La ironía se halla en que los dos cuerpos son repulsivos, dan lástima porque se reconoce lo pestífero de ambos; además, no se señalan explícitamente las heridas de la niña, pero el doctor sí se asombra que a su corta edad haya adquirido sífilis y, además, la conducta que relata no es la más ideal. En otros términos, la chiquilla se convierte en un animal semejante a Bacilo: el cuerpo de ella y su

consiguiente muerte sirve para curtir al médico recién interno, ayudará a que este se vuelva duro y pueda convertirse en un científico frío, mientras que el perro contribuye a curar los males. Ambos son bacilos que necesitan desaparecer, pero antes se debe extraer conocimiento: la chiquilla y el perro devienen en instrumentos para fines médicos.

En suma, las sifilíticas de Palma y Ventura se asemejan no solo por la enfermedad sino, más bien, por la constitución de su cuerpo: Leticia es delgada, sus formas son adolescentes y delata una presencia virginal, mientras que la chiquilla es vista como una niña y también se revela que se encuentra en vías de desarrollo. Asimismo, ambas son idealizadas por la visión de sus amantes: el esposo que extraña a la mujer fallecida frente al médico que equipara a su amada con una santa; de ese modo, las dos han experimentado un proceso de infantilización ante los ojos de sus amantes, los cuales las impelen a ponerse en el lugar asignado tradicionalmente a una mujer: Leticia debe ser la casta esposa semejante a un animal doméstico, y la chiquilla debe ser devuelta a su condición inocente para poder despertar la pena de las mujeres que la circundan. Paradójicamente a los deseos de ambos hombres, ellas son el lugar donde se manifiesta directamente la enfermedad vergonzosa del siglo: la sífilis. La primera genera la putrefacción del espacio que el narrador elucubra, quizá el temor inconsciente de ser devorado, tal como esos animales enfermos, por esa esposa que lo llama a la lascivia; mientras que la segunda ha tenido una vida signada por la entrega de sus placeres carnales: salió de casa cuando muy niña para terminar siendo prostituta y contagiarse de un mal impropio de su edad.

Las diferencias, sin embargo, son mucho más trascendentes si analizamos el proceder y el fin de las dos. En el caso de Ventura, la chiquilla no tiene nombre, pero es digna de conmiseración no solo por su existencia atroz sino, también, porque asume una actitud de sumisión ante la figura del médico: se muestra silenciosa, no se queja y se deja colocar en el lugar de una niña, espacio que antes ha transgredido por su conducta sexual. Es más, las otras enfermas y los internos reconocen ese proceder porque mientras ellas están concentradas en su egoísmo y buscan negar su enfermedad, la chiquilla asume el mal y se comporta calladamente: su muerte es digna en tanto es estoica, en contraste con la prostituta que molesta porque lucha por vivir y llama a su marido. La niña, así, se acomoda al ideal del deber ser femenino: vuelve a ser una chiquilla que se enamora cándidamente de un médico, el cual no solo está destinado a purificar su cuerpo sino, sobre todo, su alma: acaba muerta en éxtasis glorioso con una muñeca entre las manos; en otras palabras, transitó de prostituta sifilítica a chiquilla inocente.

En Leticia, empero, sucede lo contrario: el cuerpo de ella sí está revestido de una belleza que linda con la santidad, pero su goce sexual rebasa el de su propio marido y acaba demostrando la perversidad connatural de ella: su esposo desea idealizarla y anular el componente erótico, tal como lo ha hecho el médico, pero ella se resiste y termina muriendo. Inclusive, ya en las fantasías se revela su conexión con la sífilis a través de la generación de la enfermedad y su propagación por el mundo: la muerte de la esposa parece ser una sanción ante la enormidad de su deseo cuando viva, pues destroza los ideales masculinos de un mundo asexuado y que habite en la esfera de lo celestial. Leticia, más bien, es el cuerpo material que arrostra a su esposo a los

placeres terrenales: él la ama por ese cuerpo de santa o virgen gótica carente de sensualidad, pero, contrariamente, a las expectativas esperadas, su voluntad no se condice con el plano físico: interrumpe las actividades intelectuales del esposo para sus encuentros sexuales, no representa la promesa de un futuro nacional y busca el sexo como un fin en sí mismo. Su muerte parece ser un castigo a su ímpetu sexual, debido a que ella misma es consciente de no estar preparada para los amores perversos que, lejos de repeler, busca a cada instante.

Diremos, pues, que la chiquilla se acomoda a las exigencias del amor burgués y metódico: se desodoriza, calma sus reclamos ante el médico, deja de llorar y espera apaciblemente la muerte porque sirve como un medio para curtir a un médico en el tratamiento de las mujeres públicas. Contrariamente, Leticia se resiste a estos imperativos y seduce constantemente a su esposo, además de ser esa imagen que los médicos peruanos descubren atemorizados a fines del siglo XIX e inicios del XX: la mujer blanca criolla que era sifilítica y representaba la existencia de una herencia degenerada.

En torno a los amantes, se destaca que el médico es bastante joven y carece de experiencia, por lo que se compadece de esta; a diferencia de él, el marido de Leticia es un poeta que consume hachís para poder conjurar el dolor que le causa la pérdida de la amada. Los dos animalizan a sus objetos de deseo, en tanto que las reducen a ser seres dados para ellos; sin embargo, el médico equipara, aunque no de manera explícita, a la chiquilla con Bacilo: la experiencia con esta terminará siendo su ingreso e inserción en el mundo médico, pues muestra pena hacia el perro e ignora que esto permite el progreso de la ciencia occidental.

En el caso del esposo, este califica la mirada de su mujer como la de una cierva y parece haberla domesticado al circunscribirla al espacio de la casa; sin embargo, el deseo de Leticia se muestra más potente y termina obligándolo a abjurar de la idea de un amor depurado y asexual: ella es quien lo requiere y hasta en las fantasías se actualizan las perversiones de la pareja. Esto se debe a que el esposo de Leticia es un idealista dado a la escritura, ama la pureza trascendente y, por ello, se siente atraído por las mujeres hermosas sin sexo que contempla en sus ensoñaciones. Ese deseo, sin embargo, corresponde a un plano que él, aunque quiera, no puede soportar: existe un deseo perverso que lo domina y ha cohabitado con él; justamente, Leticia es quien lo impele a descubrir ese lado que él ha perseguido constantemente ocultar: el horror del sexo reside en esa reina sifilítica que semeja la manifestación máxima del amor. Podemos decir que el esposo la desea en cuanto es consciente de esta mancha original que reposa sobre su amada, la misma que lo obliga a seguirlo más allá de la vida.

De ese modo, la romantización de la sifilítica de Ventura García se materializa porque esta se adscribe al orden higienista masculino, mientras que la sifilítica de Clemente Palma es ambigua porque enlaza los contrarios: la santidad y la lujuria. Esto vuelve más problemática su situación porque se engarza con el discurso médico peruano que reitera no solo la potencia del deseo femenino sino, sobre todo, las mujeres blancas de clase alta que padecían sífilis. En atención a esto, podemos aseverar que la imagen de una esposa sifilítica proviene de las tesis y artículos que circulaban en la época: la amenaza real ya no era solamente la prostituta porque esta podía internarse y recibir tratamiento mercurial, sino la esposa que habitaba en el hogar y

ocultaba el bacilo. Los médicos señalan que los maridos contagian a sus mujeres, quienes solo acuden cuando se hallan en una fase avanzada del mal, pero lo horroroso no es el cuerpo enfermo sino la prole que puede nacer de ese cuerpo sifilítico: la nación será nido de idiotas y degenerados con una herencia que no se terminará de purificar totalmente a través del tiempo.



CONCLUSIONES

- Clemente Palma reflexiona sobre las nociones entre modernismo, decadentismo y parnasianismo en ensayos como *Excursión literaria* (1895) o en su respuesta a Enrique Gómez Carrillo; por ello, asevera la imposibilidad de establecer una definición precisa de tales términos: entiende que el modernismo forma parte de un espíritu de época anclado a la libertad estética y la experimentación con la métrica, el decadentismo se vincula a los padecimientos mentales y la degeneración, y el parnasianismo bebe del imaginario grecolatino. No obstante, tales límites no se cumplen y existe, más bien, un trasvase constante de características entre dichas corrientes: la experimentación con las drogas en persecución de seres provenientes de las tradiciones griegas, por ejemplo. Para fines de nuestro análisis, elegimos trabajar, principalmente, con la noción de decadentismo que se enlaza a la enfermedad, la cual abarca desde la asociación entre la degeneración humana con el gesto literario decadentista que esgrime Max Nordau (1902) hasta la emergencia de narrativas a contrapelo que reclaman la insularidad del artista y el fin de los proyectos nacionales, ello en Juan Carlos González (2009). Nos afincamos en el discurso en torno a la enfermedad porque esto nos permite ver la cara oculta de los proyectos nacionales: los espacios turgurizados y llenos de miasmas que atentan contra la salud (Corbin, 1982), el vínculo íntimo entre el hombre y sus excretas (Laporte, 1989), el ordenamiento de la sociedad en torno a la enfermedad (Sontag, 2003) y la irrupción de lo abyecto (1988). A partir de esto, entendemos el decadentismo como una corriente finisecular surgida en Francia que vincula el quehacer artístico con los espacios donde se plasma la enfermedad, los cuales no son filtrados a través de la expresión de lo

armónico o bello (como sucede en Rubén Darío, por ejemplo); sino, todo lo contrario, muestran el regodeo en la putrefacción del cuerpo y el descenso moral de los protagonistas. Así, narraciones como “El príncipe alacrán” y “Leyenda de Haschisch” nos posicionan ante estetas que reclaman su aislamiento de una sociedad burguesa, en la medida que se internan por paisajes de abyección y que demuestran la primacía de la degeneración; asimismo, siguiendo la estela de Des Esseintes, en *A contrapelo*- la denominada biblia del decadentismo- de Joris Karl- Huysmans, nos abocamos a la reflexión sobre la sífilis y la suciedad de la urbe.

- La comparación entre “Un paseo extraño” y “El príncipe alacrán” nos permite trazar nexos entre la ensayística de Clemente Palma y la ficción que construye, en la medida que presenta a dos personajes gemelos (Macario y Feliciano) como la materialización de la degeneración: viciosos y pusilánimes. Este aserto se vincula estrechamente a *El porvenir de las razas* (1897), tesis donde se evidencia el influjo del positivismo a través de los postulados de que el medio y la raza determinan el espíritu nacional de los sujetos. En el caso de Perú, detecta que todas las razas, incluso la hispana, presentan la mácula de la degeneración, tal como estos dos hermanos terratenientes que arrastran problemas de identidad, drogadicción y viven experiencias límites: Macario mantiene relaciones coitales con un alacrán hembra, mientras que Feliciano tiembla como una bestia bajo los efectos del alcohol. En ese sentido, postulamos que, a pesar de la imagen jánica de Clemente Palma como creador e intelectual, estos cuentos se vinculan a sus preocupaciones sobre el devenir nacional, en la medida que los personajes representan lo abyecto de la herencia criolla. De ese modo, ambas narraciones son el espacio donde no

solo se recrean ensueños producto de una experimentación con drogas (morfina) o por el cansancio (Feliciano no descansa) sino, más bien, donde se aprehende la realidad inmediata de Lima en entre siglos: los desbordes continuos de las alcantarillas y la preocupación por la propagación de enfermedades se traducen en “Un paseo extraño” que expone el verdadero rostro de la ciudad modernizada materializado en el río subterráneo de excretas que amenaza devorar la civilización. En el caso de “El príncipe alacrán”, tal discurso se conecta directamente con su tesis porque muestra los vicios (verbigracia, alcoholismo y drogadicción) de esa herencia criolla que impide el progreso del país y se traduce en el atraso e inmoralidad. De ese modo, su espacio de enunciación hermana los postulados del decadentismo junto a la mirada positivista.

- Clemente Palma crea un bestiario de seres asociados al mundo de lo bajo y hermético en *Cuentos malévolos*; estos se caracterizan por formar parte de un mundo que busca ser continuamente erradicado por los higienistas europeos y latinoamericanos, quienes- como en los artículos de *La Crónica Médica* o el manual de Imoda- penetran al espacio de la casa para pedir que se limpien los muebles, purifique el ambiente, desinfecten los utensilios y mantenga la limpieza corporal; a contracorriente de los dichos médicos, encontramos alacranes, escuerzos, gusanos, ratas, moscas, peces monstruosos, flores morbosas y murciélagos que se desplazan por el mundo subterráneo de las alcantarillas o por un mundo fantástico donde reina la enfermedad. Este bestiario se caracteriza porque representa una mirada contrapuesta a la modernidad: los seres del desagüe no soportan la presencia humana y quieren devorar a Feliciano que ha penetrado a sus dominios, mientras el alacrán

hembra como un ser abyecto y fétido que obliga a Macario al comercio sexual, y se despliega un mundo donde todos los animales están signados por ser cuerpos macilentos y mutilados arrostrados a una existencia miserable debido al influjo de una reina sifilítica. Así, ninguna de estas bestias actualiza la desodorización o la limpieza natural que presuponen los higienistas a los que alude Corbin, más bien muestran el lado monstruoso de la naturaleza, la cual no genera sosiego ni es promesa de limpieza; todo lo contrario, esta naturaleza es enferma y representa la potencia contenida de una peste capaz de exterminar a la raza humana (el mundo de las alcantarillas) o erigirse como superior a esta (los alacranes).

- El espacio material de la voz narrativa de “El príncipe alacrán”, “Leyenda de Haschisch”, “Un paseo extraño” y “El credo de un borracho” se caracteriza por hallarse en contra de los predicamentos higienistas que recomendaban separar los ambientes de la casa y circunscribir la alcoba exclusivamente al sueño o a las relaciones maritales. En las narraciones señaladas atendemos cómo se trastoca el sentido de la casa porque las alcobas devienen en bibliotecas, lugar de experimentación con estupefacientes o alcohol, y receptor de amigos ebrios, además de hallarse herméticamente cerradas porque no existen corrientes de aire que purifiquen el ambiente. Es más, en “Un paseo extraño” Feliciano se entrega a la contemplación obscena de su cuerpo y transforma la bañera en su cama, a la vez que lee narraciones estrambóticas en dicho espacio. De esa forma, los preceptos que buscan regular el modo de vida de los sujetos y las condiciones materiales de vivienda son puestos, constantemente, en entredicho por estos protagonistas; justamente, el espacio no desodorizado prepara al lector para la emergencia de sucesos que lindan

con la fantasía: desde los ensueños artificiales hasta el paseo por las alcantarillas.

- “Leyenda de Haschisch” es un cuento que se engarza con la tradición francesa de la sífilítica (*A contrapelo* de Huysmans, y *Bubu de Montparnasse* de Charles Philippe), pero renueva el paradigma de esta, en tanto que el decadentismo y el naturalismo coinciden en la visión de la enferma como una prostituta que exhibe un cuerpo plagado de heridas, así como su liviandad moral. De manera opuesta a la asociación sífilis- prostituta, Clemente Palma establece el nexo sífilis- esposa y, con ello, escapa al paradigma de la mujer pública cuya enfermedad es justificable por sus diferentes intercambios sexuales; en el caso del cuento citado, nos encontramos ante una esposa blanca y delgada con un ímpetu sexual que aniquila su propio cuerpo y acaba, en las fantasías del marido, como la reina de la sífilis e imagen del amor. El peligro de esta consorte enferma y la aparición de esta figura en la literatura reposa, a nuestro entender, en la pluralidad de artículos y tesis de principios del siglo XX que circulaban en el discurso médico peruano, donde- como sucede con Alfonso Pasquel- se determina que las infectadas de estado calamitoso no son las prostitutas sino las esposas criollas porque sus maridos les contagian el mal y, debido al pudor que les genera visitar el ginecólogo, prefieren usar paliativos que desembocan en un serio de problemas imposibles, muchas veces, de curar. Tal parece, entonces, que Palma no es un narrador evasivista o meramente fantasioso como se postulaba en la recepción crítica inicial; él ve la cara de la modernidad que subyace a la apariencia de progreso y salud: la Lima de fines del XIX e inicios del XX, aquella que se caracteriza

por los desbordes continuos de desagüe, la imposibilidad de curar la sífilis, los hacinamientos en espacios pequeños y el deseo lascivo de sus habitantes.

- La existencia de un espacio sellado, el discurso de la enfermedad y las perversiones asociadas al uso de drogas o alcohol (“Leyenda de Haschisch”, “El príncipe alacrán”, “Un paseo extraño” y “El credo de un borracho”) no son exclusivas de la narrativa de Clemente Palma, sino que, como hemos visto, se hallan, principalmente, en *Herencia* de Clorinda Matto de Turner y “Una chiquilla vino” de Ventura García Calderón. Sin embargo, en el caso de Palma, estos tópicos se filtran a través del velo de lo extraño y lo fantástico, en tanto que se presentan como acontecimientos sobrenaturales que irrumpen la realidad del lector y nos llevan a dudar de la realidad de tales acontecimientos (verbigracia, no sabemos si los narradores alucinan presa del uso de drogas o alcohol), además de que existe un tono narrativo que ensalza tales hechos e impele a los personajes a internarse mucho más en la podredumbre (Feliciano ingresando a las alcantarillas, por ejemplo), mientras que en *Herencia* se usa el caso de Espíritu Cadenas como un contraejemplo (la morena condensa la suciedad, inmoralidad y alcoholismo) y la sifilítica de “Una chiquilla vino” debe despojarse de los rastros de la enfermedad para ser amada. En otras palabras, Clemente Palma se interna por una vía decadentista que, valiéndose de los preceptos higienistas y el discurso positivista de una herencia degenerada, exalta y condena, de modo simultáneo, la enfermedad; por ello, la nación homogénea e higiénica, en sus relatos, no es solo imposible de materializarse, sino también un proyecto fallido desde su concepción.



Anexos

ANEXO 1

Prisma. Revista ilustrada de artes y letras. Lima, año 11, número 7, 1906.

Formalina potásica

PREMIADA CON MEDALLA DE ORO

Producto
higiénico

— DEL —
TOCADOR

— DE —
PERFUME

AGRADABLE

— Y —
SIN IGUAL



Antiepidémico

—♦—
SUPERIOR

A TODOS

—SUS—
SIMILARES

Esta preparación no adolece de los inconvenientes del formol puro, y sin embargo conserva íntegro su poder microbicida que es igual al del Biclورو de Mercurio.

Destruye los fermentos y microbios más resistentes en corto tiempo (hasta los de la Tuberculosis) y es de suma utilidad para la purificación de la atmósfera de las habitaciones para el aseo de las manos y de la boca y objetos infectados.

La combustión de 50 cc. produce por el calor un vapor cargado de Aldehído fórmico capaz de desinfectar la atmósfera de un cuarto de 18 metros cúbicos.

Antigua Botica y Drogueria Francesa
Mercaderes 185



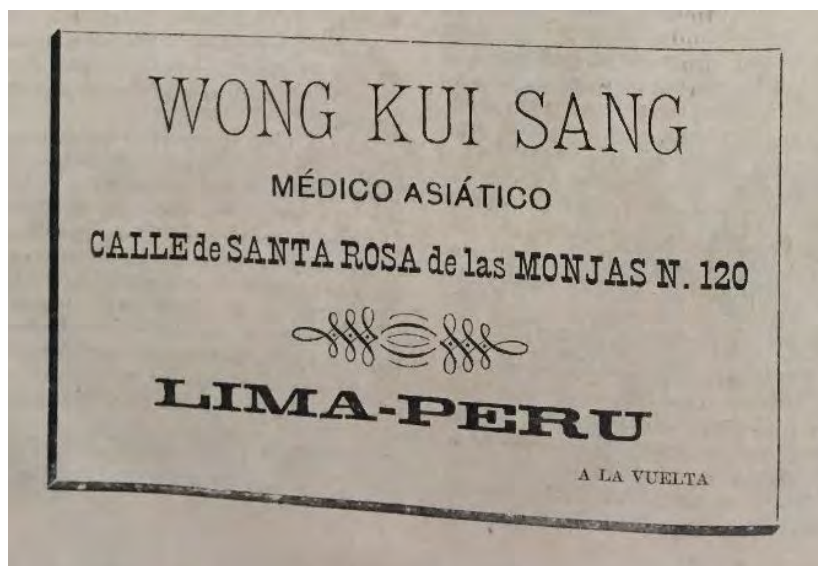
Antigua Botica y Drogueria Francesa
Mercaderes 185

ANTIGUA BOTICA Y DROGUERIA FRANCESA

REMY Hermanos

ANEXO 2

MORANTE, Miguel D. "Sociología Médica. Moral médica. Discurso leído en la Sociedad Médica Unión Fernandina". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 260, 1899, p. 378.



ANEXO 3

MORANTE, Miguel D. "Sociología Médica. Moral médica. Discurso leído en la Sociedad Médica Unión Fernandina". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 260, 1899, p. 379.

El que suscribe, recién llegado de la China, ha traído consigo un surtido completo de "Yerbas medicinales chinas" que emplea para la curación de cualquier enfermedad por crónica que sea: Cura las enfermedades del Corazón, de los Pulmones, de los Riñones, Jaquecas, Fiebres de todas clases, Incordios, Gonorreas, Elefanteasis, Sífilis, enfermedades de ojos, Almorranas, Neuralgias, Enfermedad periódica del sexo femenino, Enfermedades de niños, y en general, cualquier enfermedad que se le encargue será atendida con el mayor cuidado y esmero.

Wong Kui Sang.

Santa Rosa de las Monjas N. 120

IMP. DE "EL LUCERO" PIEDRA 128--LIMA

ANEXO 4

El Perú Ilustrado. Lima, año 2 (primer semestre), número 53, 1888; p.5.

N. 53	EL PERU ILUSTRADO.	5																		
<p>SE NECESITA Proseamos gratis nuestras columnas á las personas que desean arrendar fincas. Para un extranjero unos años con 8 piezas—Dirijirse casilla No. 129 A. B. C. Se necesita comprar unos 4 caballos de paso, buena raza.—Dirijirse F. B.—Casilla 173 correo de Lima.</p> <p>SE ALQUILA Altos 8 piezas, min con gas y demas comodidades.—Dirijirse á J. P. C. casilla. 173 Correo. Calle Manteras N. 15.—Se traspasa ó alquila la tienda con cuatro piezas. Un principal Correo N. 25 con todas las comodidades apropiadas para una numerosa familia. Una casita á tres cuartos, Guaya de Lima danzon, N.º 28. Una casa altos con dos departamentos.—Sanchez, casilla 173 correo. Esquina de Santo Domingo, un departamento los 12 piezas, Gas, Agua, etc. San Marcos 62 bajos, 9 piezas, agua gas, etc. Un departamento de tres piezas (altos) Portal de Escrivanos No. 120 darán razon.</p>	<p>COMPANIA IMPERIAL Escocesa. COMPANIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA. ESTABLECIDA EN 1865. Capital: Medio millon de Libras esterlinas. Mediante un pago anual ó mensual relativamente pequeño, puede asegurarse un capital que salve á la familia de la penuria en caso de la muerte del jefe de ella. Así mismo el hombre, mientras sea jóven y robusto puede formar un fondo de ahorros que aprovechará en la vejez.</p> <p>VENTAJAS ESPECIALES que ofrece la Compañia Imperial Escocesa: Ademas del Capital de £ 500,000 suscrito por accionistas numerosos y fuertes, hay fondos acumulados que pasan actualmente de 800,000 veinte mil Libras esterlinas que anuan continuamente su aumento, y que pertenecen exclusivamente á los tenedores de pólizas; la administracion es sumamente económica, lo cual permite repartir beneficios mayores á los asegurados; las ganancias se reparten cada cinco años entre los asegurados y los accionistas en la proporción de nueve décimos á los primeros y un décimo á los segundos; la tarifa de primas es de las mas moderadas que se conocen. Puede juzgarse de estado de progreso de la Compañia por la siguiente</p> <table border="1"> <caption>TABLA COMPARATIVA</caption> <tr> <td>Fondos acumulados á</td> <td></td> <td></td> </tr> <tr> <td>finis de</td> <td>1870.....£</td> <td>13,870</td> </tr> <tr> <td>Idem.....</td> <td>1875.....</td> <td>43,847</td> </tr> <tr> <td>Idem.....</td> <td>1880.....</td> <td>113,285</td> </tr> <tr> <td>Idem.....</td> <td>1885.....</td> <td>203,678</td> </tr> <tr> <td>Idem.....</td> <td>1886.....</td> <td>224,169</td> </tr> </table> <p>Para mas pormenores dirijirse á TOMAS DAWSON—Agente. CALLE DE LA POCHA No—84.</p> <p>Schofield Hermanos Fabricantes de toda clase de maquinarias—Fundición de San Juanito CALLE DE QUILCA N.º 79</p>	Fondos acumulados á			finis de	1870.....£	13,870	Idem.....	1875.....	43,847	Idem.....	1880.....	113,285	Idem.....	1885.....	203,678	Idem.....	1886.....	224,169	<p>INFALIBLE Y RADICAL en la curación de todas las afecciones bronquiales: Mal de Garganta, Difteria, Tos y Tisis etc.</p> <p>PECTORAL</p>  <p>de ANACAHUITA Remedio Vegetal de la Naturaleza para el alivio y curación segura de toda enfermedad de el Pecho y los Pulmones.</p> <p>WALKER & WADE, MANUFACTUREROS IMPORTADORES MONTURAS Y ARNESSES No. 111 FRONT STREET, SAN FRANCISCO. (CALIFORNIA)</p> <p>Peschiera, Ferrari & Cosso LIMA—ESPADEROS, 198—LIMA Importación directa de Europa. Casimires, Guinetos, Camisas, Driles, Franela de lana y algodón, Fracasos, sábanas, Gorpas, Camisetas, Generos blancos, Percales, Toupos, Surtido de medias, Artículos americanos. Un gran surtido de mercerías, quincallería perfumaria. Unicos agentes para el Perú del PERNET BRANCA</p> <p>Atención Fotógrafos Tenemos en venta una excelente máquina Fotográfica grande con sus aparos Chais y pié de Hierro, de Seville PRECIO: 200 SOLES PLATA</p>
Fondos acumulados á																				
finis de	1870.....£	13,870																		
Idem.....	1875.....	43,847																		
Idem.....	1880.....	113,285																		
Idem.....	1885.....	203,678																		
Idem.....	1886.....	224,169																		
<p>TÓNICO ORIENTAL</p>  <p>PARA EL CABELLO. Aumentá, hermosa y hace crecer la Cabellera con asombrosa rapidez. —AGENTES EN LIMA— LUDOWIEG y Co. La antigua Botica Francesa DE J. F. HEMY Tiene siempre un surtido completo de medicinas y especialidades de Norte-América, Inglaterra y Francia. CALLE DE LA UNION (Mercedera) 185 —LIMA—</p> <p>Antigua Casa Bar Hermanos CARLOS BAR Espaderos, 219—y Ufiteros de San Pedro No. 1 LIMA. Vestidos de la Estacion para hombres, jóvenes y niños, Camisas, Fumisetos, Calzoncillos Medias, Gorras, Pañuelos, Cuellos etc. etc. CARLOS BAR TALLER PLATEROS DE SAN PEDRO N.º 1. Precios módicos.</p> <p>CEREZAS PARRINELLO. Lugar especial de venta SALON PARRINELLO PLATEROS DE SAN AGUSTIN N.º 7 LIMA.</p> <p>A los aficionados á la Fotografía. Hemos recibido Catálogos nuevos de la casa Anthony y Co. los cuales enviamos á los que los piden.</p>	<p>UN REMEDIO INFALIBLE en todo caso de REUMATISMO Impurezas de la Sangre, Erupciones, Escrófulas, Ulceras, Sífilis y toda afección de naturaleza eruptiva ó venérea —ES LA— ZARZAPARRILLA DE BRISTOL El Remedio de Familia por excelencia!</p> <p>SE COMPONEN Y ARREGLAN aparatos telegráficos, y telefónicos pudiendo encargarnos asimismo de la planificación de líneas y de toda clase de trabajo concernientes al ramo.—Peter Bacigalup & Co.—237 Espaderos.</p> <p>Scott Stamp and Coin Co. (LIMITED) (COMPAÑIA SCOTT DE SELLOS Y MONEDAS) 711 BROADWAY, N.Y. N.Y. Pagamos los mayores precios por los sellos de correos usados de todos los países europeos é hispano-americanos. En cambio enviamos dinero á las naciones que se nos piden. Surtido completo de sellos de correo y albumes para los mismos. Al hacer los pedidos mencionamos "El Perú Ilustrado".</p>	<p>LA CALIDAD DE TODOS NUESTROS ARTICULOS ES GARANTIZADA.</p>  <p>La marca comercial es una estrella Roja. TIENEN CONSTANTEMENTE UN SURTIDO SELECTO DE TÉ, CAFÉ, AZÚCAR, VINOS LICORES FINOS Y Efectos plateados, Cristalería Porcelana. TODA CLASE DE EFILLES DOMÉSTICOS. — 29 MANLITAS 31—LIMA</p>																		

ANEXO 5

La Crónica Médica. Revista quincenal de Medicina, Cirugía y Farmacia. Año XXIII, número 423, 1906, p 229 (sin número).

<p>Tisis Pulmonar BRONQUITIS CRÓNICA Tratamiento Hipodérmico POR MEDIO <i>del Eucaliptol Inyectable Roussel</i> <i>del Feneucaliptol Inyectable Roussel</i> <i>del Arseniato de Estricnina Roussel</i> <i>del Sulfuro de Allyle Mousnier.</i></p> <p>★ ★ J. MOUSNIER, 26, RUE HOUDAN SCEAUX (Seine), Francia en PARIS, 6, rue Jacob, y 1, rue des Tournelles</p>	<p>Sifilis Tratamiento Hipodérmico Por medio de La Hydrarjira inyectable de ROUSSEL</p> <p>SIFILIS Cianuro de Hidarjira</p> <p>SIFILIS Blioduro de Hidarjira</p> <p>J. Mousnier SCEAUX (Seine) Francia</p> <p>SIFILIS Gránulos Dardel de Arseniato de Mercurio</p>
<p>Anemia * * Clorosis Tratamiento hipodérmico POR MEDIO DEL HIERRO INYECTABLE ROUSSEL</p> <p>Tres preparaciones ferruginosas sin dolor en el acto de la inyección: Salicilato de Hierro naciente 1 centígramo por centímetro cúbico. Cloruro doble de hierro y quinina, 1 centígramo por centímetro cúbico. Glicero-Fosfato de Sosa y Hierro, dos centigramos de Hierro y cinco cen- tigramos de Glicero-fosfato de Sosa.</p> <p>J. MOUSNIER, SCEAUX (Seine).</p>	 <p>Medicamentos urgentes que todo Médico debe siempre tener en casa en <u>permanencia</u> :-</p> <p>Ergotina Mousnier</p> <p>Ergotinina Mousnier</p> <p>Quinina inyectable Roussel</p> <p>Mixtura antinevrálgica al acónito de Mousnier</p> <p>Solucion vital dynamogena Vindavogel (Neurosténico, Cardioténico).</p> <p>Todoa estas preparaciones se venden en fras- quitos de cinco centímetros cúbicos.</p> <p>en PARIS, 6, r. Jacob y 1, r. des Tournelles</p>

VINO DE PEPTONA DE CHAPOTEAUT

La PEPTONA CHAPOTEAUT representa 10 veces su peso de carne digerida y solubilizada con la *Pepsina*. Tomada en caldo ó leche permite nutrir á los enfermos más graves sin otra alimentación.

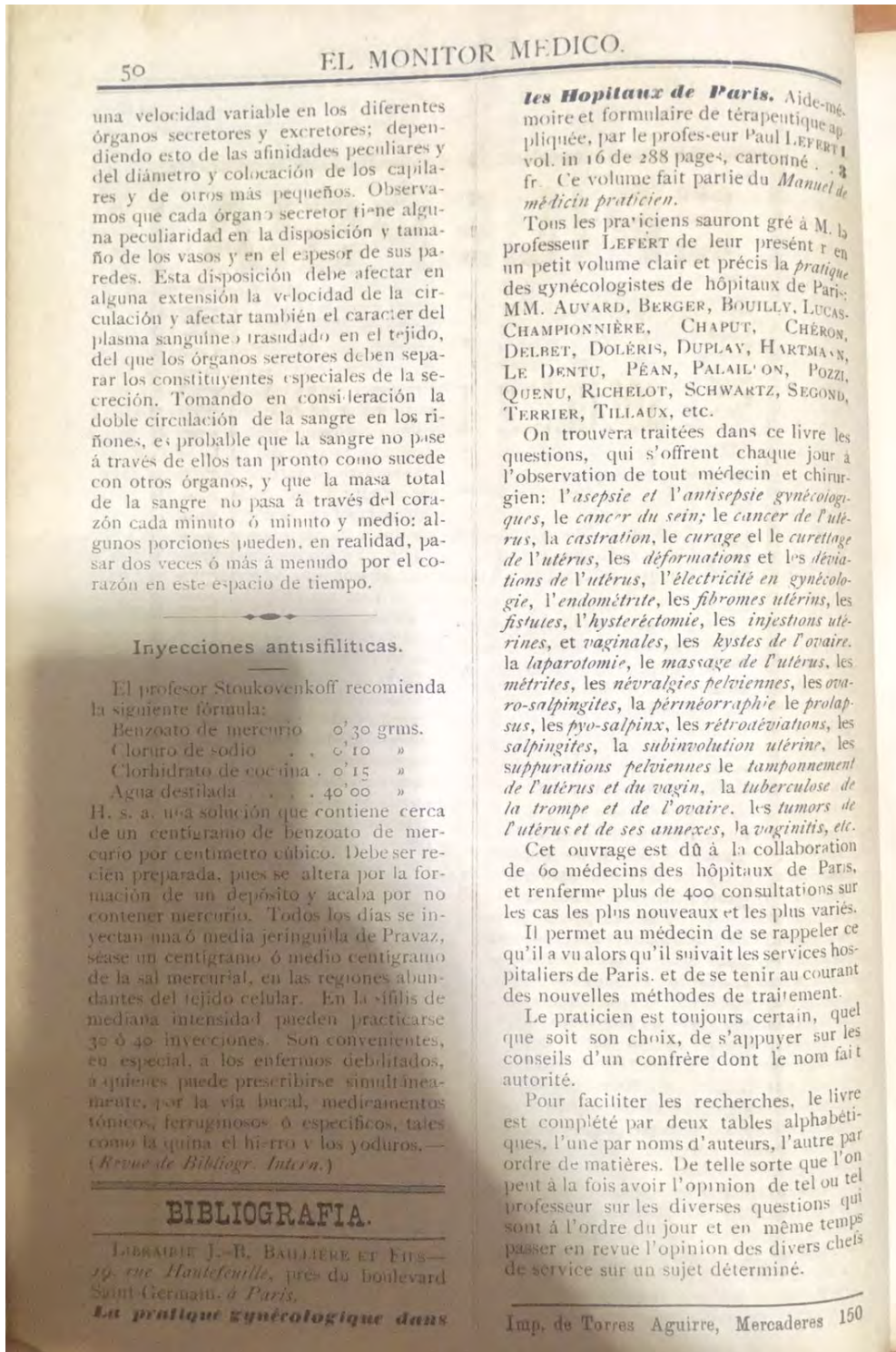
Asociada á un vino generoso, constituye el **Vino de Peptona de Chapoteaut**, de gusto agradable, que se receta en las comidas, en dosis de 1 á 2 copas de Burdeos, á los **Anémicos, Convalecientes, Tísicos, Ancianos** y á las personas desgastadas, ó que no pueden soportar los alimentos.

La Peptona Chapoteaut se emplea desde hace siete años, á causa de su pureza, en el Instituto Pasteur y los Laboratorios de Fisiología de Berlín, Viena y San Petersburgo para la cultura de los organismos microscópicos.

Depósito: 8, RUE VIVIENNE, PARIS, y en las principales Farmacias.

ANEXO 6

Inyecciones antisifilíticas". *El Monitor Médico. Órgano de los intereses científicos y profesionales del cuerpo médico. Lima, año 11, número 230, 1896; p. 50.*



ANEXO 7

MUÑIZ, Antonio. 1893 "Manicomio de Lima". *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 111, 1893; p. 97.

LA CRÓNICA MÉDICA

97

CUADRO N.º 32

ENTRADAS, EN LOS TRES ÚLTIMOS AÑOS SEGÚN EL DIAGNÓSTICO

	AÑO 1890	AÑO 1891	AÑO 1892
No locos.....	10
1 Manía y Delirio agudos.....	6	6	7
2 Melancolía y Demencia aguda.....	5	5	3
3 Locura periódica.....	3	2	...
4 Loc. sistematizada progresiva.....	3	2	7
5 Demencia vesánica.....	5	3	1
6 Demencia orgánica y senil.....	2	...	2
7 Parálisis General.....	4	2	1
8 Loc. Neurósica: Epilepsia.....	5	4	2
» » variadas.....	...	2	1
9 » tóxica: Alcohol.....	17	19	10
» » opio.....	6	7	3
» » sífilis.....	1
» » plomo.....	1
10 » Moral é impulsiva.....	6	2	2
11 Idiotismo y cretinismo.....	7	2	1
Sin diagnóstico.....	...	4	...
Total.....	69	60	52

CUADRO N.º 33.

SALIDAS EN LOS DOS ÚLTIMOS AÑOS, ATENDIENDO Á LA RAZA

	AÑO 1891	AÑO 1892
Blancos.....	15	10
Indios.....	2	6
Chinos.....	7	3
Negros y mestizos.....	13	7
Ignorados.....
Total.....	37	26

ANEXO 8

MUÑIZ, Antonio. 1893 "Manicomio de Lima". *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 111, 1893; p. 100.

LA CRÓNICA MÉDICA			
100			
CUADRO N.º 39.			
MORTALIDAD EN LOS TRES ÚLTIMOS AÑOS, ATENDIENDO Á LAS CAUSAS INMEDIATAS DE LA MUERTE.			
	AÑO 1890	AÑO 1891	AÑO 1892
Cáncer parotídeo.....	1
Hemorragia y congestión cerebrales.....	5	4	4
Consunción é inanición.	10?	1	1
Diabetes	1
Disentería	3	...	1
Diversas	3
Fiebre perniciosa.....	2
Fiebre tifoidea	1
Lesión orgánica del corazón.	1	1	...
Meningo-encefalitis.....	...	1	1
Neumonía	1	1	...
Reblandecimiento cerebral.....	1	1	...
Tuberculosis diversas	5	6	4
Totales	26	15	19

CUADRO N.º 40			
MORTALIDAD COMPARADA, EN LOS TRES ÚLTIMOS AÑOS, ATENDIENDO Á LA FORMA DE ENAGENACIÓN MENTAL.			
	AÑO 1890	AÑO 1891	AÑO 1892
1. Manía y delirio agudo.....	5	...	1
2. Melancolía y demencia id	5	1	3
3. Locura periódica	1	...
4. Id. sistematizada progresiva.....	...	2	...
5. Demencia vesánica	1
6. Id. orgánica y senil.....	1	1	1
7. Parálisis general	1	1	1
8. Locura neurósica: Epilepsia.....	3	2	2
Id. id. Catalepsia.....	...	1	...
Id. id. Corea	1
9. Id. tóxica: Alcohol	7	4	6
Id. id. Sífilis	1
Id. id. Opio	1	2	1
10. Locura moral é impulsiva
11. Idiotismo	1
Imbecilidad.	1	...	2
No locos.....	2
Total	26	15	19

ANEXO 9

MUÑIZ, Antonio. 1893 "Manicomio de Lima". *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 111, 1893; p. 103.

LA CRÓNICA MÉDICA		103		
CUADRO N.º 46.				
EXISTENCIA, ATENDIENDO A LA NACIONALIDAD, EN LOS TRES ÚLTIMOS AÑOS.				
	31 Di- ciembre 1890	31 Di- ciembre 1891	31 Di- ciembre 1892	
Alemania.....	1	3	4	
Australia.....			1	
Austria.....	5	5	3	
Argentina.....				
Bolivia.....	1	1	1	
Colombia.....	1	1		
China.....	16	20	19	
Chile.....		1	1	
España.....	6	6	3	
Ecuador.....	4	4	4	
EE. UU.....	1	1	1	
Francia.....	1	1	1	
Grecia.....	1	1		
Holanda.....	1	1	1	
Italia.....	1	1	7	
Inglaterra.....	1	1	2	
Méjico.....	1	1		
Noruega.....	0		1	
Perú.....	99	102	111	
Rusia.....	1	1		
Suecia.....				
Venezuela.....	1	1	1	
Total.....	142	151	161	

CUADRO N.º 47.				
EXISTENCIA, SEGÚN EL DIAGNÓSTICO, EN LOS TRES ÚLTIMOS AÑOS.				
	31 Diciembre 1890	31 Diciembre 1891	31 Diciembre 1892	
No locos.....		1	4	
1 Manía y Delirio agudos.....	7	9	4	
2 Melancolía y demencia id.....	3	4	16	
3 Locura periódica.....	17	11	9	
4 Id sistematizada progresiva.....	12	7	18	
5 Demencia vesánica.....	34	37	32	
6 Id orgánica y senil.....	2	5	3	
7 Parálisis general.....	3	3	1	
8 Locura neurósica: Epilepsia.....	9	11	10	
Id Id variadas.....	4	3	5	
9 Id tóxica Alcohol.....	15	18	22	
Id Id Opio.....	12	17	11	
Id Id Sifilis.....			2	
Id Id plomo.....			1	
10 Locura moral é impulsiva.....	12	13	13	
11 Idiotismo é imbecilidad.....	10	12	10	
Total.....	140	151	161	

ANEXO 10

M. "Clínica Ginecológica". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal.* Lima, año 16, número 258, 1899; pp. 334-337.

334 LA CRÓNICA MÉDICA		335 LA CRÓNICA MÉDICA	
Enfermas asistidas desde el 17 de agosto de 1898 al 17 del mismo mes del presente año.		Enfermedades	Operaciones practicadas
1	Endometritis y desgarro lateral derecho del cuello	Raspado uterino.—Tragitorralla.	Restauración del cuello. Endometritis curada.
1	Endometritis blenorragica. Dos evoluciones sin éxito digno de mención. La segunda con una sal-salpingitis-4. Lavados intraperitoneales de bicloruro, 1/400 que era silbica, entró una peritonitis supra-ovárica.	1. Raspado.—2. Irrigación de permanganato 1/400. 3. Lavados intraperitoneales de bicloruro, 1/400 que era silbica, entró una peritonitis supra-ovárica.	Curadas..... 2
5	Endometritis post-partum	Raspado y taponamiento intra-uterino.	Curadas..... 5
4	Endometritis post-abortum	Raspado uterino.	Curadas..... 4
1	Retención de secundinas post-abortum	Raspado.	Curada..... 1
3	Metritis y colpitis regresivas.	Lavados antisépticos con sulfat. cobre, ácido pirogalico.	Curadas..... 3
1	Metritis específica tuberculosa.	Lavados antisépticos. Inyecciones de solución de ácido lictico.	Mejorada..... 1
1	Carcinoma uterino, comprendiendo cuello y cuerpo	Raspado y cauterización al termo-cauterio.	Mejorada..... 1
1	Endometritis con hipertrófica, tipo de periparva. Endometritis gonococica. E. P. Nulipara. Diámetro desde los 13 años. Cuello de más de 3 y 4 cm., con orificio externo paucifloro abundante. Secreciones abundantes. Exposura, auto-purulentas.	Raspado uterino. Estomoplastia con resección conjugal por el nuevo procedimiento de Puzos. (V. "Crónica Médica" N.º 325.)	Curación de su endometritis, de su estomatoplasia de la dismenstruación.
1	Endometritis con hipertrófica. Endometritis.	Raspado y amputación del cuello con excisión conica y colgajos cóncavos.—Tragal.	Estomatoplasia corregida. Dismenstruación y endometritis curadas.

336 LA CRÓNICA MÉDICA		337 LA CRÓNICA MÉDICA	
Enfermedades	Operaciones practicadas	Enfermedades	Operaciones practicadas
1	Prolapso completo, con hipertrofia del cuello, estrietas y rectoceles.	1	Endometritis con hipertrófica. M. R. de T. 42 años. Nulipara. Dolores intensos a los tejidos. Ninguna otra intervención.
2	Prolapso uterino con desgarro del periné.	2	Fibromas intersticiales.
1	Endometritis post-partum.—Desgarro perineal incompleto.	1	Fibromas quísticos. Prolapsos abdominales y peritoneales.
5	Fibromas intersticiales.	1	Fibromas múltiples del útero. Desgarros fibrosos: intraperitoneal derecho y retro-uterino.
1	Endometritis intonutosa.	1	Fistula recto vaginal.—Estomatoplasia rectal de origen silbico.
1	Fibromas quísticos. Prolapsos abdominales y peritoneales. M. R. de T. 42 años. Nulipara. Dolores intensos a los tejidos. Ninguna otra intervención.	1	Ectopias epiteliales.—Sudo hermafroditismo.—Androgénico ginecomastia.

RESUMEN GENERAL

Tratamiento	Total	Curaciones	Muertas
Por la vía vaginal.....	26		
" " abdominal.....	4		
Sin tratamiento médico.....	10		
	40	26	4

De los casos de muerte, dos llegaron al servicio en extremis, así es que podemos estimar la mortalidad en 5%.

Se observa por el cuadro que acabamos de resumir, la proporción mayor de las operaciones por la vía vaginal respecto de la abdominal. La razón no se oculta a ninguno de nosotros, al poco tiempo que aluzca la esta distica; y sobre todo nuestro personal operable, tan difícil de aceptar una intervención quirúrgica por algún estado patológico, salvo en caso preñoso, cuando los estragos hechos por la enfermedad en una raza tan débil como la nuestra, ó detiene la mano del cirujano, ó el éxito no corresponde á los esfuerzos ni á la rigurosa técnica de los operadores.

Pero, la obra está ya empezada, son muchos la personas que arraigadas en una falsa idea del pulir y dominadas por irresistible temor á toda intervención, oponen valla insalvable á la acción bienhechora de la ciencia. Mayor es el número de enfermos, que alentados por los beneficios operatorios de otros iguales, acuden en demanda de un tratamiento apropiado; y esta cretien-

ANEXO 11

PASQUEL, Alfonso. "Frecuencia de la sífilis en Lima". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal.* Lima, año 29, número 553, 1912^a; pp. 361- 362.

LA CRONICA MEDICA 361

El 27 de Noviembre existían aun los botones nasales queriendo penetrar hacia el interior de las fosas nasales y constituir lo que los africanos llaman goundou (gundú).
Para evitar esta grave complicación hice una galvano-cauterización amplia de todos los botones nasales, los que desaparecieron totalmente el 14 de Diciembre.
Es de sentir que el enfermo se hubiese resistido tenazmente á una inyección de Salvarsan que lo habría curado con más rapidéz.
Arequipa, Diciembre de 1911

EDMUNDO ESCOMEL

FRECUENCIA DE LA SIFILIS EN LIMA
(Continuación)

CUADRO N° 4.
HOSPITALES 2 DE MAYO Y SANTA ANA. Años 1892-1910

VARONES

Años	Pob. hosp.	Sifil.	Coef. mort. sífilitic.	Mortal. sífilitic.	Coef. mor. sífilitic.
1892	8,924	3	0-33	1	33-33
1893	6,963	40	5-7	0	0
1894	7,103	28	3-9	0	0
1895	6,789	30	11-7	0	0
1896	8,472	42	4-9	4	9-5
1897	8,796	131	14-8	2	1-5
1898	8,407	109	12-9	3	2-7
1899	7,692	111	14-4	2	1-8
1900	7,810	87	11-1	0	0
1901	6,750	86	12-7	5	5-8
1902	7,675	80	10-4	3	3-7
1903	8,942	94	13-5	1	1-0
1904	6,898	78	11-3	1	1-2
1905	8,317	128	15-2	3	2-3
1906	8,096	116	14-2	5	4-3
1907	7,624	106	13-9	0	0
1908	7,759	137	17-6	3	2-2
1909	7,318	93	11-9	1	1-0
1910	7,311	88	12-0	6	6-8
Total:	146,116	2,737	11-9	40	2-3

LA CRONICA MEDICA

362

MUJERES

Años	Pob. hosp.	Sifil.	Coef. mort. sífilitic.	Mortal. sífilitic.	Coef. mort. sífilitic.
1892	7,711	109	14-1	7	6-4
1893	6,434	99	15-4	15	3-0
1894	7,203	140	19-4	10	7-1
1895	6,762	171	25-4	4	8-1
1896	7,317	172	23-6	5	2-9
1897	6,979	168	29-0	7	4-2
1898	7,314	101	14-6	17	6-9
1899	7,394	193	26-1	11	5-6
1900	8,458	176	21-0	13	7-3
1901	6,374	223	34-9	16	7-1
1902	7,390	210	28-4	6	2-8
1903	7,022	196	27-9	11	5-5
1904	6,020	113	18-9	5	4-4
1905	8,443	83	9-7	4	4-8
1906	8,963	91	10-1	5	5-4
1907	8,753	70	7-9	24	38-2
1908	7,997	74	9-1	22	29-7
1909	8,166	31	3-8	28	90-3
1910	7,920	40	5-0	11	27-5
Total:	142,560	2,437	17-0	211	8-6

Los coeficientes de morbosidad se refieren á 1,000, en relación con la población nosocomial; los coeficientes de mortalidad específica se refieren á 100 en relación con el número de sífilíticos,

ANEXO 12

La Crónica Médica. Revista quincenal de Medicina, Cirugía y Farmacia. Año XXIII, n 423, 1906, p 237 (sin número).

Productos del Dr Doyen

Experimentados en los Hospitales de Paris

(Comunicado presentado á la Academia de Medicina, en 13 de Febrero de 1900.)

SUERO ANTI-STAPHILOCÓCCICO

Contiene los principios activos de las Levaduras de Cerveza y de Vino.

STAPHILASA DEL D^r DOYEN

Solución concentrada é inalterable de los principios activos de las Levaduras de Cerveza y de Vino. Se administra por la vía gástrica.

Tratamiento específico de las enfermedades ocasionadas por el Staphilococo : Acné, Forunculosis, Antrax, Osteomielitis, Impétigo, Anginas, Bronquitis, Pulmonía, Influenza, Goriga, Estomatitis, Dispepsia, Enteritis, etc.

STAPHILASA IODURADA del D^r DOYEN

Una cucharada de las de tomar sopa, de ésta solución, contiene 1 gramo de Ioduro Potásico químicamente puro.

STAPHILASA BROMURADA del D^r DOYEN

Una cucharada de las de tomar sopa, de ésta solución, contiene 2 gramos de Bromuro Potásico, químicamente puro.

La STAPHILASA neutraliza los accidentes secundarios del Ioduro y del Bromuro Potásicos.

Bajo éstas formas pueden administrarse dosis masivas de Ioduro y Bromuro Potásicos sin temor á que se presenten ni el Iodismo ni el Bromismo.

PROTEOL. Polvo antiséptico, insoluble é inodoro.

Posee un poder bactericido muy superior al del Iodoformo, al del Salol y al de los demás polvos antisépticos.

VINO DE BUGEAUD

Preparado con Quina y Cacao de primera elección y vino añejo muy dulce.

Obra por la Teobromina y los Alcaloides de la Quina. Es un tónico de primer orden en la Neurastenia, Anemia y en todas las Convalecencias, así como también corrige los Transtornos digestivos de los Estómagos fatigados.

DEPÓSITO GENERAL : P. LEBEAULT & C^o, 5, Rue Bourg-l'Abbé, PARIS.

Depositarios en Lima : J.-B. SERRA & C^o.

ANEXO 13

DÁVILA. *Nuestro Carnet Médico del Año*. Trujillo: Tipografía Olaya Trujillo, 1924.

GUIA SANITARIO

Dr. Amador Rosales Valencia
MEDICO Y CIRUJANO
GRADUADO EN LA FACULTAD DE MEDICINA
DE LA UNIVERSIDAD DE LIMA
Medicina y Cirujía General
OBSTETRICIA y GINECOLOGIA
MEDICO TITULAR (Mala, San Antonio y Flores)
Domicilio en Lima: Santa Teresa 1378

H. Ortiz Silva
Laboratorio: Químico-Biológico-Standard
TECNICA INMUNOLOGICA. TERAPIA ESPECIFICA
SIFILES — VIAS URINARIAS
San Martín 542 — TRUJILLO PERU

SECCION DE ANUNCIOS DE
Nuestro Carnet Médico del Año

La parte economica de esta sección corre á cargo del señor Manuel Cherres, á quien debe dirigirse los originales de los anuncios nacionales y extranjeros, sujetos á la tarifa siguiente, pago adelantado:

Una página.....	2 libras peruanas
Media página.....	1 " "
Un cuarto de página...	½ " "

Dirección: APARTADO No. 246
TRUJILLO-PERU

Bibliografía

Bibliografía primaria

PALMA, Clemente

1895 *Excursión literaria*. Lima: Imprenta de El Comercio.

1897 *El porvenir de las razas en el Perú*. Tesis para optar por el grado de Bachiller. UNMSM: Lima.

1906 “El príncipe alacrán (cuento para leerse de noche en el lecho). *Prisma. Revista ilustrada de artes y letras*. Lima, año 2, número 12; pp. 10-12.

1977 “Notas de artes y letras”. En SILVA- SANTISTEBAN, Ricardo (compilador). *José María Eguren. Aproximaciones y perspectivas*. Lima: Universidad del Pacífico; pp. 61- 62.

2006a (1906) “El príncipe alacrán”. En PALMA, Clemente. *Narrativa completa I*. Lima: PUCP, pp. 302-311.

2006b (1906) “El credo de un borracho”. En PALMA, Clemente. *Narrativa completa I*. Lima: PUCP, pp. 421-427.

2006c (1904) “La última rubia. Cuento futuro”. En SILVA- SANTISTEBAN, Ricardo (editor). *Narrativa completa I*. Lima: PUCP, pp. 239- 247.

2006d (1914) “Leyenda de hachisch”. En PALMA, Clemente. *Narrativa completa I*. Lima: PUCP, pp.275- 292.

2006e (1907) “Sobre el modernismo y los modernistas”. En PALMA, Clemente. *Narrativa completa II*. Lima: PUCP, pp.383- 387.

2006f (1914) “Un paseo extraño (extravagancias de mi hermano feliciano)”. En PALMA, Clemente. *Narrativa completa I*. Lima: PUCP, pp. 312- 320.

Bibliografía secundaria

AGNOLI, J.B

1893 “Consideraciones sobre dos casos de Anemia por *Ankylostoma Duodenal* observados en el hospital ‘Víctor Manuel’ de Lima”. *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 109, p. 14.

ALZAMORA, Víctor

1963 *Mi hospital. Historia, tradiciones y anécdotas del hospital Dos de Mayo*. Lima: Talleres Gráficos P. Villanueva.

ARCHIVOS DE GINECOLOGÍA Y DE PEDIATRÍA

1893 “Profilaxis pública de la sífilis”. *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 113, pp. 188- 189.

ARGUEDAS, Luis

1912 "Contribución al estudio clínico de la sifilomania y la sifilofobia". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 29, número 565, pp. 533- 570.

ASCENSIO SEGURA, Manuel

1973 "Siempre soy quien capitula". En YAÑEZ, Luis (compilador). *Cuentos peruanos*. Lima: Universo; pp. 9- 13.

AUTOR DESCONOCIDO

1896 "Inyecciones antisifilíticas". *El Monitor Médico. Órgano de los intereses científicos y profesionales del cuerpo médico*. Lima, año 11, número 230, p. 50.

BACCELLI

1894 "Tratamiento de la sífilis por inyecciones intravenosas de sublimado". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 11, número 124, pp. 70- 72.

BAJU Anatole y VAJARNET, Luc

2007(1886) "¡Lectores!". En IGLESIAS, C. (compilador). *Antología del decadentismo. Perversión, neurastenia y anarquía en Francia*. Buenos Aires: Caja Negra, pp. 243- 244.

BASILIO, Wilmer

2014 *El pensamiento estético en dos ensayos: Excursión literaria y filosofía y arte*. Tesis para optar por el grado de Licenciado en Literatura. Lima: UNMSM.

BEINGOLEA, Manuel

1967 *Bajo las lilas. Cuentos pretéritos*. Lima: Biblioteca Universitaria.

BLASCO, Javier

1998 "Hospital de furiosos y melancólicos, cárcel de degenerados, gabinete de estetas...". *Anales de la literatura española contemporánea*. Volumen 23, números 1-2, pp. 19- 49.

BAUTISTA, Juan

2006a "El decadentismo francés". En BAUTISTA, Juan. *Decadentismo y melancolía*. Córdoba: Alción Editora, pp. 181- 204.

2006b "1885: irrupción del decadentismo". En BAUTISTA, Juan. *Decadentismo y melancolía*. Córdoba: Alción Editora, pp. 205- 241.

BELLIDO, M.

1893 "Eclampsia producida por un Vermes en un niño de cuatro meses y medio de edad- Curación. Bronco- pneumonia consecutiva- Terminación fatal".

La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias. Lima, año 10, número 115, pp. 235- 240.

CABELLO, Mercedes

1889 *Blanca Sol (Novela social)*. Lima: Imprenta y Librería del Universo de Carlos Prince. Consulta: 01 de marzo del 2019

http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/blanca-sol--0/html/ff1c3698-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html#l_0_

CARALT, David

2010 *Agualuz. De pirotecnias a mundos flotantes: visiones de Carles Buïgas*. Madrid: Siruela.

CARAZAS, Milagros

2001 “Mercedes Cabello. Una escritora peruana del siglo XIX”. *Escritura y Pensamiento*. Lima, año 4, número 8, pp. 214- 220.

CARRAL

1897 *Algo sobre el valor comparado de las inyecciones mercuriales en el tratamiento de la sífilis*. Tesis para optar por el grado de Bachiller. Lima: UNMSM

CASALINO, Carlota.

1999 “Salud, enfermedad y muerte: las mujeres en la Lima del siglo XIX” En ZEGARRA, Margarita (editora). *Mujeres y género en la historia del Perú*. Lima: CENDOC-MUJER, pp. 237- 257

CASTAÑEDA, Emiliano

1891 *Tisis pulmonar sífilítica*. Tesis presentada ante la Facultad de Medicina de Lima para optar por el grado de Bachiller. Lima: UNMSM.

CEREZO, Francisco L.

1899 “Los mercuriales en el tratamiento de la sífilis”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 250, pp. 158- 161.

CHOZA, Mateo

2015 *La secularización en los ensayos y la narrativa de Clemente Palma*. Tesis para optar por el título profesional de licenciado en Literatura. Lima: UNMSM.

CHUMBIMUNE, Daysi

2018 “Adiós a la China de la fantasía: orientalismo modernista e inmigración en la revista *Variedades* (1908- 1931)”. *Entre caníbales. Revista de literatura*. Lima, año 2, número 8, pp. 37- 58.

CLÚA, Isabel

2009 “La morbidez en los textos: literatura y enfermedad en el fin de siglo”. *FRENIA. Revista de Historia de la Psiquiatría*. volumen 9, pp. 33- 52. Consulta: 01 de febrero de 2019.

https://www.researchgate.net/publication/41471861_La_morbidez_de_los_textos_literatura_y_enfermedad_en_el_fin_de_siglo

COMERIO, Carlos

2012 “La historia de la sífilis o ¿La sífilis en la historia?”. *Revista Médica Universitaria*. Volumen 8, número 1, pp. 1- 13. Consulta: 15 de diciembre de 2018

http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/4577/comeriomuv8n1.pdf

CORBIN, Alan

1982 *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. México D.F: FCE.

CORPANCHO, Juan

1899 “Higiene de Lima. Proyecto de creación de cinco plazas de médicos sanitarios para la ciudad de Lima”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 249, pp. 133- 135.

DAM, Ernesto

1921 “Capítulo X. Sífilis bucal”. En *Cartilla de Higiene de la Boca. Para los alumnos de ambos sexos de las escuelas fiscales y libres, colegios nacionales y particulares*. Lima: International Publicity Company Impresores, pp. 40- 43.

DARÍO, Rubén

1905 “Max Nordau” En DARÍO, Rubén. *Los raros*. Barcelona: Casa Editorial Maucca, pp. 191- 202.

2016 (1888) “Carta del país azul (Paisajes de un cerebro)” En GARCÍA, Alfonso (editor). *Rubén Darío. Retrato del poeta como joven cuentista*. México: FCE, pp. 76- 82.

DEL ÁGUILA, Alicia

2003 *Los velos y las pieles. Cuerpo, género y reordenamiento social en el Perú republicano (Lima, 1822- 1872)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

DEL VALLE, Luis

1890 *Sífilis hepática*. Tesis para obtener el grado de Bachiller en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima: UNMSM.

DENEGRI, Francesca

2018 “Una intelectual serrana en Lima”. *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Cusco: Ceques, pp. 215-254.

DODDS, Robertson

2013 *Los griegos y lo irracional*. Madrid: Alianza Editorial.

DUCASSE, Isidore.

2014 (1869) *Obras completas. Los cantos de Maldoror, poesías, cartas*. Buenos Aires: Argonauta, pp. 7- 68.

ELMORE, Peter

1983 *Clemente Palma: Cuentos malévolos y la cuestión cosmopolita*. Tesis para obtener el grado de Licenciatura en el Programa Académico de Letras y Ciencias Humanas, Lingüística y Literatura. Lima: PUCP.

EYZAGUIRRE, Rómulo

1899 “Demografía limeña”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 252, pp. 181- 184

FERNÁNDEZ, Baldomero

1997 “Decadencia estética. Decadentismo artístico”. *Grial: revista galega de cultural*, número 136, pp. 607- 622. Consulta: 05 de enero de 2019

<http://www.cervantesvirtual.com/obra/grial--revista-galega-de-cultura-num-136-1997-924593/>

FOUCAULT, Michel

1980 “El ojo del poder”. Consulta 13 de diciembre de 2019

<http://caece.opac.com.ar/gsd/collect/apuntes/index/assoc/HASHe9ed.dir/doc.pdf>

GARCÍA, Alberto

1899 “La prostitución reglamentada”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 251, pp. 165- 166.

GARCÍA, Carlos

1899 “Protección higiénica de la infancia”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 256, pp. 277- 284.

GARCÍA, Alfonso

2010 “Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó”. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Consulta: 10 diciembre de 2018

<http://www.cervantesvirtual.com/obra/literatura-y-pensamiento-hispanico-de-fin-de-siglo-clarin-y-rodo/>

GARCÍA BLANCO,

2009 *El rapto de Higeia. Mecanismos de poder en el terreno de la salud y la enfermedad*. Barcelona: Virus Editorial.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura

2011a (1914) "Una chiquilla vino". En SILVA- SANTISTEBAN, Ricardo (editor). *Narrativa completa I*. Lima: PUCP, pp. 164- 178.

2011b (1924) "La llama blanca". En SILVA- SANTISTEBAN, Ricardo (editor). *Narrativa completa I*. Lima: PUCP, pp. 529- 533.

GONZÁLEZ, Juan Carlos

2001 "Clemente Palma y Vargas Vila: a contrapelo de la narrativa fundacional". *Prepared for delivery at the 2001 meeting of the Latin American Studies Association Washington DC, September 6-8*. Consulta: 07 de marzo de 2019

<http://lasa.international.pitt.edu/Lasa2001/GonzalezEspitiaJuanCarlos.pdf>

2009 "A Brief Syphilography of Nineteenth- Century Latin America" En ACREE, William y Juan Carlos GONZÁLEZ (editores). *Building Nineteenth-Century Latin America: Re-Rooted Cultures, Identities, and Nations*. Nashville: Vanderbilt University Presspp. 246- 270.

GONZÁLEZ PRADA, Manuel

1978 (1904) *Nuestros indios*. México D.F.: UNAM.

2016 (1906) "Necedades". En GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Anarquía*. Lima: Colmena Editores, pp. 73- 75.

HERRERO, Juan

2016 "À rebours (A contrapelo) y la crisis de valores culturales y artísticos de fin de siglo". En HUYSMANS, Joris- Karl. Madrid: Cátedra, pp. 9- 93.

HUYSMANS, Joris- Karl

2016a (1884) *A contrapelo*. Madrid: Cátedra

2016b "Acerca del diletantismo" En HUYSMANS, Joris- Karl. *El arte moderno. Algunos*. Madrid: Tecnos, pp. 145- 147.

IMODA, E.

1905 *El sentimiento de la limpieza*. Callao: Sociedad Tipográfica Chalaca. Imprenta 45 y 49.

IOMMI, Virginia

2010 “Girolamo Fracastoro y la invención de la sífilis”. *História, Ciências,- Manguinhos*. Volumen 17, número 4, pp. 877- 884. Consulta: 10 de enero de 2019.

http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S010459702010000400002&script=sci_abstract&tIng=es

IWASAKI, Fernando

2018 *¡Aplaca, Señor, tu ira! Lo maravilloso y lo imaginario en Lima colonial*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.

KENT, Victoria

1951 “Prostitución” *Revista Mexicana de Sociología*. México, volumen 13, número 1, pp. 45- 54.

KRISTEVA, Julia

1988 *Poderes de la perversión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

LA REDACCIÓN DE LA CRÓNICA MÉDICA

1894 “Junta Suprema de Sanidad”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 11, número 128, pp. 129- 144.

LA REDACCIÓN DE LA CRÓNICA MÉDICA

1899 “Miscelánea”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 242, pp. 31

LAPORTE, Dominique.

1989 *Historia de la mierda*. Pre- textos: Valencia.

LARRIVA, Lastenia

2019a (1919) “Fatalidad”. *Cuentos*. Lima: Maquinaciones narrativa, pp. 79- 84.

2019b (1919) “Misterio”. *Cuentos*. Lima: Maquinaciones narrativa, pp. 61- 69.

LE CORBUSIER

1975 *Principios de urbanismo*. Barcelona: Ariel.

LEÓN, Alfredo

1894 “Dos casos poco frecuentes de fiebre perniciosa palúdica”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 11, número 125, pp. 77- 94.

LEÓN, Enrique

1899 “La cuestión higiénica”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 248, pp. 115- 120.

LOSSIO, Jorge

2003 *Acequias y gallinazos. Salud ambiental en Lima del siglo XIX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

M

1899 “Clínica Ginecológica”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 258, pp. 333- 338.

MANNARELLI, María Emma

1999a *Limpias y modernas. Género, higiene y cultura en la Lima del novecientos*. Lima: Ediciones Flora Tristán.

1999b “Sexualidad y cuerpo femenino. Nuevos discursos y transformaciones sociales en Lima a fines del siglo XIX y principios del XX” En ZEGARRA, Margarita (editora). *Mujeres y género en la historia del Perú*. Lima: CENDOC-MUJER, pp. 347- 363.

MARIÁTEGUI, José Carlos

2007 *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

MARTICORENA, Bruce

2017 “Una mano blanca, un lirio y ríos de sangre: Estética y poética de la crueldad en la narrativa modernista” En MARTICORENA, Bruce. *Estantes oscuros. El mal como estética en el Modernismo y la literatura fantástica en Latinoamérica (siglo XIX y XX)*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp. 55- 84.

MATOS, José y Rubén MATOS

1989 *Los canales de riego indígenas y el alcantarillado en la gran Lima*. Lima: Organización Panamericana de la Salud

MATTO, CLORINDA

1893a “El corsé”. En MATTO, Clorinda. *Leyendas y recortes*. Lima: Matto Hermanos Editores, pp. 147- 154.

1893b “Lengua maldiciente”. En MATTO, Clorinda. *Leyendas y recortes*. Lima: Matto Hermanos Editores, pp. 139- 146.

1974a (1891) *Índole*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

1974b (1893) *Herencia*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.

MEDINA, Casimiro

1893 "Sanidad de la capital". *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 115, p. 226.

MIRÓ, Luis

1916 *Saneamiento de Lima (agua potable, canalización y pavimentación). Proyecto presentado por el dr. Luis Miro Quesada, encargado de la Alcaldía, y aprobado por el H. Concejo Provincial de Lima*. Lima: Empresa Tipográfica- Lártiga 425.

MOLLOY, Sylvia

2012 *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.

MONTALDO, Graciela

1994 "El terror letrado (Sobre el modernismo latinoamericano)". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Berkeley, año 20, número 40, pp. 281-291.

MORA, Gabriela

2000 *Clemente Palma: el modernismo en su versión decadente y gótica*. Lima: IEP.

MORALES, Luz

2017 *Éticas y estéticas de la profanación: redes y tensiones en la literatura peruana y venezolana del entre siglos (1880-1910)*. Submitted to the Faculty of the University of Miami in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy. Florida: 2017. Consulta: 05 de junio de 2019

https://scholarlyrepository.miami.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=2894&context=oa_dissertations

MORANTE, Miguel D.

1899 "Sociología Médica. Moral médica. Discurso leído en la Sociedad Médica Unión Fernandina". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 16, número 260, pp. 373- 388.

MORETTI, Franco

2014 *El burgués: entre la historia y la literatura*. Buenos Aires: FCE.

MUÑIZ, Antonio

1893 "Manicomio de Lima". *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 111, pp. 80- 103.

MURENA, Héctor

2006 *El pecado original de América*. Buenos Aires: FCE.

NOGUERA, Carlos

2002 “Los manuales de higiene: instrucciones para civilizar al pueblo”. *Revista Educación y Pedagogía*. Medellín, volumen 16, número 34, pp. 277- 288.

NORDAU, Max

1902 (1893) *Degeneración*. Madrid: Librería de Fernando Fé.

NOTAS CIENTÍFICAS

1894 “Herencia de la sífilis”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 11, número 129, pp. 157- 158.

NOUZEILLES, Gabriela

1997 “Ficciones paranoicas de fin de siglo: naturalismo argentino y policia médica”. *MLN*. Volumen 112, número 2, pp. 232- 252.

1998 “La ciudad de los tísicos: tuberculosis y autonomía”. *Anales de la literatura española contemporánea*. Volumen 23, número 1-2, pp. 295- 313.

OLIVARES, Jorge

1980 “La recepción del decadentismo en Hispanoamérica”. *Hispania Review*. Pennsylvania, número 1, pp. 57-76.

1981 “Sangre patricia, novela decadente”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*. Canadá, número 2, pp. 167- 184.

PARRA DEL RIEGO, Carlos

1967 (1938) *Sanatorio*. Lima: Festival del Libro de Junín.

PASQUEL, Alfonso

1912a “Frecuencia de la sífilis en Lima”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 29, número 553, pp. 361- 366.

1912b “Frecuencia de la sífilis en Lima”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 29, número 554, pp. 367- 381.

1912c “Frecuencia de la sífilis en Lima”. *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 29, número 557, pp. 409- 423.

PAQUOT- RIS

1907 *El mobiliario y demás objetos que con él se relaciona*. Madrid: P. Orrier, Editor.

PAZ SOLDÁN, Enrique

1923 *El Ministerio de Higiene, Beneficencia y Trabajo. Contribución a su creación en el Perú*. Lima: Talleres Gráficos del Asilo Víctor Larco Herrera.

PELLEGRINI, Aldo

2014 "El Conde de Lautréamont y su obra". En DUCASSE, Isidore. *Obras completas. Los cantos de Maldoror, poesías, cartas*. Buenos Aires: Argonauta, pp. 7- 68.

PELUFFO, ANA

2003 "Decadentismo y necrofilia: El culto a la amada muerta en la poesía de fin de siglo". En SCHMITD- WELLE, Friedhelm. *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas en poscoloniales en América Latina (Siglo XIX)*. Madrid: Iberoamericana Vervuet, pp. 239- 253.

PHILLIPS, Allen W.

1977 "A propósito del decadentismo en América: Rubén Darío". *Revista canadiense de estudios hispánicos*. Canadá, número 3, pp. 229- 254.

PHILIPPE, CHARLES

2017 (1901) *Bubu de Montparnasse*. Menorca: Edu Rosby.

PRATT, Mary Louise

1998 "Las mujeres y el imaginario nacional en el siglo XIX". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Berkeley, año 19, número 38, pp. 51- 62.

ROCA, Pedro.

1912a "Ensayo de estudio clínico del Salvarsan. Tesis para optar por el grado de Bachiller". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 29, número 557, pp. 477- 478.

1912b "Ensayo de estudio clínico del Salvarsan. Tesis para optar por el grado de Bachiller". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 29, número 561, pp. 483- 494.

1912c "Ensayo de estudio clínico del Salvarsan. Tesis para optar por el grado de Bachiller". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 29, número 563, pp. 514- 516.

1912d "Ensayo de estudio clínico del Salvarsan. Tesis para optar por el grado de Bachiller". *La Crónica Médica. Medicina, cirugía y farmacia. Revista quincenal*. Lima, año 29, número 564, pp. 527- 530.

RODRÍGUEZ, Rafael

1893 "Sobre la reglamentación de la prostitución". *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 116, pp. 278- 279.

RUNDSCHAU, Klin

1893 "Las inyecciones de suero sanguíneo en el tratamiento de la sífilis". *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 118, pp. 329- 330

SÁNCHEZ, Luis Alberto

1981 *La literatura peruana. Derrotero para una historia cultural del Perú, tomo IV*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.

SÁNCHEZ, Moisés

2016 *Historia del mal. Representación de los personajes en Historietas malignas, de Clemente Palma*. Lima: Editorial Agalma.

SANTOYO

2001 "Burócratas y mercaderes de la salud. Notas sobre política gubernamental e iniciativas empresariales en torno al equipamiento y los servicios hospitalarios. 1880- 1910". En AGOSTINI, Claudia y SPECKMAN, Elisa (editoras). *Modernidad, Tradición y Alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*. México D.F: Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 77- 95. Consulta: 15 de diciembre de 2018

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/modernidad/libro_modernidad.html

SECCIÓN NACIONAL

1893 "Atenuación de la sífilis" *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 118, p. 330.

SECCIÓN NACIONAL

1893 "Sobre el contagio de las nodrizas por los niños sifilíticos". *La Crónica Médica. Revista mensual de medicina, cirugía y ciencias accesorias*. Lima, año 10, número 119, pp. 361- 363.

SONTAG, Susan

2003 *La enfermedad y sus metáforas*. Buenos Aires: Taurus.

SUMALAVIA, Ricardo

2006 "Clemente Palma y el modernismo peruano: la búsqueda del ideal" En PALMA, Clemente. *Narrativa Completa I*. Lima: PUCP, pp. 9- 39.

TELLO, Julio C.

1909 *La antigüedad de la sífilis en el Perú*. Tesis para optar por el grado de Bachiller. Lima: UNMSM.

TUDELA, Hilario

1882 *De la locura sifilítica*. Tesis para optar por el grado de Bachiller en Medicina y Cirugía en la Facultad de Medicina de Lima. Lima: UNMSM.

UZCÁTEGUI, Laura

2013 "Estéticas del decadentismo francés y venezolano". *Revista Estética*. Venezuela, número 21, pp. 169- 185. Consulta: 18 de diciembre del 2018

<http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/38880/1/articulo10.pdf>

VALENZUELA, Jorge

2011 “La experiencia narrativa de Ventura García Calderón: del decadentismo modernista a la cuentística del exotismo regionalista” En SILVA, Ricardo. *Ventura García Calderón. Narrativa completa I*. Lima: PUCP, pp. 9- 61.

VELÁZQUEZ, Marcel

2002 *El revés del marfil. Nacionalidad, etnicidad, modernidad y género en la literatura peruana*. Editorial Universitaria UNFV: Lima.

2013 *La mirada de los gallinazos. Cuerpo, fiesta y mercancía en el imaginario sobre Lima (1640- 1895)*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

VERLAINE, Paul

2007 “Carta a Le Décadent” En IGLESIAS, C. (compilador). *Antología del decadentismo. Perversión, neurastenia y anarquía en Francia*. Buenos Aires: Caja Negra, pp. 243- 244.

ZUÑIGA, Baúl

1944 “El uso y abuso de la Ergotina y Pitruitina”. *Revista Médica Hondureña. Órgano de la Asociación Médica Hondureña*. Tegucigalpa D.C, año 14, número 113, pp. 508- 513